

Jean-Jacques Rousseau

Cartas a Sofía

Correspondencia
filosófica y sentimental

Edición de Alicia Villar



Filosofía
Alianza Editorial

Jean-Jacques Rousseau

Cartas a Sofía

Correspondencia filosófica
y sentimental

Edición de Alicia Villar Ezcurra



El libro de bolsillo
Filosofía
Alianza Editorial

TRADUCTOR: Alicia Villar Ezcurra

Diseño de cubierta: Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la selección, estudio preliminar, traducción y notas: Alicia Villar Ezcurra, 1999

© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1999

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;

28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88

ISBN: 84-206-3523-5

Depósito legal: M. 2.842-1999

Impreso en Fernández Ciudad, S. L.

Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid

Printed in Spain

Estudio preliminar

Primera parte:

La primacía de los problemas morales en Rousseau

La obra de Rousseau, variada por los problemas que abordó y en gran medida asistemática por su rechazo a un modo de filosofar excesivamente abstracto, provocó ya desde su tiempo las lecturas más contrarias. Existe un Rousseau ilustrado, romántico, deísta, religioso, prerrevolucionario, premarxista, antiintelectualista, racionalista, etcétera.

Por este motivo, una corriente de intérpretes –especialmente alemanes– buscaron la unidad de los planteamientos de Rousseau. Desde los estudios de E. Cassirer (1932) una de las posibles claves que otorga unidad a la pluralidad de facetas de la obra de Rousseau es *la moral*. No en vano hay que recordar que ya Kant, que comprendió como pocos de sus contemporáneos a Rousseau, le calificó como *el Newton del orden moral*.

Pero existe una dificultad añadida para el estudio de ese problema: Rousseau no escribió sistemáticamente sobre esta cuestión, sino que sus reflexiones morales entretejen sus escritos. Él nunca llegó a concluir su viejo proyecto de escribir una *Moral sensitiva o materialismo del sabio*, donde trataría de

fundamentar la necesidad de la virtud, por su poder de orientar y controlar los deseos¹.

Sin embargo, en la época en la que piensa en esa obra, 1757, una de las más fecundas y creativas, establece relaciones con la condesa d'Houdetot, que se convertirá para Rousseau en la representación de lo que llamará el amor de su vida. Amor que no se verá correspondido. A cambio, Madame d'Houdetot le ofrece mantener su amistad. Rousseau piensa entonces en convertirse en su guía moral, y escribe una serie de cartas donde, «enseñando a vivir», se recogen *los principios de su filosofía, sus reflexiones sobre la felicidad, el frágil conocimiento de la verdad, la exaltación de la conciencia moral como juez y guía, la universalidad de la ley moral y el valor de la virtud*. Serán conocidas como las *Cartas morales*², cartas filosóficas donde Rousseau se esfuerza para no perder contacto con los problemas que la vida le plantea. En definitiva, expone el núcleo de sus creencias que anticipa en muchos puntos la *Profesión de fe del Vicario saboyano*³.

Pero la complejidad de los problemas morales había inspirado a Rousseau mucho antes, casi desde el comienzo de sus

1. La *Moral sensitiva* buscaría establecer la relación entre el universo físico y el mental, el medio natural y el mundo moral, a través del intermedio de la sensación, determinando el ascendiente que las variaciones del tiempo y del espacio ejercen sobre el alma humana y el temperamento individual. Cfr. M. Eigeldinger: *Jean-Jacques Rousseau. Univers mytique et cohérence*, Editions de La Baconnière, Neuchâtel, 1978, p. 182.

2. Así las llama en una de sus cartas a Madame d'Houdetot (núm. 609, 28 de enero de 1758). Sin embargo, la primera vez que se publicaron en 1861 se llamaron *Cartas sobre la virtud y la felicidad*.

3. De hecho, la carta quinta será utilizada después por Rousseau para redactar la «Profesión de fe del Vicario saboyano», resumen de sus creencias y de los principios de su filosofía, incluido en el libro cuarto del *Emilio o De la educación*. Las cartas segunda, tercera y cuarta fueron publicadas por vez primera en 1861, en París, bajo el título: *Cartas sobre la virtud y la felicidad en Oeuvres et correspondance inédite de Jean-Jacques Rousseau à Madame d'Houdetot*. Las seis cartas se reimprimieron en *Correspondance générale*, t. III, apéndice.

escritos. Recordemos ahora la evolución de sus planteamientos morales.

GÉNESIS Y EVOLUCIÓN DE SUS CONCEPCIONES MORALES

Rousseau (1712-1778) adquirió la fama como escritor tardíamente, cerca de los cuarenta años. Hasta 1749, fecha en que su *Discurso sobre las ciencias y las artes* logró el Primer Premio de la Academia de Dijon y un cierto éxito, sólo era conocido en los círculos intelectuales como un esforzado autodidacta que buscaba el reconocimiento tanto como autor teatral como en el mundo de la música. Desde joven tocaba diversos instrumentos musicales, copiaba música⁴, pero sobre todo componía. Creaba, incluso se atrevía a proponer un nuevo sistema de notación musical (1743). No obstante, sus esfuerzos no se veían recompensados con el éxito que creía merecer. Ciertamente, había recibido algunas felicitaciones, pero sólo en contadas ocasiones⁵. No le bastaba. En 1740, reflexionaba sobre la condición humana, o quizá sobre su propia condición:

Nada es más triste que la suerte de los hombres en general. Sin embargo, encuentran en ellos mismos un deseo devorador de un futuro feliz, que les hace sentir en todo momento que han nacido para serlo⁶ (*Memoria presentada a M. de Mably sobre la educación de su hijo*).

4. Durante gran parte de su vida se dedicó a copiar música, actividad que le permitía una cierta independencia económica.

5. Se sintió especialmente halagado cuando el famoso Voltaire le felicitó por sus arreglos musicales de la obra *Las Fiestas de Ramiro*. En ese momento se había reconocido su mérito, por saber trabajar conjuntamente el libreto y la música, dominios habitualmente separados.

6. J.-J. Rousseau: «*Mémoire présenté à M. de Mably sur l'éducation de M. son fils*», en *Oeuvres complètes*, prefacio de J. Fabre, presentación y notas de M. Launay, Éditions du Seuil, L'Intégrale, París, 1967, vol. II, p. 24.

El deseo devorador de un futuro feliz le perseguía. Pero también sabía que el camino de tantos de sus contemporáneos, el camino de las luces, no era la vía segura. En el mismo escrito de 1740, al reflexionar sobre la educación, después de una corta experiencia como preceptor, veía muy claro que el buen sentido dependía más de los sentimientos del corazón que de las luces del espíritu:

Tengo la experiencia de que los más sabios y los más instruidos no siempre son los más buenos y los que se comportan mejor en los asuntos de la vida⁷ (*Memoria presentada a M. de Mably sobre la educación de su hijo*).

Esta primera apreciación será una constante en su pensamiento: conciencia culta y conciencia moral, progreso y felicidad, rara vez se dan la mano. Así, poco a poco, comenzaba a resquebrajar un tópico del momento. La ruptura se verificará en su *Discurso sobre las ciencias y las artes*, ya que con el éxito también llegará la polémica.

El elogio a la virtud de los antiguos

En continuidad con una tradición que se remonta a los humanistas del siglo XVI, el hombre ilustrado prestaba especial atención a la lectura de los clásicos; basta recordar ahora el peso tan especial que adquieren en Montesquieu.

No es casual que la cita que encabeza el primer Discurso de Rousseau, el *Discurso sobre las ciencias y las artes* pertenezca a un autor clásico, Ovidio, con quien se identifica aquí totalmente, al decir con él: «Bárbaro soy, puesto que no me entienden». Efectivamente, dudaba de ser entendido, ya que su respuesta a la cuestión planteada en el concurso convocado por la Academia de Dijon: «¿Ha contribuido el progreso de las

7. *Mémoire présenté à M. de Mably sur l'éducation de M. son fils*, *ibid.*

ciencias y de las artes a depurar las costumbres?», no era la prevista*. Para que nadie fuera llevado a engaño varió la formulación de la cuestión planteada por la Academia. En las primeras líneas del Discurso añade: «a depurar o a *corromper*» las costumbres, tomando claramente postura a favor de la segunda posibilidad:

... el efecto es cierto, la depravación real, y nuestras almas se han corrompido a medida que nuestras ciencias y nuestras artes han avanzado a la perfección).

Esta cita, junto con otras muchas, muestra claramente cuál es su tesis: existe una complicidad entre la evolución de las ciencias y las artes y la corrupción moral. Afirma defender la virtud, palabra que repite incansablemente a lo largo del Discurso⁸; sin embargo el número no lleva a la precisión y en ningún momento precisa qué entiende exactamente por «virtud», término que, como se verá, es tomado en varios sentidos. Es más sencillo saber qué entiende por vicio, que inicialmente asocia a falsedad, engaño, «apariencia» de bien¹⁰.

Aquí radica precisamente su crítica a la civilización: su falta

8. En 1750 A.-R.-J. Turgot pronunció dos solemnes Discursos *Sobre el progreso humano* en la Sorbona, defendiendo las Luces como medio y meta de los progresos históricos. Rousseau ganó con su Discurso el Primer Premio convocado por la Academia de Dijon.

9. Entre otras frases destacan: «... ¿es la virtud lo que yo defiendo ante hombres virtuosos...» «... Si la decencia fuera la virtud...» «... Antes se aprendía la virtud como entre nosotros ahora se aprende la ciencia...» «... La ciencia y la virtud: ¿son incompatibles?...» «...¡Oh virtud! Ciencia sublime de las almas simples...»

10. Éste es el sentido de la segunda cita que encabeza el Discurso: *Somos seducidos por la apariencia de bien* (Horacio). Rousseau caracteriza con frecuencia la virtud a través de su contrario. En el *Emilio* dice: «El precepto mismo de hacer el bien, si no está subordinado a aquél [evitar el mal], es peligroso, falso [...] Las virtudes más sublimes son negativas: son también las más difíciles porque carecen de ostentación...» (J.-). Rousseau: *Emilio, o De la educación*, trad. de M. Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 1998, libro II, p. 142).

de transparencia¹¹, su falsedad, su mera exigencia de unas «formas» que exhibiendo aparentemente virtud, encubren en realidad el vicio, lo que abre una profunda escisión entre el ser y el parecer. Las ciencias y las artes favorecen esa labor de ocultamiento, de culto a la mera apariencia que sólo busca el éxito, idea que se repetirá en la segunda de las *Cartas morales*. Pero además ciencias y artes extienden «guirnaldas de flores sobre las cadenas de hierro que esclavizan a los hombres». Por tanto, lejos de ser neutrales, distraen, contribuyen a hacer olvidar la pérdida de libertad, dimensión, a su juicio, inalienable. Al aficionar en exceso, envician, hacen amar la esclavitud, denuncia que encierra lo que más tarde se entenderá como el proceso de alienación.

Para Rousseau, a medida que los pueblos se civilizaron, se uniformaron sus costumbres. Entonces nadie se atrevió a distinguirse de los demás, es decir, a parecer lo que se es. La pérdida de la transparencia llevó aparejado un cortejo de vicios: sospechas, sombras, temores, reserva, odio y traición, se ocultaron tras las «buenas costumbres». Conforme las ciencias y las artes se perfeccionaron, creció la corrupción y la habilidad para el engaño, en definitiva, la virtud se perdió. Entonces la vanidad y la presunción no esconden en realidad más que el vacío, el hueco y la ausencia de fundamento.

Los contraejemplos a ese culto al artificio son la antigua Roma y Atenas, los primeros persas y los germanos, que supieron hacer coincidir virtud y felicidad¹². La vida de los espartanos en Lacedemonia, «allí donde los ciudadanos se conservan libres, independientes y moderados», es ejemplo¹³ de vida virtuosa, que Rousseau concreta al fin aquí en hacer primar los intereses de la ciudad. Sócrates es otro ejemplo citado por su honesti-

11. La búsqueda de transparencia es una constante en el pensamiento de Rousseau, como ha mostrado el excelente estudio de J. Starobinski: *J.-J. Rousseau. La transparencia y el obstáculo*, Taurus, Madrid, 1983.

12. Se ve aquí claramente reflejada la lectura de Plutarco por parte de Rousseau y que tanto peso tuvo en él.

13. Plutarco: *Vidas paralelas. Licurgo*, XXXI.

dad, por su elogio de la ignorancia, y por representar la auténtica sabiduría distinta del saber libresco. Por tanto, Rousseau en estos momentos asocia la virtud a la renuncia –entre otras cosas–, a la falsa apariencia y sabiduría, a la ociosidad, el lujo y la vanidad:

Los antiguos políticos hablaban sin cesar de costumbres y de virtud; los nuestros no hablan más que de comercio y de dinero (*Discurso sobre las ciencias y las artes*, II).

Según A. Schinz¹⁴, desde 1750 Rousseau considera necesaria la virtud de renuncia, pero, deseoso de tomar distancia con un moralismo cristiano que también exige la renuncia, piensa en los espartanos y los antiguos romanos como prototipos de hombres virtuosos: Licurgo o el legislador, Catón o el verdadero ciudadano, Bruto, Numa y Fabricio, son los nombres más citados. En ellos encuentra austeridad, simplicidad, grandeza, fuerza y autenticidad.

Nietzsche¹⁵ llamó la atención sobre la necesidad imperiosa que a menudo se experimenta de recrear el pasado en el presente, presintiendo la vivacidad eterna de los grandes personajes de la historia. La historia –como reza el Prefacio de la *Historia romana* de Tito Livio– «nos muestra para uno mismo y para el Estado [...] los modelos a seguir y las faltas que evitar». En Tito Livio se inspirarán muchos autores del XVI al XVIII que verán la grandeza de Roma no en la época de Augusto sino en la Roma republicana¹⁶. Fue en aquellos momentos cuando el amor a la *res publica* llevaba hasta la renuncia de sí y el respeto a las leyes se vinculaba con la defensa de la libertad.

14. Albert Schinz ha estudiado la significación de la virtud en Rousseau en su libro: *La pensée de J.-J. Rousseau*, Alcan, París, 1929. Distingue tres significaciones: la virtud-sabiduría (Sócrates), la virtud-renuncia (calvinismo) y la virtud-inocencia.

15. F. Nietzsche: *El gay saber*, núm. 83.

16. Recuérdese la importancia de los *Discursos de la primera Década de Tito Livio* de Maquiavelo.

Lo nuevo ahora es la pasión con la que Rousseau evoca la virtud de los antiguos, que prefigura una ética y una estética nuevas, cuya culminación se conocerá en el período revolucionario. En 1754, Rousseau escribirá a Madame d'Épinay: «Plutarco es mi maestro y mi consuelo»¹⁷; y Plutarco, la primera lectura de su infancia, también será la última de su vejez.

La virtud de renuncia de los antiguos es para él un ideal que permite enjuiciar y condenar lo que es por lo que debería ser y alguna vez existió. Es entendida fundamentalmente como fuerza, concepción que Rousseau mantendrá en escritos más tardíos¹⁸. Como había advertido ya Cicerón: «*Virtus* procede de *vir*, y lo que hay de más esencial en el hombre es el valor»¹⁹. Ésta es una de las significaciones de la virtud, presente en las *Cartas morales*, donde, sin embargo, no se aludirá a los antiguos.

Pero, además, en la segunda parte del *Discurso sobre las ciencias y las artes* abandona el recuerdo de la virtud de los antiguos. Frente al lujo y la progresiva corrupción de las costumbres de su tiempo, oculta tras la idolatría de las ciencias y las artes, Rousseau encuentra otro contraejemplo y una nueva significación de la virtud: la inocencia y simplicidad de la vida en el estado de Naturaleza:

... los hombres inocentes y virtuosos gustaban de tener a los dioses por testigos de sus acciones, moraban juntos bajo las mismas cabañas; pero vueltos muy pronto malvados, se cansaron de

17. Ese mismo año Rousseau traduce el primer libro de las *Historias* de Tácito.

18. Especialmente en la Carta a Monsieur de Franquières del 15 de enero de 1769, donde se expresa en los siguientes términos: «La palabra virtud significa fuerza. No hay virtud sin combate, no hay virtud sin victoria. La virtud no consiste en ser justo, sino en serlo triunfando sobre las pasiones, reinando sobre el propio corazón».

19. Cicerón: *Tusculanas*, texto, introd. y versión de A. Grill, Paideia, Brescia, 1987, II, 18, p. 144.

aquellos incómodos espectadores y los relegaron a templos magníficos²⁰.

Ahora, la virtud de renuncia dejará paso a la virtud de inocencia. Libre de culpa, es la única que puede resistir la mirada de los dioses que todo lo ven y puede responder al ideal de transparencia. Si con frecuencia el vicio toma la imagen de la virtud, si la corrupción se oculta, es para esquivar el horror de la mirada de quien lo reconoce. «La verdadera inocencia no tiene vergüenza de nada» dirá más tarde en su obra *Emilio, o de la educación*²¹. Ovidio, en *Las metamorfosis*, también se lamentaba de la pérdida de la Edad de Oro, donde cada uno, siguiendo su propia inclinación, seguía las reglas de la justicia.

La virtud de inocencia o la bondad originaria del ser humano

La genealogía del vicio propuesta por Rousseau vinculaba las ciencias y las artes con la vanidad, el lujo, la ociosidad y el culto a la apariencia, pero también con la desigualdad de méritos. El primer Discurso nos habla de la sociedad «caída», donde se constata la desigualdad como un dato.

En su segundo Discurso: el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1755) profundiza su primera intuición y narra, a modo de hipótesis, el tránsito del estado de naturaleza al estado de sociedad, como un proceso de desnaturalización y degeneración. Ahora quiere encontrar el origen de la corrupción, y denunciar la desigualdad como la raíz de profundas injusticias, que lleva a convertir

20. J.-J. Rousseau: *Discurso sobre las ciencias y las artes*, trad. de M. Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 1998, II, p. 192. Para Nietzsche, maestro de la sospecha, el crimen de Judas es explicable, porque un Dios que siempre mira «tenía que morir. El hombre no soporta que viva un tal testigo». (Cfr. *Así habló Zaratustra*.)

21. O.C., libro IV, p. 321.

a algunos hombres en meros instrumentos de aquellos que tienen un mayor poder. Conocer la fuente de la desigualdad exige previamente conocer lo originariamente humano, la naturaleza esencial del hombre, lo nuclear, que como tal será inalienable. Rousseau hablará como moralista que trata ahora de explicar por qué se perdió la inocencia y en qué consintió la culpa. La virtud de la inocencia, entendida como bondad natural, le guía a la comprensión del ser humano en lo más originario y constitutivo.

En esa búsqueda de lo que es esencial en los humanos, Rousseau encuentra que lo que nos diferencia de los animales no es el entendimiento, como insistían tantos de sus contemporáneos, sino la cualidad de agente libre²². Junto a la facultad de escoger, el ser humano tiene otra cualidad específica: la facultad de perfeccionarse, facultad esta que desarrolla las demás. Perfectibilidad significa, sobre todo, maleabilidad, plasticidad.

La felicidad del hombre salvaje, privado de toda suerte de luses, consiste en tener deseos que no vayan más allá de sus pocas necesidades. Rousseau lo describe como un ser fuerte, habituado a soportar dificultades, independiente, que disfruta de su existencia y no piensa en el porvenir. Solitario, con pocas relaciones sociales, en libertad natural, no puede decirse que tenga propiamente una moralidad. La calma de las pasiones y la ignorancia del vicio le impiden obrar mal. Como Adán, el hombre, en estado de naturaleza, al igual que un niño, no conoce el árbol del bien y del mal. Su inocencia no es lo contrario de la culpabilidad, sino un modo diferente de llamar a la ignorancia²³.

22. De acuerdo con este principio, en el *Emilio*, o *De la educación* Rousseau tratará de educar al ser humano para ser libre: «El primero de todos los bienes no es la autoridad sino la libertad. El hombre verdaderamente libre sólo quiere lo que puede, y hace lo que quiere. Ésta es mi máxima fundamental» (O.C., libro II, p. 110).

23. Rousseau estaría de acuerdo en considerar que la conciencia moral se adquiere en el proceso de socialización.

La reflexión más característica de Rousseau en este punto es su descripción del ser humano como un ser guiado por dos principios: el amor de sí, que mira por el interés propio y permite al individuo y a la especie conservarse, y el sentimiento de piedad, que se despierta de un modo espontáneo al ver sufrir al otro²⁴. Estos dos sentimientos se apoyan en nuestra condición de seres sensibles. Anteriores a toda reflexión, a todo cálculo, son «puros movimientos de la naturaleza».

El sufrimiento del otro, atempera mi amor de sí y me lleva a descubrir al otro, y a mí mismo en él, en lo que tenemos de común: nuestra fragilidad. En el *Emilio, o De la educación* también insistirá en la idea de que son nuestras miserias comunes lo que lleva a nuestros corazones hacia la humanidad. La piedad es un sentimiento natural que, «moderando en cada individuo la actividad del amor de sí mismo, concurre a la conservación mutua de toda la especie»²⁵. Ella dicta la máxima de bondad natural: *Haz tu bien con el menor mal posible para el otro*²⁶. En el estado presocial y también en el niño, la compasión «ocupa el lugar de las leyes, las costumbres, la virtud». De ahí se derivan todas las reglas de Derecho Natural. La piedad es «la única virtud [...] tanto más universal y útil al hombre cuanto que precede a toda reflexión». Es una especie de empatía en el sentido que Max Scheler dará más tarde a este término.

Lo que después se llamará generosidad, clemencia, humanidad, benevolencia, no son más que piedad aplicada a los dé-

24. Para Rousseau disponemos tanto de una sensibilidad física y orgánica, pasiva, como también de una sensibilidad activa o moral. Estos dos principios son recogidos en el *Emilio* (libro IV). La sensibilidad es el principio de toda acción, idea que también se recoge en la tercera de las *Cartas morales* y en sus escritos más tardíos como *Rousseau, juez de Jean-Jacques*.

25. J.-J. Rousseau: *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, trad. de Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 1988.

26. El marqués de Sade criticará esta fundamentación de la bondad originaria del ser humano en su *Filosofía del Tocado*.

biles, los culpables o la especie humana en general²⁷. La corrupción y la caída se producen cuando las costumbres y el modo de vivir de un estado de sociedad fundado en la desigualdad favorecen que el amor de sí se convierta en amor propio, egoísmo²⁸. Entonces mi razón calcula cómo acrecentar mis intereses particulares y, esclava de mis pasiones, hace acallar, con falsas argumentaciones, el sentimiento de piedad que brota de mi naturaleza de ser sensible²⁹:

Es la razón la que engendra el amor propio, y es la reflexión la que lo fortifica; es ella la que repliega al hombre sobre sí mismo³⁰.

En esta expansión del egoísmo, de los intereses particulares, desde el instante en que un hombre se dio cuenta que era útil para uno tener provisiones para dos, la igualdad desapareció, se introdujo la propiedad, y la esclavitud y la miseria germinaron y crecieron. El equilibrio entre el amor de sí y el sentimiento de piedad se perdió, y la desigualdad tendió a acentuarse y a agravarse. Del exceso de corrupción brotó el imperio de la ley del más fuerte, porque la fuerza, que es un hecho, no hace derecho³¹.

La toma de conciencia de este problema es lo que inspirará la construcción del sistema de Rousseau. Si lo específicamente humano es la libertad hermanada con la perfectibilidad, el ginebrino buscará cómo hacer posible que, en el estado de so-

27. En el *Emilio*, o *De la educación* recordará: «¡Hombres!, sed humanos, es vuestro primer deber» (O.C., libro II, p. 102).

28. En el francés clásico *amour propre*, traducido literalmente como amor propio, significaba egoísmo.

29. Esta misma idea está presente en las *Cartas morales* (segunda, cuarta y quinta), al aludir a la conciencia moral.

30. *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, O.C., I, p. 266.

31. Cfr. *Del Contrato social*, trad. de M. Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 1998, libro I, p. 30: «la fuerza no hace derecho, y que sólo se está obligado a obedecer a los poderes legítimos».

ciudad, no se pierda el equilibrio que caracterizaba la vida del hombre en el estado de naturaleza, donde amor de sí y piedad ante el dolor ajeno van de la mano. Su descripción del estado de naturaleza, por tanto, tiene un carácter regulativo, normativo más que descriptivo.

La virtud política

Todos los vicios no corresponden tanto al hombre, como al hombre mal gobernado... (J.-J. Rousseau, Prefacio a la comedia *Narciso o el amante de sí mismo*, 1733).

Desde su juventud, Rousseau había sentido que muchas cosas dependían de la política, y que ningún pueblo sería otra cosa que lo que le hiciera ser la naturaleza de su gobierno (*Confesiones*)³². La solución, frente a la moderna tradición de realismo político, que considera moral y política como dominios separados, era unir de nuevo estos dos terrenos.

Si un regreso al estado de naturaleza ya no es posible, ¿cómo reconstruir y actualizar lo natural, lo originario en el ser humano?, ¿cómo convertir la plasticidad en perfectibilidad, la bondad originaria, la inocencia, en virtud? La respuesta de Rousseau vendrá de la mano de una recuperación de la libertad, dimensión constitutiva, absolutamente inalienable, que posibilite una igualdad moral y legítima. La igualdad nace cuando mis derechos se convierten al mismo tiempo en mis deberes para con los demás. La libertad es inseparable de la responsabilidad.

32. En la época en la que redacta las *Cartas morales* aún no había desechado la idea de escribir una obra gran obra: *Las instituciones políticas*. Sin embargo, no la llevará a cabo, al sentirse desbordado por la amplitud del proyecto. En su lugar, escribirá, a partir de 1759, *Del Contrato social*. Posteriormente: *Proyecto de Constitución para Córcega* (1764) y *Consideraciones sobre el Gobierno de Polonia* (1771).

En el estado de naturaleza el hombre era libre porque no estaba determinado en su elección; ser libre era, entonces, actuar con espontaneidad. En el estado de sociedad libertad no es sinónimo de arbitrariedad. Un hombre es libre cuando su voluntad está necesariamente vinculada a una ley que uno se ha prescrito, a la que consiente libremente. Libertad no es ahora ausencia de ley, sino autonomía: determinación de la voluntad por la ley. Puede entenderse por qué E. Cassirer vinculaba esta concepción de libertad como autodeterminación con la kantiana. La libertad es condición de posibilidad de la ley moral y la ley moral es la condición bajo la cual nosotros podemos adquirir conciencia de la libertad³³.

En la Dedicatoria a la ciudad de Ginebra de su segundo Discurso encontrábamos ya esta vinculación de la libertad con la ley:

Habría querido vivir y morir libre, es decir, sometido de tal modo a leyes que ni yo ni nadie hubiese podido sacudir su honorable yugo.

También en el *Discurso sobre la economía política* (1755) la ley se convertía en la garantía de la libertad. Pero una ley legítima, o lo que es lo mismo, una ley que sea expresión del interés común, de la voluntad general. En el *Contrato social* (1762), obra posterior a las *Cartas morales*, Rousseau considerará que es indispensable que el legislador sepa redactar unas leyes que sean la expresión auténtica de la voluntad general. Pero no precisa si su fundamento último descansa en un puro consenso³⁴, o en una especie de razón práctica transconsensual.

Sin embargo, en el resto de sus escritos políticos, Rousseau destaca una segunda clave: la virtud.

33. Cfr. I. Kant: *Crítica de la razón práctica*, § 6, trad. de M. García Morante, Col. Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1976, p. 48.

34. Hay que recordar las discusiones de los actuales neocontractualistas sobre este mismo punto.

La virtud no es más que la conformidad de la voluntad particular con la voluntad general³⁵.

Se añade, por tanto, otra significación de la virtud. Virtud es anteponer el interés general al interés particular. Virtud es sentido del deber y respeto a la ley legítima, que es expresión de la voluntad general. Como en la época de Solón, la *areté* se vincula con la ley y su cumplimiento.

En el *Discurso sobre la economía política* (1755), en recuerdo a la virtud de los antiguos³⁶, Rousseau vuelve a aludir a Catón, uno de los rostros de la galería de modelos de la Antigüedad, presentes en la Europa de las Luces³⁷. Él personificaba la defensa de la República frente a la tiranía, la protección del Estado, la libertad, y las leyes, la búsqueda de la propia felicidad en la de todos. La concepción combativa que Rousseau tiene de la virtud, como fuerza y vigor del alma, explica que, en oca-

35. J.-J. Rousseau: *Premiers chefs d'oeuvres politiques (1753-1755)*, en *Oeuvres complètes*, Ed. du Seuil, París, 1971, vol. 2, p. 296. Son frecuentes las alusiones a la virtud en el *Discurso sobre la economía política* (Parte II), en el *Proyecto de Constitución para Córcega* y en las *Consideraciones sobre el Gobierno de Polonia*. Sin embargo en el *Contrato social* la palabra virtud aparece citada en contadas ocasiones.

36. Hay una diferencia en el elogio que Rousseau realiza a la virtud de los antiguos en el *Discurso sobre las ciencias y las artes* y en su obra *Del Contrato social*. Los romanos del *Contrato social* son contemplados ya no como personajes que sacrifican sus intereses en beneficio de una virtud ideal, sino como hombres que advierten que la renuncia de determinados medios para lograr la felicidad conducen a largo plazo al fin perseguido; es una virtud, por tanto, que encuentra recompensa en sus efectos.

37. Joseph Addison escribió una obra de teatro titulada *Cato* (1713), para representar al defensor de la libertad. A continuación vendrán las obras de F. M. Ch. Deschamps: *Caton d'Utique* (1715) y de Johann Gottsched: *Der sterbende Cato* (1734). Catón encarnaba la virtud y el patriotismo. Según Rousseau Catón es «el mayor de los hombres» (Carta a d'Alembert sobre los espectáculos) y en *La nueva Eloísa* es citado como el mejor ejemplo a seguir, digno de ser imitado.

siones, presente un rostro militar³⁸ e incluso considere lo mismo ser virtuoso que patriota.

No hay que olvidar que la idea de la patria, objeto de meditación apasionada para los hombres de la segunda mitad del siglo XVIII, se asocia a la virtud desde Montesquieu³⁹. Por este motivo, por ejemplo, Catón representa a todos aquellos oprimidos que transforman su derrota en victoria, porque permanecen irreductibles, y llevan a su patria «en el fondo de su corazón». En el *Emilio* declara: «... donde ya no hay patria ya no puede haber ciudadanos»⁴⁰, teoría que se recoge abiertamente en el período de la Revolución Francesa: *Allons, enfants de la Patrie!... Aux armes, citoyens!* La patria se encuentra en «las leyes, las costumbres, el gobierno, la Constitución, el modo de ser que resulta de todo ello». La patria está en la relación del Estado con sus miembros (Carta de Rousseau a Pictet de 1 de marzo de 1764).

Este «amor a la patria», entendido como el sentimiento respetuoso que todo ciudadano debe rendir a la voluntad general de la comunidad de la que forma parte, como un sentimiento de ciudadanía, requiere ser promovido por una educación pública. Así pueden entenderse las palabras de E. Cassirer:

La ley no es el vínculo en sentido estricto que se cierra sólo externamente en la voluntad individual, es más bien el principio constituti-

38. En Homero la *areté* se vincula con el valor en el combate y con la gloria militar.

39. En *El espíritu de las leyes* Montesquieu advertía que la virtud propia de la República era la virtud política, entendiéndolo por tal «el amor a la patria, es decir, el amor a la igualdad» (*Advertencia del autor*). Montesquieu considera que el hombre de bien de la república es aquel que actúa por amor a las leyes de su país. En un sentido próximo Aristóteles distinguía la virtud del hombre de bien y la virtud del ciudadano (*Política*, III, 1-4), o entre una virtud absoluta y una virtud «relativa a una Constitución».

40. *Emilio*, o *De la educación*, O.C., libro I, p. 43.

vo, aquello que fundamenta y determina espiritualmente. Sólo dominará entre los ciudadanos en cuanto hace en cada acto ciudadanos y educa para ser ciudadanos⁴¹.

Si el ser humano es perfectible, el objetivo de la educación es la formación de una voluntad autónoma, que sea capaz de determinarse por una ley que vincule a toda la comunidad, y que nos determine a cada uno internamente por articular justicia e interés. Sólo así resulta posible una libertad no de lobos, sino de hombres originalmente buenos, que, como apunta E. Bloch, sólo por la división en clases y el sistema de privilegios han sido llevados al estado de guerra de todos contra todos⁴².

La formación de la virtud de ciudadanía

Es sabido que Rousseau varió la primera formulación de su obra *Del Contrato social*⁴³. Al revisar el texto completo, justo antes de que fuera editado, vio que algo faltaba y comenzó a escribir por el reverso de las páginas del capítulo sobre el Legislador. Estas correcciones corresponden a lo que se convirtió en el último capítulo del libro *De la religión civil*. Después volverá a reescribir el libro completo hasta su forma definitiva.

En ese capítulo Rousseau advierte la necesidad de lo que llama una profesión de fe puramente civil, entendida como «sentimientos de sociabilidad», sin los cuales es imposible ser un buen

41. E. Cassirer: «Das Problem Jean-Jacques Rousseau», en *Archiv für Geschichte der Philosophie*, Band XLI, 1932. p. 23.

42. Cfr. E. Bloch: *Derecho natural y dignidad humana*, trad. de F. González Vicen, Aguilar, Madrid, 1980, p. 64.

43. La primera versión de su obra *Del Contrato social* se conoce como el manuscrito de Ginebra.

ciudadano⁴⁴. Se da cuenta de que no basta el mero cálculo de intereses: acceder a cumplir las leyes legítimas porque son expresión del interés común, de la voluntad general, y en ella se incluye también mi propio interés. Se requiere algo más: la fuerza del sentimiento, el sentimiento de ciudadanía que caracteriza a la virtud política y que permite la superación del individualismo⁴⁵, o el sometimiento de los intereses personales al interés general de la sociedad.

Pero los problemas de este planteamiento son los siguientes: ¿Cómo hacer realidad el altruismo que me lleva a renunciar, en no pocas ocasiones, a mis intereses particulares, en aras del bien común? ¿Cómo conjugar deber e interés?⁴⁶ ¿Cómo llegar a adquirir el sentido del deber o los sentimientos de ciudadanía? Éste es el verdadero nudo gordiano de la concepción moral de Rousseau. La virtud política que Rousseau exige, llamada en otros momentos patriotismo, puede interpretarse como el *ethos* de Aristóteles, es decir, una especie de segunda naturaleza adquirida, que se ordena por el bien general, que se reconoce también como propio⁴⁷.

En la práctica totalidad de sus escritos políticos considera que la educación es el único instrumento que posibilita la adquisición de la virtud de ciudadanía. Esta dificultad plantea un interrogante más general: ¿Qué tiene entonces que ver la bondad, inclinación natural, con la educación para la virtud? Se trata además del viejo problema del *Protágoras* de Platón, si la virtud puede ser enseñada.

44. Esta profesión de fe civil coincide con la religión pragmática del Vicario saboyano (*Emilio, o De la educación*, libro IV).

45. Lo que en otros escritos llama amor propio o egoísmo.

46. Al comienzo del libro primero en su obra *Del Contrato social*, Rousseau advierte que tratará de conjugar lo que el derecho permite con lo que el interés prescribe, con el fin de que la justicia y la utilidad no se encuentren divididas. Por esta consideración del interés, se excluye el carácter puramente autónomo de la moral de Rousseau a diferencia de la kantiana.

47. A. Schinz ve también aquí la prudencia de Séneca y de los latinos.

De la bondad a la virtud

Para Rousseau la bondad es inclinación natural al bien, por el contrario, la virtud requiere esfuerzo. En sus últimas obras también distingue la bondad y la virtud:

El hombre que sólo sigue sus inclinaciones primitivas es naturalmente bueno, pero siguiendo sólo su instinto, escuchando sólo a su corazón y no a su razón, no conoce la virtud, que es trabajo y combate (*Rousseau, juez de Jean-Jacques*, II).

El ginebrino parece optar por la segunda, ya que, dada la complejidad del estado social, se requiere la fuerza que proporciona la virtud⁴⁸. Pero entonces, ¿qué queda de la bondad originaria, del sentimiento de piedad inscrito en nuestra naturaleza? El deber, ¿excluye la inclinación natural?

En algunas ocasiones, esa dualidad de tendencias es sentida por Rousseau con verdaderos tonos trágicos:

Lo que constituye la miseria humana es la contradicción que se encuentra entre nuestro estado y nuestros deseos, entre nuestros deberes y nuestras inclinaciones, entre la naturaleza y las instituciones sociales, entre el hombre y el ciudadano; convertid al hombre en uno y lo haréis feliz tanto como lo pueda ser. Dadlo por completo al Estado o dejadlo por completo a él mismo, pero si compartís su corazón, lo destrozáis (*Fragmentos sobre la felicidad pública*)⁴⁹.

Sin embargo, no siempre hay que entender bondad y virtud como dos realidades absolutamente opuestas. El tránsito de una a otra puede analizarse en sus obras *La nueva Eloísa*, redactada en época de las *Cartas morales* y en el *Emilio*⁵⁰. En esta

48. La bondad pertenece al estado natural, como la virtud al social.

49. J.-J. Rousseau: *Fragments sur le bonheur publique*, en O.C., cit., vol. II, p. 581.

50. Publicada en 1762, como *Del Contrato social*, había trabajado en estas obras desde 1759.

última exponía su modelo de educación dirigido a conservar la obra de la Naturaleza, la bondad originaria del ser humano, protegiendo la pureza de los instintos primitivos. Lo que Rousseau llama educación negativa, es «negativa» desde el punto de vista del preceptor, porque no consiste en enseñar la virtud ni la verdad, sino en proteger al corazón del vicio y al espíritu del error, en el convencimiento de que los primeros movimientos de la Naturaleza son siempre rectos y de que no hay perversidad en el corazón humano⁵¹.

Esta inclinación natural por evitar hacer mal a otro (primera naturaleza), si se practica, alimentará y favorecerá la adquisición de una segunda naturaleza: la virtud, que exige fuerza para saber vencer y gobernar sobre tendencias encontradas⁵². Lejos del intelectualismo moral, en este punto Rousseau –como Aristóteles– considerará que la virtud es cuestión de práctica o de hábito. Ello no supone que Rousseau busque el justo medio, ni que renuncie a las pasiones al modo estoico (*areté* como apatía y autarquía). Como para Descartes, las pasiones son los principales instrumentos de nuestra conservación, por tanto, querer destruirlas es una empresa vana y ridícula. Todas pueden ser buenas cuando se las gobierna, y malas si nos esclavizan⁵³. Precisamente, la virtud es una pasión capaz de dirigir a las demás (*La nueva Eloísa*, IV, XII) y permite:

... reinar sobre el propio corazón, mantener todas las pasiones bajo un yugo, sobre el que no tiene ningún poder ni el interés personal ni los deseos sensuales, y que, ya sea en público, ya sea en privado y sin testigo alguno, se hace en todo momento sólo lo que es justo y honesto (*Rousseau, juez de Jean-Jacques*, II).

51. *Emilio, o De la Educación*, O.C., libro II, p. 113.

52. *Ibid.*, libro IV.

53. En este punto, desarrollado sobre todo en el libro IV del *Emilio, o De la educación*, coincide con la concepción cartesiana de las pasiones. Cfr. Carta de Descartes a la princesa Elisabeth, mayo de 1646: «Sólo los deseos superfluos y los malos necesitan ser controlados. Los que tienden al bien son, a mi juicio, tanto mejores cuanto más grandes».

En definitiva, la bondad moral sería una predisposición favorable al ejercicio de la virtud, y sólo esta última constituye lo que Rousseau llama el ser moral del hombre. Así el preceptor del *Emilio* protegerá la bondad natural del niño, la desarrollará y reforzará, con el fin de que una vez que el niño se convierta en adulto, fuerte y autónomo, pueda elevarse al nivel superior de la virtud. Emilio, de niño, será bueno sin saberlo y sin esfuerzo aprenderá a hacer el bien. Esta práctica le permitirá más tarde, ante la adversidad, seguir obrando bien: porque fue bueno y fuerte, llegará a ser virtuoso. La virtud corona la bondad natural y designa la fuerza de la voluntad moral, el esfuerzo moral que equivale a lo que en Kant hace posible el acto moralmente bueno. En este sentido E. Cassirer considera que la noción de la bondad natural en Rousseau no designa tanto un estado de hecho, como la orientación fundamental de la voluntad humana hacia el bien y el reconocimiento de una ley moral.

Una moral estética

El ideal humano de Rousseau es la reconciliación del ser físico con el ser espiritual, de la razón y la naturaleza, de las inclinaciones naturales con la moral. Por este motivo, puede hablarse de una moral estética, ya que las dos dimensiones del ser humano –la física y la moral– deben participar. Para Rousseau el bien existe, y los caminos para llegar a él pueden ser múltiples (inclinación natural= bondad, o esfuerzo= virtud). Los protagonistas de *La nueva Eloísa* encarnan las diferentes opciones: Julia, la protagonista, representa la moral del corazón, basada en los sentimientos naturales; Wolmar la moral racionalista, y los dos llegan por distintos caminos al mismo lugar. En otros momentos, en los casos de conflicto de tendencias, no basta la bondad de Julia (inclinación natural) y se requiere su virtud (pasión dominante que gobierna sobre las demás). Las referencias a la bondad y la virtud en las *Cartas morales* tienen este

mismo sentido. Rousseau admira la bondad natural de Sofía que le permite alcanzar la virtud, la excelencia o la perfección⁵⁴.

Pero el ideal de Rousseau no es vivir en un continuo «estado de guerra», de contradicciones sólo resueltas por la ley moral, sino un cohabitar con distintas facetas, articulando los sentimientos y las razones, para arraigar las decisiones morales con el consentimiento de todo nuestro ser⁵⁵. La virtud es la respuesta ante la dualidad de intereses, la escisión o el conflicto de tendencias internas, y asegura el precario equilibrio que nace de la tensión, posibilitando el difícil gobierno de uno mismo. Sólo así se alcanza la auténtica libertad. Como enseña el preceptor a Emilio: «hasta ahora, sólo eras libre en apariencia [...] Ahora sé libre en efecto, aprende a ser tu propio maestro [...] Emilio, y serás virtuoso» (*Emilio*, II).

Por tanto, la virtud es una especie de sabiduría, un amor de sí, bien ordenado y dirigido, que, ante la multiplicidad de deseos, se inscribe, se arraiga, como un impulso vital hacia la unidad interior. Como en los estoicos, lo que importa es que las pasiones no destruyan ese equilibrio interior. Pero como una pasión sólo es vencida por otra pasión, ahora, el amor a la virtud otorga la fuerza suficiente para restablecer la unidad moral, siempre en peligro y siempre renaciente.

54. El sentido de «excelencia o perfección» es la significación originaria de *areté*, equivalente griego del latín *virtus*. *Areté* significa cualidad excelente. Procede del comparativo del adjetivo *agathós*, «bueno», que a su vez procede de la raíz *aga-* («lo mejor»), que se apoya en la partícula inseparable «ari-», indicadora de una idea de excelencia que está en la base de *aristos* (el superlativo de distinguido y selecto, que en plural era utilizado para designar la nobleza o la aristocracia).

Por tanto, significaba originariamente «excelencia o perfección de las personas o las cosas». Los griegos de la época de Homero hablaban de la *areté* como de una fuerza o una capacidad. Posteriormente, y debido a la influencia de Aristóteles, ese término pasó a traducirse habitualmente por virtud. (Cfr. A. Martínez Riu y J. Cortés, *Diccionario de Filosofía*, Ed. Herder).
55. Véase Ch. Taylor: *Sources of the Self*, Cambridge University Press, Fairfield, N. J., 1992, cap. 20.

Ésta es la concepción de la virtud-sabiduría, como la necesaria prudencia para dirigir la propia vida, como un ordenarse internamente⁵⁶.

La virtud es sólo la fuerza de cumplir el deber en las ocasiones difíciles; la sabiduría, por el contrario, es descartar las dificultades de nuestros deberes. ¡Feliz aquel que, contentándose con ser hombre de bien, se ha puesto en una posición que no requiera nunca ser virtuoso! (Carta de Rousseau al abate Carandolet, 6 de enero de 1764).

En otro plano, pero junto a ella, la virtud cívica es una llamada a ordenarse en la parte cuyo uso importa a la comunidad⁵⁷, con respecto a los intereses generales de la comunidad de la que se forma parte.

El ser humano cuya bondad originaria no se haya asfixiado por unas prácticas sociales injustas y corruptas (segunda *Carta moral*), sabrá ser virtuoso, gobernarse a sí mismo, y, en otro plano, referirse a intereses colectivos. Tanto la virtud sabiduría como la virtud ciudadana son entendidas con referencia a un orden, la primera como el esfuerzo por encontrar un orden interno, la segunda como la ordenación con respecto a lo general. En definitiva, siguiendo la doctrina clásica, la virtud es una cualidad de la voluntad que supone un bien para uno mismo o para los demás. Así, según esta concepción, el sentimien-

56. En su *Tratado de moral* (I, 2, 1), Malebranche consideraba que el amor al orden es la única virtud; es la virtud fundamental y universal, que convierte en virtuosas las costumbres o las disposiciones de los espíritus.

57. En el libro II de su obra *Del Contrato social*, Rousseau precisa lo que uno enajena por el pacto social: «todo cuanto uno enajena, por el pacto social, de su poder, de sus bienes, de su libertad, es sólo la parte de todo aquello cuyo uso importa a la comunidad, pero hay que convenir también en que sólo el soberano es juez de esa importancia.

Todos los servicios que un ciudadano puede rendir al Estado, se los debe tan pronto como el soberano los exija; pero el soberano por su parte no puede cargar a los súbditos con ninguna cadena inútil a la comunidad...» (O.C., libro II, p. 54).

to de ciudadanía no tiene por qué estar reñido con los intereses del ser humano, por mucho que en ciertos momentos Rousseau insista en su radical dualidad⁵⁸. La oposición de intereses del hombre y del ciudadano se acentúa cuando Rousseau dirige la mirada a las sociedades de su tiempo. Cuando piensa en el deber ser, la ruptura se atenúa.

Convertir a los hombres en consecuentes haciendo que sean lo que quieren aparentar y aparenten lo que son. Así habréis puesto la ley social en el fondo de sus corazones. Hombres civiles por su naturaleza y ciudadanos por sus inclinaciones, serán unos, serán buenos y felices; y su felicidad será la de la República (*Fragments sobre la felicidad pública*)⁵⁹.

El principio fundamental de toda vida social es la transformación del yo absoluto en un yo relativo. Es un principio de solidaridad que podría formularse del modo siguiente: no puedo querer mi propio bien sin querer al mismo tiempo el de los demás.

¿Qué es la razón práctica sino el sacrificio de un bien presente y pasajero a los medios para procurarse un día otros más grandes o sólidos, y qué es el interés, sino aumentar y extender continuamente esos mismos medios?⁶⁰.

El dominio de sí, por medio de la voluntad, por medio de la virtud, se convierte en la garantía del orden. Pero el sujeto nace, con su voluntad quebradiza, sobre el fondo de una ciudad en ruinas. Efectivamente, la libertad es la condición de po-

58. Son muchos los autores que insisten en la radical dualidad de intereses de Rousseau, en su escisión entre el hombre y el ciudadano. Entre ellos destacan P. Burguelin (*La philosophie de l'existence de J.-J. Rousseau*, Vrin, París, 1973) y B. Groethuysen (*J.-J. Rousseau*, Gallimard, París, 1983).

59. J.-J. Rousseau: *Fragments sur le bonheur publique*, en O.C., cit., vol. II, p. 581.

60. J.-J. Rousseau: *Rousseau, juez de Jean-Jacques*, en O.C., cit., vol. I, p. 432.

sibilidad de la vida moral, pero la libertad no es algo acabado. Está expuesta, inevitablemente, al error, la distorsión y la culpa, y nunca es absolutamente dueña de sí misma. Como sabía Kierkegaard, la libertad es la fuente más profunda de la angustia y la desesperación, al tiempo que abre las puertas a las esperanzas más sublimes.

Es la esperanza uno de los hilos conductores más interesantes del pensamiento y las obras de Rousseau, esperanza apasionada en los principios morales, en la universalidad de la ley moral, en la fuerza de la virtud, en las intenciones, y en la buena voluntad; aunque reconoce, con pesar, que cuesta poco seguir la doctrina y cuesta mucho practicar la moral (Carta de Rousseau a Charles Beaumont, 1763).

La segunda parte de este estudio y la correspondencia privada entre Rousseau y la condesa d'Houdetot, ilustrarán la tensión entre sus dichos y sus hechos, entre sus ideales y sus realizaciones, entre la autenticidad y el engaño.

Segunda parte:

La pasión de Rousseau por la condesa Sofía d'Houdetot

Rousseau escribió pocas obras pensando en una persona en particular. Sin embargo, las *Cartas morales* están inicialmente dirigidas a una persona por su nombre propio: Sofía, es decir, la sabiduría, nombre de buen augurio para su propósito: enseñar a vivir. Pero su amistad terminó y las Cartas no serán concluidas. Tampoco serán publicadas en vida, como parecía prever en una de ellas. Sin embargo, Rousseau no desaprovecha su creación. Años después, cuando decide resumir el núcleo de sus creencias, el texto que se conocerá con el nombre de la *Profesión de fe del Vicario saboyano*⁶¹, utilizará esas *Cartas morales*, incluso transcribirá algunos párrafos. No obstante, tachará el nombre de Sofía, que será sustituido por un título

61. Texto que incluirá en su *Emilio, o De la educación*, libro IV.

genérico: «querido amigo». De lo particular a lo general, Rousseau expondrá en los dos casos la fundamentación de sus convicciones. Otros muchos pasajes de las *Cartas morales*, los más personales, se perderán y sólo se explican con la lectura de las cartas privadas entre Rousseau y la condesa d'Houdetot.

La tensión entre vida y teoría que se encuentra en todo filósofo, es vivida, en muchos momentos, como tragedia por Rousseau, pues él mismo verá cumplido el dicho de que «aquel que no consigue vivir como piensa no encuentra más que desdicha», como puso en boca de uno de los protagonistas de *La nueva Eloísa*. Deberá renunciar a su pasión, y conformarse con una amistad que esperaba convertir en perfecta. Más tarde, ni siquiera la amistad pudo proseguir.

Llega así el momento de cambiar el rumbo de este estudio preliminar y presentar la historia de los protagonistas de un desencuentro.

LAS TRAMPAS DE LA MEMORIA

En los libros IX y X de las *Confesiones*, Rousseau nos detalla sus recuerdos sobre Madame d'Houdetot. Por desgracia, habían pasado más de diez años y, en otros lugares, Rousseau reconoce las dificultades que encuentra para reproducir con exactitud las cosas que le sucedieron. En el mismo libro IX, advierte a sus lectores:

Me han quedado pocos documentos ciertos de esta época [...] Incluso algunos de los que me han quedado son poco precisos en las fechas. Diderot no fechaba nunca sus cartas. Madame d'Épinay y Madame d'Houdetot tampoco fechaban las suyas, salvo el día de la semana [...] Cuando quise ordenar esas cartas en su orden, fue necesario indicar, tentativamente, fechas inciertas que no podía confirmar...

Primera cuestión a tener en cuenta: el propio Rousseau no está muy seguro de la cronología exacta de los hechos. Además, en otros escritos nos confiesa que a veces completaba las

lagunas de su memoria «con los detalles que imaginaba»: «... Me gustaba extenderme sobre los momentos felices de mi vida y, a veces, los embellecía con detalles [...] decía las cosas que había olvidado, como creía que debían de haber sido...» (*Las ensoñaciones del paseante solitario*, III). Y un tercer aviso: «algunas veces, también de modo involuntario, ocultaba el lado oscuro» (III). Dicho de otro modo, algunos recuerdos son reconstrucciones que no corresponden a la realidad con la exactitud de la que hace gala. Efectivamente, en los mismos libros IX y X de las *Confesiones* hay imprecisiones que pueden comprobarse por la correspondencia completa de esas fechas⁶². Además, en el caso de sus relaciones con Madame d'Houdetot, puede que Rousseau también hubiera considerado que podría comprometerla al revelar algunos datos. Cuando escribe sus recuerdos, Soffa tenía sólo treinta y nueve años, sus hijos habían crecido, y su marido proseguía su carrera. De hecho, ella aún vivía cuando muchos años después las *Confesiones*, en 1781 y 1788, salieron a la luz. Rousseau no dijo toda la verdad, que bien podía recordar a través de la copia de dos cartas (núms. 509 y 533) demasiado explícitas sobre su amor.

Pero hay otros recursos para completar la historia. Disponemos de otras versiones de los hechos: la de Diderot, a quien Rousseau había confiado, en su momento, su relación con Madame d'Houdetot; las *Memorias* de Marmontel (cap. VIII) y las de Madame d'Épinay⁶³, así como la correspondencia com-

62. Véase, E. Ritter: *Jean-Jacques Rousseau et Madame d'Houdetot, Annales de la Société Jean-Jacques Rousseau*, Ginebra, 1906. H. Guillemin: *Les affaires de l'Ermitage, Annales de la Société Jean-Jacques Rousseau*, 1942. También del mismo autor: *Un homme, deux ombres. (Jean-Jacques, Julie, Sophie)*, Éditions du Milieu du Monde, Ginebra, 1943.

63. Madame d'Épinay comienza a escribir sus *Memorias* en 1757. Cuando en 1771 se leen algunos capítulos de las *Confesiones* de Rousseau en los principales Salones de París, Madame d'Épinay hará intervenir a la policía. Piensa entonces que la obra de Rousseau alguna vez será publicada, y redacta los capítulos de sus propias *Memorias* donde da cuenta de su versión de los hechos, acaecidos entre 1757 y 1758.

pleta entre los diferentes personajes: Rousseau, Madame d'Houdetot, Madame d'Épinay, Diderot, Grimm y Saint-Lambert⁶⁴. Por tanto, vayamos completando el relato de las *Confesiones* para conocer una historia, donde los hechos se encabalgan para formar una maraña. Es hora de presentar a los diferentes protagonistas.

LOS PROTAGONISTAS DE LA HISTORIA

La condesa d'Houdetot

Élisabeth-Sophie-Françoise de Bellegarde nació en París el 18 de diciembre de 1730 y murió en 1813. Su padre era recaudador de impuestos. Su madre murió cuando ella tenía sólo diez años. Madame d'Esclavelles, tía de Sofía, se hizo cargo de su educación.

A los dieciocho años se casó con el conde Claudio d'Houdetot, de veintidós años, perteneciente a la Armada. El matrimonio fue convenido por la familia con gran rapidez, ya que apenas se conocían cuando se casaron el 10 de febrero de 1748. Las cartas de Madame d'Épinay⁶⁵, cuñada de Madame d'Houdetot, revelan que no toda la familia tenía clara la conveniencia de ese matrimonio. Con los peores presagios, escribía al respecto:

64. G. Streckeisen presentó la correspondencia entre Diderot, Grimm, Saint-Lambert, Madame d'Épinay y Madame d'Houdetot, en su obra *Jean-Jacques Rousseau, ses amis et ses ennemis*, París, 1895. Otros datos y cartas inéditas fueron dados a conocer por H. Buffenoir: *La comtesse d'Houdetot, sa famille, ses amis*, Calmann-Lévy, París, 1905. Los estudios posteriores de E. Ritter y H. Guillemin, antes citados, fijaron la cronología de los hechos, que no siempre es coincidente. Se ha seguido las fechas indicadas por R. Leigh en su edición crítica de la *Correspondance complète*, Institut et Musée Voltaire, Ginebra, 1967.

65. Madame d'Épinay era la mujer del hermano de Madame d'Houdetot.

Mimí⁶⁶ se casa; es un asunto cerrado. Se casa con M. el conde d'Houdetot, hombre sin fortuna, de veintidós años, jugador, feo como el demonio y poco destacado en su profesión. En definitiva, ignorado, y según todas las apariencias, hecho para serlo [...] No pararía de reírme, si no temiera el resultado de esta ridícula historia: la desdicha de la pobre Mimí. Tiene un alma tan noble, tan franca, tan honesta, tan sensible. Por otro lado, es lo único que me tranquiliza. Habría que ser realmente un monstruo para querer atormentarla⁶⁷.

El día de la boda es también descrito por Madame d'Épinay con los mismos tonos sombríos:

La boda se celebró ayer. Estuve por la mañana, cuando la novia se arreglaba. Estaba muy triste y lloró abundantemente. Me pidió que fuera todos los días a visitarla. No dejaré de hacerlo. Sé muy bien la necesidad que tiene ahora de mi presencia, en los primeros tiempos de su matrimonio, y sobre todo, de un matrimonio como el suyo⁶⁸.

Sin embargo, no todos los pronósticos se cumplieron. El conde d'Houdetot abandonó el juego y alcanzó el grado de lugarteniente general en 1770. Aunque ciertamente no proporcionó la felicidad a su mujer, se mostró bastante comprensivo con ella. Bien es verdad que el conde d'Houdetot mantenía una relación con una mujer casada desde antes de su matrimonio⁶⁹. Sentía afecto por Sofía y le dejó plena libertad de acción. Sabiéndose necesitado de indulgencia, se mostró tolerante con su mujer.

66. Nombre familiar de Madame d'Houdetot.

67. Cfr. H. Buffenoir: *La comtesse d'Houdetot. Une amie de J.-J. Rousseau*, Calmann-Lévy, París, 1901, p. 6.

68. *Ibid.*, p. 7. Precisamente la víspera de su matrimonio, Sofía se había encontrado en casa de Madame d'Épinay con Rousseau. Sin embargo, por aquel entonces no se pudieron imaginar la importancia que tendrían el uno para el otro años después.

69. Relación que duró cuarenta y ocho años, es decir casi toda su vida.

Hasta 1751 Madame d'Houdetot se resignaba al trato más amable que conyugal de su marido. Escribía poemas⁷⁰ y se entretenía, relacionándose con el círculo de amigos que se reunía en casa de su padre, M. de Bellegarde, y después en casa de su cuñada, Madame d'Épinay, primero en el castillo d'Épinay y más tarde en el castillo de la Chevrette, en el valle de Montmorency. Según diversos testimonios, Madame d'Houdetot era muy apreciada y su carácter e ingenio despertaban una simpatía generalizada. Buena conversadora, la fidelidad hacia sus amigos, su inclinación a ver el lado bueno de las cosas, su bondad y su alejamiento de la maledicencia provocó el que nunca tuviera enemigos.

... su imaginación era viva, su espíritu amable y su alma tierna. Descubría el mérito de las cosas y los seres humanos con una rapidez y sagacidad que parecían provenir del instinto⁷¹.

Tuvo tres hijos. El primero un niño, después parece ser que dos hijas, una de las cuales murió de niña. En 1751 conoció al marqués de Saint-Lambert y su relación duró cincuenta dos años, hasta que en 1803 éste murió.

Desde el principio, el conde d'Houdetot estuvo enterado de esta relación⁷². Una amiga de Sofía, la mariscal de Aubeterre, le puso sobre aviso. Quería hacer un favor al conde, pero éste se limitó a responder: «Sólo tengo el derecho a exigir que no escandalice con su conducta».

En la época en la que Rousseau se retira a l'Ermitage, Madame d'Houdetot residía en su casa de Eaubonne, a una hora an-

70. En el estudio de H. Buffenoir se incluyen cuarenta poesías de Madame d'Houdetot, O.C., cit., pp. 57-91.

71. Madame Suard: *Essais de mémoires sur Monsieur Suard*. (Cfr. H. Buffenoir, p. 206.)

72. En aquella época, donde tantos matrimonios eran convenidos, se pasaban por alto ciertas relaciones extraconyugales. Madame d'Épinay también tenía un amante. Un código no escrito admitía un adulterio siempre que fuera el «único e invariable». (Cfr. H. Guillemin, *Un homme, deux ombres...*, O.C., p. 87.)

dando desde l'Ermitage, y sólo media hora a caballo. Madame d'Épinay había mediado para que Sofía pasara temporadas en Eaubonne. En principio, el conde d'Houdetot quería que su mujer, siguiendo las costumbres de la época, se encerrara en su tierra natal, mientras él prestaba servicios en la guerra. La razón que había llevado a Madame d'Houdetot a escoger Eaubonne era que sus jardines lindaban con los de la casa de Saint-Lambert, donde descansaba cuando no estaba de servicio. Pero durante 1756 Saint-Lambert estaba de servicio en la Armada y el conde d'Houdetot también.

El marqués de Saint-Lambert (1716-1803)

Nacido en Lorena en 1716, había servido primero en las Guardias de Nancy. En 1748, gracias a sus dotes literarias fue admitido en el círculo del rey Estanislao, cerca de Cirey, donde conquistó a la marquesa de Châtelet. Diez años más joven que ella, primero se había convertido en su amigo, y después en su amante, usurpando el lugar que desde hacía años había ocupado Voltaire⁷³, que por aquel entonces tenía

73. La relación de Voltaire con la marquesa de Châtelet se inició en 1733, y duró dieciséis años. Émile de Châtelet era hija del barón de Breteuil, que había sido amigo de Voltaire. Nacida en 1706, se casó con el marqués de Châtelet a los diecinueve años de edad. Tras darle dos hijos se consideró libre para tener amantes. Destacaba por su inteligencia y se le reprochaba que «prefiriera el estudio de las ciencias más abstractas a un conocimiento más agradable». Madame de Châtelet sentía verdadera pasión por la geometría, lo que la llevó a recibir lecciones de Maupertius. Cuando Voltaire tuvo que huir, tras la publicación de las *Cartas filosóficas*, se refugió primero en Holanda y luego en Cirey, en Lorena, donde los Châtelet tenían un castillo. M. de Châtelet estaba a menudo ausente, sirviendo en el ejército. Voltaire y Madame de Châtelet seguían un estricto régimen de trabajo, ella dedicada a la física y la geometría, él a los poemas épicos. Puede consultarse el *Discurso sobre la felicidad* de Madame de Châtelet, en la edición de Isabel Morant, Cátedra, Madrid, 1997.

cincuenta años. Se cuenta que el mismo Voltaire les sorprendió una vez juntos. Después de organizar una escena de celos, pareció aceptar la situación. Sin embargo, las cosas se complicaron cuando Madame de Châtelet se quedó embarazada de Saint-Lambert. Para que el marido no sospechara, lo atrajo a su lecho, después de un intervalo de dieciocho años. Murió poco después de dar a luz una niña. Hay una anécdota que ilustra ese final. Al morir, se abrió un medallón que guardaba la marquesa de Châtelet. Voltaire y el marqués de Châtelet estaban presentes, y cada uno de ellos esperaba ver su retrato. Pero fue el retrato de Saint-Lambert el que apareció. Voltaire, resignado y triste, se cuenta que dijo al marqués: «He aquí una aventura que no nos hace honor ni a vos ni a mí». Después de esta muerte, que fue muy sonada y muy sentida por Voltaire, Saint-Lambert ganó cierta celebridad.

La historia de Saint-Lambert, aprendiz de poeta, parecía, por tanto, destinada a vincularse con los grandes personajes, y pasar por ello a la Historia. Ni Voltaire primero, ni Rousseau después, pudieron competir con él en sus amores.

En París se le consideraba un buen conversador, un cortesano filósofo y escritor valioso a pesar de que no tener una obra extensa. De modos elegantes, buena presencia y gusto exquisito, se dedicó a cultivar las letras para unir a su condición de hombre de espada la de poeta.

Abandonó la Lorena y obtuvo una comisión de coronel. Por aquel entonces se vinculó con Diderot, Grimm, Rousseau, y el grupo de los llamados nuevos filósofos. Colaboró en los tomos VI a X de la *Enciclopedia*. Sus artículos se referían a cuestiones militares y crítica de arte. En 1797 se reprodujeron estos artículos en la edición de sus *Obras filosóficas*, donde se incluían también sus poemas titulados *Las estaciones* y un *Catecismo universal*. El juicio de Marmontel sobre la personalidad de Saint-Lambert parece explicar su éxito:



El marqués de Saint-Lambert

Saint-Lambert tenía una gran educación, aunque un poco fría. En su conversación se detectaba un espíritu elegante y fino que se aprecia en sus obras. Sin ser de un natural alegre, se animaba con la alegría de los otros y en las conversaciones filosóficas y literarias nadie conversaba con una razón más sana y un gusto más exquisito que él⁷⁴.

Según esta descripción, no parece extraño que años después también Madame d'Houdetot se fijara en él. No fue algo pasajero, ya que la historia duró más de cincuenta años. En su vejez, Madame d'Houdetot aún le dedicaba poesías⁷⁵. A su muerte, Madame d'Houdetot mandó inscribir en su tumba el siguiente epitafio:

Jean-François Saint-Lambert, nacido el año 1716, el 16 de diciembre, de la antigua Academia francesa, militar distinguido, poeta y pintor de la Naturaleza, grande y sublime como ella, filósofo moralista, nos condujo a la felicidad a través de la virtud. Hombre de bien sin vanidad, y sin envidia: amó y fue amado, el mundo y sus amigos le perdieron el 9 de febrero de 1803. Aquella que fue durante cincuenta años su amiga hizo inscribir esta piedra en su tumba⁷⁶.

Saint-Lambert había mantenido una cierta amistad con Rousseau. En 1756, cuando Rousseau decidió dedicarse a estudiar las obras del abate B. de Saint-Pierre, Saint-Lambert intercedió ante el sobrino del abate para lograr los manuscritos originales. La lectura de la correspondencia entre Rousseau y Saint-Lambert no deja en buen lugar a Rousseau (527 y 534).

74. H. Buffenoir: O.C., p. 18.

75. La edad llega y el placer vuela,
pero mi felicidad aún no ha volado,
aún amo, y el amor me consuela... (Cfr. H. Buffenoir: O.C., p. 68).

76. H. Buffenoir: O.C., p. 216.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU: ANTES Y DESPUÉS
DE SOFÍA D'HOUDETOT

La historia previa. Teresa Le Vasseur

El primer encuentro de Rousseau con Madame d'Houdetot se produjo la víspera de su matrimonio. Diez años después, cuando Rousseau vuelve a tomar contacto con Sofía d'Houdetot por segunda vez, pronto pasará de una incipiente amistad a la pasión.

Pero, a los cuarenta y cinco años, Rousseau no era un primerizo. Después de su historia juvenil con Madame de Warens, su protectora primero y amante después, y sus aventuras con Mlle. de Larnage, la Padoana y la hija de los Klüpfel⁷⁷, conservaba su extraña relación con Teresa Le Vasseur, con quien se había vinculado cuando ella tenía sólo veintitrés años.

Teresa Le Vasseur

Desde 1749 vivía con Teresa, y le había prometido solemnemente, en un rapto de sinceridad, que jamás se casaría con ella, aunque tampoco la abandonaría. Con ella había tenido cinco hijos. Uno detrás de otro fueron abandonados en el Hospicio⁷⁸. Rousseau cumplió su promesa y Teresa no fue literal-

77. Había también otras damas con las que había tratado de iniciar un romance, pero que no le habían prestado demasiada atención: a los dieciséis años, en Turín con Mademoiselle de Breil; a los treinta años, en Lyon, con Madame de Mably; más tarde, en París, con Madame Dupin.

78. Este hecho fue dado a conocer públicamente por Voltaire en el libelo anónimo *El sentimiento de los ciudadanos* (1765), con el fin de desacreditar al autor de *Emilio, o De la educación*. Rousseau se decide entonces a escribir las *Confesiones*, proyecto para el que se preparaba desde 1759.

mente abandonada. La mantuvo muy cerca de él. La realidad es que Teresa le resultaba muy útil: era una gobernanta ordenada y meticulosa, y así la describe en su correspondencia. Excelente cocinera, confiaba plenamente en ella, porque se sentía muy unida a él, «de un modo casi animal», llega a decir. Teresa le cuidaba de todos sus males, le preparaba las sondas; era, en fin, también, su enfermera personal. Con tales títulos, no es de extrañar que Teresa le resultara insustituible, aunque a cambio Rousseau tuviera que vivir con la madre de Teresa. Los filósofos la criticaban. La describen como: «bruta, charlatana y mentirosa»⁷⁹. La descripción de Rousseau en las *Confesiones* es algo más benévola:

Al principio, intenté formar su espíritu. Perdí el tiempo. Su espíritu lo hizo la Naturaleza. La cultura y los problemas no arraigan en él [...] nunca supo leer, aunque escribe pasablemente [...] Me esforcé durante más de un mes en enseñarle las horas. Apenas las sabe, incluso ahora. Nunca ha podido seguir el orden de los doce meses del año y no conoce ni una sola cifra, a pesar de todo el cuidado que puse en enseñárselas. No sabe contar el dinero, ni el precio de cosa alguna. Al hablar, la primera palabra que se le viene a la boca, a menudo es la contraria de la que quiere decir...

... Pero esta persona tan limitada y, si se quiere, tan estúpida, es capaz de dar un consejo excelente en las situaciones más difíciles... (Libro VIII).

En 1758, cuando cree que va a morir debido al agravamiento de su enfermedad, realiza un testamento donde deja los muebles a Teresa y reconoce que le debe trece años de paga por sus servicios. Se casará con ella en 1768, cuando a su vez Teresa le haya traicionado y quiera dejarle. Rousseau confiesa entonces que ese tardío matrimonio no cambió las relaciones puramente «fraternales» que mantenían desde hacía trece años (Carta a Mlle. Delessert, agosto de 1768) y que, a pesar del

79. Cfr. H. Guillemin: O.C., p. 149.

buen carácter de Teresa, nunca fue capaz de sentir amor hacia ella (libro IX).

Por contraste, hablará de Madame d'Houdetot como el único y auténtico amor de su vida.

El escenario. Su vida en l'Ermitage

En los diez años transcurridos desde que el filósofo viera por primera vez a Madame d'Houdetot, él se había hecho célebre como escritor con lo que habrían de considerarse sus obras de denuncia: el *Discurso sobre las ciencias y las artes*, y el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Para dedicarse por completo a la creación de su sistema y de su obra, en la primavera de 1756, el 9 de abril, se retiró a una propiedad perteneciente a Madame d'Épinay: l'Ermitage, a tan sólo cuatro leguas de París, en plena naturaleza y lejos de la civilización. Ahí pensaba poner en consonancia su vida con sus ideas.

Nada más llegar, el 13 de abril, escribe a Madame d'Épinay: «acabo de pasar los días más tranquilos de mi vida [...] Saboreo la belleza de mi habitación y los encantos de una entera libertad [...] Mis amas de llaves⁸⁰ se acostumbran aquí casi tan bien como yo, y mejor que mi gato» (Carta núm. 405)⁸¹. Una semana después escribe: «mi estancia me gusta cada vez más. Vos o yo cambiaremos mucho o no saldré nunca de aquí» (Carta núm. 407, 19 de abril de 1756)⁸².

Sin embargo, a pesar de los pronósticos sólo permanecerá en l'Ermitage veintiún meses: del 9 de abril de 1756 al 15 de diciembre de 1757.

80. Se refiere a Teresa Le Vasseur y a su madre.

81. J.-J. Rousseau: *Correspondance complète*, edición crítica establecida y anotada por R. A. Leigh, Institut et Musée Voltaire, Ginebra, 1967, vol. V, p. 1. El número de las cartas que aparezcan citadas se referirán a esta edición. Muchas de ellas aparecen traducidas en este libro.

82. Efectivamente, mucho cambiaron las cosas, pues después de un año y medio, en pleno invierno, Rousseau abandona l'Ermitage, al tiempo que su amistad con Madame d'Épinay.

Ahí, en «ese refugio agradable y solitario»⁸³, dueño de dejar transcurrir sus días en esa vida independiente, para la que se sentía haber nacido, en pleno contacto con la Naturaleza, abandonadas sus pretensiones en el teatro y la música, se dedicaba a varios proyectos, dignos de alguien como él interesado por la felicidad pública. Entre ellos, el más antiguo era las *Instituciones políticas*, obra que estimaba absolutamente necesaria, en la medida en que creía que ningún pueblo sería solamente lo que la naturaleza de su gobierno le permitiera ser. Otro proyecto más reciente era el extracto de las obras del abate de Saint-Pierre. Después llamará al resultado de ese estudio *Proyecto sobre la paz perpetua*. Además, meditaba sobre una tercera obra, un libro, a su juicio, verdaderamente útil. Su título era *Moral sensitiva o el materialismo del sabio*. Ahí pensaba establecer el régimen exterior que podía mantener el alma «en el estado más apropiado para la virtud». Consistiría en establecer una ascesis elemental, mediante la cual cada uno se situaría en tales disposiciones exteriores e interiores, que la práctica de la virtud resultaría algo natural. Por último, pensaba desde hacía tiempo en un sistema de educación. Este último proyecto será el único que con el tiempo llevará a término.

Su convivencia con Teresa, después de doce años, le hacía sentir que se conocían demasiado para tener nada que enseñarse. Al tiempo, la familia de Teresa, en especial su madre, le creaba continuos problemas, llegando incluso a contraer deudas en su nombre.

Como contrapartida, Madame d'Épinay se preocupaba por hacer su estancia lo más grata posible. Le enviaba a su jardine-

83. El nombre de la casa: *L'Ermitage*, es decir, el retiro (en el francés de la época se escribe *Hermitage*), describía muy bien las condiciones de aquel lugar. Allí podía cómodamente pasear por los bosques. Salía todas las tardes, provisto de su libreta y su lápiz, pues sólo podía pensar «al aire libre». Las mañanas las dedicaba a copiar música, oficio que consideraba poco brillante y lucrativo, pero seguro, y que le permitía escribir con independencia, sin pensar en el éxito.

ro, le facilitaba muebles, papel para escribir, ropa para la casa... También se ocupaba de que su retiro no se convirtiera en clausura, y aunque no tardará en llamarle «su oso ermitaño», le invita a las recepciones que organiza en la Chevette. Allí se encontró en varias ocasiones con Madame d'Houdetot, pero no ocurrió nada digno de mención.

Una vez terminado su trabajo con las obras del abate de Saint-Pierre, en la incertidumbre de la tarea a proseguir, Rousseau comienza a pensar en sí mismo. En el mes de junio se siente en el declive de la edad, sin haber dado «rienda suelta a los sentimientos que anidaban en su corazón»:

... devorado por la necesidad de amar, sin jamás haberla podido satisfacer, me veía llegar a las puertas de la vejez y morir sin haber disfrutado de ella (*Confesiones*, libro IX).

En definitiva, sentía que «había pasado el tiempo del amor». Ante la imposibilidad de alcanzar los seres reales, imaginó un mundo ideal, poblado de seres conformes a sus deseos. Creó criaturas perfectas, tanto por su belleza como por sus virtudes, amigos fieles, como nunca los había encontrado. Pensaba describir un nuevo concepto de felicidad, alejado de las concepciones sensualistas de la época. Ahora la felicidad sería consecuencia de la virtud. Así pasaban las horas.

Durante el verano, su estado de salud empeora, apenas puede caminar y tiene que recluirse en su casa. Recibe entonces una obra del afamado Voltaire: *El Poema sobre la ley natural*, acompañado por otro poema: *Sobre el desastre de Lisboa*. Rousseau responderá, no de un modo público, sino mediante una carta privada fechada el 18 de agosto de 1756, pues considera que Voltaire, a quien llama «maestro», aborda un problema que le es muy cercano: el problema del mal⁸⁴. Voltaire no era un adversario fácil, pero Rousseau no admite su exceso de

84. Véase: *Voltaire-Rousseau: en torno al mal y la desdicha*, edición de Alicia Villar, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

pesimismo, su desesperación casi inhumana. No era ésa la respuesta ante el mal, pues él sufría demasiado como para que también se le privara de toda esperanza. El fin de esa carta resulta suficientemente explícito: «la esperanza todo lo embellece».

Después de ese paréntesis, siguió sus ensoñaciones sobre amores fantásticos. Los protagonistas de lo que sería su futura novela, después conocida como *La nueva Eloísa*⁸⁵, comenzaban a perfilarse. Se imaginó dos amigas, una prudente, otra débil, una ardiente, la otra cariñosa. Una de ellas, Julia, tenía un amante: Saint-Preux, su preceptor. Rousseau se identificó con este personaje. Julia y Saint-Preux no podían casarse. Los padres de Julia habían convenido su matrimonio con un noble: Wolmar. Comenzó a pensar en un lugar idílico, llamado Clarens, cerca de un lago, donde vivirían los protagonistas. Julia y Wolmar se casaban y, pasados los años, llamaban a Saint-Preux como preceptor de sus hijos. Los tres eran capaces de convivir como amigos. Al final, sintió la necesidad de expresar en el papel algunas de las situaciones que imaginaba, a modo de cartas, dando «salida al deseo de amar [...] por el que me sentía devorado» (*Confesiones*, libro IX).

En este momento vuelve a hacer su aparición la condesa d'Houdetot. La realidad avivó la ficción, pero la ficción también avivó la realidad. Las veces que había coincidido con ella en la Chevette no se había fijado especialmente en ella. Ciertamente, le había parecido muy amable y, al tiempo, interesada por él. Conocía sus relaciones con Saint-Lambert, con quien Rousseau había tenido trato. Durante el invierno, un día recibió su visita. Al parecer fue a verle a L'Ermitage para llevarle noticias de M. de Gauffecourt, un amigo común, que estaba

85. Publicada en 1761, *Julia o La nueva Eloísa* será una de las obras por la que Rousseau obtendrá más fama en vida. Se publicaron más de cien ediciones desde 1761 hasta fines del siglo XVIII. Su influencia alcanzó a los románticos alemanes y franceses, así como a autores posteriores de la talla de Stendhal, Balzac, Flaubert y Proust.

muy enfermo en París⁸⁶. La Carta núm. 465 recoge ese encuentro. Rousseau, cuando redacta los libros IX y X de las *Confesiones*, doce o trece años después de ese momento, la recordaba en los siguientes términos:

Recibí una visita de Madame d'Houdetot, la primera que me hizo en su vida, pero que desgraciadamente no fue la última, como se verá después [...] Esta visita tuvo un aire novelesco. Ella se había perdido en el camino [...] Su carroza se enfangó [...] ella quiso bajar y realizar el resto del camino a pie [...] Se hundió en el barro [...] Finalmente llegó a l'Ermitage [...] en el aire resonaban sus carcajadas, a las que se unieron las mías al verla llegar. Hubo que cambiarla de arriba abajo. Teresa la arregló y la animé a que olvidara su posición y se vistiera con ropas rústicas, con las que se encontró muy bien. Era tarde y la visita duró poco, pero el encuentro fue tan divertido, que pareció muy dispuesta a repetirlo⁸⁷.

Después de un invierno tranquilo, con la llegada de la primavera, en 1757 Rousseau había adelantado su novela *Julia o La nueva Eloísa*. Redactaba con especial cuidado y empleaba hilo de plata para encuadernar los legajos, y tinta de oro para escribir los títulos. Julia y Saint-Preux, los protagonistas, cada vez le parecían más reales. Julia representaba la bondad originaria. La estética de una nueva ética también comenzaba a cobrar vida.

Por la misma época, tuvo lugar la segunda visita de Madame d'Houdetot, con el mismo aire novelesco de la primera :

Vino a L'Ermitage a hacer una nueva excursión. En esta ocasión vino a caballo y vestida de hombre. Aunque no me gustan esas mascaradas, me impresionó su aire novelesco [...] y en esta ocasión sen-

86. En la Carta de Rousseau a Saint-Lambert (núm. 527), le comenta que «desde hacía cuatro años le ofrecía visitar su casa, sin que jamás hubiera aceptado», por tanto fue esa visita inesperada la que hizo despertar su interés por Madame d'Houdetot.

87. Esta visita puede que tuviera lugar en pleno invierno, durante el mes de enero o febrero, como se muestra por una carta posterior a Madame d'Épinau. (Cfr. E. Ritter: *J.-J. Rousseau et Madame d'Houdetot...*, O.C. p. 20.)

El amor. Fue el primer y único amor de toda mi vida, y sus consecuencias lo harán siempre memorable y terrible en mi recuerdo... (*Confesiones*, libro IX).

Rousseau tenía cuarenta y cinco años, su amiga veintiséis, Teresa treinta y cinco. Durante la primavera y el verano se fue fraguando su pasión, que durará más de un año.

Del amor a la amistad. Encuentro y desencuentros

El domingo 22 de mayo, ella le invita a su casa, en Eaubonne (Carta núm. 505). Le advierte que estará sola, pues sabe que a Rousseau, «el oso ermitaño», no le gusta la compañía. Madame de Blainville, la hermana de su marido, que habitualmente vive con ella, no estará. Es una de las primeras cartas que se conserva. La mayoría de las que se escribieron desde aquella fecha hasta el mes de septiembre fueron después destruidas. Afortunadamente, Rousseau conservó el borrador de algunas de ellas. Otras no las llegó a enviar. Por su parte, Madame d'Houdetot también conservó algunas.

Desde el momento en que Rousseau advierte que la sola presencia de Madame d'Houdetot le «hace temblar» se pregunta cómo comportarse con ella. No se siente capaz de ocultar sus sentimientos. Decide que permitirá que ella adivine lo que le sucede. A principios del mes de julio de 1757, la pasión de Rousseau parece desbordarse: «... empiezo a sufrir el efecto de las agitaciones terribles que me hicisteis sentir durante tanto tiempo...» (Carta núm. 509).

¿Qué es lo que veía Rousseau de especial en Madame d'Houdetot? No era, desde luego, su aspecto físico. Su descripción en las *Confesiones* no deja lugar a dudas, y viene a coincidir con otros muchos testimonios de la época⁸⁸:

88. Véase el estudio de H. Buffenoir: *La comtesse d'Houdetot, une amie de J.-J. Rousseau*, O.C., cap. V: «Jugements portés sur Madame d'Houdetot...», pp. 195-233. Todos los diversos testimonios coinciden en señalar tanto su falta de belleza, como su ingenio y buen carácter.

La condesa d'Houdetot rondaba la treintena, y no era hermosa. Tenía marcas de viruela en la cara, su tez no era tersa, era miope y tenía los ojos un poco redondos. Pese a todo, tenía un aspecto joven y su fisonomía, a la vez viva y dulce, era cariñosa. Tenía una mata de largos cabellos, negros y espesos, naturalmente rizados [...] Era de talla menuda, y ponía en todos sus movimientos torpeza y gracia a la vez. Era de un ingenio natural y muy agradable. La alegría, el atolondramiento, la ingenuidad se armonizaban felizmente en ella [...] Tenía diversas habilidades agradables: tocaba el clavicordio, bailaba bien y componía versos bastante bonitos. En cuanto a su carácter, era angelical; el fondo lo constituía la ternura de su alma; pero además de la prudencia y de la fuerza, reunía todas las virtudes [...] no conocía el odio en su corazón, y ello contribuyó a que me enamorasé apasionadamente de ella [...] En las confidencias de la amistad, no la oí hablar jamás mal de nadie [...] (libro IX).

De los tres nombres de la condesa d'Houdetot: Isabel, Sofía, Francisca, Rousseau escogerá el segundo: Sofía; nadie la llamaba así. Pero para él Sofía es «un nombre de buen augurio». Sofía, es decir, la sabiduría, el conocimiento y la imagen del bien. En ella ve el conjunto de todas las virtudes. Y sobre todo Madame d'Houdetot tenía una virtud que a él le faltaba especialmente: sabía ver el lado bueno de las cosas.

... Vino, la vi; yo estaba ebrio de amor sin objeto. Vi a mi Julia en Madame d'Houdetot, y muy pronto no vi más que a Madame d'Houdetot, pero revestida de todas las perfecciones con que acababa de adornar el ídolo de mi corazón. Para remate me habló de Saint-Lambert como de un amante apasionado [...] Sin que ella se diese cuenta me inspiró por ella misma todo lo que ella manifestaba por su amante... (libro IX).

Madame d'Houdetot visitaba a Rousseau buscando su amistad. El mismo Saint-Lambert, que admiraba a Rousseau como filósofo, le había animado a ello. Pero Rousseau necesitaba su amor, no sólo su amistad, aunque sabía que Sofía le estaba vedada. Más de lo que Julia significaba para Saint-Preux, ese pobre preceptor, fruto de sus ficciones, cuya histo-

ria contaba a Sofía. La realidad era que Madame d'Houdetot era noble, mujer de un conde y amante de un marqués. Cometía adulterio, situación frecuente en la sociedad de aquel tiempo, que Rousseau había condenado reiteradamente. Sin embargo, para él, conocido como el defensor de la virtud, Sofía era sólo una víctima más de las modas de la época, de las costumbres que la rodeaban. Porque a pesar de ello, a su juicio, ella era capaz de reunir todas las virtudes. En febrero de 1758, cuando Rousseau le envía parte de su obra *La nueva Eloísa*, ella le confiesa que se reconoce perfectamente en toda la primera parte: «tus deseos vencidos serán la fuente de tu felicidad» (Parte 1.^a, IV). Saint-Preux y Rousseau tampoco debían de andar muy lejos. Saint-Preux decía en varios momentos de la obra: «cuando comencé a amaros estaba muy lejos de conocer todos los males a los que me arriesgaba» (Parte 1.^a, III). «Atormentado por una pasión que no podía ni soportar ni vencer, ¿era yo quien pensaba ser?» (Parte 3.^a, XIX). «Desgracia para aquel que predica una moral que no quiere practicar» (Parte 1.^a, XXIV). A veces, leían juntos pasajes enteros.

A pesar de no compartir sus sentimientos, ella no quiso perderle como amigo. La decisión que tomó Sofía fue la de generosidad y prudencia, según los términos del mismo Rousseau en las *Confesiones*, y de verdadera paciencia según se desprende de la lectura de las cartas («alguna vez me reprochasteis crueldades refinadas». Rousseau a Sofía, octubre de 1757, Carta núm. 533.) No podía alejarse bruscamente de Rousseau, sin contar el motivo a Saint-Lambert. Con ello habría expuesto a los dos amigos a la ruptura. Al comienzo, sintió lástima de la locura de Rousseau, y le escuchaba. No siempre le ahorraba reproches. Le recordaba su deber, adoptando el tono de la amistad. En algunas ocasiones, incluso subrayaba la diferencia de edad y reclamaba de él los sentimientos que pudiera tener un padre. Además, le hablaba continuamente de su amor por Saint-Lambert. Las visitas se sucedían. Rousseau le exigía pruebas de que no se burlaba de él y sufría por su amor no

compartido. Sofía se dejaba querer, y en las cartas, casi diarias, que en aquella época escribía a Saint-Lambert, para evitar mentir, no citaba a Rousseau.

Yo habría podido cometer el crimen; mil veces lo cometí en mi corazón; pero envilecer a Sofía, ¡nunca! Se lo dije mil veces. Aunque hubiese sido dueño de satisfacerme, aunque su propia voluntad la hubiese puesto a ella a mi discreción, excepto algunos momentos de delirio, yo habría rehusado ser feliz a ese precio. La amaba demasiado...

En esta situación, según el testimonio de las *Confesiones*⁸⁹, y confundiendo ficción con realidad según algunos intérpretes, llegan, en uno de sus paseos, a un bosque adornado con una cascada. Bajo una acacia, él le vuelve a confesar su amor. Llorando, Sofía reconoce que jamás ha tenido un enamorado tan tierno (Carta núm. 533), pero insiste en su amor por Saint-Lambert y en que no puede amar a los dos a la vez.

Durante tres meses, Rousseau se sintió preso de una agitación cada vez más intensa. En algunas ocasiones puede que arrancara algo más que comprensión de Sofía: «no te recordaré lo que ocurrió en tu jardín, o en tu habitación...» (Carta núm. 533) y, años después, recuerda esos tiempos como de los más felices de su vida.

En aquella situación, un malentendido ajeno a la historia, con Diderot⁹⁰, su más íntimo amigo desde hacía tiempo, incide en su alterado estado de ánimo. Madame d'Houdetot intercede. No son buenos momentos para Diderot. Tiene serios

89. Esa escena evocada en el libro IX parece haber sido escrita por Rousseau teniendo a la vista el borrador de la Carta núm. 530. Según H. Guillemin, Rousseau cedió aquí a sus inclinaciones novelescas, por tanto no tiene sentido alguno tratar de fechar ese episodio, seguramente imaginado. (Cfr. *Les affaires de l'Hermitage*, O.C.)

90. Diderot, en su obra *El hijo natural*, había incluido un comentario en el que Rousseau se sintió aludido: *Sólo el malvado está solo*.

problemas con motivo de la edición de la *Enciclopedia*, y anima a Rousseau a que vaya a visitarlo a París. El encuentro de los dos antiguos amigos hizo innecesarias las explicaciones. Rousseau confía de nuevo en su amigo y le cuenta además su historia con Madame d'Houdetot. Diderot le recomienda que escriba a Saint-Lambert de inmediato y le cuente toda la verdad. Rousseau no lo hará hasta mucho después y tampoco en los términos que Diderot le sugirió, lo que dará lugar en el futuro a nuevos equívocos (Carta núm. 527).

Estando en París, llegó Saint-Lambert, y los tres aprovecharon la ocasión para verse como buenos amigos: Rousseau, Saint-Lambert y Madame d'Houdetot. Saint-Lambert se comportó como un hombre noble y «juicioso». No sospechaba nada, y confiaba plenamente en los dos. Sus cartas posteriores demuestran esta condición (Carta núm. 534). Sin embargo, también se reserva sus pequeñas venganzas. En la Chevette, una noche Rousseau los reúne para leerles su carta a Voltaire, de la que tan orgulloso está y que, a pesar de que aún no ha sido editada, ya es famosa en algunos círculos. Saint-Lambert se duerme al poco tiempo, y acompaña con sus ronquidos la sentida lectura de Rousseau. El ginebrino ofrece al cielo la amarga herida en su amor propio.

Cuando Saint-Lambert se fue, Rousseau creyó que la situación podía mantenerse igual. Pero Sofía se mostró fría y distante. Las cosas no habían ido bien entre ella y Saint-Lambert. Él la había notado cambiada. Seguramente, sentía que le estaba ocultando algo que debía conocer. A partir de ese momento, Sofía evitó a Rousseau, le pidió que olvidara todo lo sucedido y que además le devolviera sus cartas. Ella no podía devolverle las suyas, ya que las había quemado. Rousseau lo dudaba. ¡No era posible quemar auténticas obras de arte! (*Confesiones*, libro IX).

Madame d'Épinay, cuyos testimonios han de ser interpretados con ciertas precauciones, recoge en sus *Memorias* el cambio de actitud de Sofía: «Desde hace algún tiempo, Ma-

dame d'Houdetot le hace saber a Saint-Lambert que Rousseau está loco. Debe de ser algo muy llamativo para que ella se dé cuenta»⁹¹. Más tarde, hacia el mes de agosto, le confiesa que «Rousseau la aburre filosofando sobre la moral, la virtud, el amor, la amistad [...] termina sus sermones provocándole escrúpulos sobre su amor ilegítimo...»⁹².

Con independencia de la exactitud de este testimonio, sí parece claro que la actitud de Sofía hacia Rousseau cambió. Evita encontrarse a solas con él, se muestra distante. Su paciencia y comprensión debió agotarse y el ginebrino, si no perdió la razón, sí perdió al menos los papeles.

A la vuelta de uno de los viajes de Madame d'Houdetot a París, Rousseau va a visitarla a Eaubonne y la encuentra muy alterada. Ha estado llorando: «Saint-Lambert está al corriente de todo [...] Hemos sido descubiertos». Ella le había ocultado su amor insensato y ahora urge romper toda clase de relación, para evitar cualquier equívoco. Él también cae presa del pánico. ¡Qué pensará de él Saint-Lambert cuando sepa que el predicador de la virtud, en quien confiaba como amigo, se ha enamorado de su amante, y ha querido cortejarla! Piensa en descubrir al calumniador.

Rousseau había estado tan ocupado en su pasión por Sofía, que no había advertido los comentarios que su actitud provocaba. Los demás, efectivamente, desde hacía meses habían comenzado a intuir algo más que amistad entre Rousseau y Madame d'Houdetot, lo que complicó las cosas.

Las *Memorias* de Madame d'Épinay precisan algunos datos sobre aquel verano:

... Mlle. Le Vasseur acaba de venir a verme [...] asegura que la condesa d'Houdetot va a visitar al eremita casi todos los días; deja a sus acompañantes en el bosque y se va sola [...] Mlle. Le Vasseur está muy celosa...

91. Cfr. H. Guillemin: *Un homme, deux ombres...*, O.C., p. 134.

92. *Ibid.*

... Rousseau no viene apenas a verme. Está permanentemente con Madame d'Houdetot...⁹³.

Madame d'Épinay, primero intrigada, después impaciente, finalmente acabó por sentirse molesta porque el filósofo, a quien consideraba uno de sus mejores amigos, sólo tenía tiempo para su cuñada.

Rousseau conoce entonces, por la propia Teresa, que Madame d'Épinay le había pedido a ella misma y a su madre las cartas de Madame d'Houdetot⁹⁴. Teme la reacción de Saint-Lambert, si la historia llega a sus oídos.

En este cúmulo de malentendidos, el día 31 de agosto tendrá lugar lo que Rousseau llamó el «día de las cinco notas», verdadero juego de despropósitos. De regreso de París, Madame d'Épinay esperaba ver a Rousseau en la Chevrette, pero Rousseau no hace acto de presencia porque se siente traicionado. Le envía una primera nota. Rousseau le responde que aún no puede decir nada, pero confía en que la inocencia que ha sido insultada encontrará un defensor que hará arrepentirse a los calumniadores. Madame d'Épinay responde con otra nota que no entiende nada, ¿está enfadado con ella?, ¿cuál es el motivo? Nueva nota de Rousseau. Segunda nota de Madame d'Épinay, segunda carta de Rousseau. En la última nota, Madame d'Épinay cita a Rousseau por la noche; si no accede, ella misma se ofrece a visitarle en L'Ermitage. Todas estas notas son transcritas en las *Confesiones* (libro IX). Finalmente, Rousseau decide ir a visitar a Madame d'Épinay para aclarar definitivamente las cosas. Madame d'Épinay le recibe con los brazos abiertos, llorando, según la versión de Rousseau. La versión de Madame d'Épinay en sus *Memorias* es la contraria: Rousseau desesperado se arrojó literalmente a sus

93. Madame d'Épinay, *Mémoires*, II, p. 248. Cfr. *Annales de la Société J.-J. Rousseau*, Ginebra, 1906, p. 35.

94. Al parecer, Madame d'Épinay les ofreció refugio en su propia casa si decidían abandonar a Rousseau.

pies, reconociendo sus errores⁹⁵. Cenar juntos y las explicaciones no tienen lugar. Rousseau cree que el malentendido ha desaparecido.

El 1 de septiembre Rousseau vuelve tranquilo a L'Ermitage. Saint-Lambert no sabe nada. Pero Sofía sigue distante con él. Vuelven los celos. ¿Y si Saint-Lambert hubiera hablado con otra persona? Grimm está con él en Westfalia. Decide entonces que lo mejor es escribirle. Según R. Leigh el 15 de septiembre. No es ni mucho menos la carta sincera que Diderot le había recomendado escribir. La carta no tiene desperdicio, pues allí se queja de la frialdad incomprensible que Sofía muestra hacia él (Carta núm. 527). Pasan los días y no hay respuesta de Saint-Lambert. El 9 de octubre se organiza una fiesta en la Chevrette: fuegos artificiales y baile. Sofía y Rousseau acuden. A pesar de la frialdad de Sofía, Rousseau cree adivinar algo en su mirada. A los pocos días le escribe una nueva carta de amor (Carta núm. 533) que probablemente no llegó a enviar: «Ven, Sofía, deja que aflija tu corazón injusto...» Es de las pocas cartas de amor que se han conservado. Ahora sólo le pide un gesto de piedad.

Por esas fechas, recibe una nota de Sofía interesándose por su estado de salud. La respuesta de Rousseau no puede ser más lúgubre: «Estoy en mi retiro, en el único lugar en el que puedo sufrir. Estoy solo, olvidado de todos los que me son queridos. He dejado de vivir, pero respiro aún» (Carta núm. 535, 14 de octubre de 1757). No ha recibido respuesta de Saint-Lambert desde hace semanas. Piensa lo peor. Alguien habrá ido con otros cuentos. Todos le traicionan.

No sabe que Saint-Lambert está enfermo, víctima de una parálisis repentina. Sofía sufre por ello. Al saberlo, Rousseau se apiada de los dos. A los pocos días recibe la respuesta de Saint-Lambert (Carta núm. 534), fechada el 11 de octubre, un día después de recibir la carta de Rousseau de septiembre con mucho retraso, en Westfalia. Ahora, todo son buenas noticias:

95. Cfr. H. Guillemin, p. 162.

no está tan grave como pensaban. Además la carta rebosa cordialidad y generosidad, verdadera nobleza. Los equívocos parecen definitivamente aclarados. Rousseau decide por fin que no verá más que una amiga en Madame d'Houdetot. El 25 de octubre, Madame d'Houdetot cita a Rousseau en Eaubonne para despedirse, ya que regresa a París. Ese encuentro fue diferente a todos los demás. Ella misma se lo hizo saber en las cartas que siguen a esa despedida (núm. 546, del 26 de octubre). En realidad debió sentir que había terminado un mal sueño. Seguramente, en aquellos momentos nació el proyecto de las *Cartas morales*.

Al poco tiempo, se produce un suceso que acabará con la relación de amistad entre Rousseau, Madame d'Épinay y Grimm.

Grimm, amante de Madame d'Épinay y amigo de Rousseau⁹⁶ y Diderot, que conocía toda la historia entre Rousseau y Madame d'Houdetot, ponen en común sus informaciones. Rousseau no había escrito a Saint-Lambert en los términos sinceros que Diderot le había aconsejado⁹⁷. Se escandalizaron por la ingratitud de Rousseau hacia Madame d'Épinay, al querer seducir a su cuñada, Madame d'Houdetot. El predicador de la virtud y el paladín de las buenas costumbres, era un hipócrita que quería burlar además a su cándido amigo Saint-Lambert. Traman un plan para poner a prueba a Rousseau y al tiempo alejarle de Madame d'Houdetot. Animan a Madame d'Épinay a que realice un viaje a Ginebra, en el que desde hacía tiempo pensaba, para consultar al célebre doctor Tronchin sobre sus dolencias.

96. Melchor Grimm era amigo de Rousseau desde hacía ocho años. Compartían su afición por la música y ambos habían defendido la música italiana.

97. En aquella conversación Rousseau le había asegurado que escribiría a Saint-Lambert contándole la verdad. Sin embargo, la carta que Rousseau escribió a Saint-Lambert en octubre no tuvo nada que ver con los propósitos iniciales (núm. 527).

Rousseau, que se llama a sí mismo *ciudadano de Ginebra*, podría acompañarla mejor que nadie. Madame d'Épinay habla con Rousseau, le cuenta su decisión de viajar, y le pide que la acompañe. Hay muchas razones para ello: él podrá aprovechar para volver a su ciudad natal, para ver a Voltaire, que reside cerca de Ginebra, para conocer al célebre doctor Tronchin. Y sobre todo una razón no esgrimida: poner a prueba su amistad. Pero Rousseau teme al invierno y al viaje, debido a su propio estado de salud. No ve ninguna utilidad en que un enfermo acompañe a otro enfermo. No cree que su presencia sea necesaria, pues Madame d'Épinay irá acompañada de otros amigos. Diderot le escribe. A su juicio, Rousseau será acusado de ingratitud si no acompaña a Madame d'Épinay. Grimm toma claramente partido también a favor de Madame d'Épinay.

Para acabar de complicar las cosas, Grimm y Diderot ignoran que Teresa ha metido en la cabeza de Rousseau otra idea. El motivo secreto del viaje era el embarazo no deseado de Madame d'Épinay. Su doncella no hablaba de otra cosa. Por esta razón, quiere alejarse de París. Así evitaría habladurías sobre su estado, ya que algunos conocen sus relaciones con Grimm⁹⁸.

Rousseau se muestra inflexible: todos conocen su independencia, él no se dejará manejar. No tiene por qué ceder a un capricho, ni actuar de tapadera. Escribe a Diderot y a Melchor Grimm, sin desvelar la confidencia de Teresa. Su actitud le valdrá la ruptura de su amistad con los dos, que no ven más que ingratitud hacia una mujer que le había alojado y alimentado. Diderot y Grimm escriben a Rousseau unas cartas que él califica de «horribles». Siente que nadie le comprende⁹⁹.

Sofía le pide que se calme y, sobre todo, que no escriba a nadie (Carta núm. 561, 3 de noviembre). Tampoco debe pensar en abandonar L'Ermitage, pues todo el mundo se preguntaría la razón. Madame d'Houdetot intercede inútilmente ante su cuñada.

98. El hecho no está probado.

99. El 5 de diciembre Diderot visita a Rousseau en L'Ermitage.

Sin embargo, a primeros de diciembre Rousseau recibe noticias de Madame d'Épinay (Carta núm. 585). Se muestra extrañada de que él siga allí aún. Se acercaba el invierno y la gente comenzaba a abandonar el campo. Cuando el 15 de diciembre de 1757, en pleno invierno, Rousseau se ve obligado a abandonar L'Ermitage, sabe que ha perdido la cercanía con la residencia de Madame d'Houdetot, Eaubonne. Al dejar L'Ermitage, Rousseau también dijo adiós a «la pasión tal vez más viva que hombre alguno haya sentido jamás» y que le llevó a realizar «penosos sacrificios [...] al deber, al honor, a la amistad, y al amor.» En *La nueva Eloísa* Rousseau escribía:

El esfuerzo de corregir el desorden de nuestros deseos es casi siempre vano, y raramente es verdadero; lo que hay que cambiar, es menos nuestros deseos que las situaciones que los producen. Si queremos ser buenos, evitemos los obstáculos que nos impiden serlo (III, XX).

Así, si sus deseos no pueden cambiar, al menos cambiarán las situaciones que los producen. Éste es el contexto de las *Cartas morales*.

En busca de una transparencia total, olvida el amor, para no perder la amistad. Sueña con que su relación pueda convertirse en historia ejemplar, y, como los protagonistas de *La nueva Eloísa*, la felicidad pueda ser el resultado de la virtud. Ya no habrá rivalidad con Saint-Lambert, sino complementariedad. Decide que escribirá unas Cartas filosóficas a Sofía, expresión de sus convicciones más profundas.

LAS CARTAS MORALES A SOFÍA: SOBRE LA VIRTUD Y LA FELICIDAD

Después de recibir las cartas de Saint-Lambert a mediados de octubre, Rousseau se había convencido de que, definitivamente, no podía haber más que amistad entre Sofía y él. Lo único que ella siempre le ofreció. A partir de ese momen-

to, piensa que ha llegado su turno y debe actuar como un verdadero amigo. Hasta ahora sólo había dado problemas a Sofía, incluso había provocado sus remordimientos por su relación con Saint-Lambert. Demasiado tiempo habían hablado de él. En cambio, en otras ocasiones, habían mantenido conversaciones «filosóficas» sobre temas como la virtud, la felicidad, o la sabiduría. De hecho, Madame d'Houdetot siempre se había interesado por sus escritos, quería estar al corriente de todo lo que escribía e, incluso, le preguntaba por lo que llamaban «su catecismo»¹⁰⁰. En definitiva, le interesaba el filósofo que veía en él. No es de extrañar que él ahora la llame Sofía, y no Madame d'Houdetot como en sus cartas personales. Ella siempre le había llamado con el mismo nombre: *ciudadano de Ginebra*, título con él que firma sus obras.

El 26 de octubre ella le escribe: «Os animo a que prosigáis vuestros proyectos». Se pone manos a la obra. El 31 de octubre escribe a Madame d'Houdetot: «la virtud sublime y la sagrada amistad conforman el soberano bien del hombre y hay que intentar conseguirlo para ser feliz [...] Pienso sobre la moral, y pienso en vos...» (Carta núm. 554). El 5 de diciembre es más preciso: «Vuestras copias van adelante, aunque lentamente [...] Algunas veces, para entretenerme, pienso en nuestros principios de moral, y escribo algunas cosas sobre el papel. Así tengo el placer de ocuparme de vos durante todo el día» (Carta núm. 537).

Desde hacía un par de años, uno de sus proyectos era escribir una *Moral sensitiva o el materialismo del sabio*, proyecto abandonado por *La nueva Eloísa*. Lo menos que puede hacer

100. No sabemos a qué se refiere exactamente. En la carta de Rousseau a Voltaire del 18 de agosto de 1756, que ella había leído, Rousseau había sugerido a Voltaire la realización de una obra realmente urgente: el catecismo del ciudadano, quizá una introducción a la vida moral. Quizá a finales de 1756, Rousseau pensara en escribir él mismo ese catecismo.

él ahora es pensar con ella sobre asuntos de moral, así podrá lograr la transparencia¹⁰¹ total en sus relaciones, que hasta ahora había chocado con obstáculos insalvables.

Primera carta: a Sofía¹⁰²

Desde el primer momento Rousseau reconoce la deuda que ha contraído con Sofía: «Sin vos, habría estado perdido [...] Sois vos quien me obligó a vencerme [...] Habéis conservado mi alma» (primera de las *Cartas morales*).

Su firmeza, su amistad, le salvaron de sus extravíos. Ahora reconoce el mérito de lo que antes calificaba como crueldades. Quiere ayudarla, y hacerle olvidar las trampas tendidas tan sólo unos meses antes. Ello no significa que Sofía necesite lecciones de moral, al contrario: «Sofía, sed perfecta, como vos podéis serlo... La Naturaleza y la fortuna han hecho tanto por vos, que lo que os falta aún depende sólo de vuestra voluntad».

En realidad, el proyecto encierra una contradicción, pues por una parte Rousseau sublima su pasión por Madame d'Houdetot, personificación de la virtud, y redacta un himno en su honor; pero por otro lado no duda en ofrecer preceptos morales. Puede que en realidad, como señala A. Philonenko¹⁰³, el hilo conductor de las *Cartas morales* sea la vena del amor cortés: «No soy yo quien quiso que seáis la mejor; es la Naturaleza quien lo quiso». En este sentido, Sofía, sobre quien proyecta todos sus anhelos, no tendría necesidad de leer las *Cartas morales*:

101. Para el análisis de la búsqueda constante de la transparencia por parte de Rousseau véase el magnífico estudio de J. Starobinski: *Jean-Jacques Rousseau: la transparencia y el obstáculo*, Taurus, Madrid, 1983.

102. Los títulos de las cartas no son de Rousseau, que tan sólo las numerara. El título indicado expresa el contenido fundamental de cada carta a nuestro juicio.

103. A. Philonenko: *Jean-Jacques Rousseau et la pensée du malheur*, Vrin, París, 1984, vol. II, p. 250.

Junto a importantes verdades de las que sabréis hacer uso, encontraréis aquí errores involuntarios de los que vuestra rectitud de corazón y de espíritu sabrá curarme y preservaros. Examinad, discernid, escoged, dignaros a explicar las razones de vuestra elección y podréis obtener tanto provecho de estas cartas como su autor espera de vuestras reflexiones.

Así, al final de la carta primera, Rousseau reconoce que su pretensión es menos dar lecciones que hacer su profesión de fe. Quizá ese catecismo al que en otras ocasiones se habían referido: «Si alguna vez tomo con el tono de maestro que cree instruir, Sofía, vos lo sabéis, con este aire de maestro no hago más que obedeceros». Sofía representaba para él la bondad originaria que puede alcanzar la perfección de la virtud. Esa virtud, que él concebía como un combate frente a tendencias encontradas. De ahí que la propia Sofía viera su paralelo con Julia, la protagonista de *La nueva Elotsa*. Como Julia, Sofía puede coronar la bondad con la virtud.

Segunda carta: sobre la felicidad

El tema general de la segunda carta es enunciado desde el comienzo: «El objeto de la vida humana es la felicidad». La dificultad para Rousseau es la siguiente: ¿cómo es posible que buscando la felicidad se produzcan tantas desdichas, sufrimientos y fracasos? ¿Por qué vagamos de deseo en deseo, sin encontrar una regla invariable que nos oriente? Si la causa es incierta, el resultado es seguro: «... a falta de saber cómo hay que vivir, todos morimos sin haber vivido».

No es de extrañar que acto seguido Jean-Jacques se sumerja en un proceso de duda. Cita aquí a Descartes, pero pronto se distanciará de él. Coincide con Descartes en desdeñar las «sutilidades metafísicas» y el saber libresco. Pero Rousseau, a diferencia de Descartes, que busca la verdad, se interesa sobre todo por determinar nuestros deberes, por perfeccionar la tex-

tura moral de la conciencia, en tanto y cuanto la felicidad en él se confunde con la perfección ética¹⁰⁴.

En realidad, la segunda carta sigue la línea de su anterior *Discurso sobre las ciencias y las artes* (1749), arremetiendo contra tópicos de la época, que a su juicio no son más que prejuicios. Frente al culto a las luces, frente a lo que se conoce con el nombre de arte de razonar, que no es, en realidad, más que su abuso, confía en la voz de la Naturaleza y en la bondad originaria del corazón humano (*Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*), pilares de su sistema.

A su juicio, la proliferación de los sistemas filosóficos es la maldición de Babel que también se cumple en la diversidad de religiones: «Oís discurrir en Persia un mulá, en China un barzo [...] ¿os sentiréis extrañada por la fuerza de la persuasión que cada uno de ellos sabe dar a su absurda doctrina?» Las propias convicciones nunca pueden edificarse en la tierra extraña de la opinión ajena: «Cuanto más se instruye uno menos sabe, y se sorprende de que, en lugar de aprender lo que se ignoraba, se pierde incluso la ciencia que se creía tener». De ahí el desprecio de Rousseau por el saber libresco, que anuncia las críticas de la carta tercera. Dado que cuanto más se profundiza, más se duda, y se pierde la ciencia que se creía tener, Rousseau pensará en lo que la vida y los libros le han enseñado, todo lo que su espíritu le propone, para confrontarlo con su sentimiento interior que será quien decida.

**Tercera carta: los límites de lo que podemos saber.
Contra el endiosamiento de una razón que se convierte
en déspota**

El conocido antiintelectualismo del Rousseau de los dos primeros Discursos vuelve aquí a estar presente. El comienzo de la tercera carta tiene un tono socrático: *no sabemos nada*, y

104. Cfr. A. Philonenko: O.C., p. 253.

pascaliano: *estamos arrojados a la aventura en este vasto universo*. Las discusiones de los filósofos, su falta de acuerdo, incrementan nuestra confusión. Mientras tanto, lo que más nos interesa es lo que menos conocemos: el ser humano.

Seguidamente, Rousseau reflexiona sobre los límites de nuestros conocimientos. La primera referencia se dedica a los sentidos: instrumentos aptos para conservarnos, pero limitados para instruirnos. La vista y el tacto, los dos sentidos que más nos sirven para la investigación de la verdad, con frecuencia no confunden. De ahí que, al faltarnos el asidero del razonamiento, la filosofía se pierda en ensoñaciones.

Descartes, queriendo cortar la raíz de todos los prejuicios, comenzó poniéndolo todo en duda. Partiendo de un principio indiscutible: *pienso, luego existo*¹⁰⁵, creyó encontrar la verdad pero sólo encontró mentiras. La certeza convertida en signo de verdad, también puede ser desmentida con posterioridad.

La prueba de ello es la obra de Newton que, en menos de una generación, hizo decir adiós a Descartes. ¿Por qué esperar que sus sucesores serán más afortunados? Así la física no es menos oscura que la metafísica, pues queremos explicarlo todo: alma, cuerpo, libertad, necesidad, pero nos topamos una y otra vez con lo incierto. Por tanto, las pretensiones de evitar el verbalismo de la escolástica conducen a su regeneración. La duda cartesiana fue radical, pero no definitiva.

Si la inteligencia especulativa no resuelve todos los problemas humanos, hay que dirigir el *pienso* a su destino práctico, pues de lo contrario terminamos por donde comenzó Descartes: «*pienso, luego existo*. He ahí todo lo que sabemos». Sólo el desarrollo moral del hombre, que afecta a nuestro destino directamente, es un asunto digno de toda la atención. Rousseau invita a reflexionar siempre que se reconozca que ni la lógica es soberana, ni que Fausto puede ganar la apuesta. Piensa que los errores de la vida humana se deben más que a fallos de

105. Esta fórmula recuerda a la de las *Meditaciones metafísicas* de Descartes.

cálculo lógico a una mala orientación de nuestras pasiones. En este punto difiere de Descartes, para quien en lo referente a las pasiones, conocer el mal es un principio de solución. Como se comprobará en las cartas posteriores, Descartes buscaba ser sabio, Rousseau ser bueno, virtuoso y prudente¹⁰⁶.

Cuarta carta: sobre la miseria humana

Cuanto más se analiza el ser humano más pequeño se le ve. Éste es el conocimiento del que se puede enorgullecer una sana filosofía. Aquí, Rousseau –como Pascal– ve la grandeza del hombre en la conciencia de la propia miseria.

En esta carta, dedicada a quebrar el orgullo del filósofo, Jean-Jacques advierte del peligro de considerar que el hombre es el rey del mundo, ya que esa devoradora sed de perfección y de felicidad puede conducir a cada uno a creer que los demás han sido creados para servirlo. El trasfondo de la carta es el progresivo distanciamiento que Rousseau siente por algunos filósofos, amigos de la *Enciclopedia*, cuyo ateísmo se funda en la orgullosa autosuficiencia del hombre. Este orgullo, a su juicio, puede justificar una carrera tras la fortuna sin trabas ni obstáculos¹⁰⁷.

Pero si el ser humano se envilece por un abuso de su razón¹⁰⁸, se puede elevar por el sentimiento interior que orienta

106. Cfr. A. Philonenko: O.C., p. 260.

107. Aspecto resaltado por Robespierre años después con su frase: *el ateísmo es aristocrático*. Para Rousseau no es la moral quien funda la religión, sino que ésta otorga su fundamento último a la moral. (Véase a propósito de este problema en *La nueva Eloísa*, A. Pintor Ramos: *El deísmo de Rousseau*, Universidad Pontificia de Salamanca, 1982, pp. 89 y 112.)

108. A pesar de su antiintelectualismo, Rousseau se enfrenta más que a la razón –cuyos derechos también defiende– a su abuso. Critica a una razón que se convierte en instrumento para incrementar los propios intereses a costa de los demás. (Véase el estudio clásico sobre este problema de R. Derathé: *Le rationalisme de Jean-Jacques Rousseau*, Slakne Reprints, Ginebra, 1979.)

la acción: la voz interior juzga en secreto y sin cesar y hace escuchar al corazón. El ser humano es pequeño por sus luces, grande por sus sentimientos. Y ahí es donde se encuentra el germen de bondad y de grandeza. Ahí está toda su filosofía y lo que considera necesario para ser feliz. En definitiva, reconozcamos nuestra debilidad y seremos fuertes.

Quinta carta: sobre la conciencia

Esta carta fue utilizada posteriormente por Rousseau para redactar el resumen de sus creencias en la *Profesión de fe del Vicario saboyano*.

El comienzo de la carta quinta, en el que Rousseau advierte que «toda la moralidad de la vida humana está en la intención», frase que lee en Puffendorf y que será retomada por Kant, trata de resaltar el hecho de que todo el valor moral del hombre se resume en su disposición ética¹⁰⁹. Aquí se ven indicios de lo que pudo ser esa *Moral sensitiva o materialismo del sabio* que Rousseau no llegó a escribir. «Existir para nosotros es sentir», ya que «nuestra sensibilidad es anterior a nuestra misma razón»¹¹⁰. Pero ello no significa que se alinee junto con los empiristas más extremos. Si bien coincide con ellos, y en contra de los racionalistas, en que no existen ideas innatas, piensa que tenemos determinados sentimientos innatos:

En el fondo de todas las almas se encuentra un principio innato de justicia y de verdad moral anterior a todos los prejuicios nacionales, a todas las máximas de la educación.

En este punto Rousseau coincide con la postura mantenida por Voltaire en el *Poema sobre la ley natural*¹¹¹. A pesar de que

109. A. Philonenko: O.C., p. 263.

110. En el *Emilio* también presenta el desarrollo de las distintas facultades.

111. Véase el poema en: *Voltaire-Rousseau. En torno al mal y la desdicha...*, O.C., pp. 111-146.

algunos filósofos consideran que son prejuicios de la educación, no hay un solo lugar de la tierra en el que sea un crimen ser clemente y generoso.

Estos principios innatos habían sido tratados ya en el *Discurso sobre el origen y el fundamento de la desigualdad entre los hombres*, al hablar de la bondad originaria del ser humano, uno de los pilares fundamentales de su pensamiento. Dichos principios, que funcionan como categorías existenciales que se aplican al campo de la vida humana, pueden resumirse en: «el amor de sí, el temor al dolor y a la muerte, y el deseo de bienestar»¹¹². De ahí nace el impulso natural de la conciencia. En definitiva, parece que para Rousseau la vida está hecha para ser practicada, más que para ser explicada.

Sin embargo, hay una dificultad: la complejidad del pensamiento teórico produce una multiplicidad de malentendidos, pero en cambio las categorías existenciales son simples e innatas: ¿a qué se debe entonces que el hombre sea desdichado y malvado? Para A. Philonenko el interés mayor de las *Cartas morales* reside en su análisis de la diversidad de lo simple, pues en este punto rompe con la filosofía de entonces. Lo simple también tiene el poder de ser interpretado desde la perspectiva ética y suscita problemas complejos.

Si nada es más claro que la bondad, ¿qué es lo que hay que hacer para no negarla? La respuesta de Rousseau es una llamada a entrar en uno mismo, volver al interior; de lo contrario el bien no es de por sí evidente. Rousseau otorga entonces un lugar especial a los remordimientos, esos sentimientos que están en nosotros y a pesar de nosotros, que se huyen o acallan. De ahí, por ejemplo, que el malvado busque estar fuera de sí, distraerse, en el sentido pascaliano del término, con el fin de no oír la voz de su propia conciencia. Rousseau, convencido de la fragilidad humana en un sentido próximo al kantiano, recurre a un principio superior y universal: la conciencia.

112. Ésta es la misma versión que aparece en el *Emilio*.

¡Conciencia, instinto divino, voz inmortal y celeste, guía segura de un ser ignorante y limitado, pero inteligente y libre, juez infalible del bien y del mal, sublime emanación de la sustancia eterna, que convierte al hombre en semejante a los dioses; eres tú la única que constituye la excelencia de mi propia naturaleza!

La teoría de los sentimientos morales desarrollada en las *Cartas morales* recuerda a *La nueva Eloísa* y su consideración de la conciencia moral como un sentimiento y no un juicio. El mal y el error se producen cuando se apaga la conciencia ética, cuando se acalla su voz, cuando nos distraemos de tal forma que la olvidamos. De ahí que debemos reconquistar esos sentimientos innatos. La carta siguiente será un elogio de la soledad como medio para oír la voz interior de la conciencia.

Sexta carta: sobre la soledad

Como indica A. Philonenko¹¹³, en realidad la complejidad de lo simple aboca a un cierto pesimismo, en la medida en que la evidencia ética o la voz de la conciencia es, en sí misma, fundamentalmente débil.

Si bien es cierto que la conciencia es un guía seguro, que habla a todos los corazones, también lo es que pocos la escuchan. El motivo es que habla el lenguaje de la Naturaleza que la vida que llevamos nos hace olvidar. Rousseau critica la difícil existencia en las ciudades, donde se pierde la vida en mil urgencias. Su defensa de la vida en el campo, de una cierta soledad y vida contemplativa, es también una llamada al estado de naturaleza, donde cada cosa ocupa su lugar y posibilita captar la idea de orden, tan necesaria para la orientación moral¹¹⁴. Para Rousseau, la virtud consiste en someter los intereses individuales al imperio de un orden universal que da sentido a la existencia humana singular.

113. O.C., p. 267.

114. Véase la primera parte del Estudio preliminar.

Recomienda a Sofía que, con cierta frecuencia, se retire al campo, para favorecer ese encuentro consigo misma y oír su propia voz interior; ya que esa voz se acalla, fácilmente, por la dispersión de la existencia. Esto es lo que le recordaba en la segunda carta: «Mi propósito no es razonar con vos, sino que extraeré los argumentos del fondo de vuestro corazón». Como defenderá el preceptor del *Emilio*, la educación debe ser negativa desde el punto de vista del maestro, y activa desde el del alumno.

Quiere conducir a Sofía a reconocer en sí misma ese «juicio secreto» e interno, ese principio innato, que tiene toda su fuerza en la infancia y en el estado de naturaleza. Para ello se exigen varias condiciones. La primera de ella es liberarnos de la dependencia de la opinión ajena, de los prejuicios y modas, ese mal de la época, a juicio de Rousseau. Además, para percibir esa voz secreta es necesario tener valor y fuerza para ser fiel a ese impulso moral. El ser humano ya no posee esa simplicidad feliz de la que disfrutaba en el estado de naturaleza. En nuestro corazón anidan inclinaciones a veces contrarias, como trataba de describir en su novela *La nueva Eloísa*¹¹⁵.

El retiro que recomienda a Sofía no es un enclaustramiento. Debe evitar el aburrimiento, y practicar la beneficencia, pues la consecuencia primera de la virtud será la felicidad: «Pensad que gustar el buen hacer es el precio de haber hecho bien, y que no se le obtiene antes de haberlo merecido». La dicha consiste en el testimonio de la buena conciencia. Con ello parece cerrarse el círculo anunciado al comienzo de la segunda carta. Sin embargo, la carta sexta no fue concluida, y el análisis de su redacción muestra que no es más que un borrador.

115. Por eso no es extraño que el 13 de febrero le diga: «Mi proyecto es terminar esa obra, y terminarla sólo para vos. Aunque las cuatro primeras partes verán la luz, la quinta, destinada a vos, no la verá nunca».

DESPUÉS DE LAS CARTAS MORALES

Soffa también amaba «las luces» que, cada vez más, eran atacadas por Rousseau. Cuando había comenzado a buscar su amistad, era conocido como el amigo de Diderot y de otros nuevos filósofos que luchaban por sacar adelante la ambiciosa *Enciclopedia*, entre ellos el mismo Saint-Lambert. Se imaginaba al grupo, unidos como amigos. Sin embargo, Rousseau extremaba cada vez más sus posiciones, y, uno a uno, iba rompiendo con todos ellos.

A lo largo de 1758, de enero a mayo, la amistad con Madame d'Houdetot se convertirá en imposible. Encuentros y desencuentros se suceden. Los malentendidos y las suspicacias por parte de Rousseau se multiplican. Veamos algunos de ellos.

Como prueba de amistad, Rousseau copiaba entonces para Soffa su obra *La nueva Eloísa, o Julia*, como entonces la llamaba. La condesa d'Houdetot quiso pagarle por ello, pero Rousseau se ofendió y aprovechó la ocasión para arremeter contra la «gente de su condición», que cree que todo se compra con dinero (Carta núm. 602). Soffa se dio cuenta que tratar con Rousseau y vivir en paz eran cosas incompatibles (Carta núm. 604). El 9 de enero le comunicó que rompía su relación de amistad al comprobar que sólo podía subsistir tormentosamente y que «nunca podría contentarle». El 10 de enero, le pide perdón: reconoce que no puede abandonarle en esos momentos, cuando ya lo han hecho todos sus amigos (Carta núm. 606). Pero además le cuenta que su marido regresa y le ruega que no la escriba en un tiempo. El 15 de enero, Rousseau contesta y sospecha de su arrepentimiento repentino: ¿acaso teme que le siga escribiendo, a pesar de sus ruegos, y que pueda comprometerla ante su marido? Él considera que su amistad no tiene por qué ocultarse. Le anuncia también que ha comenzado unas *Cartas morales*, pero que sólo se las entregará en mano (Carta núm. 609).

Sofía le escribirá cada vez con menos frecuencia. Primero una vez a la semana, después cada quince días. Se muestra más interesada por conocer los avances de *La nueva Eloísa* que por las *Cartas morales*. Muchas veces no responde a las acusaciones de Rousseau y le ruega que se abstenga de desconfiar continuamente de sus amigos. Otras, se detiene en aclarar algunos malentendidos. El 12 de febrero (Carta núm. 613), le explica las razones para ocultar su amistad a su marido: al conde d'Houdetot le desagradaría profundamente que tuviera trato con él, pues le desaprueba como filósofo y como persona instruída¹¹⁶. También le confiesa de una manera velada que su marido está al corriente de su «amistad» con Saint-Lambert, de ahí que no tema que le «hagan llegar rumores».

Ese mismo mes de febrero de 1758, Rousseau escribe la *Carta a D'Alembert sobre los espectáculos*, rompiendo definitivamente con sus amigos enciclopedistas, tanto por su integristismo como por escribir abiertamente en contra de las ideas mantenidas por el codirector de la *Enciclopedia* en el artículo «Ginebra». El fondo de la carta de Rousseau era un paso más en su crítica a las costumbres de la época, al culto a las ciencias y las artes, que ya había formulado en su primer Discurso (1749), pero ahora aún más radical. Su severidad se acentúa tanto que ve vanidad hasta en los poemas de amor, una de las aficiones preferidas de Sofía. Se le comienza a llamar el Judas de la tropa sagrada¹¹⁷.

116. Los enciclopedistas pasaban por graves dificultades en aquellos momentos. El marido de Madame d'Houdetot, oficial de carrera, no estaría conforme con que cultivara su amistad.

117. La *tropa sagrada* se refería a los nuevos filósofos y enciclopedistas. Por aquella época había divisiones internas entre los enciclopedistas. Por una parte, las posturas más extremas, ateístas, eran defendidas por Diderot y D'Holbach; por otra, había defensores de la religión natural, como D'Alembert. La publicación anónima del libro de D'Holbach, *Sobre el espíritu* (1758), exposición del sistema sensista, terminó con la suspensión temporal de la edición de la *Enciclopedia*. De hecho, el alejamiento de Rousseau dio argumentos a los enemigos de los enciclopedistas.

El 19 de febrero, Madame d'Houdetot escribe a Rousseau (Carta núm. 617). Le recomienda que se contenga, que no acuse indiscriminadamente y se atormente sin cesar, que no sospeche injustamente de sus amigos, que no se deje arrastrar por su imaginación que tiende siempre a atormentarle. Le escribirá una vez por semana interesándose por su salud (22 de febrero y 3 de marzo).

Pasan veinte días. El 23 de marzo, Madame d'Houdetot vuelve a preocuparse por su estado de ánimo. La respuesta de Rousseau no puede ser más lúgubre:

Estoy muy contento de que aún os acordéis de mí. Ese sentimiento ya no me es necesario, pero siempre me será querido...

Durante el poco tiempo que me queda disfruto del placer de vivir. Siento no tanto terminar pronto como haber comenzado tarde [...] Me alegro de vuestro estado de salud, os felicito por vuestros placeres, y espero que alguna vez podáis conocer los que llevan a la verdadera felicidad. Adiós (Carta núm. 631).

El 6 de mayo de 1758, Madame d'Houdetot escribe una vez más a Rousseau, esta vez una carta definitiva (Carta núm. 639). Antes también había intentado romper su amistad (Carta núm. 604). Pero ahora no hay vuelta atrás. Habla de «gente»¹¹⁸ que ha hecho llegar rumores a Saint-Lambert. Por este motivo, él conoce la verdadera pasión que Rousseau sintió por ella. Saint-Lambert se siente burlado, «ha dejado de ver en vos la virtud que buscaba y en la que creía»; pero luego, nobleza obliga, «compadeció, más que reprochó vuestra debilidad»¹¹⁹. No cree conveniente dedicar más tiempo al asunto, ahora es necesaria la prudencia. Lamenta la indiscreción de sus amigos. La historia se comenta en los salones y en los cafés de París, y no

118. En realidad, Diderot habló con Saint-Lambert sobre la carta de Rousseau a éste. No la carta de Rousseau sobre la amistad y la virtud (Carta núm. 527), sino aquella carta sincera que Rousseau prometió a Diderot escribir y que nunca envió. (Cfr. H. Guillemin, O.C., p. 292).

119. Cfr. H. Guillemin: O.C., p. 291.

es bueno ni prudente, para Madame d'Houdetot, propiciar habladurías. No habrá más visitas ni más cartas. Sin embargo, siempre seguirá interesándose por él, aunque mejor sería decir por sus obras e ideas. Tres años más tarde, Rousseau le enviará la primera edición de *La nueva Eloísa*. También le hará llegar su tratado sobre la educación: el *Emilio*. Estaba convencida de que Rousseau, como Diderot, pasaría a la posteridad por sus escritos y que, en cambio, sus detractores pronto serían olvidados.

Rousseau verá desvanecerse a Sofía. Ya sólo reconocerá en ella a una condesa. Sofía, como Julia, se convertirá en una ficción. No en vano Rousseau escribirá:

El amor se construye otro universo; se rodea de objetos que no existen, y a los que él solo ha dado realidad (*Julia o La nueva Eloísa*, libro VI, VIII).

No destinará la última parte de esa novela en cuatro libros a Sofía, como le había prometido. Julia tomará su lugar. Añadirá dos libros más a lo largo del año 1758. Julia, la heroína, morirá. La relación amor-muerte, consustancial a los mitos occidentales del amor¹²⁰, también se cumple en este caso. Las *Cartas morales* también se interrumpirán. Fin de la historia. Sin embargo, a pesar de todo lo ocurrido, años después, en 1765, cuando Rousseau busca asilo, Saint-Lambert y Madame d'Houdetot le ofrecerán su ayuda.

Cuando más tarde Rousseau vuelva a leer sus *Cartas morales*, borrará el nombre de Sofía, hasta dejarlo prácticamente ilegible. En su lugar, escribirá, «mi buen amigo». Emilio, protagonista de su obra sobre la educación, cobra vida, y Rousseau ahora puede convertirse, a su vez, en ese preceptor ideal, en ese pobre vicario saboyano que cuenta el núcleo de sus creencias y habla de la virtud, el deber y la conciencia moral.

120. Cfr. Denis de Rougemont.

En el *Emilio*, una vez que su protagonista, un alumno ideal, se ha convertido, con la ayuda del preceptor, en un hombre, prototipo de humanidad, Rousseau describirá a su compañera ideal. Su nombre no es difícil de adivinar: Sofía. Aquí se quiebra definitivamente el ideal de libertad e igualdad, ideales ilustrados que siempre había radicalizado el ginebrino. La distancia entre Emilio y Sofía es tal, que de lo menos que se puede calificar el modelo de educación para Sofía es de reaccionario¹²¹. El papel que asigna a Sofía es el de compañera de Emilio, relegada al cuidado de la casa y los hijos. Si Emilio representa el ideal de ciudadanía, a Sofía le corresponde el ideal de la domesticidad. El primero se basa en la autonomía moral, el segundo en la sujeción¹²². Es uno de los precios por querer escuchar sólo esa voz de la Naturaleza que permanece inalterable a cualquier cambio. A su pesar, la universalización de los principios éticos propuestos por Rousseau, su apelación a la libertad y a la igualdad, pudo ser apropiado por las mujeres para defender su emancipación.

Rousseau no negará nunca la ley moral, negará transgredirla. Al comienzo del libro I de *La nueva Eloísa* Rousseau hacía decir a Clara:

Odio las malas máximas, más que las malas acciones [...] Este sentimiento es justo y sano, pues el desorden de las pasiones inspira las malas acciones, pero las malas máximas corrompen incluso la razón, y no conservan fuente alguna para volver al bien (I, XXX).

Julia estaba orgullosa de que Saint-Preux no supiera «plegar la filosofía a sus intereses, establecer máximas favorables a sus

121. No se puede desarrollar aquí este interesante problema. Remitimos al lector interesado al estudio de Rosa Cobo: *Fundamentos del patriarcado moderno. Jean-Jacques Rousseau*, Cátedra, Madrid, 1995.

122. Rousseau no cree que el trabajo de las mujeres deba dirigirse a su propia autonomía, poniendo de manifiesto lo que se ha denominado falacia naturalista. El ginebrino elaboró una concepción de la mujer sujeta al varón, pero privó de legitimidad a la sujeción que no estuviera basada en el consentimiento. (Cfr. Rosa Cobo: O.C., pp. 226, 228 y 269.)

intereses». La primera de las *Cartas morales* dirá que «sólo un criminal pliega la moral a sus pasiones».

Para terminar hay que recordar que para Rousseau nada está perdido en tanto y cuanto subsiste en el corazón la tendencia y el conocimiento del bien y del mal, pensamiento al que se mantendrá fiel durante toda su vida. Indudablemente, sus principios y convicciones serán más firmes que sus acciones. De ahí que personifique esa paradoja viviente que se ha calificado tanto de moralista como de inmoral. Y, efectivamente, sabrá por propia experiencia que aquel que no consigue que sus dichos y hechos coincidan no logra más que desdicha (*La nueva Eloísa*).

En el pensamiento de Rousseau siempre subsistirá la tensión entre una dimensión utópica, como la imprescindible dimensión de todo pensamiento que confía en la posibilidad de una mejora humana en el futuro –lo que E. Bloch llamaba «principio de esperanza»–, y un trasfondo trágico, de quien sabe que la felicidad no es una apacible síntesis de las tensiones humanas, sino en muchas ocasiones la coexistencia con esas tensiones no resueltas porque son insolubles.

La correspondencia que sigue mostrará esas tensiones en pleno apogeo, quizá por esa tendencia de Rousseau a cultivar trabajosamente lo que le atormentaba y por ver en cualquier relación humana una ocasión de esclavitud. La anotación que Madame d'Houdetot escribió en el ejemplar de *La nueva Eloísa* que Rousseau le envió, es suficientemente explícita:

Su triste carácter envenenó su vida [...] Si tuvo el arte, puede que muy peligroso, de excusar a los ojos de la virtud las faltas de un alma apasionada, no olvidemos que, sobre todo, quiso aprender a superarse, y que buscó constantemente hacernos amar esa virtud que la débil humanidad no siempre puede seguir.

Nota a esta edición

No hay una traducción al español de la correspondencia completa de Rousseau, aunque se puede contar con la traducción de algunas cartas cuyo contenido filosófico o polémico es significativo. La importancia de los problemas morales en Rousseau justifica la edición de estas cartas, que hasta la fecha no habían sido traducidas y que los especialistas consideran uno de los primeros resúmenes de los principios filosóficos del ginebrino. De hecho, en el momento en el que fueron escritas Rousseau les concedió un gran valor, como lo muestra el final de la primera carta, donde prevé que puedan publicarse en un futuro. El análisis de los textos originales revela que fueron redactadas y corregidas con especial cuidado, salvo la última carta. Los especialistas consideran estas cartas como un documento capital en la historia del pensamiento de Rousseau, que encontrará su forma definitiva en la *Profesión de fe del Vicario saboyano*.

Hemos querido completar la edición con la correspondencia particular entre Rousseau y Madame d'Houdetot, de considerable valor biográfico y literario y que se da a conocer por primera vez en español. Sólo se conocía la versión que Rousseau da de los hechos en las *Confesiones*, completada por algunas biografías. La lectura de las cartas de Madame d'Houdetot

y Saint-Lambert ofrece una versión muy distinta y no deja bien parado a Rousseau, pues, como venimos diciendo, en más de un momento, sus dichos contrastan con sus hechos. El estudio de la correspondencia completa de aquella época y los análisis de documentos de los estudiosos de Rousseau de comienzos de siglo han permitido reconstruir la historia, tal como se presenta en la segunda parte del estudio preliminar.

Creo que eso justifica la edición, que se dirige tanto al estudioso como al lector interesado por conocer el pensamiento de Rousseau o por problemas filosóficos en general. Con ello se dan a conocer unos textos prácticamente desconocidos entre nosotros, que se completan y enmarcan con el estudio introductorio y las notas que hacen posible una mejor comprensión de ellos.

La correspondencia con Madame d'Houdetot

Parte de las cartas originales que intercambiaron Rousseau y Madame d'Houdetot se perdieron. A finales del verano de 1757, Madame d'Houdetot pidió a Rousseau todas las cartas que ella le había escrito desde finales de mayo. Rousseau se las devolvió y le pidió, a su vez, las suyas. Pero ella le dijo «que las había quemado». Rousseau lo dudó. Efectivamente, años más tarde, en 1790, encontramos referencias a estas cartas, al menos a tres de ellas (cartas de Madame d'Houdetot al marqués de Bonnay). Las cartas no comprometedoras fueron conservadas por un descendiente de Madame d'Houdetot, el conde Foy, a quien M. Buffenoir recurrió para publicar en 1905 su libro *La condesa d'Houdetot, su familia, sus amigos*. R. A. Leigh seguirá recurriendo a los descendientes de Foy para la edición crítica de su *Correspondencia* de Rousseau (vol. V, 1758; vol. VII, 1760, Institut et Musée Voltaire, Ginebra, 1967).

La traducción al español que aquí se edita sigue el texto siguiente: *Correspondance complète de Jean-Jacques Rousseau*,

edición crítica establecida y anotada por R. A. Leigh, vols. IV, V y VII, Institut et Musée Voltaire, Ginebra, 1967-1969. También se han consultado las ediciones de la *Correspondencia completa* de Rousseau del siglo XIX, especialmente la edición de 1824 de V. D. Musset-Pathay, P. Dupont, París (vols. XVIII y XIX de las *Oeuvres complètes de J.-J. Rousseau*).

Se ha realizado una selección de las cartas, omitiendo aquellas repetitivas, e incluyendo una de las cartas a Saint-Lambert y su respuesta, así como una carta de Rousseau a Madame d'Épinay, para completar la información. Con todo ello, se ofrece al lector los textos directos de lo que el propio Rousseau calificó de su «desdichada pasión».

Seis Cartas morales

Los borradores de las cartas segunda, tercera y cuarta se conservan en la biblioteca de Ginebra (Ms. fr. 228, f.º 22-33). Los de las cartas primera, quinta y sexta se encuentran en la Biblioteca de Neuchâtel (Dossier ms. R. 94, antiguo 7890 a).

Las cartas segunda, tercera y cuarta fueron publicadas por primera vez por Streckeisen-Moltou en *Oeuvres et correspondance inédites de J.-J. Rousseau*, París, 1861, pp. 131-165, bajo el título *Lettres sur la vertu et le bonheur* (*Cartas sobre la virtud y la felicidad*). Las cartas primera, quinta y sexta fueron publicadas por Eugène Ritter como *Cartas inéditas de J.-J. Rousseau a Madame d'Houdetot*, en *Verhandlungen der neunund dreissigsten Versammlung deutscher Philologen und Schulmänner in Zürich*, Leipzig, 1888. Se reimprimieron en los *Annales de la Société Jean-Jacques Rousseau*, t. II, pp. 109-136. La seis cartas se editaron conjuntamente en *Correspondance générale* (C.G.), t. III, apéndice, pp. 345-374, bajo el título *Cartas morales*. Así las había llamado Rousseau en una carta a Madame d'Houdetot (Carta núm. 609). Finalmente se editaron, anotadas por H. Gouhier, en la edición de las *Obras completas* de Rousseau en la colección la Pléiade, Gallimard, París, 1969.

La presente traducción sigue esta última versión, y trata de seguir fielmente el original, a expensas, en ocasiones, de la actualidad de las expresiones, criterio que también se ha seguido en la traducción de la correspondencia sentimental.

Agradecimientos

En primer lugar, mi agradecimiento a Julia García Maza y a las personas que trabajan en la biblioteca del Instituto de Filosofía del CSIC, por su ayuda en la localización de los antiguos estudios sobre Rousseau y Sofía d'Houdetot realizados por diversos eruditos de finales del siglo XIX, tan inaccesibles como indispensables para completar y contrastar la inexacta versión que Rousseau da en las *Confesiones* de su relación con Madame d'Houdetot. Esta documentación ha permitido redactar la segunda parte del estudio introductorio. Isabel del Álamo me ha prestado su escasísimo tiempo y su habilidad en estos menesteres para localizar, en la biblioteca de la Universidad de Niza, los estudios y obras ahí accesibles. Isabel Romero me sugirió el título del libro.

Los fondos bibliográficos de la Universidad Pontificia de Comillas –en su sede de Cantoblanco en Madrid– me han permitido rastrear las diferentes ediciones originales de la correspondencia de Rousseau, desde el mismo siglo XVIII. Los cursos de Doctorado sobre Rousseau impartidos en los últimos años han sido siempre ocasión para reflexionar y debatir sobre los planteamientos morales del ginebrino.

Por último mi agradecimiento también por la ayuda en la primera revisión de los textos a Marta Villar, María Serrano y, como siempre, muy especialmente, por su apoyo constante a Adolfo Serrano de Triana. A ninguno de ellos cabe culpar de los errores que pudieran detectarse.

***Cartas morales* de Jean-Jacques Rousseau a la condesa Sofía d'Houdetot¹**

1. La traducción ha seguido la versión de las *Lettres morales* fijada y anotada por H. Gouhier: *Jean-Jacques Rousseau*, en: *Oeuvres complètes*, IV, edición publicada bajo la dirección de B. Gagnebin y M. Raymond. Gallimard, París, 1969.

Se indican con número y a pie de página, las notas de la responsable de la edición; con letra, y al final de cada carta, las variantes del texto, señaladas en la versión de H. Gouhier.



Jean-Jacques Rousseau

Primera carta

Mi querida amiga:

Venid a escuchar la voz de aquel que os ama²; ya no es más, bien lo sabéis, la de un vil seductor. Si alguna vez mi corazón se perdió en deseos por los que me hicisteis enrojecer, mi boca, al menos, no trató de justificar mis locuras^a. La razón, transformada en sofismas, no prestó su servicio al error^b; el vicio humillado se calló en el sagrado nombre de la virtud^c. Ni la fe, ni el honor, ni la santa verdad fueron ultrajados en mis discursos. Absteniéndome de otorgar a mis faltas nombres honrados, impedía que la honradez saliera de mi corazón; estuve abierto a las lecciones de sabiduría que os dignasteis hacerme entender: ahora es mi turno, Sofía^d, me toca a mí devolveros el precio de vuestros cuidados; puesto que habéis conservado mi

2. 1757 fue el año de la pasión de Jean-Jacques Rousseau por la condesa d'Houdetot. Al no poder ser para ella nada más que un amigo, compensa su fracaso imaginando una situación donde encuentra un nuevo protagonismo: se convierte en el «maestro de la virtud». De los tres nombres de la condesa: Isabel, Sofía, Francisca, escoge el segundo. Sofía le parece un nombre de buen augurio.

La correspondencia que Rousseau le dirige se suele denominar *Cartas morales* y se relaciona también con la novela que entonces está redactando: *Julia o La nueva Eloísa*.

alma con las virtudes que os son tan queridas, quiero penetrar la vuestra con aquellas que puede que aún le sean desconocidas^c. Me considero dichoso por no haber vendido nunca mi pluma y mi boca a la mentira, así hoy me siento menos indiguno por traer cerca de vos la voz de la verdad.

Recordándome la situación en la que me pedíais reglas de moral para vuestro uso, no puedo dudar que no practicarais entonces una de las más sublimes, y que, en el peligro al que me exponía^f mi ciega pasión, no pensarais más en mi instrucción que en la vuestra. Sólo un criminal podría exponer los deberes de los demás destruyendo los suyos o plegando la moral a sus pasiones. Vos, que me honráis con vuestra amistad, bien sabéis que, aunque de corazón débil, no tengo alma de malvado. Hoy, esforzándome por cumplir el noble papel que me habéis impuesto, os ofrezco el homenaje que os es debido. La virtud me es más querida desde que la he conocido de vos.

Al someter los sentimientos que me habéis inspirado al deber y a la razón, habéis ejercido el más grande, el más digno^g imperio que el cielo haya otorgado a la belleza y a la sabiduría. No, Sofía, un amor como el mío sólo podía ceder a sí mismo^h; sólo vos, como los dioses, podríais destruir vuestra obraⁱ, y sólo corresponde a vuestras virtudes borrar el efecto d^oe vuestros encantos.

Lejos de que mi corazón, al purificarse, se haya alejado del vuestro^j, al amor ciego se han sucedido miles de sentimientos luminosos^k que hacen que sea un grato deber amaros durante toda mi vida, y me sois más querida desde que he dejado de adoraros. Mis deseos, lejos de entibiarse por cambiar de objeto, al convertirse en más honestos, son más ardientes. Si se atrevieron, en el secreto de mi corazón, a atentar a vuestros encantos, han reparado suficientemente ese ultraje, y ya sólo se dirigen a la perfección de vuestra alma y a justificar, si es posible, todo lo que la mía ha sentido por vos.

Sí, sed perfecta como vos podéis serlo y seré más feliz que por haberos poseído. Mi atención puede ayudaros a elevaros tan intensamente por encima de mí, que el amor propio me consuela, en cierto modo, de no haberos podido alcanzar^l.

¡Ay!, si los cuidados de mi amistad pueden animar vuestros progresos, imaginad, por un instante, todo lo que tengo el derecho de alcanzar de un corazón que el mío pudo merecer.

Después de tantos días perdidos en perseguir una fama vana, en decir al público verdades que no está en situación de entender³, por fin me propongo algo útil, cumpliré los cuidados que exigís de mí, me ocuparé de vos, de vuestros deberes, de las virtudes que os convienen, de los medios para perfeccionar vuestra felicidad natural. Os tendré siempre bajo la vista: he pasado mi vida buscando un trabajo agradable, y ahora no sabría encontrar uno mejor para mi corazón que el que vos me proponéis.

Jamás proyecto alguno fue diseñado bajo los tan dulces auspicios, jamás empresa alguna prometió un éxito más feliz. Todo aquello que puede animar el valor y alimentar la esperanza se une a la más tierna amistad para provocar mi atención. El camino de la perfección os está abierto sin obstáculos; la naturaleza y la fortuna han hecho tanto por vos, que lo que os falta aún sólo depende de vuestra voluntad, y vuestro corazón me responde de ella en todo lo que se refiere a la virtud. Lleváis un apellido ilustre que vuestra fortuna mantiene y honra vuestra amistad; una naciente familia espera vuestros cuidados para convertiros un día en la más feliz de las madres; vuestro esposo, aceptado en la Corte, apreciado en la guerra, inteligente en los negocios, disfruta de una felicidad constante que comenzó con su matrimonio⁴. No desconocéis el gusto

3. La idea de no ser entendido por los demás es una constante en los escritos de Rousseau. Recuérdese que el *Discurso sobre las ciencias y las artes* (1750) se encabezaba con la siguiente frase de Ovidio: «Bárbaro soy, puesto que no me entienden».

4. Madame d'Houdetot nació en 1730; en esta época tenía, por tanto, veintisiete años. Casada con el conde d'Houdetot en 1748, tuvo su primer hijo el 12 de julio de 1749, una hija el 15 de marzo de 1753 y una segunda hija el 25 de agosto de 1756. El conde había hecho una brillante carrera militar y llegó a mariscal en 1761. (De la Chesnaye-Desbois y Badiet, *Dictionnaire de la noblesse*, París, 1863-1876, t. X, col. 795-796). Cfr. H. Gouhier: *Lettres morales*, O.C., cit., p. 1.788).

por los placeres, la contención y la moderación os son aún más naturales; tenéis las cualidades que hacen triunfar en el mundo, las luces que lo hacen despreciar y los talentos que lo compensan; seréis por todas partes lo que queráis ser y siempre en vuestro lugar.

No es todavía suficiente, otras mil disfrutan también de todas esas ventajas y sólo son mujeres vulgares. Los bienes^m más preciosos os han sido repartidos. Un espíritu justo y penetrante, un corazón recto y sensible, un alma apasionada por lo bello, una sensibilidad exquisita para conocerlo, he ahí las garantías de las esperanzas que he depositado en vos. No soy yo quien quiere que seáis la mejor, la más digna, la más respetable de las mujeres; es la naturaleza quien lo quiso; no confundáis sus miras, no sepultéis sus talentos. Sólo os pido que consultéisⁿ vuestro corazón y hagáis lo que os prescribeⁿ. Escuchad mi voz, Sofía, sólo en la medida en que la sintáis confirmar por la suya^o.

Entre todos los dones que el Cielo os deparó, ¿os atrevéis a contar con el de un amigo fiel? Hay uno, vos lo sabéis, que no contento con quereros tal como sois, está penetrado por un vivo y puro entusiasmo por todo aquello que debe esperar de vos. Os contempla con mirada ávida en todos los estados en los que podéis estar; os contempla, en cada instante de su vida, en el pasado, en el presente, en el futuro; querría reunir a la vez todo vuestro ser en el fondo de su alma. No conoce otro placer que ocuparse de vos incesantemente, su deseo más querido es que seáis tan perfecta como para^p inspirar a todo el universo los mismos sentimientos que tiene por vos. Próximo el fin de mi corta carrera, al sentir ahora el ardor que me enciende creo iniciar una nueva vida destinada a guiar la vuestra. Mi espíritu se ilumina con el fuego de mi corazón, experimento en mí el invencible impulso del genio. Me considero un enviado del cielo para perfeccionar su más digna obra. Sí, Sofía, las ocupaciones de mis últimos días honrarán mi estéril juventud^q. Si os dignáis escucharme, lo que haga por vos redimirá la inutilidad de toda mi vida, y me convertiré en mejor, esforzán-

dome en daros el ejemplo de las virtudes cuyo amor os quiero inspirar⁵.

Podemos dejar de vernos, pero no dejaremos de amarnos. Lo siento, pues nuestro mutuo vínculo está fundado sobre relaciones que no perecen⁵. En vano la fortuna y los malvados⁵ nos separan¹, nuestros corazones siempre estarán cerca, y si se entendieron tan bien cuando dos pasiones contrarias inspiraban deseos incompatibles⁶, ¡cómo no lo harán hoy, unidos por el más digno asunto que les puede colmar!

Acordaos de los hermosos días de aquel verano tan corto y agradable, tan propicio para recordar mucho tiempo⁷. Recordad los paseos solitarios que nos gustaba repetir sobre esas colinas sombreadas, donde el valle más fértil del mundo extendía a nuestros ojos todas las riquezas de la Naturaleza, como para hacernos rechazar los falsos bienes de la opinión. Soñad con esas agradables conversaciones donde, en la efusión de nuestras almas, la confianza de nuestras penas las consolaba mutuamente, y donde vertíais la paz de la inocencia sobre los más dulces sentimientos que el corazón del hombre nunca experimentó. Sin estar unidos por el mismo vínculo, sin arder por la misma llama, no sé qué fuego celeste nos animaba con su ardor y nos hacía suspirar juntamente por bienes desconocidos que estábamos hechos para disfrutar juntos. Sofía, no dudéis de que esos bienes tan deseados eran los mismos cuya imagen vengo hoy a ofreceros; la misma inclinación por todo lo que es bueno y honesto nos vinculaba el uno al otro; la misma sensibilidad nos hacía encontrar mayor encanto por el objeto común de nuestras adoraciones. ¡Qué cambiados estaría-

5. Alude aquí a Madame d'Épinay, Melchor Grimm y Diderot, que, a juicio de Rousseau, se habían confabulado para separarlos. (Véase el Estudio preliminar).

6. Se refiere a que Sofía sólo le ofrecía amistad ante su pasión demostrada.

7. Cfr. *Confesiones*, i, IX, O.C., cit., Pléiade, t. I, pp. 443-446; sobre la idealización por el recuerdo, cfr. *ibid.*, n. 3 de la p. 444. Nota de H. Gouhier, en, *Lettres morales*, O.C., cit., p. 1.789.

mos y cómo nos deberíamos lamentar si pudiéramos un día olvidar esos momentos tan queridos, si pudiéramos dejar de recordarnos con placer uno al otro, sentados juntos a los pies de un roble, vuestra mano en la mía, vuestros ojos sobre los míos y derramando lágrimas más puras que el rocío del cielo. Sin duda, un hombre vil y corrompido podía interpretar de lejos nuestros discursos según la bajeza de su corazón; pero el testimonio sin reproche, el ojo eterno que no engaña, sólo veía, quizá con complacencia, dos almas sensibles animarse mutuamente a la virtud y alimentar, con una deliciosa expansión, todos los sentimientos puros que les habían penetrado.

He aquí la garantía de éxito de mis cuidados, he aquí mis derechos para atreverme a tomarlos. Al exponeros mis opiniones sobre el uso de la vida, pretendo menos daros mis lecciones que haceros mi profesión de fe⁸. ¿A quién puedo yo confiar mis principios, sino a aquella que conoce tan bien todos mis sentimientos?⁹. Sin duda, junto a importantes verdades de las que sabréis hacer uso, encontraréis aquí errores involuntarios de los que vuestra rectitud de corazón y de espíritu sabrá curarme y preservaros. Examinad, discernid, escoged, dignaos explicar las razones de vuestra elección y podréis obtener tanto provecho de estas cartas como su autor espera de vuestras reflexiones. Si alguna vez tomo con vos el tono de un hombre que cree instruir, Sofía, vos lo sabéis, con este aire de maestro, no hago más que obedeceros, y os daré lecciones parecidas durante mucho tiempo, antes de pagaros el precio de las que he recibido de vos. Este escrito no tendría otro uso que el de acercarnos algunas veces y de renovar, en la distancia, esas gratas conversaciones que llenaron mis últimos días⁹ y fueron mis úl-

8. Se refiere a la exposición del núcleo de sus creencias. De hecho, utilizará estas cartas para redactar su *Profesión de fe del Vicario saboyano* incluida en su libro *Emilio, o De la educación*.

9. Debido a su frágil salud, Rousseau sentía con frecuencia que estaba al borde de la muerte. Por aquella época incluso redactó un testamento; sin embargo, vivirá veinte años más.

timos placeres. Esa idea bastaría para compensar mis trabajos el resto de mi vida.

En medio de mis males, me consuelo soñando que cuando ya no exista aún seré algo para vos, que mis escritos¹⁰ tendrán un lugar cerca de vos, que os agradares leerlos al igual que os agradaba conversar conmigo, y que si ya no llevan más nuevas luces a vuestro^v espíritu, al menos alimentarán, en el fondo de vuestra alma, el recuerdo de la más tierna amistad que nunca existió.

Estas cartas no están hechas para ver la luz y no tengo necesidad de deciros que no la verán jamás sin vuestro consentimiento. Pero si^m las circunstancias os permiten un día concederlo, dado el desinterés de la atención que me vincula a vos, con mucho gusto se darían a conocer públicamente^{x11}. Aunque no aparecieran en esta obra ni vuestro nombre ni el mío, puede que no escaparan a las sospechas de aquellos que nos han conocido. En cuanto a mí, estaría más orgulloso que avergonzado de esa observación y sólo obtendría estima mostrando que la tengo por vos. Por lo que se refiere a vos, Sofía, aunque no tengáis necesidad de mi aprobación para ser honrada, querría que la tierra entera fijara sus ojos sobre vos. Me gustaría que todo el mundo tuviera conocimiento sobre lo que espero de las cualidades de vuestra alma, con el fin de inspiraros más coraje y valor para llenar esta espera a los ojos del públi-

10. De hecho, Rousseau realizó una copia de su novela *La nueva Eloísa* y de su *Carta a Voltaire sobre la Providencia* para Madame d'Houdetot, que ella conservó hasta el final de sus días.

11. En aquel tiempo, era un procedimiento habitual utilizar la correspondencia como un medio de exposición de los propios principios filosóficos. Aunque no se editara, era frecuente que circulara entre los amigos, e incluso que se leyera en las reuniones que se mantenían en los Salones. No es de extrañar que cuando había adquirido cierta fama se publicara, a veces sin el consentimiento del propio autor. Esto es lo que ocurrió, por ejemplo, con la famosa carta de Rousseau a Voltaire sobre el problema del mal. En esos casos, el autor procedía a revisar la edición publicada, y realizar una segunda versión, esta vez autorizada. Rousseau parece pensar aquí en una suerte parecida.

co. Se dirá que mi relación y mi estima no se prodigaron¹², especialmente a las mujeres; por este motivo se tendrá más interés por examinar aquella que reunió tan perfectamente las dos. Os encargo mi gloria, Sofía; justificad si se puede el honor que recibí de la gente de bien. Haced que se diga un día viendo y recordando mi memoria: ¡Ay, ese hombre amaba la virtud y se conocía verdaderamente!

- a Primera versión: *mi boca, al menos, no fue cómplice de mis locuras.*
- b Primera redacción: *la razón no se prostituyó en vergonzosos sofismas para defender el error.*
- c Frase añadida al margen: *el vicio humillado no aspiró a usurpar.*
- d Curioso lapsus: Rousseau escribe al principio *sofisma*.
- e Primera redacción menos matizada: *de aquellas que ignoráis.*
- f Palabra tachada: *entonces.*
- g Primera redacción: *noble.*
- h Primera redacción: *un amor como el mío sólo podía ser vencido por sí mismo.*
- i La frase: *sola vos [...] podríais destruir vuestra obra* fue añadido al margen.
- j Antes de «al purificarse», Rousseau había añadido: *haya cesado de amarnos.*
- k Siguen las siguientes palabras tachadas: *no menos encantadores y más duraderos.*
- l Después de *amor propio* hasta ¡Ay!: líneas escritas en el margen.
- m Primera redacción: *dones.*
- n Primera redacción: *escuchéis.*
- ñ Versiones anteriores: *y ser lo que os pide / y ser lo que quiere que seáis.*
- o Primera redacción: *confirmará, en vuestro interior, por la misma voz de vuestra naturaleza.*
- p Siguen estas palabras tachadas: *autorizar todo lo que sintió por vos.*
- q Primera redacción: *honrarán el resto de mi vida.*
- r Después de: *Sí, Sofía...*, texto escrito en el margen para sustituir las palabras tachadas: *y si mis presentimientos no me confunden en este proyecto, vuestros progresos harán ver un día hasta qué punto la atención y el valor pueden suplir al talento de instruir y redoblar el de aprender.*

12. En aquel momento, Rousseau comenzaba a ser conocido con el apodo de «el oso ermitaño». (Véase el Estudio preliminar.)

- s Antes de llegar a la fórmula definitiva Rousseau escribió y tachó sucesivamente: *Sobre relaciones humanas, después, sobre relaciones que se refieren al alma y que sólo con ella perecen.*
- t Rousseau había escrito antes: *En vano la suerte y los malvados nos mantienen alejados uno de otro.*
- u Primera redacción: *que conoce tan bien el estado de mi corazón.*
- v Palabra tachada: *mi.*
- w Primera redacción: *si alguna vez.*
- x Después de *conocer públicamente*, el manuscrito muestra estas líneas tachadas: *me parece que sería mucho más estimado si todo el mundo supiera cuánto os honro.*

Segunda carta

El objeto de la vida humana es la felicidad¹³ del hombre, pero ¿quién de nosotros sabe cómo se consigue? Sin principio, sin fin cierto, vagamos de deseo en deseo y aquellos que acabamos de satisfacer nos dejan tan lejos de la felicidad como antes de haber conseguido nada. No encontramos regla invariable¹⁴, ni en la razón que carece de apoyo, de asidero y de consistencia, ni en las pasiones que se suceden y se autodestruyen incesantemente. Víctimas de la ciega inconstancia de nuestros corazones, el disfrute de los bienes deseados sólo nos prepara para privaciones y penas; todo lo que poseemos únicamente nos

13. La preocupación por la felicidad es constante en Rousseau. En el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* la felicidad del hombre en el estado de naturaleza es concebida como un equilibrio entre pocas necesidades y fuerzas suficientes para satisfacerlas. Véase también *Confesiones* (Pléiade, t. I, p. 426); *Las ensoñaciones del paseante solitario* (II, y VIII), O.C., cit., *ibid.*, pp. 1.004 y 1.080. De forma distinta en *La nueva Eloísa*. Por último, las referencias más extensas sobre el problema de la felicidad se recogen en el *Emilio*.

14. El pasaje es de ecos claramente escépticos, en consonancia con el *Discurso sobre las ciencias y las artes*, donde Rousseau considera que el progreso de los conocimientos no conlleva la felicidad, y en donde en más de un lugar se incorporan reflexiones de Montaigne.

sirve para mostrarnos lo que nos falta, y a falta de saber cómo hay que vivir^a todos^b morimos sin haber vivido. Si hay algún modo posible de librarse de esa duda horrible es extendiéndola por un tiempo, más allá de sus límites naturales, y desconfiando de todas sus inclinaciones, estudiándose a sí mismo, llevando la antorcha de la verdad¹⁵ al fondo de nuestra alma, examinando de una vez por todas¹⁶ lo que se piensa, lo que se cree, lo que se siente y todo lo que se debe pensar, sentir y creer para ser feliz tanto como la condición humana^c lo permita. He ahí, mi querida amiga, el examen que os propongo hoy.

¿Pero qué vamos a hacer, Sofía, sino lo que ya hemos hecho mil veces? Todos los libros nos hablan del Soberano Bien¹⁷, todos los filósofos nos lo muestran; cada uno enseña a los demás el arte de ser feliz, pero ninguno lo ha encontrado por sí mismo. En ese inmenso laberinto de los razonamientos humanos, aprendéis a hablar de la felicidad sin conocerla, aprendéis a discurrir y no a vivir, os perdéis en las sutilezas metafísicas. Las perplejidades de la filosofía¹⁸ os asedian por todas partes. Veréis por todas partes objeciones y dudas, y a fuerza de ins-

15. Rousseau recoge aquí esta imagen clásica que está presente en tantos ilustrados, portadores, por medio de la filosofía y con la guía de la luz de la razón, de un fuego que alumbra las tinieblas de la superstición.

16. Esta expresión recuerda al tono del *Discurso del método* de Descartes cuando insiste en la necesidad de poner en tela de juicio las opiniones recibidas «al menos una vez en la vida». Descartes es el filósofo preferentemente citado por Rousseau a lo largo de estas cartas. (Cfr. *Discurso del método*, Adam et Tannery, París, 1897-1913, t. VI, p. 13. También *Meditaciones metafísicas*, primera meditación, t. VII, p. 17, y *Principios de la Filosofía*, primera parte.)

17. A pesar de la proximidad del tono de la carta con Descartes, aquí se precisa un primer punto de distancia. Lo que preocupa primordialmente a Rousseau es la cuestión de como alcanzar el Bien Supremo que nos proporcione la felicidad. Más próximo, por tanto, al *Ensayo sobre la reforma del entendimiento* de Spinoza.

18. Rousseau insistía en que las observaciones de los *philosophes* no hacían más que multiplicar sus dudas y agravar su perplejidad, en clara referencia a la diversidad de posturas entre materialistas, sensistas y deístas.

truiros terminaréis por no saber nada. Este método capacita para hablar de todo¹⁹, para brillar en un círculo; hace sabios, espíritus bellos, charlatanes, discutidores, felices a juicio de aquellos que escuchan, desdichados tan pronto como están solos^d.

No, querida niña, el estudio que os propongo no quiere alardear de una vanidad que se pueda exhibir a los ojos de los demás, pero colma el alma de todo aquello que hace la felicidad del hombre; consigue la satisfacción de sí mismo, no de los otros; no lleva las palabras a la boca sino los sentimientos al corazón^e. Liberándose y abandonándose a él mismo, otorga más confianza a la voz de la Naturaleza²⁰ que a la de la razón; sin hablar de la sabiduría y de la felicidad con tanto énfasis, interiormente uno se convierte en sabio y satisfecho de sí. Tal es la filosofía en la que quiero instruiros. Quiero conversar con vos en el silencio de vuestro gabinete.

Con tal de que sintáis que tengo razón, me precio poco de probárosla: no os enseñaré a resolver objeciones, pero trataré de que no tengáis ninguna que hacerme. Confío más en vuestra buena fe que en mis argumentos, y sin complicarme con las reglas de la Escuela, sólo llamaré a vuestro corazón para buscar el testimonio de todo lo que tenga que deciros^f.

Mi amable amiga, observad este universo, arrojad la mirada sobre ese teatro de errores y miserias que nos hace deplorar el triste destino del hombre al contemplarlo. Vivimos en el clima y en el siglo de la filosofía y de la razón²¹. Las luces de todas las ciencias parecen reunirse a la vez, para iluminar nuestros ojos y guiarnos en este oscuro laberinto de la vida humana.

19. Cfr. Descartes, *Discurso del método*, primera parte, O.C., t. VI, p. 6.

20. Esta defensa rousseauiana de la voz de la Naturaleza constituye una interiorización del sujeto moral que marcará una de las corrientes decisivas de la modernidad en la construcción de la identidad del sujeto moderno. (Cfr. Ch. Taylor: *Sources of the Self. The Making of the Modern Identity*, University Press, Cambridge, 1992, cap. 20: «Nature as Source»).

21. Los ilustrados franceses calificaron al siglo XVIII como la Edad de la Filosofía y de la Razón.

Los genios más bellos de todas las edades reúnen sus lecciones para instruirnos²², inmensas bibliotecas se han abierto al público, multitudes de colegios y universidades nos ofrecen, desde la infancia, la experiencia y la meditación de cuatro mil años⁸. La inmortalidad, la gloria, la riqueza incluso, y, los honores, con frecuencia, son el precio de los más dignos en el arte de instruir e iluminar a los hombres. Todo concurre a perfeccionar nuestro entendimiento y a prodigar, en cada uno de nosotros, todo lo que puede formar y cultivar la razón. En suma, nos hemos convertido en los mejores o más sabios, ¿sabemos mejor cuál es el camino y cuál será el término de nuestra corta carrera? ¿Estamos de acuerdo en cuáles son los primeros deberes y los verdaderos bienes de la especie humana?²³. ¿Qué hemos adquirido, con todo ese vano saber, sino disputas, odios, incertidumbres y dudas? Cada secta es la única que ha encontrado la verdad. Cada libro contiene exclusivamente los preceptos de la sabiduría, cada autor es el único que nos enseña lo que está bien. Uno nos prueba que no hay cuerpo, otro que no hay almas, otro que el alma no tiene ninguna relación con el cuerpo, un tercero que el hombre es una bestia, otro que Dios es un espejo²⁴.

No hay máxima tan absurda que algún autor de prestigio no haya avanzado; no hay axioma tan evidente que no haya sido

22. Referencia a la *Enciclopedia*.

23. Es una constante en Rousseau la primacía de los problemas morales y prácticos sobre los teóricos.

24. Se puede suponer que el primer ejemplo se refiere a Berkeley, el segundo a los materialistas contemporáneos, el tercero a Malebranche. El cuarto evoca las consecuencias del libro del Dr. Baumann (Maupertius), *Dissertatio inauguralis metaphysica de universi naturae systemate* (1751), cuyos temas habían sido expuestos por Diderot en *Sobre la interpretación de la Naturaleza* (1753). En cuanto a la postura que hace de Dios un espejo, difícilmente podría aplicarse la referencia a Leibniz, ya que toda mónada es «un espejo del universo» (*Monadología*), pero las mónadas creadas sólo lo reflejan bajo un cierto punto de vista; pues son «imitaciones» de Dios. (Cfr. nota de H. Gouhier, O.C., cit., Gallimard, IV, p. 1.790).

combatido por alguno de ellos. Todo está bien con tal de que se diga lo contrario de lo que los demás dicen, y siempre se encuentran razones para mantener lo que es nuevo con preferencia a lo verdadero²⁵.

Que admiren por su parte la perfección de las artes, el universo y la grandeza de sus descubrimientos, la extensión, la sublimidad del genio humano. ¿Les felicitaremos por haber conocido toda la Naturaleza, salvo a ellos mismos, y por haber encontrado todas las artes, excepto la felicidad? Lo somos, gritan tristemente. ¿Qué de recursos para el bienestar, qué cantidad de comodidades desconocidas para nuestros padres, cómo gozamos de placeres que ellos ignoraban!

Es cierto, tenéis la comodidad, pero ellos tenían la felicidad; vosotros sois razonadores, ellos eran razonables. Vosotros sois educados, ellos eran humanos; todos vuestros placeres están fuera de vosotros mismos, los suyos estaban en sí mismos.

¿Y qué precio tienen esas voluptuosidades oscuras que compran unos pocos a expensas de la multitud?^h El lujo de las ciudades lleva a los pueblos a la miseria, al hambre y la desesperación; ciertamente algunos hombres son más felices, pero hay que lamentarse por el género humano. Multiplicando las comodidades de la vida para algunos ricos, se ha forzado a la mayoría a considerarse miserables. ¿En qué consiste esa bárbara felicidad que sólo se puede sentir a expensas de los demás?²⁶ Almas sensibles decidme: ¿qué felicidad es esa que se compra con dinero?^l

Nos dicen: los conocimientos convierten a los hombres pacíficos, el siglo es menos cruel, derramamos menos sangre.

25. Rousseau refiere aquí las críticas a la filosofía formuladas en el *Discurso del método*, primera parte, O.C., t. VI, p. 8, sobre la diversidad de sistemas; segunda parte, p. 16: «no se puede imaginar nada tan extraño y poco creíble que no haya sido dicho por alguno de los filósofos». (Cfr. H. Gouhier, *ibid.* p. 1.791).

26. Desde el comienzo de sus escritos, Rousseau había denunciado la corrupción de un sistema que permite la riqueza de unos pocos a costa de la pobreza de muchos. Véase especialmente la polémica en torno al *Discurso sobre las ciencias y las artes*.

¡Oh desdichados!, ¿hacéis verter menos lágrimas? Los infortunados que se ha hecho morir de indolencia durante toda una vida, ¿no preferirían perderla de una vez con ardor?

Por ser más agradables, ¿acaso sois menos injustos, menos vindicativos?, ¿está la virtud menos oprimida, el poder es menos tiránico?, ¿está menos oprimido el pueblo, se ven menos crímenes?, ¿son más escasos los malhechores y las prisiones están menos llenas? ¿Qué habéis ganado con ablandaros? Habéis sustituido los vicios que indican ánimo y vigor por los de las almas pequeñas. Vuestra dulzura es baja y pusilánime, atormentáis, sordamente y protegidos, a aquellos que hubierais atacado abiertamente¹. Si sois menos sanguinarios no es por virtud, sino por debilidad²⁷, que no es en vosotros más que un vicio más.

El arte de razonar no es la razón, con frecuencia es su abuso²⁸. La razón es la facultad de ordenar todas las facultades de nuestra alma convenientemente a la naturaleza de las cosas y sus relaciones con nosotros. El razonamiento es el arte de comparar las verdades conocidas para construir otras verdades que se ignoraban y que este arte nos hace descubrir. Pero no nos enseña a descubrir esas verdades primitivas que sirven de sustento a otras, y cuando, en su lugar, situamos nuestras opiniones, nuestras pasiones, nuestros prejuicios, lejos de iluminar, nos ciegan. No eleva el alma, sino que la debilita y corrompe el juicio que debería perfeccionar^k.

En la cadena de razonamientos que sirven para formar un sistema, la misma proposición volverá cien veces con diferencias casi imperceptibles que escapan al espíritu del filósofo. Esas diferencias, multiplicadas con frecuencia, finalmente mo-

27. La virtud para Rousseau, siguiendo la doctrina clásica, se asocia con la fuerza. (Véase la carta a M. de Franquières del 15 de enero de 1769 y el Estudio preliminar.)

28. El consabido antiintelectualismo de Rousseau debe revisarse, como lo muestra esta frase. Para el estudio de este problema resulta ya clásico el estudio de R. Derathé: *Le rationalisme de J.-J. Rousseau*, PUF, París, 1948.

dificarán la proposición hasta el extremo de cambiarla por completo. Sin que uno se dé cuenta, dirá de una cosa lo que creará probar en otra y sus consecuencias serán otros tantos errores. Este inconveniente es inseparable del espíritu de sistema que conduce sólo a los grandes principios y consiste siempre en generalizar. Los inventores generalizan tanto como prueban; este método extiende los descubrimientos, proporciona una apariencia genial y fuerte a los que lo hacen, y porque la Naturaleza actúa siempre por medio de leyes generales, estableciendo principios generales, creen haber penetrado su secreto. A fuerza de extender y abstraer un pequeño hecho, se le transformará en una regla universal; se cree haber remontado hasta los principios, se quiere reunir en un solo objeto más ideas que las que el entendimiento humano puede comparar, y se afirma de una infinidad de seres lo que apenas se encuentra en uno solo. Los observadores, menos brillantes y más fríos, enseguida añaden sin cesar excepción sobre excepción, hasta que la proposición general se haya convertido en tan particular que no se pueda inferir nada y que las distinciones y la experiencia la reduzcan al solo hecho de donde se había extraído. Es así como los sistemas se establecen y se destruyen, y los nuevos razonadores no desechan elevar sobre sus ruinas otros que no durarán más tiempo.

De este modo, perdiéndose todos por caminos diferentes, cada uno cree llegar al verdadero fin porque nadie percibe el rastro de todos los rodeos que ha dado. ¿Qué hará entonces aquel que busca sinceramente la verdad en medio de ese tropel de sabios que pretenden haberla encontrado y se desmienten mutuamente? ¿Examinará puntualmente todos los sistemas? ¿Hojeará todos los libros? ¿Escuchará a todos los filósofos, comparará todas las sectas? ¿Osará pronunciarse entre Epicuro y Zenón, entre Aristipo y Diógenes, entre Locke y Shaftesbury? ¿Osará preferir sus luces a las de Pascal y su razón a la de Descartes? Oís discurrir en Persia un mulá²⁹, en China un bar-

29. *Mollah*: palabra árabe que significa Señor, título dado a los notables musulmanes, y a los dignatarios religiosos en particular.

zo, en Tartania un lama, un brahmán en la India, en Inglaterra un cuáquero, en Holanda un rabino. ¿Os sentiréis extrañada por la fuerza de la persuasión que cada uno de ellos sabe dar a su absurda doctrina? ¿A cuántas personas, tan sensatas como vos, ha convencido cada uno de ellos? Si apenas os dignáis a escucharlos, si os reís de sus vanos argumentos, si rechazáis creerlos, no es la razón quien se resiste en vos a los prejuicios, son los nuestros.

La vida habrá transcurrido diez veces antes que se haya discutido a fondo una sola de esas opiniones. Un burgués de París se burla de las objeciones de Calvino que espantan a un doctor de la Sorbona. Cuanto más se profundiza, se encuentran más asuntos de los que dudar; y aunque se opongá razones a razones, autoridades a autoridades, sufragios a sufragios, cuanto más se avanza, se encuentran más asuntos de los que dudar; cuanto más se instruye uno menos sabe, y se sorprende de que, en lugar de aprender lo que se ignoraba, se pierda incluso la ciencia que se creía tener.

- a ... *a falta de saber cómo hay que vivir...*: palabras añadidas entre líneas.
- b ... *todos...*: añadido entre líneas.
- c ... *y todo lo que se debe [...] humana...*: palabras añadidas al margen.
- d Primera redacción: *sabios cuando se les escucha, insensatos en cuanto están solos.*
- e En lugar de *corazón* Rousseau había escrito primero: *fondo del alma.*
- f Al margen: *la razón es la facultad de utilizar todas las facultades de nuestra alma del modo más conveniente a la naturaleza de las cosas y con relación a nosotros.*
- g En el margen: *pues la verdadera relación de las cosas con el hombre no es conocida por él por medio del razonamiento, sino por el sentimiento, pues si no sintiera nada, todos los razonamientos del mundo no podrían enseñarle a ordenar nada con relación a él. Pero, tal como es, no tiene ninguna necesidad de razonar para juzgar lo que es bueno o malo con relación a él, y sólo el sentimiento le enseña mejor esto que todos los argumentos.*
- h Rousseau había escrito antes: *esas voluptuosidades crueles en las que*

nadan unos pocos y que se compran a expensas de una gran cantidad de desdichados.

- i Rousseau tachó el texto siguiente: *lo hemos dicho mil veces, Sofía, sólo se es feliz por el sentimiento y todas esas cosas no nos lo da. ¿De qué sirve al razonamiento construir ingeniosos sistemas de felicidad que el corazón desmiente sin cesar? La razón conserva más que excita. Un poco más abajo: y si el hombre sólo fuera razonable, permanecería en una eterna inacción. En el margen: el arte de razonar es una cosa muy diferente a la razón.*
- j En el margen: *¿Entonces qué? ¿Tendremos que pasar nuestra vida aprendiendo a vivir, y sólo sabremos qué hacer en el momento de morir?*
- k Siguen estas palabras tachadas: *y llevado de error en error al crimen y al infortunio, el hombre insensato que se abandona...*

En el margen: En fin, llegaron a fuerza de estudio a no saber ya si el hombre tiene un cuerpo o un alma o uno de los dos, si es una máquina, un Dios o una bestia; ni por qué viene, ni por qué se queda, ni por qué se va, ni lo que era, ni lo que será, ni lo que debe hacer para sacar el mejor provecho posible a su existencia.

Todos esos pretendidos sabios que aún filosofan en la vejez son unos niños que han perdido toda su vida en vanas meditaciones. Observadlos y veréis que después de tantos estudios no valen más a los cien años que a los treinta. Un ciudadano de Esparta, habiendo encontrado uno de esos ancianos en una Escuela de Filosofía, preguntó muy sorprendido qué hacía ahí. Aprende la sabiduría, le dijeron. Entonces, ¿cuándo la practicaré?, replicó el espartano indignado.

Tercera carta

Mi querida Sofía:

No sabemos nada, no vemos nada, somos un rebaño de ciegos arrojados a la aventura en este vasto universo. Cada uno de nosotros, al no percibir ningún objeto, se hace una imagen fantástica de todos, que toma luego como regla de lo verdadero. Esta idea no se asemeja a la de ninguno de esa espantosa multitud de filósofos, cuya charla nos confunde, ya que no podemos encontrar ni siquiera dos que estén de acuerdo sobre el sistema del Universo que todos pretenden conocer, ni sobre la naturaleza de las cosas que todos se esfuerzan por explicar.

Desgraciadamente, lo que nos es precisamente menos conocido es aquello que más nos interesa conocer: el conocimiento del hombre³⁰. No vemos ni el alma de los demás, porque se oculta, ni la nuestra, porque no tenemos ningún espejo intelectual^a. Estamos totalmente ciegos, pero nacidos ciegos no imaginamos lo que es la vista y, creyendo no carecer de nin-

30. En el Prefacio del *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Rousseau expresaba esta misma idea: «El más útil y el menos avanzado de todos los conocimientos humanos me parece ser el del hombre».

guna facultad, queremos medir las extremidades del mundo, mientras que nuestras cortas luces no alcanzan, como nuestras manos, más que a dos pies de nosotros.

Si profundizamos en esta idea puede que la encontremos tan correcta en el sentido propio como en el figurado. Nuestros sentidos son los instrumentos de todos nuestros conocimientos. De ellos nos vienen todas nuestras ideas, o al menos todas son ocasionadas por ellos. El entendimiento humano, estrecho y encerrado en su envoltura, no puede, por decirlo así, penetrar el cuerpo que le oprime y sólo actúa a través de las sensaciones. Si se quiere, son como cinco ventanas por las cuales nuestra alma querría ver el día; pero las ventanas son estrechas, el cristal está empañado, el muro es grueso y la casa está mal iluminada.

Nuestros sentidos³¹ nos son dados para conservarnos y no para instruirnos, nos advierten de lo que nos es útil o perjudicial, y no de lo que es verdadero o falso. Su destino no es ser aplicados a la investigación de la Naturaleza, y así cuando hacemos tal uso son insuficientes, nos engañan y nunca podemos estar seguros de encontrar por ellos la verdad^b.

Los errores de un sentido se corrigen por otro, y si sólo tuviéramos uno no nos engañaría nunca^c. Por tanto, no tenemos más que reglas erróneas para corregirse mutuamente. Si dos reglas falsas llegan a concordar, nos engañarían por su mismo acuerdo, y si la tercera nos falta: ¿qué medio nos queda para descubrir el error? La vista y el tacto son los dos sentidos que más nos sirven para la investigación de la verdad, porque nos ofrecen los objetos más completos y un estado de perseverancia más adecuado a la observación, que aquel que esos mismos

31. Es interesante esta referencia al papel que juegan los sentidos en nuestro conocimiento, ya que por aquella época Rousseau pensaba escribir una *Moral sensitiva*, o *materialismo del sabio*, obra que no llegó a redactar. El análisis de los sentidos era una cuestión en boga en ese momento; recuérdese, entre otras obras, el *Tratado de las sensaciones* de Condillac.

objetos tienen para los tres otros sentidos. Los dos primeros parecen también repartir entre ellos todo el espíritu filosófico. La vista, que de un golpe mide el hemisferio entero, representa la vasta capacidad del genio sistemático. El tacto, lento y progresivo, que se asegura de un objeto antes de pasar a otro, se asemeja al espíritu de observación. Ambos tienen también los defectos de las facultades que representan. Cuanto más se fija la mirada en los objetos más alejados, más sujeto se está a las ilusiones de la óptica, y la mano, al estar siempre unida a una parte, no sabría abarcar un gran todo.

Es cierto que, de todos nuestros sentidos, la vista es aquel del que recibimos a la vez más enseñanzas y defectos. Por ella juzgamos sobre casi toda la Naturaleza y ella nos sugiere casi todos nuestros falsos juicios. Habéis oído hablar de la famosa operación³² realizada a un ciego de nacimiento a quien devolvió la vista no un santo, sino un cirujano, y quien necesitó mucho tiempo para poder valerse de ella. Según él, todo lo que veía estaba en su ojo. Al mirar cuerpos desiguales en la lejanía, no tenía ninguna idea ni sobre el tamaño ni sobre las distancias, y cuando comenzó a discernir los objetos no podía distinguir un retrato del original⁴. Se olvidó cerciorarse si acaso veía los objetos invertidos.

Con toda la experiencia adquirida, no hay ningún ser humano que, por medio de la vista, no esté llevado a realizar juicios falsos acerca de los objetos que están alejados; a realizar falsas medidas sobre aquellos que están ante su vista, y lo más

32. Se refiere al problema de William Molyneux, reproducido por Locke en el *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690), II, IX, 8. El caso era el siguiente: un ciego de nacimiento aprendió a distinguir por el tacto un cubo de una esfera. Cuando recupera la vista: ¿sabría distinguirlos sin tocarlos? Molyneux y Locke dijeron que no. Esa respuesta, dictada por la reflexión filosófica, fue experimentalmente verificada por Cheselden en 1728 (*Philosophical transactions*). El problema fue retomado abundantemente; recuérdese también la *Carta a los ciegos* de Diderot. (Cfr. H. Gouhier, edición y anotación de las *Lettres morales* de Rousseau, O.C., cit., p. 1.792).

sorprendente es que esos mismos errores no siempre se producen en las reglas de la perspectiva³³.

Pero si la vista nos confunde con tanta frecuencia y sólo el tacto la corrige, también el tacto nos confunde a su vez en mil situaciones. ¿Quién nos asegurará que no nos confunda siempre y que no necesitaríamos un sexto sentido para corregirlo? La experiencia de la bolita vuelta entre dos dedos cruzados muestra que no somos menos esclavos de la costumbre en nuestros juicios que en nuestras inclinaciones. El tacto, que se precia de juzgar correctamente sobre las figuras, no juzga exactamente sobre ninguna; no nos enseñará nunca si una línea es recta, si una superficie es plana, si un cubo es regular. No juzga mejor sobre los grados de calor: la misma cava nos parece fresca en verano y cálida en invierno sin haber cambiado de temperatura. Exponed la mano derecha al aire, la izquierda a un gran fuego, después mojadlas a la vez en agua tibia; el agua parecerá caliente a la mano derecha y fría a la izquierda. Cada uno razona sobre el peso, pero nadie siente su efecto más general: la presión del aire. Apenas sentimos sobre nosotros el fluido que nos rodea y creemos no llevar más que el peso de nuestro cuerpo, mientras que llevamos el de toda la atmósfera. ¿Queréis experimentar algún ligero indicio de esto? Estando en el baño, en una situación horizontal, sacad lentamente el brazo fuera del agua y, a medida que el aire presione el brazo, sentiréis que vuestros músculos se fatigan por esa terrible presión, de la que puede que nunca hubierais dudado. Otras mil observaciones similares nos enseñan de cuántas maneras el más seguro de nuestros sentidos nos engaña, bien sea hurtando o alterando los efectos que se producen, bien suponiendo que no existen.

Aunque unamos la vista y el tacto para juzgar sobre la extensión, que es el resorte de los dos, desconocemos lo que es la grandeza y la pequeñez. La grandeza aparente de los objetos es relativa a la estatura de aquel que los mide. La grava que un cirón³³

33. En aquel entonces, el cirón era considerado el insecto más pequeño.

encuentra en su camino le parece la masa de los Alpes. Lo que es un pie para nosotros a los ojos de un pigmeo es una gran talla, y una pulga a los de un gigante. Si esto no fuera así, nuestros sentidos serían desproporcionados para nuestras necesidades y no podríamos subsistir.

En lo referente a todos los sentidos, cada uno toma sobre sí mismo la medida de todas las cosas. ¿Donde está la grandeza absoluta? ¿Todos se confunden o nadie? No es necesario decirnos más para haceros entrever hasta dónde se podrían llevar las consecuencias de estas reflexiones. Toda la geometría³⁴ está fundada sobre la vista y el tacto, y estos dos sentidos puede que necesiten ser rectificadas por otros que nos faltan. Lo que consideramos más demostrado es aún sospechoso, y no podemos saber si los *Elementos* de Euclides son un tejido de errores.

Lo que nos falta no es tanto el razonamiento como el asidero del razonamiento. El espíritu del hombre está en situación de hacerlo mejor, pero los sentidos le ofrecen pocos materiales, y nuestra alma, activa³⁵ en las relaciones, prefiere ejercerse sobre quimeras que están a su alcance que permanecer ociosa y sin movimiento.

Por tanto, no nos extrañemos de ver a la filosofía orgullosa y vana⁶ perderse en ensoñaciones³⁶ y los genios mejores agotarse en asuntos pueriles. ¿Con qué desconfianza debemos librar-nos a nuestras débiles luces, cuando vemos al más metódico de los filósofos, el que mejor ha establecido sus principios y el más consecuente razonando, perderse en los primeros pasos y hundirse de error en error en sistemas absurdos^h. Descartes, queriendo cortar de un golpe la raíz de todos los prejuicios,

34. Esta referencia a la geometría extrema el escepticismo del pasaje, pues la geometría, como ciencia ideal, solía citarse como prototipo de conocimiento exacto y preciso.

35. Retoma aquí el análisis sobre la actividad de nuestra alma en el proceso del conocimiento según Locke.

36. Término importante en Rousseau. Recuérdese su última obra: *Las ensoñaciones del paseante solitario*.

comenzó por poner todo en duda, sometiendo todo al examen de la razón. Partiendo de este principio único e indiscutible: *Pienso, luego existo*, y avanzando con las mayores precauciones, creyó encontrar la verdad y sólo encontró mentiras³⁷. Sobre este primer principio comenzó por el análisis³⁷, después, al encontrar en él propiedades muy distintas y que parecían pertenecer a dos diferentes sustancias, se dedicó primero a conocer bien esas dos sustancias, y descartando todo lo que no estuviera clara y necesariamente contenido en su idea, definió a una como la sustancia extensa y a la otra como la sustancia que piensa³⁸. Definiciones tanto más sabias en cuanto que dejaban la oscura cuestión de las dos sustancias sin resolver³⁸, y no se desprendía en absoluto que la extensión y el pensamiento no se pudieran unir y dar en una misma sustancia.

Pues bien, esas definiciones que parecían irrefutables fueron destruidas en menos de una generación. Newton³⁹ hizo ver que la esencia de la materia no consiste en la extensión. Locke hizo ver que la esencia del alma no consiste en el pensamiento. Adió a toda la filosofía del sabio y metódico Descartes. ¿Serán sus sucesores más afortunados y durarán más sus sistemas? No, Sofía, comienzan a vacilar, incluso caerán: son obra de los hombres.

¿Por qué no podemos saber lo que es el espíritu y la materia? Porque sólo conocemos por medio de nuestros sentidos, que son insuficientes para enseñárnoslo. Tan pronto como queremos desplegar nuestras facultades, las sentimos coaccionadas por nuestros órganos; incluso la razón, sometida a los sentidos, está, al igual que ellos, en contradicción consigo misma, y así, la geometría está llena de teoremas demostrados que es

37. Se refiere a uno de los preceptos del método de Descartes.

38. Efectivamente, una de las dificultades mayores del sistema de Descartes será explicar la relación entre las dos sustancias. (Cfr. su *Tratado sobre las pasiones*).

39. Newton era entonces considerado como uno de los pilares fundamentales del pensamiento ilustrado.

imposible concebir. En filosofía, sustancia, alma, cuerpo^k, eternidad, movimiento, libertad, necesidad, contingencia, etc., son otras tantas palabras que se emplean a cada minuto y que nunca nadie ha comprendido.

La simple física no nos es menos oscura que la metafísica y la moral. El gran Newton, intérprete del Universo, incluso dudaba de los prodigios de la electricidad, que parece ser el principio más activo de la Naturaleza. La más común de sus operaciones^l y la más fácil a observar, a saber, la multiplicación de los vegetales por sus gérmenes, está aún por conocer y cada día se descubren nuevos hechos que echan por tierra todos los razonamientos. El Plinio⁴⁰ de nuestro siglo, queriendo explicar el misterio de la generación, se vio forzado a recurrir a un principio ininteligible e inconciliable con las leyes de la mecánica y del movimiento. Queremos explicarlo todo, pero por todas partes encontramos dificultades inexplicables que nos muestran que no tenemos ninguna noción cierta de nada. ¿Habéis podido ver, en la estatua del abate Condillac⁴¹, qué grados de conocimiento pertenecerían a cada uno de los sentidos si nos fueran dados separadamente, y qué extraños razonamientos harían sobre la naturaleza de las cosas seres menos dotados de órganos de los que tenemos? A vuestro parecer, ¿qué es lo que dirían de nosotros seres dotados de otros sentidos que nos son desconocidos?^m ¿Cómo se puede probar que esos sentidos no pueden existir y que no iluminarían las tinie-

40. Buffon estudió detenidamente la generación en su historia natural, general y particular, titulada *Historia general de los animales* (5.ª ed., París, 1752-1768, t. II y III). Declara: «la cuestión de la reproducción puede que sea de una naturaleza tal que no pueda ser nunca resuelta» (cap. II, t. III, pp. 40-41). Su propia teoría es muy compleja; aunque mantiene la explicación mecanicista, también reconoce sus límites. Sobre el conjunto de la cuestión en tiempos de Buffon véase: *Oeuvres philosophiques* de Buffon, edición de J. Piveteau, París, 1954, pp. XX-XXIII. (Cfr. H. Gouhier, O.C., cit., p. 1.793).

41. Se refiere al ejemplo de la estatua utilizado por Condillac en su *Tratado de las sensaciones*.

blas que los nuestros no pueden destruir?ⁿ. No hay nada fijo sobre el número de los sentidos necesarios para otorgar sentimiento y vida a un ser corporal organizado. Consideremos los animales: muchos tienen menos sentidos que nosotros, ¿por qué otros no tendrían más?⁴². ¿Por qué no existirían algunos que nos serán eternamente desconocidos, por no ofrecer ninguna similitud con nuestros sentidos, y por los cuales se explicaría lo que nos parece inexplicable en muchas de las acciones de los animales? Los peces no entienden, ni los pájaros ni los peces tienen olfato, las babosas y los gusanos no tienen ojos, y el tacto parece ser el único sentido de la ostraⁿ. Pero, ¿cuántos animales tienen precauciones, previsiones, astucias inconcebibles que posiblemente mejor podrían atribuirse a algún órgano extraño al hombre, antes que al nombre ininteligible de instinto?⁴³. ¿No es un pueril orgullo querer regular las facultades de todos los seres sobre las nuestras, mientras que todo desmiente a nuestros propios ojos ese ridículo prejuicio? ¿Cómo podríamos asegurarnos que no somos, de todos los seres racionales que los diversos mundos pueden contener, los menos favorecidos por la Naturaleza, los menos provistos de órganos adecuados para conocer la verdad, y que debemos a esta insuficiencia la incomprendibilidad que nos detiene a cada instante sobre mil verdades demostradas? Con tan pocos medios para observar la materia y los seres sensibles, ¿cómo podemos esperar poder juzgar sobre el alma y los seres espirituales? Supongamos que existan realmente tales, ¿cómo podríamos saber lo que es un espíritu si ignoramos lo que es un cuerpo? Nos vemos rodeados de cuerpos sin almas, pero

42. Esta misma cuestión había sido tratada por Montaigne en sus *Ensayos* (vol. II, cap. 12). Las reflexiones escépticas de Rousseau sobre el carácter engañoso de los sentidos son deudoras de este autor.

43. Rousseau acaba de hacer alusión al *Tratado de las sensaciones*. El hecho de que encuentre «ininteligible» el nombre de «instinto» alude al *Tratado sobre los animales* que Condillac publicó en 1748, con el que no estaba de acuerdo.

¿quién de nosotros percibió alguna vez un alma sin cuerpo, y es capaz de tener la menor idea sobre una sustancia puramente espiritual? ¿Qué podemos decir sobre el alma, si no conocemos nada más que lo que actúa por medio de los sentidos? ¿Sabemos acaso si no tiene una infinidad de facultades que sólo esperan para desarrollarse una organización conveniente o el regreso de la libertad? Nuestras luces, ¿nos vienen de fuera a dentro por medio de los sentidos, como mantienen los materialistas, o se escapan de dentro a fuera como pretendía Platón?⁴⁴ Si la luz entra en la casa por las ventanas, los sentidos son la sede del entendimiento^o. Por el contrario, si la casa está iluminada por dentro, aunque cerrarais todo, la luz no dejaría de existir por estar retenida, pero cuanto más abrierais las ventanas más claridad habría y más fácil os sería distinguir los objetos de alrededor. Por tanto, es una cuestión pueril preguntarse cómo podría ver un alma, entender y tocar, sin manos, sin ojos y sin oídos^p; antes preferiría que un cojo preguntara cómo se puede andar sin muletas. Sería más filosófico preguntarse cómo el alma puede ver, entender y tocar^q con manos, ojos y oídos; pues el modo en cómo actúan cuerpo y alma, uno sobre otro, fue siempre la desesperación de la metafísica y aún hay más dificultades^r en conceder sensaciones a la pura materia.

¿Quién sabe si no habrá espíritus, con diferentes grados de perfecciones, a los que la Naturaleza ha dado cuerpos organizados según las facultades que les son propias, desde la ostra hasta nosotros sobre la tierra, y después de nosotros, puede que hasta las más sublimes especies en los diversos mundos?^s. ¿Quién sabe si lo que distingue al hombre de la bestia no es que el alma de ésta no tenga más facultades que las sensaciones de su cuerpo, sino que el alma humana, comprimida en un cuer-

44. Este pasaje y el siguiente retoman las imágenes platónicas sobre la separación del alma y del cuerpo que se volverán a encontrar en la *Profesión de fe* y en las *Las ensoñaciones del paseante solitario*. (Cfr. H. Gouhier, O.C., cit., p. 1.793).

po que limita la mayoría de sus facultades, quiere, en cada momento, forzar su prisión, y une una audacia casi divina a la debilidad de la humanidad? ¿No es verdad que los grandes genios, asombro y honor de su especie, franquean de alguna manera la barrera de los sentidos, se lanzan a las regiones celestes e intelectuales, y se elevan tanto por encima del hombre vulgar como la Naturaleza elevó a este último por encima de las bestias? ¿Por qué no imaginar el vasto seno del universo lleno de una infinidad de espíritus de mil órdenes diferentes, eternos admiradores del juego de la Naturaleza y espectadores inevitables de las acciones de los hombres?!

¡Sofía, qué agradable me resulta pensar que asisten a veces a nuestras conversaciones y que un murmullo de aplausos se eleva entre las inteligencias puras, viendo a dos buenos amigos sacrificarse por la virtud, en el secreto de su corazón!

Concedo que esto no son más que conjeturas sin probabilidad alguna, pero me basta con que no se me pueda mostrar lo contrario para deducir las dudas que quiero establecer. ¿Dónde estamos? ¿Qué vemos, qué sabemos, qué es lo que existe? Corremos sólo tras sombras que se nos escapan. Algunos leves espectros, algunos vanos fantasmas, revolotean alrededor de nuestros ojos y creemos ver la eterna cadena de los seres. No conocemos una sustancia en el universo, no estamos siquiera seguros de ver la superficie y queremos sondear el abismo de la Naturaleza.

Dejemos un trabajo tan pueril a esos niños a los que se llama filósofos. Después de haber recorrido el círculo estrecho de su vano saber, hay que terminar por donde había comenzado Descartes: «Pienso, luego existo». He ahí todo lo que sabemos.

- a Siguen estas palabras tachadas: *que nos la muestra.*
- b En el margen, Rousseau anotó: *probar que el pudor es natural en el artículo sobre la conciencia.*
- c Primera redacción: *eternamente.*
- d Versiones anteriores: *distinguir un cuadro de un verdadero paisaje. Después: un objeto pintado del original.*

- e El párrafo: *con toda la experiencia adquirida...* escrito en el margen, reemplaza a otro pasaje tachado por Rousseau: *Se tiene dificultad en concebir, a menos de reflexionar correctamente, cuántos falsos juicios realizáramos por los ojos, si nuestras manos y nuestros pies no corrigieran esas equivocaciones: el universo entero no sería más grande que el ojo, no habría, para nosotros, grandeza absoluta, no imaginaríamos ninguna diferencia entre alejar o disminuir los objetos, y el mismo cuerpo llevado a una distancia doble sería la mitad de pequeño.*
- f Rousseau escribió primero y luego tachó: *no le ofrecen suficientes, después: no le ofrecen más.*
- g Primera redacción: *la filosofía dvida por explicarlo todo...*
- h Rousseau escribió primero: *los sistemas más absurdos.*
- i Al margen: *habéis podido ver en la estatua del abate Condillac, palabras repetidas más abajo.*
- j Al margen: *¿Qué pensaríais, mi querida Sofía, de un sistema donde se prefiere otorgar el sentimiento a las piedras que conceder el alma al hombre?*
- k En lugar de las palabras: *alma, cuerpo*, Rousseau escribió primero: *espíritu, materia.*
- l Rousseau escribió primero y después tachó: *El fenómeno más común, después: La operación de la naturaleza más común...*
- m Versiones anteriores: *dotados de otros sentidos de los que no tenemos ninguna idea*, después: *dotados de más sentidos que no tenemos.*
- n Versión anterior: *no iluminarán las tinieblas que nos hurtan la esencia de las cosas de las que nos sentimos rodeados.*
- ñ Siguen estas palabras tachadas: *No vayamos pues a imaginar que los sentidos están fijados en todo animal en el número de cinco.*
- o En el margen y tachadas: *pueden existir espíritus de diferentes naturalezas.*
- p En el margen: *¡Oh Sofía, qué abismo espantoso para la razón!*
- q En el margen: *¡y queremos enredarnos en razonar sobre la naturaleza de esos seres! En verdad, difícilmente perdonaría esa estupidez a unos niños.*
- r En el margen escribe las siguientes palabras que retomará al final de la carta: *después de haber agotado toda la filosofía se termina por donde Descartes había comenzado: Pienso, luego existo. He ahí todo lo que sabemos.*
- s En el margen: *la idea de Platón sobre los espectros.* Esta alusión se explicita en una nota de *La nueva Eloísa* (VI, II, O.C., cit., Pléiade, t. II, p. 727). D. Mornet remite al *Fedón*.
- t Rousseau escribió primeros: *eternos admiradores del orden de la Naturaleza, espectadores y jueces rectos de las acciones de los hombres.*

Cuarta carta

Cuanto más se observa al hombre, más pequeño se ve. Pero el cristal que empequeñece no está hecho para los buenos ojos⁴⁵. Querida Sofía, ¿acaso no es un orgullo extraño aquel que se logra al sentir plenamente la propia miseria? Sin embargo, éste es el que se puede obtener de la sana filosofía. Perdonaría cien veces más al falso sabio ser vano en su pretendido saber, que al verdadero de serlo de su ignorancia. Cuando un loco se alza como un semidios, al menos su locura es consecuente; pero creerse un insecto⁴⁵ y arrastrarse fieramente sobre la hierba, es, a mi juicio, el colmo del absurdo. Sofía ¿Cuál es entonces la primera lección de la sabiduría? ¡La humildad! La humildad de la que habla el cristiano, y que el ser humano conoce tan poco, es el primer sentimiento que debe nacer del estudio de nosotros mismos. Seamos humildes con respecto a nuestra especie para poder orgullecernos al considerar nuestro ser individual. No digamos, con estúpida vanidad, que el hombre es el rey del mundo⁴⁶, que el sol, los astros, el firmamento, el aire, la tierra, el mar están hechos para

45. Aquí parece referirse a los materialistas y a aquellos que, como La-mettrie, conciben al hombre sólo como un mecanismo complejo.

46. Para Rousseau, la Naturaleza es siempre un orden que trasciende.

él, que los vegetales germinan para su subsistencia, que los animales viven para que él los devore; con este modo de razonar, esta devoradora sed de felicidad, de excelencia y de perfección^b, ¿por qué no iba a creer cada uno que el resto del género humano fue creado para servirlo?, ¿no se contemplaría entonces, personalmente, como el único objeto de todas las obras de la Naturaleza?^c. Si tantos seres son útiles para nuestra conservación, ¿estamos seguros de ser menos útiles a la suya? ¿Qué es lo que prueba esto, sino nuestra debilidad, y cómo conocemos mejor su destino que el nuestro? Si estuviéramos privados de la vista, ¿cómo podríamos conocer que existen pájaros, peces, insectos, prácticamente imperceptibles al tacto? Por su parte, muchos de estos insectos parecen no tener ninguna idea sobre nosotros. ¿Por qué no habrían de existir otras especies más excelentes, que no percibiríamos jamás a causa de la falta de sentidos adecuados que nos permitan descubrirlos y para quienes puede que seamos tan despreciables como los gusanos lo son a nuestros ojos? Pero dejemos de humillar al hombre orgulloso por los dones que no tiene; le quedan suficientes para alimentar una fiereza más digna y legítima. Si la razón le aplasta y le envilece, el sentimiento interior le eleva y le honra^d. El culto involuntario que el malvado secretamente⁴⁷ devuelve al justo es el verdadero título de nobleza que la Naturaleza ha grabado en el corazón del hombre.

¿No habéis sentido jamás esa secreta inquietud e indignación que nos atormentan a la vista de nuestra miseria y debilidad, frente a las facultades que nos elevan? ¿No habéis experimentado nunca esos entusiasmos involuntarios que a veces un alma sensible capta en la contemplación de la belleza moral y del orden intelectual de las cosas; ese ardor devorador que lleva de repente al corazón a abrazar con amor las virtudes celestes, esos sublimes extravíos que nos elevan por encima de

47. Se refiere a los remordimientos por la falta cometida.

nuestro ser, y nos llevan al lado del mismo Dios?⁴⁸. ¡Ay!, si ese fuego sagrado pudiera durar, si ese noble delirio animara nuestra vida entera, ¿qué acciones heroicas asombrarían nuestro valor, qué vicios osarían tentarnos, qué victorias no lograríamos sobre nosotros mismos y qué cosas grandiosas podríamos obtener por nuestros propios esfuerzos? Mi respetable amiga, el principio de esta fuerza está en nosotros, se muestra un momento, para excitarnos a buscarla sin cesar^e. Ese santo entusiasmo es la energía de nuestras facultades que se desprenden de sus lazos terrenos, y que quizá sólo de nosotros dependa mantener siempre en ese estado de libertad. Sea como sea, al menos sentimos en nosotros mismos una voz que nos impide rechazarla, la razón se arrastra pero el alma se eleva; si somos pequeños por nuestras luces, somos grandes por nuestros sentimientos, y cualquiera que sea el lugar que ocupamos en el sistema del universo, un ser amigo de la justicia^f y sensible a las virtudes no es abyecto por naturaleza.

No tengo que demostraros nada más Sofía, y si era cuestión de filosofar me quedaré en este punto. Encontrándome detenido en todas partes por los límites de nuestras luces, terminaré de instruiros antes de haber comenzado. Pero ya os lo he dicho, mi proyecto no es razonar con vos^g, quiero extraer los únicos argumentos que deben convenceros del fondo de vuestro corazón. En consecuencia, os diré lo que ocurre en el mío, y si vos experimentáis lo mismo, entonces nos deben convenir los mismos principios y el mismo camino debe guiarnos en la búsqueda de la verdadera felicidad.

He experimentado grandes vicisitudes en el espacio de una vida bastante corta; y, por decirlo así, sin salir de mi pobreza, he probado todos los estados: he sentido el bien y el malestar en todas sus formas. La Naturaleza me dio el alma más sensi-

48. Muchos intérpretes y lectores de Rousseau le han reprochado esos extravíos, patentes en obras como *La nueva Eloísa* (III, 21, O.C., cit., Pléiade, t. II, p. 380), y sobre todo los «éxtasis» de *Las ensañaciones del paseante solitario*.

ble, la fortuna la sometió a todas las afecciones imaginables, y creo poder decir, de acuerdo con un personaje de Terencio⁴⁹, que nada humano me es ajeno⁴⁹.

En diversas situaciones, siempre me sentí afectado de dos modos diferentes y algunas veces contrarios, proviniendo uno del estado de mi fortuna, y el otro del de mi alma; de modo que tanto un sentimiento de felicidad y de paz me consolaba en mis desgracias, como un inoportuno sentimiento de malestar me turbaba en mi prosperidadⁱ.

Estas disposiciones interiores, independientes de la suerte y de los acontecimientos, me produjeron una impresión tanto más viva cuanto que mi inclinación a la vida contemplativa y solitaria les permitía desarrollarse mejor. Por decirlo de algún modo, sentía en mí el contrapeso de mi destino, me consolaba de mis penas en la misma soledad en la que vertía lágrimas cuando era feliz. Buscando el principio de esta fuerza oculta que hacía balancear así el dominio de mis pasiones, encontraba que provenía de un juicio secreto que yo tenía⁵⁰, sin pensar en las acciones de mi vida, ni en los objetos de mis deseos. Mis males me atormentaban menos al soñar que no eran obra mía. Mis placeres perdían todo su valor^j cuando veía, con sangre fría, en qué los hacía consistir. Creí sentir en mí un germen de bondad que me consolaba de la mala fortuna y un germen de grandeza que me elevaba por encima de la buena. Observé que en vano se busca la propia felicidad lejos, cuando se deja de cultivar en sí mismo; pues aunque provenga de fuera, sólo puede hacerse sensible cuando se encuentra en el interior de un alma dispuesta a estimarla.

Este principio del que os hablo no sólo me sirve para dirigir mis acciones presentes bajo la regla que él me prescribe; sino también para hacer una justa estimación de mi conducta pa-

49. «Homo sum, humani nihil a me alienum puto». Terencio, *Hautontimorumenos*, 77.

50. Se refiere a la conciencia. En este punto, Rousseau no es original sino que es deudor de la concepción calvinista.

sada, condenándola con frecuencia, aunque en apariencia buena; aprobándola algunas veces, aunque condenada por los hombres, y recordándome sólo los hechos de mi juventud como una memoria local de las diversas afecciones que ocasionaron en mí.

A medida que avanzo hacia el término de mi carrera⁵¹, siento debilitarse todos los movimientos que me han sometido durante tanto tiempo al imperio de las pasiones. Después de haber apurado lo que puede experimentar de bien y de mal un ser sensible, pierdo poco a poco la visión y la espera de un porvenir en el que no puedo confiar. Los deseos se apagan con la esperanza, mi existencia^k sólo está en mi memoria^l, no vivo más que de mi vida pasada y su duración deja de serme querida después de que mi corazón ya no tiene que sentir nada nuevo^m⁵².

En este estado, es natural que quiera volver los ojos sobre el pasado en el que mantengo, sin embargo, todo mi ser, pues entonces siento el bien y el mal sin mezcla y sin prejuicios. Todos los falsos juicios que las pasiones me han llevado a hacer se desvanecen con ellas. Veo los objetos que más me han afectado, no tal como se me aparecieron durante mi delirio, sino tal como son realmente⁵³. El recuerdo de mis buenas o malas acciones me produce un bienestar o malestar duradero, más real que aquel del que fue objeto; así los placeres de un momento me han ocasionado con frecuencia largos arrepentimientos; así los sacrificios hechos a la honestidad y a la justicia me consuelan todos los días de lo que alguna vez me costaron y me proporcionan eternas alegrías por cortas privaciones.

¿A quién podría yo hablar de los encantos de esos recuerdos

51. En esos momentos, en los que la salud de Rousseau había empeorado, creía que su muerte estaba próxima.

52. Cfr. *Confesiones*, I (ver nota 7), VI, O.C., cit., Pléiade, t. I, p. 226 y núm. 3; I (ver nota 7), VII, p. 278; *Las ensoñaciones del paseante solitario*, *ibid.* p. 1.002 (al comienzo del «Segundo Paseo»).

53. Parece referirse aquí a su equívoca relación con Madame d'Houdetot. Véase el Estudio preliminar.

sino a aquella que me los hizo disfrutar tan bien? Es a vos, Sofía, a quien corresponde hacerme querida la memoria de mis últimos extravíos, dadas las virtudes que me han proporcionado. Me habéis hecho enrojecer demasiado por mis faltas como para que hoy pueda aún enrojecer, y no sé qué es lo que convierte la más fuerte de las victorias llevadas sobre mí mismo, sino la ayuda que me la hizo alcanzar⁵⁴.

Si sólo hubiera escuchado una pasión criminal, si hubiera sido vil un momento y os hubiera encontrado débil, ¡qué caro pagaría hoy los extravíos que me habrían parecido tan dulces! Privados de todos los sentimientos que nos habían unido habríamos cesado de estarlo. La vergüenza y el arrepentimiento nos habrían hecho odiosos el uno para el otro; os odiaría por haberos amado demasiado, y ¿qué embriaguez de voluptuosidad hubiera podido jamás consolar mi corazón de una vinculación tan pura y tan tierna?ⁿ. En lugar de ese alejamiento funesto, no recuerdo nada de vos que no me haga sentirme satisfecho de mí mismo, y que no añada, a la amistadⁿ que vos me habéis inspirado, el honor, el respeto y el reconocimiento por haberme conservado digno de amaros^o. ¿Cómo podría soñar yo sin placer en esos momentos que me fueron dolorosos por evitarme dolores eternos? ¿Cómo no disfrutaría hoy el encanto^p de haber escuchado de vuestra boca todo lo que puede elevar el alma y dar un valor a la unión de los corazones? Sofía, ¿en qué me podría yo haber convertido, después de haber sido insensible cerca de vos a todo lo que me había hecho ganar vuestra estima, y haberos mostrado, en el amigo que habías escogido, a un desdichado^u al que debíais despreciar?

Eso es lo más llamativo que hay en la imagen de la virtud que ponéis delante de mis ojos, el temor de ensuciar tarde una vida sin reproche, de perder, en un momento, el precio de tan-

54. Cfr. *Confesiones*, I (ver nota 7), IX, O.C., cit., Pléiade, t. I, pp. 442-444. Gracias a la firmeza de Madame d'Houdetot y a su insistencia en que sólo podía ofrecer a Rousseau una sincera amistad, él renunció a su pasión. (Véase el Estudio preliminar.)

tos sacrificios; el depósito sagrado de la amistad que yo debía respetar, todo aquello que la fe, el honor, la probidad tienen de inviolable y formaba la invencible barrera que oponíais sin cesar a todos mis deseos^f.

No, Sofía, todavía no ha pasado un solo día en el que vuestros discursos no emocionen mi corazón y me arranquen dulces lágrimas^a. Todos mis sentimientos hacia vos se embellecen por aquel que los sobrepasó. Constituyen la gloria y el agrado de mi vida; y a vos debo todo ello, por vos siento ahora su valor. Mi querida amiga, buscaba el arrepentimiento y me habéis hecho encontrar la felicidad.

Tal es el estado de un alma que atreviéndose a proponérsela a vos como ejemplo, sólo os ofrece con ello el fruto de vuestros cuidados. Si esta voz interior que me juzga, en secreto y sin cesar, se hace escuchar a mi corazón, al tiempo se hace escuchar al vuestro; aprended a escucharla y a seguirla, aprended a extraer de vos misma vuestro primeros bienes; son los únicos que no dependen de la fortuna y pueden suplir a los otros¹. He ahí toda mi filosofía y creo que todo el arte de ser feliz que es aplicable al ser humano⁴.

- a Versión anterior: *Cuanto más se explora el hombre, más pequeño se ve. He ahí a lo que conduce su mejor estudio.*
- b *esa devoradora [...] perfección*: palabras añadidas en el margen.
- c Primera redacción: *obras de Dios.*
- d Al pie de la página, en el margen: *Pero siento en mí un secreto murmullo que me rebela contra tanta humillación. Tachado: sin ser filósofo, me siento hombre y me encuentro aún suficientemente grande para Sofía. ¿Bajo qué mirada un ser sensible a lo bello puede ser rechazable? No, Sofía, aquel al que la contemplación [...] animaba cerca de vos con un entusiasmo santo no es un insecto.*
- e Frente a estas líneas, en el margen del manuscrito: *sentirla vergüenza por vos y por mí; sentirla que fuimos despreciables, que abusamos indignamente de todo aquello que la estima, la amistad, la confianza tienen de inviolable y sagrado, os odiaría sin duda por haberme dejado envilecerme, me odiaríais a más justo título...*
- f Rousseau escribió primero: *sentimos que un ser capaz de justicia...*

- g En el margen: *Si hubiéramos sido yo más amable o vos más débil, el recuerdo de mis placeres podría ser tan dulce a mi corazón como el de vuestra inocencia.* Después de *débil* Rousseau escribió antes: *el testimonio de la inocencia que vuestra fidelidad me conservó ¿sería tan dulce a mi corazón?, ¿vertería yo las dulces lágrimas que se me escapan escribiendo estas cartas, me seríais vos tan querida después de haber colmado mis deseos como lo sois después de haberme convertido en sabio?* Este texto parece seguir después, en el margen y arriba de otra hoja: *y, sin embargo, entre los placeres que disfruto, el más dulce de todos me falta aún, no tengo el convertir en mérito mi resistencia, soy tan culpable como si hubiera sucumbido, sin vos estaría perdido, era el último de los hombres y sois vos quien me habéis forzado a vencerme.*
- h Primera redacción: *y no creo poder decir mejor que ese personaje de Chr[emes].*
- i Sigue un pasaje tachado: *los deseos se extinguen por grados con la esperanza, no vivo más que de mi vida pasada, y su duración deja de serme querida después de que mi corazón ya no tiene que sentir nada nuevo.* Estas líneas son retomadas después. Cfr. variante (m).
- j Rousseau escribió primero: *Mis desgracias me eran menos amargas cuando reconocía que no las merecía. Y mi felicidad perdía todo su valor...*
- k Rousseau escribió y tachó primero: *mi felicidad*, después: *el placer.*
- l Añadido entre líneas y después tachado: *por decirlo así.*
- m Cfr. variante (i).
- n Streckeisen-Moultou introdujo aquí un texto escrito más arriba en el margen por Rousseau e incluido aquí en la variante (e).
- ñ Rousseau escribió y tachó sucesivamente: *amistad, inclinación, interés*, antes de llegar a la fórmula inicial.
- o Streckeisen-Moultou introdujo aquí el texto incluido en la variante (g).
- p Rousseau primero escribió y tachó: *encanto*, después *felicidad.*
- q En lugar de *desdichado* Rousseau escribió primero *infame.*
- r Rousseau escribió primero, después de *barrera*: *que vos ponéis sin cesar entre vos y yo.*
- s En el margen: *qué horrible saber aquel que sólo sirve para borrar los escrúpulos, ahogar los remordimientos, y multiplicar en la tierra el número de los malvados.*
- t Antes que *fortuna* Rousseau escribió y nos consuela de nuestros.
- u Al final del manuscrito, o, abajo, se lee este pasaje que es el comienzo de la carta quinta: *toda la moralidad de la vida humana está en la intención* (versiones anteriores): *toda la moralidad de las acciones humanas está en la estimación de aquellos que las hacen*, después: [...] *está en la voluntad de los hombres.*

Si es cierto que el bien es bien, debe estar tanto en el fondo de nuestros corazones como en nuestras obras (primera redacción: en las acciones de nuestras vidas) y el primer premio de la virtud es sentir que se la practica.

Quinta carta⁵⁵

Toda^a la moralidad de la vida humana está en la intención del hombre^b. Si es cierto que el bien es bien, debe estar tanto en el fondo de nuestros corazones como en nuestras obras, y el primer premio de la justicia es sentir que se la practica. Si la bondad moral es conforme a nuestra naturaleza el hombre sólo estaría sano y bien constituido en tanto es bueno. Si no lo está y el hombre es malvado naturalmente no puede cesar de serlo sin corromperse. La bondad sólo sería en él un vicio contra natura^c. Hecho para perjudicar a sus semejantes como el lobo para degollar a su presa, un ser humano sería un animal tan depravado como un lobo abominable^d y la sola virtud nos produciría remordimientos.

¿Vos creéis que hay en el mundo una cuestión más fácil de resolver? ¿Acaso no se trata sólo de entrar en sí mismo, de examinar, al margen de todo interés^e personal, a qué nos conducen nuestras inclinaciones naturales? ¿Cuál es el espectáculo que más nos honra, el de las desgracias o el de la felicidad de los demás? ¿Qué hacemos más gratamente y nos deja una im-

55. La mayor parte de la carta sirvió de borrador para preparar la *Profesión de fe del Vicario saboyano*. En muchos pasajes, Rousseau se limitó a sustituir el nombre de Sofía por el título genérico de *mi buen amigo*.

presión más agradable; un acto bueno o un acto de maldad?^f ¿Por quién os interesáis vos en vuestros teatros?^g ¿Acaso os placen^h los crímenes? ¿Lloráisⁱ por los personajes castigados? ¿Entre el héroe desdichado y el tirano triunfante, hacia cuál de los dos se aproximan vuestros deseos secretos incesantemente? ¿Si tuvierais que escoger no preferiríais antes ser el bueno que sufre, frente al malvado que prospera haciendo mal^j y a costa de endurecerse?^k

Si vemos un acto de violencia o injusticia en una calle o en un camino, al instante brota un sentimiento de cólera y de indignación en el fondo de nuestro corazón que nos lleva a tomar la defensa del oprimido, pero un deber más poderoso nos contiene y las leyes nos privan del derecho de proteger al inocente^l.

Por el contrario, si algún acto de clemencia o de generosidad nos llama la atención, ¡qué amor nos inspira! ¿Quién no se dice a sí mismo: me gustaría hacer lo mismo? Las almas más corrompidas no llegan a perder completamente esa primera inclinación: el ladrón que despoja a los transeúntes, sin embargo cubre la desnudez de un pobre^m, y no hay ningún feroz asesino que no sostenga a un hombre que cae desfallecido. Inclusoⁿ, al formar entre ellos los complós, sellan los tratos con la mano, se dan la palabra y respetan su fe. Hombre perverso, puedes hacer lo que quieras: sólo veo en ti a un malvado inconsecuente y torpe, pues la naturaleza no te hizo para serlo^o.

Se habla de los gritos, de los remordimientos que castigan en secreto los crímenes ocultos, y que con tanta frecuencia los ponen en evidencia^o. ¿Quién de nosotros no ha conocido jamás esa voz inoportuna? Se habla por experiencia y se querría borrar ese sentimiento involuntario que nos causa tantos tormentos. Pero obedecemos a la naturaleza, conoceremos con qué agrado aprueba lo que exige y qué encanto se encuentra al disfrutar la paz interior^p de un alma contenta de sí misma^q. El malvado se teme y se huye, se divierte⁵⁶ arrojándose fuera de

56. Esta referencia recuerda al tema del *divertissement* pascaliano, como huida del propio interior.

sí, vuelve a su alrededor unos ojos inquietos y busca un objeto que le haga refr. Sin la broma insultante, estaría siempre triste; por el contrario la serenidad del justo es interior; su risa no es por maldad sino de alegría, lleva la fuente en sí mismo. Si está solo, se siente tan contento como en medio de un círculo; y esa alegría inalterable que se ve reinar en él, no la extrae de aquellos que le rodean, se la comunica.

Volved la mirada sobre todas las naciones del mundo, recorred todas las historias; entre tantos cultos inhumanos y extraños, entre esa prodigiosa diversidad de costumbres y de caracteres, encontraréis siempre por todas partes las mismas ideas de justicia y de honestidad^r, en todo lugar los mismos principios de moral, las mismas nociones de bien y de mal. El antiguo paganismo hizo nacer dioses abominables^s, que se condenaron aquí por malvados, y que ofrecían como panorama de felicidad suprema cometer crímenes y satisfacer las pasiones^t. Pero el vicio, revestido con una autoridad sagrada, descendía en vano de la estancia eterna; la Naturaleza^u volvía a brotar del corazón de los humanos. Se celebraban los desenfrenos de Júpiter pero se admiraba la templanza de Jenócrates^v 57, la casta Lucrecia adoraba a la impúdica Venus, el intrépido romano sacrificaba al miedo, el gran Catón fue considerado más justo que la Providencia; la inmortal voz de la virtud, más fuerte que la de los dioses, se hacía respetar sobre la tierra^w, y parecía relegar al cielo el crimen con los culpables.

Por tanto, en el fondo de todas las almas se encuentra un principio innato^x de justicia y de verdad moral anterior a todos los prejuicios nacionales, a todas las máximas de la educación⁵⁸. Este principio es la regla involuntaria sobre la cual, a pesar de las propias máximas, juzgamos nuestras acciones y

57. Sobre Jenócrates como héroe moral, cfr. *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, O.C., cit., Pléiade, t. III, p. 133.

58. En este punto, Rousseau expresa una opinión similar a la de Voltaire en su *Poema sobre la ley natural*.

las de los demás como buenas o malas, y a este principio es al que doy el nombre de conciencia.

Pero ante este nombre oigo elevarse por todas partes la voz de los filósofos: errores de la infancia, prejuicios de la educación, gritan todos como en concierto. No hay nada en el entendimiento humano que no se introduzca por experiencia, y no juzgamos sobre ninguna cosa más que sobre ideas adquiridas⁵⁹. Hacen más, se atreven a rechazar ese acuerdo evidente y universal de todas las naciones, y, contra esa resplandeciente uniformidad del juicio de los hombres, quieren buscar en las tinieblas algún ejemplo oscuro y conocido sólo por ellos, como si todas las inclinaciones de la Naturaleza estuvieran destruidas por la depravación de algunos individuos y en tanto haya monstruos la especie humana ya no actúe. Pero ¿para qué le sirve al escéptico Montaigne los esfuerzos que realiza para desterrar a un lugar del mundo una costumbre opuesta a las nociones de justicia?, ¿para qué le sirve dar al más despreciable y sospechoso viajero⁷ una autoridad que rechaza a los escritores más respetables? ¿Es que acaso algunos usos inciertos y extraños, fundados sobre causas particulares que nos son desconocidas, destruirán la inducción general extraída del concurso de todos los pueblos, opuestos en todo lo demás² y de acuerdo sobre ese solo punto? ¡Oh Montaigne, tú que te precias de franqueza y de verdad, sé sincero y verdadero^{a*}, si es que un filósofo puede serlo, y dime si hay un solo lugar sobre la tierra en el que sea un crimen guardar la fe, ser clemente, benefactor y generoso y donde el hombre de bien sea despreciado y el villano honrado^{b*}.

No tengo aquí el propósito de entrar en discusiones metafísicas que no conducen a nada. Os dije ya que no quería discutir con los filósofos, sino hablar a vuestro corazón. Aunque todos los filósofos del mundo probaran que no tengo razón, si sentís que tengo razón, ya no quiero más^{c*}. Sólo es necesario para

59. Parece referirse al análisis de las ideas realizado por Locke en el *Ensayo sobre el entendimiento humano*.

ello distinguir nuestras percepciones adquiridas de nuestros sentimientos naturales; pues sentimos necesariamente antes de conocer, y de igual modo que no aprendemos a querer nuestro bien personal y a evitar nuestro mal, sino que esa voluntad proviene de la Naturaleza, del mismo modo, el amor al bien y el odio hacia lo malo nos son tan naturales como nuestra propia existencia. Así, aunque las ideas nos vienen de fuera, los sentimientos que las aprecian están en nuestro interior y sólo por ellos conocemos la conveniencia o inconveniencia que existe entre nosotros y las cosas que debemos buscar o evitar.

Existir^{d*} es para nosotros sentir, y nuestra sensibilidad es indiscutiblemente anterior a nuestra misma razón. Sea cual sea la causa de nuestra existencia, ha contribuido a nuestra conservación proporcionándonos sentimientos conformes a nuestra naturaleza, y no se podría negar al menos que éstos no fueran innatos. Con respecto al individuo, esos sentimientos son el amor de sí, el temor al dolor y a la muerte, y el deseo de bienestar. Pero si, como no se puede dudar, el hombre es un ser sociable por naturaleza^{e*}, o al menos hecho para serlo, no puede serlo más que por otros sentimientos innatos relativos a su especie. De ese sistema moral, formado por esa doble relación consigo mismo y con sus semejantes, nace el impulso natural de la conciencia.

Soffa, no penséis por tanto que sea imposible explicar el principio activo de la conciencia, como consecuencia de nuestra naturaleza, independiente de la misma razón. E incluso si esto fuera imposible de conocer, no sería necesario. Pues los filósofos que combaten ese principio no prueban que no existe, sino que se contentan con afirmarlo. Cuando nosotros afirmamos que existe, estamos entonces tan avanzados como ellos y tenemos además toda la fuerza del testimonio interior^{f*} y la voz de la conciencia interior que atestigua por sí misma.

Mi querida amiga^{g*}, ¡qué dignos de lastima son esos tristes razonadores! Borrando en ellos los sentimientos de la Naturaleza destruyen completamente la fuente de todos los placeres, y no saben librarse del peso de la conciencia más que convir-

tiéndose en insensibles^{h*}. ¿No es acaso un sistema malintencionado y perverso aquel que sólo sabe liberarse de los remordimientos de la voluntad ahogando a la vez una y otra?^{i*} Si la fe de los amantes no es una quimera, si el pudor del sexo consiste en vanos prejuicios, ¿en que se convertirían todos los encantos del amor^{j*} propio, si no viéramos en el universo más que materia y movimiento? ¿Dónde estarían los bienes morales de los que está ávida nuestra alma, y cuál sería el precio de la vida humana si sólo disfrutáramos para vegetar?

Vuelvo a ese sentimiento⁶⁰ de vergüenza tan encantador y tan grato de vencer, puede que más dulce aún de respetar, que inflama y combate los deseos de un amante y proporciona tantos placeres al corazón para los que huyen de sus sentidos. ¿Por qué rechazaríamos el reproche interior que vela con una impenetrable modestia las intenciones^{k*} secretas de una joven inocente, que cubre sus mejillas de rubor ante los tiernos discursos de un enamorado que es amado? ¿Es que acaso el ataque y la defensa no son leyes de la Naturaleza? ¿No es acaso ella quien permite la resistencia al sexo que puede ceder tanto como desea? ¿No es acaso ella quien prescribe la persecución de aquel al que se esfuerza en convertir en discreto y moderado? ¿No es acaso ella quien le lleva a conservar el pudor y el misterio en un estado de debilidad y olvido de ellos mismos? ¿Qué es lo que les libra^{l*} de todo agresor? Sentid entonces qué falso es que el pudor no tenga una razón de ser suficiente y que sólo sea una quimera en la Naturaleza. ¿Cómo podría ser obra de los prejuicios, si los prejuicios mismos de la educación la destruyeran, si vos lo veis con toda su fuerza en los pueblos ignorantes y rústicos y si su dulce voz no se apaga en las naciones más cultivadas por medio de los sofismas del razonamiento?^{m*}

60. Se encuentran recuerdos de este pasaje en la *Carta a D'Alembert* (ed. original, Amsterdam, 1758, pp. 149-158). Sobre el tema del pudor cfr. *La nueva Eloísa*, I, 46, O.C., cit., *Pléiade*, t. II, p. 128 y nota 2; I, 50, *ibíd.*, p. 138. (Cfr. H. Gouhier, nota I, p. 1798, en su edición de las *Letras morales*.)

Si⁶¹ los primeros destellos del juicio nos deslumbran y confunden ante todos los objetos que están bajo nuestra vista, esperemos que nuestros débiles ojos se reabran, se fortifiquen, y pronto veremos esos mismos objetos bajo las luces de la razón tal como nos los muestra primero la Naturaleza^{na}. O, más aún, seamos más simples y menos vanos. Limitémonos en todo a los primeros sentimientos que encontramos en nosotros mismos, pues siempre es a ellos a los que el estudio nos conduce cuando no nos ha perdido^{na} por completo.

¡Conciencia, conciencia, instinto divino, voz inmortal y celeste^{oa}, guía segura de un ser ignorante y limitado, pero inteligente y libre^{pa}, juez infalible del bien y del mal, sublime emanación de la sustancia eterna^{qa}, que convierte al hombre en semejante a los dioses; eres tú la única que constituye la excelencia de mi propia^{ra} naturaleza. Sin ti no siento nada en mí que me eleve por encima de las bestias, nada más que el triste privilegio de perderme de error en error, con la ayuda de un entendimiento sin regla y de una razón sin principio!^{sa}.

Obligaos a hacer las cosas que os gusta ver hacer a los otros^{ta}.

- a El texto de la variante (tu) de la carta cuarta es una primera redacción del comienzo de la quinta. En la redacción de la primera frase Rousseau dudó entre *voluntad e intención*; en la segunda, copió al principio *virtud*, finalmente tachó y escribió *justicia*.
- b Al margen: *sus buenas acciones incluso pierden su precio en el fondo de su alma por el defecto del motivo*.
- c Rousseau escribió antes: *la bondad sería en él un vicio de constitución*.
- d Siguen estas palabras tachadas: *¿os parece Sofía que esto pueda constituir un problema?*

61. Habiendo dejado el tema del pudor, Rousseau retomó aquí la carta para redactar la *Profesión de fe*. En consecuencia del pasaje sobre la conciencia era una nota destinada a servir de conclusión a esta quinta carta. (Cfr. H. Gouhier, *ibid.*, nota 2, p. 1.799.)

- e Al margen: *¡Oh, entremos en nosotros mismos, mi buen amigo! Examinemos todo interés...*
- f Después de *hecho*, Rousseau escribió primero: *de un crimen o de una buena acción.*
- g Rousseau primero habló en la primera persona del plural, después en la segunda, entonces corrige el sujeto y no el verbo, por ello, todo el pasaje se ha escrito en la segunda persona del plural, como se encuentra en la *Profesión de fe.*
- h Después de *placen*, Rousseau añadió y después tachó estas palabras: *los malhechores tienen nuestros mismos deseos secretos.*
- i Después de *lloráis*, Rousseau escribió y tachó sucesivamente: *de ternura*, después *de piedad*, finalmente *de enternecimiento.*
- j Primera redacción: *con el horror del crimen.*
- k Rousseau escribió primero: *sobre todos los otros males.*
- l Este pasaje fue añadido en el margen. Está muy retocado. Después de *oprimido* Rousseau había continuado del modo siguiente: *Uno de los tormentos (escribió primero de los mayores suplicios) que el estado civil impone a las gentes bien nacidas (escribió primero particulares) es ver siempre el mal, y no atreverse a oponerse ni a quejarse (escribió primero dejar a los malvados todo poderosos), pero un deber más poderoso nos retiene y es un crimen en el orden social oponerse al mal que se ve hacer.*
- m Siguen estas palabras tachadas: *y tal asesino que en un camino tiene piedad.*
- n Primera redacción: *incluso los mismos tratos y las perfidias...*
- ñ Rousseau escribió primero: *¡Oh, hombre, sea quien seas sondea tu corazón, por muy perverso que seas, sondea tu corazón!*
- o En la primera redacción, la frase comenzaba: *se habla mucho de la voz de los remordimientos...* y terminaba: *y con tanta frecuencia los pone en evidencia por el terror de los culpables.*
- p Primera redacción: *en sentir los aplausos.*
- q En el margen: *cuadro de la felicidad de los justos.*
- r Antes de detenerse en *honestidad*, Rousseau escribió y tachó sucesivamente: *moral*, después: *virtud.*
- s Rousseau había comenzado escribiendo después de *abominables*: *que se adoraba.*
- t Primera redacción: *pasiones infames.*
- u Las primeras redacciones eran menos sencillas: *pero el crimen parecía en vano descender del Olimpo (escribió primero del cielo) sobre la tierra; la santa voz de la Naturaleza las rechazaba...*
- v Una primera redacción, muy corregida, fue finalmente tachada: *jamás se vio una religión tan impura (escribió primero depravada) y*

con tan santas máximas, (nunca) unas divinidades tan despreciables fueron imploradas por hombres tan grandes, y la virtud triunfaba con ejemplo de los dioses (escribió primero triunfaba en el corazón de los mortales). Júpiter podía ser incestuoso, Jenócrates no era menos templado (escribió primero casto).

- w Rousseau precisó antes, después de *tierra: en prejuicio de ellos.*
- x En lugar de *innato* Rousseau escribió primero: *eterno*, después: *inmortal.*
- y Primera redacción: *dar al primer mentor...*
- z Después: *de acuerdo... hasta:... que no conducen a nada*, texto añadido al margen.
- a* Primera redacción: *de buena fe...*
- b* Rousseau escribió primero: *donde la virtud sea castigada y los crímenes recompensados.*
- c* Cfr. nota (t*).
- d* Este pasaje fue escrito en el margen de una hoja diferente, con una indicación que le sitúa en este punto.
- e* *por naturaleza:* añadido entre líneas.
- f* Siguen las palabras tachadas: *que sostiene (escribió primero confirma) nuestro sentimiento.*
- g* Por encima de estas tres palabras, Rousseau escribió: *buen hombre joven.*
- h* Después de *placeres*, Rousseau escribió antes: *y para librarse del peso de la conciencia, se privan de las voluptuosidades mismas a las cuales sería grato inmolarse.*
- i* Esta frase, escrita en el margen, parece ser la continuación de aquella que lamenta los «tristes razonadores». Rousseau dudó sobre el lugar donde situarla.
- j* Se encuentra en el margen una adición: *si la virtud no es nada, si la amistad no es más que costumbre, interés personal, ¿qué verdaderos placeres (palabra tachada: morales) podemos disfrutar en la tierra?*
- k* *ruegos*, es sustituido por: *deseos.*
- l* Rousseau dudó entre: *libra y librería.*
- m* Primera redacción: *sofismas de la razón.*
- n* Primera redacción: *nos lo mostraba antes el solo instinto de la Naturaleza.*
- ñ* Aquí termina la parte redactada de la carta. Lo que sigue son notas escritas en los márgenes y en los reversos de las hojas.
- o* Las palabras: *instinto divino*, no forman parte de la primera redacción. Rousseau escribió primero y luego tachó: *sublime voz, voz pura, voz celeste, voz íntima.*
- p* En lugar del pasaje: *guía segura [...]* *inteligente y libre*, Rousseau co-

menzó por escribir: *modelo del verdadero* (escribió primero *bello*), después: *única guía de un ser inteligente y libre, pero ignorante y limitado*.

q* Primera redacción: *divina*.

r* Primera redacción: *su*.

s* Primera redacción: *a la ayuda de mi razón*.

t* Sigue una nota tachada que es retomada, con variantes, al cuerpo de la carta: *pero ya he dicho que quería hablar a vuestro corazón, y no discutir con los filósofos. Ya pueden probarme que tienen razón, siento que mienten y estoy convencido de que ellos también lo sienten*.

Sexta carta

En fin⁶², tenemos una guía segura en ese laberinto de los errores humanos, pero no es suficiente que exista, hay que saber conocerla^a y seguirla. Si habla a todos los corazones, Sofía^b, ¿entonces por qué lo entienden tan pocos? Porque habla el lenguaje de la Naturaleza que todo nos lo ha hecho olvidar.

La conciencia es tímida y temerosa, busca la soledad; el mundo y el ruido la espantan, los prejuicios de los que se dice que son obra suya, son sus enemigos más mortales, huye o se calla ante ellos, su voz abrasadora apaga la suya y la impide hacerse entender^c. Finalmente, a fuerza de ser rechazada, se desanima, ya no habla, no nos responde más, y después de un desprecio tan largo cuesta tanto recordarla como costó exiliarla^d.

Cuando veo a cada uno de nosotros ocupado sin cesar en la opinión común y apagar, por decirlo así, su existencia alrededor de ella sin reservar prácticamente nada del propio corazón, me parece ver a un insecto formar una gran tela con su

62. Este párrafo y el siguiente sirvieron de borrador al texto que en la primera redacción y en la redacción definitiva de la *Profesión de fe* sigue inmediatamente al pasaje: *¡Conciencia [...] instinto divino!* (fin de la quinta carta). (Cfr. H. Gouhier, O.C., nota 1 de la p. 1.112, p. 1.800).

propia sustancia, por medio de la cual sólo parece sensible, pues de otro modo se pensaría que está muerto en su agujero. La vanidad del hombre es la tela de araña que tiende sobre todo aquello que le rodea. La una es tan sólida como la otra, al tocar el menor hilo el insecto se pone en movimiento; se moriría de languidez^e si se dejara la tela tranquila, y si se la desgarrara con un dedo, más que rehacerla rápidamente, se dedica a destrozarla. Comencemos por volver a nosotros, por concentrarnos en nosotros^f, por circunscribir nuestra alma dentro de los límites que la Naturaleza ha dado a nuestro ser; comencemos, en una palabra, por recogernos donde somos, para que, al buscar conocernos, al tiempo se nos manifieste todo lo que nos constituye⁶³. A mi juicio, aquel que mejor sabe en qué consiste el yo humano es el que está más cerca de la sabiduría, y^g al igual que el primer trazo de un dibujo se forma de líneas que lo definen, la primera idea que se puede tener^h del hombre es separarlo de todo lo que no es él.

Pero, ¿cómo realizar esta separación? Este arte no es tan difícil como se pudiera creer, o por lo menos la dificultad no está allí donde se cree. Depende más de la voluntad que de las luces y no es necesario un gran aparato de estudios e investigaciones para llegar a él. El día nos ilumina, y el espejo está delante de nosotros; pero para verlo hay que fijar la mirada, y el modoⁱ de fijarla es descartar los objetos que nos distraen. Recogeos, buscad la soledad, he aquí ante todo el secreto y sólo por él se descubren pronto los vuestros^j. ¿Pensáis, en efecto, que la filosofía nos enseña a entrar en nosotros mismos? ¡Ay, cuánto nos distrae el orgullo bajo su nombre! Mi querida amiga, ocurre todo lo contrario: para aprender a filosofar hay que entrar en sí mismo.

63. El movimiento del pensamiento descrito aquí es la forma propiamente «rousseauiana» del conocimiento de sí: *Las ensoñaciones del paseante solitario*, «Primer Paseo», O.C., cit., Pléiade, t. I, p. 995. La imagen de «circunscribirse» se encuentra al comienzo del «Quinto Paseo». (Cfr. H. Gouhier, O.C., nota 2 de la p. 1.112, p. 1.800).

No os asombréis, os lo ruego, no tengo el proyecto de relegaros^k en un claustro y de imponer una vida de anacoreta a una mujer de mundo. La soledad de la que se trata no consiste en hacer cerrar vuestra puerta y quedaros en vuestros aposentos, sino en sacar vuestra alma del gentío, como decía el abate Terrasson⁶⁴, y encerrar las pasiones que nos acosan incesantemente. Pero uno de esos medios puede ayudar al otro, sobre todo al comienzo; no es trabajo de un día saber estar solo en medio del mundo, y después de estar muy acostumbrada a vivir con todo lo que os rodea, el recogimiento de vuestro corazón debe comenzar por el de vuestros sentidos.

Primero tendréis bastante que hacer con contener vuestra imaginación sin cerrar vuestros ojos y vuestros oídos. Alejad los objetos que os distraen, hasta que su presencia no os distraiga más. Entonces vivid sin cesar en medio de ellos, sabréis bien cuándo será necesario reencontraros con vos. No os^l digo: abandonad la sociedad; tampoco os digo: renunciad a la disipación y a los vanos placeres del mundo. Sino que os digo: aprended a estar sola sin aburrirlos. Sin esto nunca oiréis la voz de la Naturaleza, ni os conoceréis jamás. No temáis que la práctica de esos pequeños retiros os vuelva taciturna y salvaje y os aparte de las costumbres a las que no querríais renunciar. Por el contrario^m, os serán muy gratos.

Cuando se vive solo, se quiere más a los hombres⁶⁵, y un

64. Rousseau piensa aquí en la *Filosofía aplicable a todos los objetos del espíritu y de la razón*, París, 1754, libro póstumo del abate Jean Terrasson, pero la observación a la que alude, aunque se encuentra en dicha obra, no es de Terrasson. Como observó P.-M. Masson (ed. crítica de la *Profesión de fe*, p. 568) se trata de una cita de Montaigne (*Ensayos*, III, 3.ª ed. Villey, t. III, p. 59). Sobre Rousseau lector de Terrasson cfr. *Le Verger de Madame de Warens* (O.C., cit., Pléiade, t. II, p. 1.128), *Ensayo sobre el origen de las lenguas* (cap. XII), *Emilio y el Proyecto de Constitución para Córcega* (O.C., cit., Pléiade, t. III, p. 913). (Nota 1 de la p. 1.113 de H. Gouhier, *ibid.*)

65. Tema desarrollado en la *carta a Malesherbes* del 28 de enero de 1762, O.C., cit., Pléiade, t. I, pp. 1.144-1.145. (Cfr. H. Gouhier, nota 1 de las pp. 1.114 y 1.801, *ibid.*)

tierno interés nos aproxima a ellos. La imaginación nos muestra el lado más atractivo de la sociedad, e incluso el aburrimiento de la soledad se vuelve en beneficio de la humanidad. Ganaréis doblementeⁿ con el gusto por la vida contemplativa, pues encontraréis mayor vinculación por lo que os es querido en tanto lo tengáis, y menor dolor por perderlo cuando no lo tengáis.

Por ejemplo, todos los meses tomad un intervalo de dos o tres días sobre vuestros placeres y ocupaciones para consagrarlo al mayor de todos^a. Fijaos la obligación de vivir sola esos dos o tres días. Ante todo, debéis aburrirlos mucho. Es preferible pasarlos en el campo que en París^o; sería como una visita que iríais a hacer: iríais a ver a Sofía^p. La soledad siempre es triste en la ciudad. Como todo lo que nos rodea, muestra la mano de los hombres y algún asunto de sociedad; cuando no se tiene esa sociedad, uno se siente fuera de su lugar, y una habitación en la que se está solo se asemeja mucho a una prisión^q.

Ocurre todo lo contrario en el campo, los objetos son risueños y agradables, inclinan al recogimiento y a la ensoñación y uno se siente fuera de los tristes muros de la ciudad y de las trabas del prejuicio^r. Los bosques, los arroyos, el verdor, apartan de nuestro corazón las miradas de los hombres; los pájaros, acróbatas^s, por aquí y por allá, según su capricho, nos ofrecen en la soledad el ejemplo de la libertad, se escucha su recogida, se siente el olor de los prados y de los bosques^t. Los ojos, extrañados sólo por las dulces imágenes de la Naturaleza, la acercan más a nuestro corazón^u.

Ahí es donde hay que empezar a conversar con ella y consultar sus leyes en su propio dominio. Por lo menos, el aburrimiento no vendrá a perseguiros y será más fácil de soportar en el ejercicio del paseo y la variedad de los objetos campes- tres que en una *chaise longue* o en un sofá. Quisiera que evitarais escoger el tiempo donde vuestro corazón, vivamente afectado por algún sentimiento de placer o de pena, guardara la emoción en el retiro, donde vuestra imaginación, muy

emocionada, os aproximara, a pesar vuestro, a los seres de los que hubierais creído huir, y donde vuestro espíritu, demasiado preocupado, rechazaría los primeros momentos en los que volvéis a vos misma^v. Por el contrario, con el fin de lamentar menos el hecho de iros al campo a aburriros sola, podéis recordar los momentos en los que os aburrís en la ciudad. La vida más llena de ocupaciones o diversiones no deja más que muchos huecos vacíos, y este modo de llenar los primeros que se presentarán, os hará pronto insensible a todos los demás. No os pido que os entreguéis primero a profundas meditaciones, os ruego sólo que podáis mantener vuestra alma en un estado de languidez y de calma que la deje replegarse sobre sí misma, y no traiga nada extraño para vos.

En ese estado me diréis: ¿qué haré?^w. Nada. Dejad obrar a esa inquietud natural que, en la soledad, no tarda en hacerse ocupar a cada uno de sí mismo, a pesar suyo^x.

No digo que ese estado deba producir un hundimiento total, y estoy bien lejos de creer que no tengamos ningún medio de despertar en nosotros el sentimiento interior. Del mismo modo que se calienta un miembro entumecido con ligeras fricciones, el alma apagada por una larga inactividad se reanima ante el dulce calor de un movimiento moderado. Hay que conmoverla con recuerdos agradables que se refieren sólo a ella, hay que hacerle recordar las emociones que le han enorgullecido, no por mediación de los sentidos, sino por un sentimiento propio y por placeres intelectuales. Si existiera⁶⁶ en el mundo un ser suficientemente miserable como para no haber hecho nada en toda su vida, cuyo recuerdo no pueda darle una satisfacción interior y no le haga sentirse contento por haber vivido, ese ser, no teniendo más que sentimientos e ideas que le harían huir de él, estaría en una situación en la que nunca podría llegar a conocerse, y a falta de saber en qué consiste la bondad que conviene a su naturaleza, seguiría siendo malvado por fuerza y sería eternamente desdichado. Pero mantengo

66. Texto retomado en la *Profesión de fe*.

que no existe ningún hombre sobre la tierra que sea lo suficientemente depravado como para que no haya cedido en su corazón a la tentación de hacer el bien; esta tentación es tan natural y tan grata que es imposible resistirla siempre, y es suficiente con ceder una sola vez para no olvidar jamás la voluptuosidad que se disfruta por ella. Querida Sofía, ¡cuántas acciones de vuestra vida os seguirán en la soledad para enseñaros a amarlas! No tengo necesidad de buscar las que me sean extrañas. Recordad el corazón que conservasteis virtuoso, soñad conmigo, os gustará vivir con vos⁶⁷.

He ahí los medios de trabajar en el mundo al gustaros el retiro, abasteciéndoos de recuerdos agradables, procurándoos vuestra propia amistad y proporcionándoos una compañía bastante buena a vos misma como para prescindir de cualquier otra. Pero, ¿qué hay que decir exactamente sobre esta cuestión?, ¿no es ahora tiempo de entrar por debajo de esos detalles que suponen los conocimientos que queremos adquirir? Sé que no se debe comenzar un tratado de moral por el final ni dar como primer precepto la práctica de lo que se quiere enseñar. Pero una vez más, en cualquier situación en la que un alma se pueda encontrar, queda un sentimiento de placer por hacer el bien que no se borra jamás y que sirve de asidero a todas las otras virtudes. Por este sentimiento cultivado uno se llega a amar y a apreciarse a sí mismo. La práctica de la beneficencia halaga naturalmente al amor propio con una idea de superioridad². Entonces se recuerdan todos los actos como testimonios de que se ha tenido la fuerza suficiente para aliviar las necesidades de los demás más allá de las propias.

Esta sensación de poder hace que disfrutemos al existir y que uno conviva fácilmente consigo mismo. Eso es todo lo que os pido^{**} ante todo. Deteneos para presentaros ante vuestro espejo, os miraréis con gusto. ¿Os imagináis tenien-

67. Aquí Rousseau insiste en su idea de la virtud como el gobierno de uno mismo. (Véase el Estudio preliminar.)

do siempre un sentimiento de bienestar al estar sola? En los objetos de vuestros placeres otorgad siempre la preferencia a aquellos con los que se disfruta aun cuando ya no se los posee^{b*}.

Una mujer bien situada está muy rodeada de su condición. Me gustaría que pudierais, por algunos momentos, renunciar a la vuestra; es un medio de entreteneros más inmediatamente con vos. Cuando realicéis vuestros retiros abandonad todo el cortejo de vuestra casa, no llevéis ni cocinero, ni mayordomo. Tomad un lacayo y una doncella. Aún es demasiado; en una palabra, no transportéis la vida de la ciudad al campo, id a disfrutar verdaderamente de la vida retirada y campestre. Pero, ¿y las visitas? ¡Ay, siempre queriendo guardar las apariencias! Si las queréis guardar siempre, no es necesario otro guía, escoged entre ellas y la sabiduría. Acostaos a buena hora, despertaos temprano, seguid aproximadamente el curso del sol y de la Naturaleza, nada de tocador, nada de lectura, comidas sencillas a las horas del pueblo; en una palabra, sed en todo una mujer del campo. Si este modo de vivir os resulta agradable, conoceréis un placer más, si os aburre tomaréis con más gusto aquella situación que habíais abandonado.

Aún más, en esos breves espacios en los que quisierais vivir en soledad, emplead una parte en haceros la otra agradable. Entonces tendréis largas mañanas libres de vuestras ocupaciones ordinarias; destinadlas a excursiones^{c*} por el pueblo. Informaos de las enfermedades de los pobres, de los oprimidos, buscad cómo poder dar a cada uno las ayudas que necesita, y no penséis que sea suficiente con asistirles con vuestro dinero, si ni siquiera les dais vuestro tiempo y no les ayudáis con vuestros cuidados. Imponeos esa función tan noble que consiste en hacer que existan algunos males de menos sobre la tierra, y si vuestras intenciones son puras y reales encontraréis pronto cómo cumplirlas. Sé que mil obstáculos os distraerán primero de un cuidado^{d*} tal. Comenzarán por desagradaros casas poco limpias, gentes brutales^{e*}, objetos miserables. Pero, al entrar en la casa de esos desdichados decíos: soy su hermana, y

la humanidad triunfará sobre la repugnancia. Los encontraréis mentirosos, interesados y llenos de vicios que repelerán vuestro cuidado, pero interrogaos en secreto sobre los vuestros para aprender pronto a perdonar los de los demás⁶⁸, e imaginad que cubriéndolos con un aspecto más honesto, la educación los convierte en más peligrosos⁶⁹. El aburrimiento, sobre todo, ese tirano de las gentes de vuestra situación⁶⁸, que le hace pagar tan caro la exención del trabajo, y que encuentra siempre la presa al tratar de evitarla. Sólo el aburrimiento os hará volveros de esas ocupaciones saludables, y convirtiéndolas en insoportables, os ofrecerá pretextos para dispensaros^{h*}. Pensad que⁶⁹ gustar el buen hacer es el precio de haber hecho bien, y que no se le obtiene antes de haberlo merecido. Nada es más amable que la virtud, pero ella no se muestra así más que a aquellos que la poseen; cuando se la quiere abrazar, semejante al Proteo de la fábula, adopta mil formas asombrosas, y no se muestra finalmente bajo la suya más que a aquellos que no la han dejado escapar. Por tanto, resistid a los sofismas del aburrimiento. No descartéis los objetos hechos para enterneceros; detestad esa piedad cruel que hace volver la mirada a los males de los demás para dispensarse de aliviarlos. No descanséis de esos honorables cuidados con mercenarios^{i*}. Estad segura que los sirvientes toman siempre su parte en los bienes del dueño; que saben apropiarse de una parte^{j*} de un modo o de otro, de lo que se da por medio de sus manos, y que exigen un reconocimiento muy oneroso de todo lo que el dueño ha hecho gratuitamente. Proponed la obligación de llevar por todas partes, con una asistencia real, el interés y los consuelos que la hacen valer y que con frecuencia tienen lugar. ¡Que vuestras visitas no sean nunca infructuosas! Que cada uno se estremezca de alegría con vuestra llegada, que las bendiciones públicas os acompa-

68. Texto retomado en la *Profesión de fe*.

69. Hasta: «no la han dejado escapar», es un texto retomado en la *Profesión de fe* y vinculado al señalado anteriormente.

ñen sin cesar. Pronto un dulce cortejo encantará vuestra alma, y en los nuevos placeres que aprenderéis a gustar, si alguna vez perdéis el bien que habéis creído hacer, no perdáis al menos aquel que habéis logrado^{k*}.

- a Se comprueba aquí cómo Rousseau se esfuerza en condensar. Había escrito primero: *... pero no es suficiente con que nos hable, hay que entenderla, hay que distinguir su voz, aprender a conocerla...*
- b *mi querida* fue añadido entre líneas, después tachado.
- c Versión anterior: *le impiden atreverse a elevarse en nuestros corazones* (escribió primero: *almas*).
- d Párrafo añadido en el margen.
- e Sustituyendo *languidez* por *agotamiento*, Rousseau busca la palabra exacta que corresponda a la imagen escogida.
- f La palabra *entrar* fue primero escrita por Rousseau, es reemplazada por *concentrar*.
- g Siguen las siguientes palabras tachadas: *el primer medio para conocernos bien consiste en recogerlos bien*.
- h Siguen las siguientes palabras tachadas: *conocer bien los límites de la naturaleza humana*.
- i Después de *el modo*, el final del párrafo está escrito en el margen.
- j E. Ritter, P.-M. Masson y Th. Dufour consideran que *vuestros* es un lapsus de *otras*.
- k Primera redacción: *confinaros*.
- l Este párrafo está escrito en el margen.
- m *Por el contrario* sustituye a *No, Sofía*.
- n *doblemente*: lectura aproximada.
- ñ La primera redacción añadía: *que es de conoceros*.
- o Primera redacción: *que en la ciudad*.
- p Se presenta aquí la frase tal como Rousseau la rehizo en el margen. La primera redacción era: *si lo queréis será una visita a realizar, iréis a ver a Sofía*.
- q En el margen: *no rechacéis a vuestras propias manos el honor de ser benefactoras*.
- r En el margen: *una voz secreta hablará pronto a vuestro corazón y os dirá: no estás sola, tus buenas acciones tienen un testigo*.
- s Rousseau había escrito antes: *los pájaros cantando sin regla y volando por allí y por allá...*
- t Primera redacción: *el olor de la hierba y de las flores*.
- u Tachado en el margen: *los ojos sólo sorprendidos por dulces* (escribió

- primero: *puras*) imágenes de la Naturaleza la acercarán mejor a vuestro corazón.
- v El fin de esta frase desde: *y donde vuestro espíritu... fue añadido al margen*. También en el margen se encuentran estas palabras: *en vuestra más profunda soledad vuestro corazón os dice que no estáis sola*.
- w En el margen se encuentra la frase siguiente que parece ser una respuesta a la cuestión: *Sobre esto, no tengo nada que decir sino que yo he tomado los mismos medios, que me han conducido por el mismo camino, que creo tener un alma sana y que estoy seguro de mi buena fe*.
- x En el margen esta frase que parece completar el párrafo: y en (palabras tachadas: *la búsqueda de*) *los objetos de vuestros placeres, otorgad la preferencia a las cosas de las que se disfruta aun cuando ya no se las posee*.
- y Después de *soñad conmigo*, Rousseau había escrito y tachado sucesivamente: *estaréis contenta de vos, después: os gustaréis vos misma*.
- z Primera redacción. Rousseau pensó por un momento sustituirlo por: *una idea de fuerza y de superioridad*.
- a* Siguen estas palabras tachadas: *puedo reducir mi precepto en menos palabras: manteneos vos misma*.
- b* En el margen: *N.B. Dividir o acortar la frase*. La frase fue dividida en dos proposiciones.
- c* Primera redacción: *En unos paseos*.
- d* La primera redacción era más larga: *de un cuidado tan noble pero el deseo (escribió primero: celo) de hacer bien los aplanará fácilmente*.
- e* Primera redacción: *gentes groseras*.
- f* Rousseau había escrito primero: *preguntaos: ¿soy perfecta?*
- g* Las palabras: *imaginad [...] más peligroso* sustituyen a estas líneas tachadas: *¡Ay!, si sólo tenéis interés en gentes sin defectos id a llevar vuestras buenas acciones fuera de los seres humanos. Los vicios groseros del paisano, ¿son acaso más odiosos que los que un poco de educación cubre con un aire más honesto?*
- h* Rousseau escribió primero: *el aburrimento sólo os hará alejaros más de esas ocupaciones saludables que la humanidad no podrá traeros y os dictará mil sofismas para dispensaros de ello*.
- i* Una redacción anterior permite comprobar cómo Rousseau busca abreviar sus frases y evita la repetición de palabras: *No os dispenséis de esos cuidados honorables para hacerlos cumplir por los criados*.
- j* La primera redacción decía con demasiada precisión: *la mitad*.
- k* Aquí finaliza el texto, pero en el reverso del manuscrito se lee una nota que Rousseau ha utilizado en su último párrafo: *y si vuestras intenciones son puras encontraréis pronto cómo cumplirlas. Mil obstáculos, bien lo sé, os distraerán de una atención tan noble*.

Correspondencia entre Rousseau y la condesa d'Houdetot¹

1. La traducción se ha realizado tomando como referencia la edición crítica de R. A. Leigh: *Correspondance complète de Jean-Jacques Rousseau.*, t. IV y V: 1756-1757, Institut et Musée Voltaire, Ginebra, 1967. Las tres últimas, fechadas en 1760, se incluyen en el t. VII (1969).

No se incluyen todas las cartas, sino que se han seleccionado aquellas que facilitan la reconstrucción de la historia. Por esta razón se incluye también una selección de la correspondencia entre Rousseau, Saint-Lambert y Madame d'Épinay.



La Comtesse d'Houdetot

La condesa d'Houdetot

[413]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(6 de junio de 1756)²

Querido ciudadano³:

He tenido noticias del 10 de mayo⁴ y os comunico que ha habido una buena actuación en Mahón. No tenía noticias desde el día 23 de mayo, y estaba ya a punto de enfadarme y pro-

2. Ésta es la primera carta que se conserva de Madame d' Houdetot. La autora de la misma era prima hermana y cuñada de Madame d'Épinay, amiga de Rousseau que le había procurado el alojamiento de L'Ermitage.

Madame d'Houdetot contrajo, en 1748, matrimonio de conveniencia con Claude-Constant-Cesar, conde d'Houdetot (1724-1780) y oficial, cuyo trabajo le alejaba, con frecuencia, del hogar. Su marido pertenecía a una vieja familia normanda, y el matrimonio supuso para ella una promoción social. Rousseau la había conocido en 1748, la vis-

testar. Parece que el correo no funciona regularmente, pues las cartas que tengo hacen referencia a otras que no me han llegado.

Adiós, mi querido ciudadano, deberíais acudir el martes a cenar en casa de Madame d'Épinay. Si estoy libre trataré de asistir, ya que hace una infinidad de tiempo que no os he visto.

Este domingo.

pera de su matrimonio, y no la vio más que de tarde en tarde en La Chevrette, residencia de Madame d'Épinay. Desde 1751 era la amante de Saint-Lambert. Su marido también mantenía una antigua relación que su matrimonio no había interrumpido, y aceptaba la relación extraconyugal de su mujer, a condición de evitar un escándalo. En la primavera de 1757, pasó temporadas en Eaubonne, a unos pocos kilómetros de L'Ermitage. En aquella época Rousseau se enamoró de ella apasionadamente. Según el testimonio de las *Confesiones* fue el primer y único amor de su vida.

Madame d' Houdetot no solía fechar sus cartas, de ahí que se indiquen entre paréntesis las fechas aproximadas según la edición crítica de R. A. Leigh.

3. Madame d' Houdetot siempre llamaba a Rousseau *ciudadano de Ginebra*, título con el que él firmaba sus obras.

4. Se refiere a las noticias que esperaba de Saint-Lambert, su amante, que estaba de servicio en Mahón, entonces en manos de los ingleses. La expedición había partido de Tolón el 12 de abril de 1756, y había llegado sin dificultad a Menorca. La victoria se celebró el 25 de abril en la iglesia de Mahón con un *Te Deum* solemne. Madame d'Houdetot escribe a Rousseau en un momento en el que ignoraba el resultado de esas operaciones militares.

Mientras estaba ausente, Saint-Lambert había animado a Madame d'Houdetot a que viera con frecuencia a Rousseau y ganara su amistad.

[465]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(10 de enero de 1757?)⁵

Mi querido ciudadano:

Os devuelvo las ropas que habéis tenido la amabilidad de prestarme. Al regresar, he descubierto un camino muchísimo mejor para llegar a vuestra casa, y os hago partícipe de la alegría que me ha dado la posibilidad de poder volver a encontraros. Lamento no haberos visto tanto como hubiera querido. Permaneced en vuestro bosque puesto que os agrada, pero permitid que lamentemos que os agrade tanto. Si estuviera más libre y pudiera estar segura de no molestaros, me quejaría menos.

Adiós, mi querido ciudadano, os ruego que agradezcáis a Mlle. Levasseur todas las atenciones que ha tenido conmigo.

A Monsieur Rousseau, en L' Ermitage.

5. En sus *Confesiones* Rousseau sitúa en el mes de junio de 1756 la llegada a l'Ermitage de Madame d'Houdetot a la que se refiere en esta breve carta. Según su narración, esta visita tuvo algo de novelesco. Ella se perdió por el camino, pues su carruaje se enfangó, y quiso hacer el resto del camino a pie. Por fin llegó a l'Ermitage con toda su ropa y calzado embarrados. Su entrada provocó la risa general. Teresa Le Vasseur cambió su ropa y le facilitó una vestimenta rústica. La visita fue muy breve, pero Madame d' Houdetot parecía dispuesta a volver.

Sin embargo, según ha demostrado H. Guillemin (*Les affaires de l' Ermitage, Annales de la Société Jean-Jacques Rousseau*, Ginebra, 1942), Jean-Jacques parece haber confundido dos visitas distintas, en una de las cuales ella se dirigía a llevar noticias a Rousseau de Gauffecourt. En ese caso, su amistad con Rousseau era ya tan importante como para tomarse esas molestias en pleno invierno, cuestión que no se alude en las *Confesiones*.

[505]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(22 de mayo de 1757?)

Mi querido ciudadano:

Si no tenéis nada mejor que hacer, podríais venir a cenar conmigo el martes. Ese día estaré sola, puesto que mi cuñada⁶ tiene cosas que hacer en París. Tenía la intención de invitar también a mi casa a Madame d'Épinay; pero ella no estará de vuelta para ese día.

Espero que hayáis encontrado un camino más corto. Si M. de Lair está en vuestra casa y quiere venir, podríais hacerme el favor de traerlo, y así os mostraría a los dos los alrededores.

Adiós, mi querido ciudadano.

Este domingo.

A Monsieur Rousseau, en l'Ermitage.

[509]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot.

(A principios de julio de 1757)⁷

Empiezo a sufrir el efecto de las agitaciones terribles que me hicisteis sentir durante tanto tiempo. Han agotado mi cora-

6. Anne-Charlotte Simonette d'Houdetot, hermana del marido de Madame d'Houdetot.

7. Ésta es la primera carta de amor de Rousseau a Madame d'Houdetot que se conserva. Probablemente, no llegó a enviarla. Rousseau había escrito en su copia: a Madame d'Houdetot. Después tachó el nombre hasta dejarlo ilegible, y lo reemplazó por Sofía. La carta parece haber sido escrita en el momento más intenso de la pasión de Rousseau por Madame d'Houdetot, poco antes del regreso de Saint-Lambert.

zón, mis sentidos, todo mi ser, y con el suplicio de las más crueles privaciones experimento el desaliento que sigue al exceso de los más gratos placeres. Siento a la vez la necesidad de todos los bienes y el dolor de todos los males. Me siento desdichado, enfermo y triste. Vuestra presencia ya no me anima, el mal y el pesar me consumen. Pues bien, en este estado de abatimiento mi corazón piensa aún en vos, y no puede dejar de pensar en vos. Debo escribiros, pero mi letra reflejará mi sufrimiento.

¿Os acordáis de haberme reprochado una *crueledad refinada*? Si tuviera que juzgar por el efecto fatal que esas palabras dejaron en mí, es a vos a quien debo reprochar esa crueldad.

Por mi propia tranquilidad, evitaré buscar con atención el sentido que pudieron tener en las circunstancias en las que las pronunciasteis. Sea cual sea el significado que tuvieron, pueden convertirme en culpable, pero nunca me convertirán en seductor.

De nuevo, he de deciros lo que debéis esperar de vuestro querido y débil amigo. Mis promesas nunca han confundido a nadie, y no comenzarán ahora a hacerlo por vos. Habéis visto suficientemente mi esfuerzo por mantenerlas, me habéis visto debatirme en sus cadenas como para temer ahora que pueda romperlas. Mi funesta pasión ya la conocéis, pues jamás tuve otra igual, ni sentí nada parecido ni siquiera en mi juventud⁸, puede hacerme olvidar todo, mi deber incluso, todo, excepto vuestro deber. Cien veces me convirtió en despreciable, si es que pudiera serlo por ello sin que vos lo adivinarais. Lo siento, en mis desvaríos, la virtud misma cerca de vos no me es lo suficientemente sagrada como para hacerme respetar la confianza de un amigo⁹. Pero vos le pertenecéis. Si me pertenecierais, al poseeros perdería al que honro, y os privaría de aquel que amáis.

8. Se refiere a su relación con Madame Warens, protectora en su juventud y también amante.

9. Se refiere a Saint-Lambert.

No, Sofía, puedo morir por mi pasión, pero no os convertiré en alguien despreciable. Si sois débil y lo veo, sucumbiré al instante. En tanto seáis a mis ojos lo que en realidad sois, no por eso dejaré de traicionar a mi amigo en mi corazón, pero le devolveré su depósito tan puro como lo recibí. La falta fue cometida cien veces por mi voluntad. Si lo fuera en la vuestra, la cometería, y sería el más feliz de los hombres, pero no puedo corromper aquello que adoro. Que vuestra voluntad permanezca fiel aunque yo muera, o dejadme ver en vuestros ojos la culpa, entonces ya no tomaré más precauciones.

[510]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

La Chevrette

(Martes por la mañana, 12 de julio de 1757)¹⁰

He ahí los papeles que me habéis pedido. Temo que no podáis descifrar los tachones de las Cartas¹¹. Si podéis descifrar algunas, os ruego que me indiquéis las otras con el fin de que pueda copiarlas de un modo legible. En cuanto al Catecismo¹²,

10. El tono respetuoso y correcto de la carta contrasta con la confianza expresa de las anteriores. Ello hace suponer que la escribió para que Madame d'Houdetot se la enseñara a Saint-Lambert. La correspondencia posterior muestra que el encuentro, al que hace referencia esta carta, tuvo lugar en La Chevrette.

11. Según R. A. Leigh, se trata de las *Cartas morales*, o más probablemente de las cartas de *Julia o La nueva Elotsa*, que Rousseau había leído ya a Madame d'Houdetot. Sin embargo, según mostró H. Guillemin, la redacción de las *Cartas morales* fue posterior.

12. No se sabe exactamente a qué catecismo se refiere. Podría ser su profesión de fe como filósofo, que luego incluirá de algún modo en las *Cartas morales*.

he realizado varios cambios al reescribirlo. Por este motivo, os pido que guardéis la copia que os envío, con el fin de que pueda cotejar la mía con ella.

Me voy en un momento a París. Al pasar, cuento con dejar este paquete en vuestra puerta; después iré a cenar a casa de mi amigo Diderot¹³ y, mañana miércoles, estaré allí el día entero. Regresaré el jueves de madrugada para poder cenar aquí, sin haber salido fuera de la casa de Diderot, ni siquiera a la vuestra. Madame, vos sabéis cómo desearía abrazar a M. Saint-Lambert. Si pudierais conseguir que él pasara mañana por casa de Diderot, nos podríamos encontrar allí y tendría el placer de verle. Madame d'Épinay dice que lo invitará a cenar antes de su partida, y me gustaría, al menos, saber el día en que se va con el fin de poder verle antes. Durante mi estancia en París, ocurra lo que ocurra, espero que me daréis noticias suyas y vuestras.

Con pesar, he sabido que el día de vuestra llegada no pudisteis dormir y os encontrabais mal al día siguiente. El dolor de cabeza que tenáis la víspera aumenta mi preocupación. Habíais salido debido al calor, y el modo en como os encontrabais indica el efecto de un golpe de calor. Habíais hablado de haceros sangrar, hay que hacerlo en esos casos y no en otros. Ésta es mi principal preocupación ahora y os ruego que me tranquilicéis al respecto.

Otra cuestión que me preocupa es vuestro próximo viaje, del que se me ha hablado como cosa hecha. ¡Qué serán de esos paseos en los que nos entreteníamos, con todo aquello que interesa a corazones honestos y sensibles! ¡Encontraba tan grato pensar con vos, que he perdido la costumbre de pensar solo! No se pasea tan bien en la Chevette¹⁴ como en Eaubonne y, desde que ya no venís, el retiro incluso me parece una gran soledad.

13. La casa de Diderot en la calle Taranne estaba muy cerca de la casa de Madame d'Houdetot en París, en la calle de la Universidad.

14. Residencia de Madame d'Épinay.

Ayer, en Deuil, vi a vuestra hija¹⁵. Dormía profundamente y parecía portarse de maravilla. Espero que ocurra lo mismo con la que está en Eaubonne, y me consuelo mirando su estancia como una prueba de vuestro próximo regreso.

Recibid mis respetos, Madame, y hacédselos llegar también a Madame de Blainville. Espero con impaciencia mejores noticias sobre vuestra salud, y espero ser recibido en vuestra puerta al llevar esta carta.

A Madame la condesa d'Houdetot, en su Hotel, calle de la Universidad, París.

[527]

Rousseau a Jean-François, marqués de Saint-Lambert

L'Ermitage (15 de septiembre de 1757)¹⁶

Cuando comencé a conoceros, deseé apreciaros. No vi nada en vos que no aumentara este deseo. En un momento en que estaba abandonado por todo lo que me era querido, os debo una amiga que me consolaba por todo, y a la que me vinculaba a medida que me hablaba de vos. Querido Saint-Lambert, considerad si tengo razones suficientes para apreciaros a los

15. Con frecuencia, se atribuyen a Madame d'Houdetot dos hijos: un niño (César-Luis-María), nacido el 12 de julio de 1749, y una niña (Francisca-Carlota), nacida el 15 de marzo de 1753. Sin embargo, y de acuerdo con el pasaje, tuvo una segunda hija (Luisa-Sofía), nacida el 25 de agosto de 1756, y muerta el 23 de mayo de 1759. Según la obra inédita de Ch. Gourdin, el padre de esta niña fue Saint-Lambert.

16. La lectura de esta carta, después de haber leído las anteriores y las que siguen, resulta sorprendente. Rousseau no confiesa su pasión por Madame d'Houdetot, ni que ésta le había dicho que no quería ocultar nada a su amante. Por el contrario, aparenta ignorar los motivos del trato frío de Madame d'Houdetot. Aplicando la máxima de que la mejor defensa es un ataque, se muestra ofendido.

dos, y creed que mi corazón no es de los que se detienen ahí. ¿Por qué me habéis apenado los dos? Dejadme liberar mi alma del peso de vuestros errores: al igual que me he quejado de vos a ella, voy a quejarme de ella a vos. Me ha entendido muy bien; espero que vos también me entendáis. Puede que una explicación dictada por la estima y la confianza produzca entre dos nuevos amigos el efecto de la costumbre y los años.

Cuando vino a verme y comenzó a buscarme, pensaba en vos sin pensar en ella. Conociendo mi inclinación a vincularme y los pesares que me produce, he huido siempre de nuevas relaciones. Hacía ya cuatro años que me ofrecía la entrada en su casa, y jamás había puesto un pie en ella. No pude rehuirla más. La vi y tomé la agradable costumbre de verla. Estaba solo y apenado; mi corazón entristecido buscaba consuelo. Lo encontré cerca de ella. Ella, por su parte, tenía necesidad de mí; encontraba en mí a un amigo sensible a sus penas. Hablábamos de vos, del bueno y asequible Diderot, del ingrato Grimm, y de otros más. Los días pasaban en esa expansión recíproca. Ella sintió también amistad por mí y no me prometió nada más. Hacíamos proyectos sobre el tiempo en el que podríamos formar, los tres, una compañía agradable, en la que esperaba obtener de vos, es cierto, el respeto hacia ella y la consideración hacia mí¹⁷.

Todo cambió, salvo mi corazón. Desde vuestra partida, ella me recibe fríamente. Encuentra cien pretextos para evitarme. Un hombre del que uno se quiere librar no es tratado de un modo diferente al que ella me trata, al menos tanto como puedo juzgar, pues hasta ahora aún no he sido echado por nadie. No sé lo que significa este cambio tan brusco. Si lo he merecido que se me diga y con ello me considero expulsado. Si es por ligereza, entonces que también se me diga. Me retiro hoy y ma-

17. Al igual que los personajes de su novela *La nueva Eloísa*, en la que entonces trabajaba, Rousseau pensaba en sublimar su amor por Madame d'Houdetot y mantener entre los tres una perfecta amistad. (Véase el Estudio preliminar.)

ñana me consolaré. Pero después de haber respondido a las iniciativas que se me hicieron; después de haber sido forzado, por decirlo así, a disfrutar los encantos de una compañía que ahora es para mí necesaria, creo tener algún derecho, dada la amistad que ella me pidió. Al menos, creo merecer ciertas consideraciones, debido el estado de abatimiento en el que me encuentro en mi retiro. Cuando os pido cuentas de la amiga que me habíais dado, creo invitaros a cumplir un deber de humanidad.

Sí, es a vos a quien pido cuentas de ella. ¿Acaso no tiene ella esos sentimientos por vuestra causa? ¿Quién mejor que yo lo sabe? Lo sé mejor que vos, y puedo reprocharle lo que le reprochaba con menos razón a Madame d'Holbach, que sólo me estima por indicación de aquel que ama. Decidme, ¿dónde está el origen de su frialdad? ¿Hubierais podido temer que yo solo quisiera molestaros al estar cerca de ella, y que una virtud mal entendida me hubiera convertido en pérfido y traidor?¹⁸ El párrafo de una de vuestras cartas me hace temer esa sospecha, pero os equivocáis. No, señor Saint-Lambert: en J.-J. Rousseau no se encierra el corazón de un traidor y me despreciaría a mí mismo, más de lo que pensáis, si alguna vez hubiera tratado de quitaros el suyo¹⁹.

No creáis que me habéis convencido con vuestras razones: veo la honestidad de vuestra alma, pero no vuestra justificación. Censuro vuestros vínculos; vos mismo no podríais aprobarlos, y en tanto me seáis queridos los dos, no os concedería la seguridad de la inocencia, en vuestro estado. Pero un amor como el vuestro merece también consideraciones, y el bien que produce lo hace menos culpable. Después de haber conocido todo lo que ella siente por vos, ¡cómo podría yo haceros desgraciados! No, siento respeto por una unión tan tierna y, por el camino de la desesperación no la puedo orientar hacia

18. Se refiere a las críticas que Rousseau podía haber hecho a la relación adúltera entre Madame d'Houdetot y Saint-Lambert.

19. Al parecer, Madame d'Houdetot tenía la impresión de que, al subrayar el carácter adúltero de su relación con Saint-Lambert, Rousseau buscaba separarla de su amante.

la virtud. Especialmente debido a una palabra que ella me dijo hace dos meses, y que os contaré alguna vez. Me impresionó tanto que a punto estuvo de convertirme en cómplice de su pasión. Es cierto que si alguna vez pudierais abandonar a una amante tal, no podría evitar despreciaros. Me he abstenido de atacar vuestras razones, que podía convertir en polvo, he dejado disfrutar y complacerse a su tierno corazón y, sin ocultarle mi opinión, he evitado convertirme en un ser temible que hubiera rehuido su mirada y la vuestra.

Lo repito, no quiero separaros. Por el contrario, si alguna vez tuve la dicha de hacer hablar la verdad entre vosotros dos, sin contrariaros, y suavizar su voz en la boca de un amigo, sólo quise prevenir el inevitable término del amor, uniéndoos con un vínculo más duradero, a prueba de los estragos de los años, y que os sea grato aún en el último momento de la vida²⁰. Pero estad seguro que nunca mantendré este discurso ante ninguno de los dos por separado.

Un exceso de delicadeza os ha hecho creer que la amistad daña al amor, y que los sentimientos que me fueron otorgados perjudicarían a aquellos que os son debidos. Pero decidme, ¿quién es capaz de amar si no tiene un corazón sensible? Los corazones sensibles, ¿no lo son a toda clase de afecciones? ¿Acaso no puede germinar un solo sentimiento que no sea en beneficio de aquel que los domina a todos? ¿Dónde está el amante que no se convierta en más tierno hablando de aquella que ama a su amigo? ¿Dónde está el corazón, que repleto de un sentimiento que se desborda, en su ausencia, no necesita de otro corazón para desahogarse? Una vez fui joven y conocí el alma más sensible que jamás existió²¹. Todas las perfecciones imaginables estaban reunidas en ella. Cada una era más admirable por el concurso de las demás, y aquella que predominaba

20. Sin la ayuda de Rousseau, la unión de Madame d'Houdetot y Saint-Lambert duró más de cincuenta años, hasta que murió Saint-Lambert, en 1803.

21. Posible referencia a Madame de Warens, su primera amante.

extraía de todas las demás un nuevo valor. Entonces, ¿no os resulta grato, en la distancia en la que estáis, que haya un ser sensible con quien vuestra amiga gusta hablar de vos, y a quien le encanta oír? Estoy convencido de que disfrutaríais de ese placer hoy si me hubierais concedido el día que me habíais prometido, y hubierais venido a recibir la efusión de un corazón del que seguramente el vuestro habría estado contento.

Estoy seguro de que ese corazón está hecho para entenderme y responderme. Consultadle por tanto; os pedirá que me devuelva la amiga que os debo, que se me ha convertido en necesaria, y que no merezco perder. Si el cambio procede de ella, decidle lo que convenga. Si proviene de vos, decídselo a vos mismo. Sabed, al menos, sea lo que sea lo que decidáis, que vos y ella seréis mis últimos vínculos. Mis males aumentan y cada día me alejan más de la sociedad. La vuestra era la única que quedaba a mi alcance. Si los dos queréis alejaros de mí, retiraré mi alma a su interior, moriré solo y abandonado en mi soledad, y jamás pensaréis en mí sin dolor. Si os acercáis encontraréis un corazón presto a vincularse a vos y que no os dejará para hacer la mitad del camino.

Adiós, me quedan muchas cosas que decir de vos y de mí, pero sólo puedo hablar con familiaridad a aquellos que amo, e ignoro si este tono puede resultaros agradable.

A Monsieur marqués de Saint-Lambert, en la Armada.

[530]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

París (jueves, 29 de septiembre de 1757)

Mi querido ciudadano:

No estabais en muy buen estado cuando os dejé, de ahí que me preocupe por vos y os pida noticias. Mi querido ciudadano, creed que quiero vuestro bien y me intereso por él. Este

sentimiento es tan verdadero en mi corazón, como sincera mi amistad por vos. Os vais a reunir con Grimm y no quiero dejar de manifestaros mi alegría de que volváis al seno de vuestros amigos. No estáis hecho para estar separados de ellos. Son dignos de vos, y vos sois digno de ellos. Con placer, os veo recobrar las cadenas que hacen amar la vida y sólo por las cuales es grata. Vuestro corazón está hecho igualmente para la amistad y para la virtud; por tanto, que las dos embellezcan vuestros días. La felicidad sólo está cerca de ellas. Al encontraros cerca de vuestros amigos, recordad que fui la primera en tratar de uniros a ellos, que es la primera señal que recibisteis de mi amistad y que debe asegurarme la vuestra para siempre. Me atrevo a situarme en vuestro corazón cerca de vuestros amigos.

Si la vivacidad de un sentimiento que conocéis y que me ha unido a un ser del que soy inseparable²² quita algo, en mi corazón, a la perfección de la amistad que aún siento por vos os pido que respondáis a los sentimientos que puedo tener hacia vos, y que no me reprochéis aquellos que no os puedo ofrecer. Si el amor y la amistad se unen en mi corazón, desde hace cinco años y para toda mi vida, hacia una sola persona, no por ello me hacen indiferente al mérito y la virtud. Tampoco a un corazón sensible que me ha prometido la amistad y por el que conservaré toda mi vida toda la que pueda. Creed que la vuestra me es preciosa, que la quiero para mí, y también para aquel al que estoy unida. Conozco demasiado el precio, es un bien que también quiero compartir con él.

Mi querido ciudadano, amad dos personas honestas que se unieron para amaros, respetad y no condenéis una pasión a la que hemos sabido dar honestidad. En el lugar sublime en el que la virtud debe colocaros podréis encontrar dos corazones, que no abandonarán el amor a la virtud. Así es como os debéis situar. Así es como quiero que os situéis. Así es como

22. Se refiere a Saint-Lambert, al que nunca cita por su nombre, pre- viendo probablemente que alguien pudiera leer sus cartas.

siempre os veré, para conservar los sentimientos que guardo y que me agrada tener hacia vos.

Madame d'Épinay me ha confiado lo que ha tenido que hacer para que volváis a ser amigo de Grimm²³. Me habría gustado hacerlo, si ella no lo hubiera hecho. Esta acción debe borrar los malentendidos que habéis tenido con él. Sepamos agradecer las buenas acciones y olvidar las malas, al menos tanto como pueda permitirlo la prudencia. Es muy duro pensar mal de alguien.

No puedo expresaros hasta qué punto la imagen de vuestra unión con esos cuatro amigos me impresiona. Saint-Lambert, Grimm, Diderot y vos debéis ser amigos y no debéis separaros. Confieso que esta idea hace nacer sentimientos muy gratos en mi alma, pues nada es más importante para ella que la unión de los corazones más virtuosos y sensibles que nuestro siglo ha producido.

¡Qué felicidad tendría el día en el que yo pudiera veros a todos reunidos! No hay nada en toda la Naturaleza que me pueda ofrecer un mejor espectáculo.

Estoy ahora enferma y triste, sin noticias de aquel que me es más querido. Sin saber si él tiene las mías, e insegura sobre su regreso. Preocupada por su salud, mi alma no sabe dónde expandir su tristeza y penas, ya que no encuentro corazones que me entiendan.

Por desgracia, no podré veros en varios días. Madame d'Épinay acaba de pasar algunos días en París y no podré llegar a la Chevrette hasta la víspera de la fiesta. No os podré ver en mi casa, pero espero veros en la Chevrette.

Adiós, mi querido ciudadano. Respondecme con vuestras noticias como deseo. No digáis a Madame d'Épinay que os he hablado de Grimm; no le he dicho que vos me habíais comentado algo, ya que me habíais advertido que no lo hiciera.

23. En aquellos momentos, Melchor Grimm, amigo de Rousseau desde hacía unos años, al que le unía una común afición por la música, era el amante de Madame d'Épinay.

Madame d'Épinay me ha pedido que le haga compañía unos días más.

A propósito, quería pedirlos la carta que escribisteis a Voltaire sobre el Poema de Lisboa para poder releerla. Copiad rápidamente vuestras cartas de *Julia*, sabéis cómo lo espero. Cuidad vuestra salud, mi querido ciudadano, ahora os debéis a todos los amigos que habéis recobrado y a los que me uno.

[531]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

(1 de octubre de 1757)

Vuestra carta me ha proporcionado un gran placer. Sabéis bien que las señales de vuestro recuerdo no necesitan ser infrecuentes para serme queridas. No tengo nada más que deciros sobre mi estado de salud. Todo lo que se relaciona con ella me entristece. El invierno se acerca, me debilito, voy a dejar de veros, y no espero volver a ver ni la primavera ni mi patria²⁴.

Por lo que se refiere a vos, Madame, se diría que destruíis vuestra salud por gusto. Las preocupaciones que tenéis por vuestro amigo, la vida sedentaria que lleváis, siempre ocupada en escribir o quizá en llorar, hacen sobre vos un efecto sensible. Se aprecia notablemente cada vez que os veo, de cuando en cuando, pues cada vez os encuentro más delgada. Se dice que estáis en el campo, muy lejos de aquí²⁵. Deseo ardientemente que encontréis a alguien cuya compañía os sea menos molesta y que pueda devolveros el gusto por el paseo, que he tenido la desdicha de haceros perder.

24. Por aquel entonces el estado de salud de Rousseau empeoró e incluso preparó un testamento.

25. Seguramente en Normandía, la tierra de su marido.

Estoy seguro de que Madame d'Épinay os habrá hablado de mi próxima reconciliación con Grimm. Devolverme un amigo es borrar fácilmente malentendidos, pero el medio más seguro para hacerme olvidar todos los suyos es no tener nada contra vos y trataros, sin embargo, como su hermana y amiga.

Por lo que se refiere a la escena de los cuatro amigos que os enorgullece, a mí también me enorgullecería si no supiera que todos los vínculos son para mí fuentes de dolor. Exijo tanto como doy, y al no encontrar a nadie que me lo devuelva, me encierro en mí mismo con el dolor de no encontrar ningún corazón que responda al mío. Aquel que podría amarme como yo sé amar está aún por nacer y yo estoy preparado para terminar mis días.

Diderot no ha venido. He escrito a vuestro amigo²⁶ hace tres semanas y no he recibido ninguna respuesta. Sabéis demasiado lo que tengo que pensar de Madame d'Épinay. En cuanto a vos, no ignoro que me ofrecéis otros amigos para desembarazaros de mí. No insistáis tanto en que no estaréis en Eaubonne. Desde el momento en el que me sentí inoportuno, he olvidado el camino. Con esta descripción de mi suerte y teniendo un corazón sensible, ¿necesito acaso estar enfermo para quejarme?

Esta noche iré dormir a la Chevrette. Mañana a Clichy en casa de Mademoiselle de Chenonceaux. Cuento con regresar a la Chevrette y permanecer allí hasta que se celebre la fiesta²⁷. Espero encontraros más tranquila y tener noticias de vuestro amigo. Adiós, Madame.

I.P.S. Os llevaré a la Chevrette mi carta a Voltaire. Cuando termine mis copias de *Julia* comenzaré las vuestras. Pero os ruego que traigáis para ello papel, pues aquí no tengo de ninguna clase.

26. Se refiere a Saint-Lambert.

27. El día 9 de octubre se representó en la Chevrette una obra, mitad drama, mitad pantomima, que había compuesto Madame d'Épinay, y cuya música corría a cargo de Rousseau.

[533]

*Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde,
condesa d'Houdetot*

(Hacia el 10 de octubre de 1757?)²⁸

Ven Sofía, deja que aflija tu corazón injusto; ahora ya no tendré piedad, como tú no la has tenido. ¿Por qué te recuerdo aún? A ti que me privas de razón, de honor y de vida. ¿Por qué dejarte pasar apaciblemente los días, cuando conviertes los míos en insoportables? Habrías sido menos cruel conmigo si me hubieras clavado un puñal en lugar de ese trato horrible que me mata. Mira lo que era y en lo que me he convertido. Mira hasta qué punto me has envilecido. Cuando me escuchabas me sentía más que un hombre; desde que me rechazas soy el último de los mortales: he perdido el sentido, el espíritu y el valor. Con una sola palabra me lo has quitado todo.

¿Cómo puedes destruir tu propia obra? ¿Cómo te atreves a convertir en indigno de tu estima a aquel que fue honrado por tu bondad? ¡Ay, Sofía!, te suplico que no te avergüences del amigo que buscaste. ¿Acaso no soy yo tu bien? ¿No te apropiaste de mí? No puedes desdecirte más, y puesto que te pertenezco, a pesar de mí mismo y a pesar de ti, déjame al menos merecer pertenecerte.

28. De esta carta no se conserva el original manuscrito, sino una copia de la mano del propio Rousseau. Al final de la carta, se incluye una nota escrita posteriormente por Rousseau, probablemente en 1768, que dice: « Esta carta no fue enviada... » La carta parece ser del mes de octubre, pues Rousseau alude a un viaje inminente de Madame d'Houdetot. Jean-Jacques se sirvió de esta carta para componer algunas páginas del libro IX de las *Confesiones*. Sorprende que aquí tutee a Sophie d'Houdetot por primera vez. Puede que Rousseau no pensara en enviar esta carta.

Acuérdate de esos momentos de felicidad que, para mi tormento, nunca se borrarán de mi memoria. Esa llama invisible, de la que recibí una segunda vida más preciosa que la primera, daba a mi alma, así como a mis sentidos, todo el vigor de la juventud. El ardor de mis sentimientos me elevaba hasta ti. ¿Cuántas veces tu corazón, lleno de otro amor, fue conmovido por los arrebatos del mío?

¿Cuántas veces me dijiste en el bosque de la cascada: *Eres el enamorado más tierno que nunca imaginé: ningún hombre me amará jamás como tú?* ¡Qué éxito fue para mí oírte decir aquello! Seguramente no era falso. Era digno del fuego que me abrasaba hacerte sensible a pesar del tuyo²⁹, y arrancarte una compasión que tú te reprochabas tan vivamente. ¿Y por qué reprochártela? ¿En qué eras culpable? ¿En qué sentido era ofendida la fidelidad por una amabilidad que dejaba tu corazón y tus sentidos tranquilos? Si yo hubiera sido más amable y más joven, la prueba habría sido más peligrosa, pero puesto que te has mantenido, ¿por qué arrepentirte? ¿Por qué cambiar de conducta con tantas razones para estar orgullosa de ti? ¿Qué orgulloso estaría tu amante de tu constancia si supiera lo que has superado! Si sólo tu corazón y el mío son los testigos de tu fuerza, sólo a mí me corresponde humillarme. Yo era digno de inspirar tus deseos; a veces se despiertan a pesar de todo, y tú siempre has sabido triunfar sobre los tuyos. ¿Dónde está el crimen por escuchar otro amor, si no hay riesgo en compartirlo? Lejos de apagar tus primeros sentimientos, los míos parecían avivarlos más. Si alguna vez fuiste tierna y fiel, ¿no fue en aquellos momentos en los que mis lágrimas te conmovían a veces, cuando se producían las mutuas confidencias de nuestros corazones, cuando sin respondernos nos comprendíamos, cuando tu amor se avivaba ante las expresiones del mío, y cuando el amante que te es querido recogía, en el fondo de tu alma, todas las pasiones expresadas por aquel que

29. Se refiere al amor que Madame d'Houdetot sentía por Saint-Lambert.

te adora? El amor se ha perdido ante ese cambio extraño que ocultas con vanos pretextos. Ha perdido ese divino entusiasmo que te elevaba ante mis ojos, por encima de ti misma, que te mostraba a la vez encantadora por tus favores, sublime por tu resistencia, y acrecentaba, ante tu amabilidad, mi adoración y mi respeto. Ha perdido en ti esa grata confianza que te hacía depositar, en este corazón que te ama, todos los sentimientos del tuyo. Nuestras conversaciones eran conmovedoras, una continua ternura las llenaba de encanto. Mis arrebatos, que tú no podías compartir, no dejaban de agradarte, y me gustaba oírte expresar los tuyos por otro que no era yo. Nuestros corazones conmovidos buscaban comunicarse todo lo que sentían por el objeto que les era querido. La sensibilidad y las confidencias siempre agradan, incluso si no son correspondidas. No habría vivido una situación mejor aunque hubiera sido amado, y te desafío a que digas alguna vez, incluso a tu amante, algo más conmovedor que lo que tú me decías de él mil veces al día.

¿Qué es lo que ha quedado de ese tiempo feliz? La sequedad y la molestia, la tristeza o el silencio llenan todas nuestras ocupaciones. Dos enemigos, dos indiferentes vivirían entre ellos con menos reserva que la que tienen ahora dos corazones hechos para amarse. El mío, contenido por el temor, ya no se atreve a dar salida al fuego que le devora. Mi alma, intimidada, se concentra y se hunde en sí misma. Todos mis sentimientos están comprimidos por el dolor, y esta carta, en la que vierto lágrimas frías, ya no tiene ese fuego sagrado que se desprendía de mi pluma en otros momentos. Si estuviéramos un momento sin testigos, mi boca apenas se atrevería a expresar un sentimiento que me oprime; una triste sensación le contiene en el fondo del corazón. Por tu parte, el tuyo ya no tiene nada que decirme. ¿Acaso no es decirme suficientemente cuánto te incomodas conmigo, hablarme sólo de quien amas? Háblame incesantemente de él, con el fin de que mi presencia sea grata para ti.

Sofía, te resulta más fácil cambiar que ocultar ese cambio a mis ojos. No alegues más falsas excusas que no se me pueden

imponer. Los acontecimientos te han podido obligar a una precaución de la que nunca me he quejado³⁰. Pero mientras que el corazón no cambie las circunstancias, da lo mismo cambiar. Su lenguaje será siempre el mismo. Si por prudencia estás obligada a venir a verme con menos frecuencia, ¿quién te obliga a abandonar el lenguaje del sentimiento para tomar el de la indiferencia?

Sofía, me atrevo a decir que tu amante te es más querido hoy que cuando me escuchabas lamentarme y me conmovías al expresar tu pasión hacia él. Tú le adorabas y yo te dejaba adorarle. Suspirabas por otro y mi corazón recogía tus suspiros. No sentías falsos escrúpulos por ocultarle las conversaciones que giraban en beneficio de su amor. El encanto de ese amor crecía con el de la amistad. Tu fidelidad se honraba con el sacrificio de placeres no compartidos. Tus rechazos, tus escrúpulos, eran sentidos menos por él que por mí: cuando los arrebatos de la pasión más violenta que jamás existió te inclinaban a la piedad, tus ojos inquietos buscaban en los míos que esa piedad no te privara de mi estima, y la única condición que ponías, como prueba de tu amistad, era que no dejara de ser tu amigo.

¡Dejar de ser tu amigo! Querida Sofía, vivir y no amarte más, ¿acaso es para mi alma una situación posible? Cómo se iba a desvincular de ti, cuando a las cadenas del amor añadías los nudos del reconocimiento. Apelo a tu sinceridad. Tú sabes que causaste mi delirio, mis llantos, mi admiración, mis éxtasis, esos arrebatos que no eran propios de un mortal. Dime, ¿he disfrutado de tus favores de modo que merezca perderlos? ¡Ah, no!, te has valido para quitármelos de los tiernos temores que me inspiraron. Me he enamorado de ti mil veces, es cierto, pero he sido respetuoso, sumiso y atento para no ofenderte nunca. ¿Cómo pudo llegar a decidir tu buen corazón, al verme temblando cerca de ti, armarte de mi

30. Se refiere a los comentarios que podían suscitar sus frecuentes encuentros y que podían llegar a oídos de Saint-Lambert.

pasión contra mí mismo, y convertirme en miserable por haber merecido ser feliz?

El primer fruto de tu bondad fue enseñarme a vencer mi amor por el mismo amor, a sacrificar mis más ardientes deseos a aquella que los hizo nacer, y mi felicidad a tu tranquilidad. No te recordaré lo que pasó en tu jardín o en tu habitación, pero para sentir hasta qué punto el efecto de tu encanto incita a mis sentidos el ardor de poseerte, acuérdate del Monte Olimpo³¹. Acuérdate de mis escritos, en lápiz sobre un roble. Los habría podido trazar con mi sangre más pura, y no sabría volver a verte ni pensar en ti sin que renazcan sin cesar esos sentimientos.

Desde el momento en el que me hiciste experimentar lo placentero que puede resultar un amor no compartido y doloroso, te me convertiste en tan querida que no quise ser feliz a expensas tuya, y sólo tu rechazo ha logrado acallar un delirio insensato. Me habría abandonado más inocentemente a la dulzura del estado en el que me habías colocado. La prueba de tu fuerza me hizo tener menos cuidado en exponerte a una lucha que te había hecho poco penosa.

¡Tenía tantos títulos para no perder tus favores y tu piedad! ¿Qué tengo que decir para consolarme por haberlos perdido, si no es que te amaba demasiado para saberlos conservar? He hecho todo para cumplir las duras condiciones que tú me impusiste, he adecuado a ellas todas mis acciones, y si no he podido contener mis discursos de la misma manera, mis miradas y mis ardientes deseos, ¿de qué me puedes acusar si no es de haberme comprometido, para complacerte, a más de lo que ninguna fuerza humana puede resistir?

31. La explicación de este pasaje se encuentra en el libro IX de las *Confesiones*: «Sobre mi camino había una agradable terraza llamada el *Monte Olimpo*, donde nos encontrábamos algunas veces. Yo llegaba el primero. Para distraerme escribía con mi lápiz algunas notas que habría podido escribir con mi propia sangre. Nunca pude terminar alguna que fuera legible. Cuando ella encontraba alguna en el lugar en el que habíamos quedado, sólo podía ver el estado deplorable en el que estaba al escribirla».

Sofía, he amado durante treinta años la virtud. ¿Crees que realmente mi corazón se ha endurecido ante el crimen? No, los remordimientos igualan a mis pasiones, eso es todo. Pero, ¿por qué se entregaba este corazón a los pequeños favores que tú te dignabas concederme, mientras que su terrible murmuración me hacía evitar un ataque más temerario? Tú lo sabes, tú que viste mis extravíos sabes que, incluso entonces, tu persona fue sagrada para mí. Jamás mis ardientes deseos, jamás mis tiernas súplicas se atrevieron por un momento a pedir la felicidad suprema sin que me sintiese detenido por los gritos interiores de un alma horrorizada. Esta voz terrible que no se confunde nunca me hacía temblar con solo pensar que podía manchar con perjurio e infidelidad a aquella que amo, a aquella que querría ver tan perfecta como la imagen que llevo en el fondo de mi corazón, a aquella que debe ser inviolable para mí por tantas razones. Habría dado el universo entero por un momento de felicidad: pero envilecerte, Sofía, no es posible. Aun cuando fuera el dueño, te amo demasiado como para poseerte un día.

Por tanto, devuelve a aquel que cuida de tu honor tanto como tú misma, la amabilidad que no podría herirlo. No pretendo excusarme ante ti, ni ante mí mismo. Me reprocho todo lo que tú me has hecho desear. Si hubiera tenido que triunfar, puede que el honor de vencer me hubiera dado el poder, pero sentir deber y aversión, al tiempo, por las privaciones que uno se ha tenido que imponer, es algo que un corazón sensible no puede soportar sin desesperación. Todo el precio de la victoria está perdido desde el momento en que no es voluntaria. Si tu corazón no me quitara nada, sería digno del mío rechazarlo todo. Si alguna vez puede curarse, será cuando tenga que combatir sólo mi pasión. Soy culpable, lo sé muy bien, pero me consuelo pensando que tú no lo eres. Una amabilidad indiferente, ¿qué es para ti sino un acto de piedad, peligroso en la primera prueba, indiferente para quien lo ha podido soportar una vez?

Sofía, después de esos momentos tan gratos, la idea de una privación eterna es demasiado terrible para aquel que gime

por no poder identificarse contigo. Tus párpados ya no se cerrarán con ese pudor que me llena de voluptuosidad, mis labios ardientes ya no depositarán sobre tu corazón mi alma con mis besos. ¡Ya no experimentaré más ese estremecimiento celeste, ese fuego rápido y devorador, más veloz que el relámpago...! ¡Momento! ¡Momento inexpresable! ¿Qué corazón, qué hombre, qué dios pueden sentirte y tener que renunciar a ti?

¡Recuerdos amargos y deliciosos!, ¿dejaréis alguna vez mis sentidos y mi corazón en paz?; y sin embargo los placeres que me recordáis no son los que añoro más. No, Sofía, los hay que son más gratos aún, y que extraen su mayor valor porque eran su garantía. Hubo una vez un tiempo en el que mi amistad te era querida y sabías testimoniármelo. Aunque no hubieras dicho nada, aunque no me hubieras acariciado, un sentimiento fuerte y seguro me advertía que estaba bien contigo. Mi corazón te buscaba, y el tuyo no me rechazaba. La expresión del más tierno amor que nunca hubo, no era rechazado. Ante tu interés por verme, se dijo que me echabas de menos cuando no me veías. Tus ojos no huían de los míos y tus miradas no eran frías. Te cogías de mi brazo en los paseos, no eras tan cuidadosa en ocultarme el aspecto de tus encantos, y cuando mi boca se atrevía a juntarse con la tuya, algunas veces, al menos, la sentía resistirse. No me amabas, Sofía, pero dejabas que te amara y, con ello, yo era feliz. Ahora todo ha terminado. Ya no soy nadie, y sintiéndome como un extraño, una carga, inoportuno, no soy menos miserable por mi felicidad pasada que por mis penas presentes. Si nunca te hubiera visto emocionada me consolaría por tu indiferencia, y me contentaría con adorarte en secreto. Pero verme desgarrar el corazón por la mano que me hizo feliz, ser olvidado por quien me llamaba su querido amigo... Tú, que puedes todo sobre mi ser, enséñame a soportar este estado terrible. O cambio, o me hará morir. Veo los sufrimientos que la fortuna me inflige y me consuelo viendo tus placeres. He aprendido a salvar los embates de la suerte, pero los tuyos ¿quién me los hará soportar? Todo confluye para privarme de toda esperanza: el valle del que huiste para evitar-

me³², el próximo regreso de tu amante, las intrigas de tu indigna hermana³³, el invierno que nos separa, mis males que aumentan, mi juventud que huye cada vez más mientras que la tuya está en su mejor momento. Sin embargo, nada está por encima de mi valor, sólo tus desprecios. Rechazaré los placeres de los sentidos y prescindiré de ellos por los consuelos del corazón. Si tú me compadeces, ya no tendré que lamentarme. Ayúdame a engañarme, mi corazón afligido no pide nada más. Incesantemente trato de suponer que tienes por mí el interés que ya no sientes. Fuerzo todo lo que me has dicho para interpretarlo a mi favor, me aplaudo por mis propios dolores cuando parecen que te han tocado. Ante la imposibilidad de arrancarte verdaderos signos de vinculación, una insignificancia basta para hacerme imaginar quimeras. En nuestra última entrevista, donde desplegabas nuevos encantos para encender un nuevo fuego, me miraste dos veces al bailar³⁴. Todos tus movimientos se grababan en el fondo de mi alma, mis miradas ávidas trazaban todos tus pasos. Ni uno solo de tus gestos se escapaba a mi corazón, y en el resplandor de tu triunfo, este débil corazón pensaba que tratabas de ocuparte de mí.

Sofía, cruel Sofía, devuélveme la amiga que me es tan querida; me la habías ofrecido, la había aceptado, y ya no tienes derecho a quitármela. Si alguna vez pudiera ver algún signo de piedad, que mi dolor no te fuera inoportuno, que una tierna mirada se fijara en mí, que tus brazos se tendieran alrededor de mi cuello, que me apretaran contra el tuyo, que tu dulce voz me dijera con un suspiro: ¡desdichado, cómo te compadezco! Si pudieras consolarme de todo, mi alma recobraría su vigor, y volvería a ser digno de haber sido querido por ti.

32. Madame d'Houdetot abandonó su residencia en Eaubonne, próxima a la de Rousseau, y regresó a París.

33. Se refiere a su cuñada, Madame d'Épinay.

34. Alude a un baile que tuvo lugar en la Chevrette el 9 de octubre.

[534]

*Jean-François, marqués de Saint-Lambert, a Rousseau*Wolfenbuttel (11 de octubre de 1757)³⁵**Mi querido amigo:**

He recibido vuestra carta del 15 de septiembre el día diez de este mes y tengo la desdicha de haber mantenido un malentendido con vos durante demasiado tiempo por no haber recibido vuestra carta antes. No acuséis a nuestra amiga de ligereza ni de frialdad. No es capaz de una cosa ni otra, y ama, cada vez más, lo que ella ha amado. No conocerá la inconstancia gracias a un amigo como vos. Sólo a mí hay que culpar por su conducta. Su corazón no ha cambiado hacia vos, ella os quiere, os honra, pero os ha visto menos porque ha querido evitarme las penas que vos no habríais debido hacerme, pero que habéis hecho por mi culpa. Soy yo quien ha buscado relacionaros mutuamente. No es esto lo que me reprocho, ya que mi corazón siempre desea unir lo que quiero, lo que más estimo. Siempre me he hecho una bella imagen del modo en como pasaría la vida en Eaubonne, entre ella y vos, si pudiéramos comprometernos a vivir en su casa. De ahí procede todo el mal. Ésos son mis errores. En mi últi-

35. Rousseau recibió esta carta después de haber escrito él a Saint-Lambert tres semanas antes. El retraso de la respuesta le hizo temer el enfado de Saint-Lambert. Pero la demora se debió a los continuos viajes realizados por Saint-Lambert durante este período. Después, cayó enfermo, y desde el día 9 de octubre se encontraba en el hospital de Wolfenbuttel. Al recibir la carta y sentir que las cosas se aclaraban, la actitud de Rousseau hacia Madame d'Houdetot cambió radicalmente. A partir de entonces se esforzó en ver en ella sólo una amiga que, al tiempo, era la amante de un amigo.

mo viaje creí ver en ella algún cambio. La amo demasiado como para que se me pueda escapar nada de su corazón sin darme cuenta antes, sin sentirlo cruelmente. Os confieso que creí que vos erais la causa de lo que imaginaba haber perdido.

No penséis, mi querido amigo, que os creía pérfido y traidor, pues conocía la austeridad de vuestros principios, de los que ya se me había hablado. Ella me habló con un respeto que no se acomodaba al amor. No me hizo falta más para alarmarme por una intimidad que yo había deseado tanto. Comprended que una vez preocupado, pasaron por mi cabeza todas las tonterías posibles. He hecho a tres seres desgraciados, y sólo a mí se deben las penas puesto que soy el único que puede tener remordimientos. Hace tiempo que busco reparar mis injusticias con ella, quiero reparar mis injusticias con vos. No hemos dejado de estimarnos ninguno de los dos, perdonadnos y amadnos. Seremos merecedores de vuestro corazón, y estaréis contento de los nuestros. Sin embargo, guardo la palabra que me dais de no hablarle nunca en contra de nuestras relaciones. Creed que no son sólo estos vínculos los que me unen a ella. Aun cuando no hubiera entre ella y yo nada de lo que condenáis, aun así, ella sería lo que más amo en la vida. Había imaginado corazones como el suyo, pero no he encontrado ninguno de su clase. Basta conocer su carácter para amarla durante toda la vida.

El lamentable estado de mi salud me obliga a ir a las aguas de Aix-la-Chapelle. Tengo paralizados un brazo y una pierna; mis débiles nervios han sucumbido a las fatigas de esta campaña. Espero vuestras noticias en Aix-la-Chapelle, habladme de vuestra salud, de vuestras ocupaciones, decidme que me perdonáis, que me apreciáis. No conozco lo que ocurre entre Grimm y vos, pero os debo decir que me habló de vos como un hombre al que respetaba y quería, y cuyo mal carácter se debía a las injusticias sufridas. Tratadme como vuestro amigo, sabed que esta amistad será uno de los mayores placeres de mi vida.

[535]

*Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde,
condesa d'Houdetot*

L' Ermitage (14 de octubre de 1757)³⁶

Queréis que os dé noticias sobre mi salud. Estoy aquí en mi retiro, el único lugar en el que puedo sufrir. Siento que estoy solo, olvidado de todo lo que me es querido. He dejado de vivir pero respiro aún. Esto dice bastante sobre cómo me siento.

Esperáis el próximo regreso de vuestro amigo, comparto vuestra alegría. Puesto que no se ha dignado a responderme, ya no espero señal alguna de su recuerdo, y no le daré el mío. Ello no impide que me tome el más vivo interés en él, y espero que me aviséis de su feliz llegada.

La copia de mi carta a Voltaire no está aún terminada³⁷. Por otro lado, el paquete será bastante grueso como para enviarlo por correo. Si me entero de cuándo llegáis a la Chevrette, trataría de hacéroslo entregar. Mi enfermedad y la estación me obligarán a confinarme aquí hasta la primavera, época en la que me iré, si es que aún vivo. He escrito ya sobre esto.

Vuestra salud me preocupa y me inquietaría aún más si supiera que no va a mejorar. Se os ve demasiado delgada; no coméis; sentís ese malestar por todas partes, los amigos y los platos tienen la misma suerte. Cuidad vuestro estómago y

36. Rousseau escribe esta carta antes de recibir la respuesta anterior de Saint-Lambert.

37. Se refiere a la carta que escribió a Voltaire el 18 de agosto de 1756 a propósito de su *Poema sobre el desastre de Lisboa*. (Cfr. *Voltaire-Rousseau. En torno al mal y la desdicha*, edición de A. Villar, Alianza Editorial, Madrid, 1995.)

vuestro corazón, pues están hechos para ser excelentes. Adiós, Madame.

A Madame la condesa d'Houdetot, calle de Baune, cerca de la calle de la Universidad, París.

[536]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

París (15 de octubre de 1757)

Mi querido ciudadano:

Os suplico que abandonéis la oscura melancolía que os obsesiona, es el primer ruego de vuestra amiga y el más urgente. No os creáis que estáis solo en la tierra, puesto que tenéis amigos, y no los ofendáis pensando que os pueden olvidar o abandonar. No me apenéis más con vuestra tristeza y no me ofendáis con vuestra inquietud. Hacedme justicia, sed razonable y estaremos contentos el uno con el otro. Parece que vuestro amargo corazón se complace en alimentar y aumentar los sentimientos que le afligen. Sin duda, se debe al efecto de vuestros males y de la época del año. Sea cual sea la causa, os compadezco, ya que estoy en situación de compadecer a mis amigos más que de consolarlos. Por otra parte, con frecuencia es más agradable ser compadecido que entender los consuelos que el corazón no siempre recibe. Espero que el partido que tomo pueda suavizar vuestros males. Sabéis, mi querido ciudadano, que éste es sincero. No podéis dudar ya más de mi amistad.

Mi salud sigue igual, no es mejor; por tanto, estoy muy lejos de la alegría en la que me suponéis a causa del regreso de mi amigo³⁸. Ahora mismo temo que no regrese, y sabéis muy bien

38. Se refiere al regreso de Saint-Lambert.

lo que sufriría si perdiera la esperanza de verlo este invierno. Siempre errante, después de cinco semanas sólo ha recibido una de las cartas de las cinco que le envié a Ebdem. Las otras se las han guardado en el Cuartel General, donde no han debido de llegar hasta el día nueve de este mes. Vuestra carta³⁹ debe de ser de esas, así como todas las mías desde el 25 de agosto, ya que las recibió en Ebdem los primeros días de septiembre.

Por ese detalle podéis ver lo injusto que sois con él. Corregíos de esto, mi querido ciudadano, pues es cruel para él y duro para sus amigos veros tan predispuesto a sospechar frialdad o negligencia. Ninguno de los dos tendremos nunca que reprocharnos nada con respecto a vos. Pongo juntas dos almas que no pueden estar separadas y que se unirán también para amaros. Sí, mi querido ciudadano, respetaremos siempre ese amor por la virtud que no os abandonará jamás. Admiraremos ese espíritu superior y un talento excepcional, y apreciaremos siempre el alma sensible que os hace propicio para una amistad que debéis enjuiciar con menos ligereza.

Cuento con ir el viernes a la Chevrette, y deseo ardientemente veros. Os ruego que no escuchéis los sombríos sentimientos que os alejan de vuestros amigos y de aquellos que os quieren, si es que podéis hacerlo sin incomodaros. Sólo encontraréis aprecio cerca de ellos, cuando traigáis más razón y menos melancolía, y sobre todo, la confianza que debéis a su amistad por vos y sobre todo la mía. Sabed que os animo a distraeros, ocupándoos en las obras que habéis comenzado y que me habéis mostrado⁴⁰. Especialmente, hay una que debe ser muy satisfactoria para vos. En fin, mi querido ciudadano, cuidad vuestra salud y distraeros. La estación avanza. Aprovechemos estos últimos instantes y venid a verme a la Chevrette.

Una amiga que está muy unida a vos.

A Monsieur Rousseau, en l'Ermitage, cerca de Montmorency.

39. Se refiere a la carta núm. 527.

40. Se refiere probablemente a *La nueva Eloísa*.

[538]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

(Sobre el 17 de octubre de 1757)

Señora:

Estoy tan agobiado con las cartas, visitas y paquetes que, por el momento, me es imposible responderos. Os envió la tercera y la cuarta parte⁴¹. Podéis leer la carta a M. Voltaire⁴², que os gustará; pero es importante que no salga de vuestras manos.

[539]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(19 de octubre de 1757)

Mi querido ciudadano:

Sin duda sabéis por Madame d'Épinay el estado en el que se encuentra el pobre Saint-Lambert⁴³. Creo en la amistad que tenéis por mí, y quisiera aliviar mis penas con los con-

41. Del borrador de *La nueva Eloísa*.

42. Se refiere de nuevo a la carta que Rousseau escribió a Voltaire a propósito de su *Poema sobre el desastre de Lisboa*. La carta a Voltaire era privada, de ahí que al enviar una copia a Madame d'Houdetot, Rousseau insistiera en que no salga de sus manos. También dejó otra copia a Grimm. Fue, seguramente, este último quien se la hizo llegar después a un librero alemán que la editó.

43. Saint-Lambert sufrió una grave parálisis.

suelos de la amistad, si es que este dolor pudiera aliviarse. Pero en este momento estoy en una situación en la que sólo puedo sufrir.

He recibido vuestro paquete y agradezco vuestro envío. Sabéis que toda prueba de amistad y de confianza por vuestra parte me son muy queridas.

Adiós, mi querido ciudadano, cuento con veros el viernes en la Chevrette si estáis aún y si puedo ir allí.

A M. Rousseau.

[543]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

(24 de octubre de 1757)

Madame d'Épinay se irá mañana. Esto no impedirá, querida condesa, poder llegar pronto a Eaubonne, a menos que no tengáis la amabilidad de enviar vuestra carroza a esperarme a la cruz de Deuil, entre las once y las doce. Sea como sea, iré a cenar con vos y os llevaré un corazón totalmente nuevo, del que estaréis contenta. Tengo en mi bolsillo una protección⁴⁴ invencible que me resguardará de vos. No era necesario menos para que volviera en mí. Lo he logrado, eso es seguro, o más bien ahora estoy totalmente dispuesto para la amistad que me debéis, que me habéis jurado, y de la que, desde ahora, soy merecedor.

44. Se refiere a la carta de Saint-Lambert del 11 de octubre (núm. 534). El término exacto utilizado por Rousseau es *égida* (mit.).

[546]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(Miércoles, 26 de octubre de 1757)⁴⁵

Mi querido ciudadano:

Al abandonaros, me precio de no haberos dejado ninguna duda sobre mi amistad hacia vos, y al separarme de vos por mucho tiempo, tenía al menos el consuelo de pensar que ya no dejaba, en el fondo de vuestro corazón, ninguna de las sombrías ideas que os podían haber hecho dudar. No sé cómo expresaros el efecto que me produjo, en nuestros últimos encuentros, todo lo que vi en vos de sorprendente y honesto. Ese sentimiento no se borrará nunca de mi corazón. Siempre os veré tal y como os vi ese día, reuniendo todo lo que de bueno puede haber en un alma tan virtuosa como sensible. Todo confirma para siempre esa amistad en mi corazón, ese tierno reconocimiento de la vuestra que ya no persigue lo que amo⁴⁶, y cuya inocencia y candor será eternamente digna de nosotros tres. Sí, amigo mío, sed como siempre habéis aparecido a mis ojos, y estad siempre seguro de dos corazones que os deben ser queridos y que merecerán siempre vuestra amistad, al menos por sus sentimientos hacia vos. Habéis visto cómo podemos

45. Después de recibir la carta de Saint-Lambert (núm. 534), el encuentro del día 25 de octubre restableció la paz en el ánimo de Rousseau, convencido de que sólo podía ver en Madame d'Houdetot «una amiga, amante de su amigo». En esta carta, Madame d'Houdetot insiste en el carácter incuestionable de su relación con Saint-Lambert, y sobre el hecho de que esta relación ahora recibe la aprobación de Rousseau. Además, le llama repetidamente *mi amigo* y le anima a que conserve esta carta como prueba y recordatorio del carácter de su relación.

46. Se refiere a Saint-Lambert.

amar, y nuestra amistad no será indigna de vos. Amigo mío, creed que no ha escapado nada de lo que en vos provenía de un corazón sensible a las virtudes y a los sentimientos tiernos y honestos. Es tan incapaz de faltar a la amistad como al amor; la vuestra añade felicidad a la que el amor daba a mi vida. Disfruto del placer de verlos reunidos para embellecer mis días y para hacerme disfrutar de toda la felicidad de la que es capaz un alma sensible. Si hubiera podido formular un deseo, habría sido sin duda, después de tener un amante como él, tener un amigo como vos con quien poder hablar y que me pudiera entender, a quien quisiera, alguien que sintiera todo lo que vale, y a quien poder hacer entender que el amor que está en mi alma no puede degradarla, y que se añade a sus virtudes. Admitid, amigo mío, que es digno de todo lo que siento por él. Eso es lo que me habéis dicho, pues siempre me habéis dado razones para amaros. Amigo mío, no rechazemos un sentimiento que eleva tanto el alma y que sabe activar las virtudes. Un amor como el que sentimos no puede subsistir en un alma mediocre y no puede nunca envilecerla, ni inspirarle nada de lo que pudiera avergonzarse.

Puede ser que el deseo de justificar mi amor a vuestros ojos me lleve demasiado lejos, excusad y respetad unos sentimientos cuya confianza y amistad os han hecho depositario. No olvidéis a lo que os compromete su amistad y confianza tanto como la mía. Todas las virtudes están hechas para estar en vuestro corazón y una no molestará a otra. Encontraréis el valor en el placer que tendréis en seguir las, y confío en que toda vuestra felicidad esté depositada en ellas y en el placer de una amistad que nunca se os puede escapar y que habréis creído necesaria a vuestro corazón. Amigo mío, tenía necesidad de hablaros de la ternura que me provocó nuestra última entrevista. Su recuerdo nunca saldrá de mi corazón; después de la persona que sabéis que es la primera para mí, os considero el ser más digno de mi amistad. Creed que no prodigo esa palabra tan respetable, y que, después del amor, es para mí el más agradable de los sentimientos. No creáis que lo prodigo ni que

lo profano, y como, después de él, sois mi mejor amigo, sois también el que más amaré. Mi corazón, repleto de bienes recibidos de un amante tal como él y de un amigo tal como vos, no tiene nada más que buscar, aunque también puedo decir que el cielo prodigó sus bienes a un corazón que estaba hecho para sentirlos.

Conservad esta carta y que sea siempre la garantía de los sentimientos que tengo hacia vos, y de una amistad que aplaude quien me ama y que él mismo quiere compartir. Trataré de ser digna de vosotros dos. Mi querido ciudadano, me acordaré toda mi vida de haber oído estas palabras: *que mi amor hacia él, era, sin embargo, una de mis virtudes*. No olvidéis nunca esas palabras que me vinculan a vos con un nuevo nudo y que tan agradable me resultó oír⁴⁷.

Espero noticias sobre vuestro viaje⁴⁸ con impaciencia, tanto se realice como si no. Deseo vivamente que no se os considere equivocado, y estoy bien segura que vos no os consideraréis así, sea cual sea la postura que toméis, pues, amigo mío, estoy muy preocupada por que no se os juzgue como tal. Deseo que vuestros amigos os encuentren tan irreprochable como creo que en efecto lo sois. Me habéis prometido que explicaréis a mi amigo la decisión que tomaréis y las razones que os determinarán a ello. Como es lo más querido para mí, deseo que él os haga justicia y enjuicie acertadas vuestras razones.

Habéis aprobado, amigo mío, la postura que me convino tomar, para evitar que vuestros amigos o las personas mal intencionadas sospecharan que mis consejos hubieran contribuido en la decisión de quedaros. Habéis compartido mis temores y aprobado mis precauciones, es una prueba más que me habéis dado de vuestra honestidad y de vuestra amistad.

47. Con este recuerdo, Madame d'Houdetot quería frenar la tendencia de Rousseau a recordar los vínculos ilegítimos que la unían con Saint-Lambert.

48. Se refiere al viaje a Ginebra, acompañando a Madame d'Épinay. J.-J. había enseñado a Madame d'Houdetot la carta de Diderot y su respuesta (núms. 542 y 544). En un principio Madame d'Houdetot le había aconsejado acompañar a Madame d'Épinay y no abandonar l'Ermitage.

Estoy segura que os costará tanto como a mí veros privado, durante algún tiempo, de una compañía que es más agradable ahora que nunca para los dos.

Adiós mi querido ciudadano, soñad en mí en vuestra soledad, descartad la melancolía, que el recuerdo de vuestros amigos y el mío os procure placer. Estáis hecho para encontrar corazones que respondan al vuestro y habéis encontrado, al menos, dos o tres de los que os puedo responder. Al escribir a mi amigo, decidle que os habéis sentido orgulloso de mí, así le quitaréis una pena. Espero recibir alguna vez vuestras noticias y os pido que interrumpáis vuestras ocupaciones para abandonaros a la amistad. Os animo intensamente a que prosigáis vuestros proyectos. Cuando tengáis necesidad de papel, no tenéis mas que decírmelo. Espero veros pronto.

Como no oigo hablar de vos, mi querido ciudadano, os envío mi carta. Decidme lo que se ha decidido sobre vuestro viaje y lo que os han dicho vuestros amigos. Sabéis bien que tengo un vivo interés en todo lo que os pueda afectar y que, sobre todo, esto me pareció importante.

A Monsieur Rousseau, l'Ermitage, cerca de Montmorency.

[554]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

L'Ermitage (31 de octubre de 1757)

¡Ay, si la guardara!⁴⁹. ¡Si me fuerais queridos el uno y el otro! ¡Si recordara lo más puro y agradable de mis días! Hay dos corazones para los que soy querido, y son precisamente

49. Se refiere a la carta anterior (núm. 546), que Sofía quería que guardara como prueba de su amistad.

aquellos que hubiera escogido de todo el mundo. Esta certeza puede consolarme de todo y, al final de mi demasiada larga carrera, hacer que sean los mejores días de mi vida. Pero, ¡ya no os veré este invierno! ¡Qué lejos está la primavera! ¡Podré confiar en verlo? ¡Os veré alguna vez más?... Pero me estimáis, por tanto no tengo de qué preocuparme.

Viendo que sois de la misma opinión que Diderot con respecto a mi partida⁵⁰, he interpretado ese acuerdo como una especie de liga entre mis amigos para hacer que me vaya, y no dudo que el móvil sea Madame d'Épinay. Esto me ha hecho también escribir a Grimm una larga y triste carta. He escrito igualmente a Madame d'Épinay, y no he ocultado a ninguno de los dos mi acritud. Os conté en mi carta anterior mi respuesta a Grimm; hasta el momento no he recibido ninguna otra carta, y como me remití a su decisión para tomar una postura u otra, no sé todavía si debo ir o debo quedarme. Podéis imaginaros que esta incertidumbre no me pone de buen humor. Efectivamente, haré lo que él decida, pero estoy en un estado tal desde hace dos días, que estaría mejor en la cama que de viaje.

No me habéis hecho llegar noticias ni de Saint-Lambert ni vuestras. Parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para mantener todas las perplejidades que me pueden afectar. Os ruego que corriáis este olvido, pues estaré muy preocupado hasta saber si él ha llegado a Aix-la-Chapelle, y tampoco me tranquiliza el estado en el que estabais cuando os fuisteis de Eaubonne. Decidme si habéis comenzado a tomar las aguas de Passi.

Aunque triste y enfermo, aquí mi vida no está privada de placer. Estoy protegido de los inoportunos, pienso sobre la moral⁵¹ y pienso en vos. Siento más que nunca que la virtud sublime y la sagrada amistad conforman el soberano bien del

50. Nueva alusión al viaje de Madame d'Épinay a Ginebra, y la posibilidad de que Rousseau la acompañara.

51. Primera alusión a sus *Cartas morales*.

hombre y que hay que intentar conseguirlo para ser feliz. Ante el deseo de merecer los sentimientos con los que me honráis, me habéis convertido los dos esas cosas en más queridas. Siento avivar mi cuidado, soñando que todo lo que hago para ser mejor son otros tantos cuidados que os consagro.

Tan pronto como sepa lo que voy a hacer, comenzaré vuestra copia⁵², y puesto que queréis enviarme más papel, os ruego que, si veis a Grimm, le digáis que no realice la compra que le había encargado, pues creía que el papel que me habíais enviado no sería suficiente. Debo avisaros que vuestra carta del miércoles no me llegó hasta el domingo. Cuando no me enviéis las cartas el mismo día que son escritas, conviene que no las fechéis hasta el mismo día que las enviéis. Espero que hagáis el favor de enviar la mía a su destino, y añadid alguna cosa para mí en las vuestras.

Adiós, querida amiga, hacedme soportar, mediante vuestra amistad, las penas que vuestra ausencia me da.

A Madame, la condesa d'Houdetot, calle de la Universidad, París.

[557]

*Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde,
condesa d'Houdetot*

L'Ermitage (1 de noviembre de 1757)

Acabo de recibir una carta de Grimm que me ha hecho temblar y me he apresurado a devolvérsela por miedo a leerla una segunda vez.

Madame, todos los que me querían me odian. Conocéis mi corazón, deciros esto es suficiente. Todo lo que sabía de Madame d'Epinais es demasiado verdad, y aún sé más. Encuentro

52. De *La nueva Eloísa*.

por todas partes cosas como para desesperarme. Sólo me queda una esperanza que puede consolarme de todo y devolverme el valor. A vos corresponde confirmarla o destruirla. ¿Todavía me queda un amigo y una amiga? Una palabra, una sola palabra, y aún puedo vivir.

Voy a abandonar l'Ermitage. Mi proyecto es buscar un asilo suficientemente alejado y desconocido. Hay que pasar el invierno, y las órdenes que me habéis prescrito me impedirán pasar por París cuando esté tentado a ello. Por tanto, voy a establecerme en Montmorency tan pronto como pueda, esperando la llegada de la primavera. Mi querida amiga, no os volveré a ver. Siento una tristeza que me oprime el corazón, pero me ocuparé de vos en mi retiro⁵³. Pensaré que sólo tengo dos amigos en el mundo y olvidaré que estoy solo. Os ruego una palabra de respuesta.

A Madame la condesa d'Houdetot, calle de la Universidad, París.

[560]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

L'Ermitage (9 de noviembre de 1757)⁵⁴

Ésta es la cuarta carta que os escribo sin respuesta. Si continuáis sin responder, os habré entendido demasiado bien. Imaginaos el estado en el que me encuentro, y consultad vuestro corazón. Puedo ser abandonado por todo el mundo y soportarlo ¡pero vos! ¡Odiarme vos!, ¡despreciarme vos, que conocéis

53. Nueva alusión a las *Cartas morales*.

54. Esta carta fue conservada por la nieta de Madame d'Houdetot, Eliza d'Houdetot (1785-1832). Se comprueba la crispación de Rousseau al no recibir respuesta de Madame d'Houdetot y haber roto con el resto de sus amigos: Grimm, Diderot y Mme. d'Épinay.

mi corazón! Dios mío, ¿acaso soy un malvado? ¡Yo, malvado! Demasiado tarde lo sé. Debo a mi amigo M. Grimm, mi viejo amigo, todos los amigos que me quita. A él se debe ese bonito descubrimiento y es él quien lo publica. Él es un hombre honesto y yo un ingrato. Disfruta de los honores de la virtud por haber perdido a su amigo, y yo estoy en el oprobio, ¿por qué? Por no haber halagado a una pérfida mujer, ni dejarme esclavizar⁵⁵ por quien estaba obligado a odiar. Pero hay que callarse y dejarse despreciar. ¡Providencia! ¡Providencia! ¡Y pensar que se dice que el alma puede no ser inmortal! ¿Soy yo un malvado? Esta indignación del honor ultrajado, estas punzadas de dolor, estos sollozos que me sofocan, ¿serán la síntesis del crimen? Si soy un malvado, entonces todo el género humano es vil. Que se me muestre un hombre mejor que yo, que se me muestre un alma más sensible, más fiel a la amistad, más sensible hacia lo honesto y lo bello, que se me muestre y me callo.

Vos que me habéis conocido, decidme: entonces eres malvado, y yo mismo me impondré un castigo. La imaginación me oprime y no puedo respirar. ¡Ay, amiga mía! ¡Ay, Saint-Lambert! ¿Era necesario ceder a las seducciones de la falsedad y hacer morir de dolor a aquel que sólo vivía para amaros? Cruel, no soportaré mucho tiempo este oprobio. Espero que la Naturaleza no tardará en libraros de mí, y en vengarse de vos, al dejaros algún remordimiento por mi suerte y vuestra injusticia.

Adiós, no os hablaré más de mí, pero si no puedo olvidaros, os desafío a que olvidéis este corazón amigo de la virtud, este corazón que odiáis, y que encontréis uno semejante.

Quiero escribir a Saint-Lambert. Lo necesito por la paz de mi alma sobrecargada de hastío. Os ruego que me digáis si me dais permiso para que os dirija la carta, o me hagáis saber si debo dirigirla a Aix-la-Chapelle. Con una sola palabra que vuestro criado me escriba será suficiente. Al tiempo, me agradecerá saber cómo se encuentra.

55. Se refiere a su rechazo a acompañar a Madame d'Épinay en su viaje a Ginebra. (Véase el Estudio preliminar.)

[561]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(3 de noviembre de 1757)

Acabo de recibir vuestra tercera carta. He respondido ya a dos, y respondo ahora a la tercera. Me hacéis temblar, tanto más cuanto que no me habéis explicado las causas del estado en el que os encontráis. Vuestra penúltima carta me hablaba de una carta de Grimm que os irritó, sin explicarme lo que contenía. Os ruego que me expliquéis lo que decía, que os tranquilicéis y, sobre todo, que no escribáis a nadie dado el estado en el que os encontráis. Confiadme todas vuestras penas, todo lo que se os dice y que os lleva a entristeceros. Sobre todo, no escribáis a nadie, ni siquiera a mi amigo. Os lo repito una vez más, contad con dos personas que no os faltarán, mi amigo y yo. Os ruego que os calméis y, sobre todo, no toméis ninguna decisión y no escribáis a nadie en la agitación en la que os veo. Siempre seré la misma y no puedo traicionar ni al amor ni a la amistad. Os escribí una larga carta en respuesta a la que adjuntabais a mi amigo, y además una nota que correspondía a la penúltima. Ésta responde a la segunda que acabo de recibir ahora. Os envío a alguien para que os la entregue. Mañana por la mañana contestadme y enviadla de vuelta, dándome las explicaciones que os pido, y sobre todo no escribáis a nadie y no toméis ninguna decisión en el violento estado en el que estáis. Adiós, contestadme cuanto antes, pues estoy muy preocupada.

(Jueves 3 de noviembre)

Calmaos en nombre de la amistad y explicadme todo. Creed que ni mi amante ni yo os faltaremos jamás. No escribáis a na-

die hasta que no tengáis la suficiente sangre fría. Explicadme vuestros reproches hacia Grimm y hacia aquellos de quienes os quejáis y decidme si yo tengo algo que ver con esto.

A Monsieur Rousseau, cerca de Montmorency, en l' Ermitage.

[562]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

(3 de noviembre de 1757)⁵⁶

Vuestra crueldad es inconcebible, no es propia de vos. Ese silencio es un refinamiento de crueldad que no tiene igual. Ya sabréis el estado en que me encuentro desde hace ocho días. ¡Sofía, vos también me consideraréis un malvado!⁵⁷. ¡Ay, Dios

56. El manuscrito no está fechado y Rousseau lo sitúa a comienzos de 1758. Sin embargo, H. Guillemin considera que Rousseau estaba escribiendo esta carta cuando recibió la precedente de Madame d'Houdetot (núm. 561). Al comprender su error, Rousseau dejó inacabada esta carta, escrita en el momento de mayor desesperación.

57. Rousseau añadió con posterioridad en su copia la nota siguiente, donde explica su obstinado rechazo por acompañar a Madame d'Épinay a Ginebra, que le valió la ruptura con sus amigos:

«Observad que todas las horribles atrocidades de las que se me acusa se reducían a no haber querido acompañar a Madame d'Épinay a Ginebra. Sólo por este motivo se consideraba que era un monstruo de ingratitud, un hombre abominable. Es cierto que se me acusaba además del crimen horrible de ser amante de Madame d'Houdetot y de no querer alejarme de ella. Fuera cierto o no eso, además tenía otra poderosa razón para no seguir a Madame d'Épinay que me impidió ir.

No podía, sin faltarle, decirle esta razón, que sólo tenía relación con ella⁴. Así, obligado a silenciar las dos verdaderas razones que tuve para quedarme, estuve forzado, para excusarme, a perderme y dejarme acu-

mío!, si lo creéis, ¿a quién podré recurrir?... Con todo, ¿cómo es posible que la virtud me sea tan querida?, ¿que sienta en mí el corazón de un hombre de bien? No: cuando vuelvo la mirada sobre el pasado, y cuando veo cuarenta años de honor al lado de una desafortunada carta, no me puedo desesperar .

No fingiré una firmeza de la que estoy bien lejos. Me siento abrumado por mis males. Mi alma está consumida por dolores y molestias. Llevo, en un corazón inocente, todos los horrores del crimen, no escapo a las humillaciones que corresponden a mi desgracia; y si esperara convencersos, no pudiendo llegar hasta vos, iría a esperaros a vuestra salida, y me prosternaría ante vos, feliz al ser pisado por los caballos, bajo vuestra carroza, y arrancaros, al menos, un sentimiento de pesar ante mi muerte. No hablemos más: la piedad no borra el desprecio; y si me creéis digno del vuestro, no debéis mirarme jamás.

Ay, ¡despreciadme si podéis! Será más cruel para mí saberos injusta que yo deshonrado, y suplico a la virtud la fuerza para soportar la más dolorosa de las afrentas. Pero para destruir vuestra estima, ¿hay que renunciar a la humanidad?

Malvado o bueno, ¿qué bien esperaréis al situar a un hombre en la desesperación? Considerad lo que os pido y si no sois peor que yo, atreveos a rechazarme.

Ya no os veré más. Las miradas de Sofía sólo deben caer sobre un hombre por ella estimado, y la mirada de desprecio nunca ha manchado mi persona. Pero vos fuisteis, cerca de Saint-Lambert, el último vínculo de mi corazón: ni él ni vos,

sar por Madame d'Épinay y por sus amigos de la peor clase de ingratitude, precisamente porque no quería ser ingrato ni comprometerla».

* Se trataba del embarazo de Madame d'Épinay que había que ocultar a su marido. Ese viaje no tuvo otro fin. Todo se arregló del mejor modo, puesto que el mismo marido la acompañó muy preocupado por la salud de su mujer. Él regresó después de haberla encomendado a Tronchin, a quien ella llamaba su *salvador*. No era necesario un médico tan hábil para curarla. (Nota del propio Rousseau.)

saldréis jamás de él; es necesario que me ocupe de vos sin cesar y sólo me puedo desvincular de vos renunciando a la vida. No os pido ningún testimonio de recuerdo; no habléis más de mí; no me escribáis más; olvidad que me habéis honrado con el nombre de vuestro amigo, y que fui digno de él.

Pero teniendo que hablaros, teniendo que ofreceros el sagrado lenguaje de la verdad, que puede sólo entendáis de mí, dejad al menos que sepa que recibís mis cartas, que no serán arrojadas al fuego sin ser leídas, y que así no perderé los queridos y últimos trabajos a los que dedico el resto de mi infortunada vida.

Si vos teméis encontrar el veneno de un alma oscura, acepto que antes de leerlas las hagáis examinar, con tal de que no sea por parte de ese hombre honesto⁵⁸ que se complace en hacer un malvado de su amigo. Que la primera vez que se encuentre la mínima cosa condenable haga revocar para siempre el permiso que os solicito. No os sorprendáis por ese extraño ruego; hace tiempo que aprendí a amar sin ser correspondido y mi corazón ya está acostumbrado.

[585]

Louise-Florence-Pétronille Lalive d'Épinay, a Rousseau

Ginebra (1 de diciembre de 1757)

Después de haberos dado, durante varios años, todas las muestras posibles de amistad y de interés, sólo me queda compadeceros. ¡Sois muy desdichado! Espero que vuestra con-

58. Se refiere a Grimm. En las memorias de Madame d'Épinay se comprueba, en efecto, que había llegado a imponerse a todo el mundo. Únicamente Saint-Lambert le encontraba impertinente y, consecuentemente, Madame d'Houdetot no le tenía en gran estima. Sin embargo, se callaban porque los otros miembros de ese círculo le escuchaban como a un oráculo.

ciencia esté tan tranquila como la mía. Sería necesario para la paz de vuestra vida.

Puesto que querfais abandonar l'Ermitage y deberfais hacerlo, estoy extrañada de que vuestros amigos os hayan retenido. Yo nunca consulto a los míos sobre mis deberes y no tengo nada más que deciros con respecto a los vuestros.

A Monsieur Rousseau, en l' Ermitage.

[586]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

París (2 de diciembre de 1757)

Mi querido ciudadano:

He recibido vuestra carta del día treinta y he enviado la que era para nuestro amigo. Os agradezco mil veces que hayáis compartido mi dolor y lo que me habéis dicho para aliviarlo. Sé muy bien, mi querido ciudadano, lo que debo en esta ocasión a vuestra amistad. Ahora estoy tan contenta como puedo por nuestro amigo. Con esto lo puedo soportar todo.

Me ha hecho admitir sus razones para no volver a París en estos momentos, y su corazón me da todos los consuelos que pueden convertir esta ausencia en soportable. Sin embargo, vos sabéis bien que aún la siento demasiado como para lamentar el tiempo que tardaré en verlo. En este caso es cuando que hay emplear la razón y la filosofía. Se puede aplicar a las penas que nos vienen de la fortuna y es lo que trataré de hacer. Es fácil ser fuerte cuando no hay que lamentarse por lo que se ama. Pero ya os he hablado demasiado de mí.

Veo con pesar que habéis escrito a Madame d'Épinay una carta en la que parecéis decidido a romper con ella. Si me hubieseis consultado antes de escribirla, no os lo habría aconseja-



Madame d'Épinay

do. Antes de anunciar la ruptura era fácil alejaros poco a poco, ya que conservabais justos resentimientos contra ella. Si, como creo, os habían impuesto su amistad, las razones derivadas de su carácter, del que me habláis, no son suficientes para enfadaros de repente con la que era amiga desde más de diez años, a la que teníais que conocer bien, y cuyo carácter, sin duda, habíais soportado durante todo ese tiempo.

Mi querido ciudadano, os hablo con toda la franqueza que la amistad debe dar. Me lo habéis permitido y yo no sé ocultar lo que pienso a mis amigos. Por lo demás, entended que ya no os dé más consejos sobre un asunto en el que parecéis dispuesto a actuar en contra de lo que vuestros amigos puedan deciros. Si os parece, me limitaré a deciros lo que pienso sobre lo que queréis hacer. Insisto en que hacéis muy bien en permanecer en l'Ermitage y muy mal en escribir a Madame d'Épinay en los términos en los que lo habéis hecho. Os aconsejo permanecer en l'Ermitage con el fin de evitar un estallido que me parece siempre enojoso y evitar la ruptura. Así tendríais la siguiente alternativa: o bien podríais volver con vuestra amiga y podríais comprobar, desde entonces hasta la primavera, si había razón para acusarla, o si vuestros malentendidos continúan, podríais retiraros sin ruido. Según este plan, con excepción de la carta que habéis escrito que está fuera de lugar, podríais responder a la nota de Madame d'Épinay sin anunciar vuestra ruptura con ella, tal como habéis hecho. No os hablaré ya más, mi querido ciudadano, tendréis tiempo para pensarlo durante todo el invierno, y siempre actuaréis bien, en tanto y cuanto no os guiéis por la pasión.

No os diré nada sobre la postura que tomáis de no venir a París. No creo que lo hagáis por indiferencia. Uniré mis ruegos a los de mi amigo para animaros a venir, si pensara que podríais hacerlo sin ningún inconveniente. Sabéis bien el placer que tendría en veros. Mi amistad hacia vos os responde de ello.

Me ocupo mucho de mi salud, mi querido ciudadano. Es muy importante para quienes se vinculan a mi corazón como para no dedicarle mis cuidados. Por ellos amo la vida y por

ellos quiero conservarla. En tanto existan para mí el amor y la amistad, embellecerán mis días y los harán queridos.

No me preguntéis cuál es mi vida: con indiferencia cumplo los deberes de la sociedad. Veo a mis dos amigas por mi propio gusto, voy a los espectáculos para divertirme y disiparme; pero mi ocupación más querida, la más continua, la preferida, es abandonarme a los sentimientos de mi corazón, meditarlos, alimentarlos, expresarlos a quienes me los dan. Esto es lo que conforma mi verdadera vida, y lo que me procura el placer de existir⁵⁹. De acuerdo con esta descripción, todos mis días son iguales, y vos podéis juzgar. He aquí lo que me ocupa: mis deberes, mi casa y mis hijos, cuyo cuidado me es tan querido.

Mi querido ciudadano, os animo a daros prisa con vuestras copias. No se trata de una persona que os urge por una obra de encargo, es una amiga que está urgida por disfrutar de una obra en la que encontrará mil cosas que fortificarán su alma, y que la harán mejor. Es un bien que me agrada deber a la amistad. Me habéis prometido la descripción de vuestras ilustraciones. Os ruego que me las enviéis, creo que se podrán añadir al interés de la obra. No me habéis dicho si habéis llegado a algún arreglo con vuestro librero.

Adiós, mi querido ciudadano, tengo muchas ganas de tener a *Julia*⁶⁰ que puede cultivar todo lo que en mí puede haber de bueno y que me animabais a conservar de un modo tan grato en vuestra penúltima carta. Releeré frecuentemente esta carta. Si no sirve de freno ante peligros que no existen para mí, al menos es una prueba agradable del interés que os tomáis por mí, animado por los más virtuosos sentimientos. También se añadirá, si ello fuera posible, al encanto de todos los sentimientos que están en mí, y cuyo corazón siente todo el placer y la felicidad.

59. Esta misma expresión será utilizada por Rousseau en su *Las enseñanzas del paseante solitario*.

60. *La nueva Eloísa* que inicialmente pensaba titular *Julia*. Con este último nombre la llamará en las cartas siguientes.

[587]

Rousseau a Elisabeth-Sophie Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

(5 de diciembre de 1757)

¡Qué sujeto está un corazón sensible a la injusticia, y qué grato es tener que reprochársela! Un triste presentimiento me hizo temer que recibiría vuestras noticias más tarde que de costumbre. Primero, me dije, ella me escribía dos o tres veces por semana, después una sola. Pronto sólo me escribirá cada quince días, al final ya no me escribirá más. Mientras que lamentándome hacía estos cálculos, recibí vuestra carta, no el lunes como de costumbre, sino el domingo, y no he tenido en mi vida una sorpresa tan agradable ni me he alegrado nunca tanto de haberme confundido. Mi querida amiga, no tengo más relación en este mundo que con vos. Sólo me quedáis vos; mientras esta situación prosiga, éste será el tiempo más feliz de toda mi vida.

Al fin estáis tranquila, disfrutad ahora para restableceros totalmente y alegrarme tanto por vuestra salud como lo estoy por vuestro corazón.

Me alegro por lo que me habéis dicho sobre el empleo de vuestro tiempo, y no esperaba un mejor uso. Permitidme preguntaros si aún veis alguna vez al hombre de confianza de Madame d'Épinay, pero no quiero que lo hagáis de mala gana. Sólo querría que tomarais, para vuestra propia tranquilidad, todas las precauciones que vuestra sinceridad no sabe emplear con las almas dobles y los falsos corazones. Mi deber es advertiroslo. El resto corre de vuestra cuenta.

Vuestras copias van adelante, aunque lentamente. Al apresurarme, veo que voy poco rápido y bastante mal. Me gustaría que, al menos, fueran correctas. Os enviaré cada parte a medida que esté hecha, pero desgraciadamente esto no será

muy pronto. Mientras tanto, encargaos del papel, con el fin de que no me quede corto. Algunas veces, para entretenerme, pienso en nuestros principios de moral y escribo algunas cosas sobre el papel. Así tengo el placer de ocuparme de vos durante todo el día⁶¹.

No he hecho nada con el librero. No tenía más dinero. No he querido confiarle mi manuscrito, tanto más cuanto que ha hecho algunas faenas aquí en Montmorency que no me hacen tener una buena opinión sobre él. Felizmente no tengo prisa, y doy esta obra al público con cierta resistencia. He aquí el proyecto de las ilustraciones. Al menos terminaré con el librero. Siempre me he encargado de la ejecución de las ilustraciones de mis escritos, con el fin de que estén mejor.

He pensado en un favor que me podríais hacer. Se trataría de consultar a M. de Lalive⁶² sobre un artista que quisiera realizar los dibujos con inteligencia y lo más barato posible. El librero ha hablado con M. Cochin, pero está muy ocupado. Pienso en M. Boucher, pero puede que ninguno de los dos quieran emprender estas bagatelas. Si consideráis conveniente consultad a M. de Lalive. Os ruego que le comprometáis a que guarde secreto sobre la obra y el autor, y que no le dejéis el prospecto adjunto, pues no tengo ninguna copia. Como sabéis, vuestro hermano no tiene fama de ser tan cuidadoso como bondadoso.

Me han dicho que ha aparecido una carta a M. Voltaire, y que se me atribuye. Os ruego que me indiquéis si habéis comunicado a alguien aquella que os envié. Es importante que pueda estar seguro de ello, con el fin de que si esta carta se publica y no ha salido de vuestras manos, sepa qué decisión puedo tomar. Habría sido malo haberla prestado, pero sería peor ocul-

61. Nueva referencia a las *Cartas morales*.

62. Se trata de Ange-Laurent Lalive, hermano de Madame d'Houdetot, pintor y grabador.

tármelo, pues al verme obligado a remontarme a la fuente os encontraríais comprometida a pesar de mí. Nunca se tienen grandes problemas con los amigos si se es sincero.

Adiós, mi querida amiga. Dadme siempre noticias de nuestro amigo y no me confundáis más en mi espera, pues el temor es enteramente baldío y sólo espero de vos una constante amistad.

M. Cahouet acaba de recibir respuesta de Madame d'Épinay, en la que indica lo que tiene que hacer con los muebles de l'Ermitage tan pronto como me haya ido. Vos misma podréis juzgar qué papel he hecho. Por lo demás vuestras dudas son naturales y dignas de vuestro buen corazón. Pero aunque conociera menos a la persona de la que he obtenido la información, ¿cómo ha llegado a saber cosas que eran ignoradas tanto por vos como por mí?, ¿cómo ha sabido circunstancias igualmente desconocidas por vos y por mí y que sólo Madame d'Épinay ha podido saber? Me parece que no hacen falta otras demostraciones.

[591]

Rousseau a Louise-Florence-Pétronille Lalive d'Épinay

Montmorency (17 de diciembre de 1757)

Madame:

Nada es tan simple y tan necesario como salir de vuestra casa cuando vos no aprobáis que permanezca en ella. Con respecto a vuestro rechazo en consentir que pase en l' Ermitage el resto del invierno, os diré que lo he abandonado el 15 de diciembre. Mi destino era vivir allí a pesar de mis amigos y a pesar de mí mismo, y mi destino ahora es abandonar ese lugar de la misma manera.

Os agradezco la estancia que me obligasteis a realizar, y os lo agradecería de corazón si lo hubiera pagado menos caro.

Por lo demás, tenéis razón en encontrarme desdichado. Nadie sabe mejor que vos cuánto debo serlo. Si es una desdicha confundirse en la elección de los amigos, no es menos cruel repetir ese error tan ingrato.

Vuestro jardinero está pagado hasta el primero de enero.

[592]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot.

Montmorency (17 de diciembre de 1757)⁶³

Al fin estoy libre. Puedo recobrar el carácter de franqueza y de independencia que me dio la Naturaleza. Si siempre lo hubiera conservado todo el mundo estaría satisfecho de mí y yo lo estaría más aún. Toda mi culpa reside en haber cedido a las demandas de una engañosa amistad. Pero no conocía la trampa que me tendía esta voz de sirena. Es verdad que podía no haber encontrado una amiga falsa y pérfida, pero siempre habría encontrado cadenas, y sólo habría podido ser un mal esclavo. Era justo que después de haberme dejado arrastrar, a pesar mío, a la casa de otro, tuviera la vergüenza de ser echado y la pena de salir en pleno invierno. No hablemos más de Madame d'Épinay. Desde que no dependo de ella, quiero olvidar todos sus engaños, y estoy preparado para soportar los insultos de sus amigos y de los míos por haberme comportado con la rectitud y sinceridad que me corresponden y haber actuado conforme a mí mismo. Si tuviera algún reproche que hacerme

63. En esta carta, después de la ruptura con sus amigos, Rousseau hablará el términos generales sobre la amistad, aunque se refiere a circunstancias concretas de su relación con Madame d'Épinay y Grimm especialmente. Finalmente quiere saber si cuenta con la única amiga que le queda: Madame d'Houdetot.

sería el de haber disimulado demasiado tiempo mi justa indignación, pero no me estimo ahora menos por un asunto en el que no me hubiera visto mezclado si el honor y la fe me fueran menos inviolables.

Querriáis que fuera a vivir en casa de mi amigo tranquilamente. ¿Por qué? ¿Por haber estado durante dieciocho meses alojado en casa de otro, debo pasar el resto de mis días de asilo en asilo, sin atreverme a vivir en mi casa? ¿No era necesario consumir una ruptura? ¿Lo he hecho? ¿Acaso no se me ha oído hablar de Madame d'Épinay siempre elogiosamente, pero no con esos elogios irónicos y amargos que ella hace de mí en Ginebra, sino con aquellos que nacen de la verdad que le hacen honor y de la justicia que quiero devolverle? He hablado de las incomodidades de la estancia en l' Ermitage durante el invierno, he hablado de una manera suficientemente natural para no sospechar otro motivo en mi retiro. He aquí lo que era mi deber. El resto no es asunto mío. Sabéis que había decidido, no por deber, sino para complaceros, hacer un viaje en la primavera para ocultar mejor mi retiro. Pero al no consentir Madame d'Épinay que me quedara en su casa, ¿debía permanecer en ella a pesar de todo? ¿Retirarme a casa de mi amigo!⁶⁴. Sería necesario que desaparecieran todas mis cosas o llevarlas a su casa. Conocéis demasiado bien mi situación, la suya, el humor de su mujer, como para estar segura de que esto pueda ser practicable. ¿O es que el deber era de una importancia tal a la que debía ceder toda otra consideración? Sobre esto tengo aún una palabra que deciros. Todos los que he amado saben que no les olvido en sus adversidades; me está permitido, creo, tener un poco menos de cuidado en las mías. No hay que temer importunar a los amigos cuando sufren, pero cuando uno mismo sufre, y lo saben, hay que ser más discreto.

Os considero un hombre honesto puesto que os incluyo entre mis amigos. Madame, sea cual sea el valor que doy a vuestra amistad, pongo por delante la virtud. Me fue querida antes que

64. Probablemente se refiere a Diderot.

vos, y este amor no es el fruto de los sentimientos con los que me honráis, sino que los hizo nacer. Pueden durar tanto como su causa. Me prometéis quererme en tanto me creáis estimable: es una condición sobrentendida en la amistad entre la gente honrada, pero que raramente se expresa sin un motivo particular. Este motivo, ¿estará en la diferencia que vos suponéis entre nuestros principios? Sería muy extraño, pues me parece que la honradez no admite dos clases. Sólo las consecuencias pueden plegarse a la diversidad de los caracteres. Sean cuales sean, he aquí cuáles son los míos sobre el asunto que se trata.

El amor a uno mismo, como la amistad que de ahí nace, no tienen más ley que el sentimiento que le inspira. Se hace todo por un amigo como se hace por uno mismo, no por deber sino por placer. Todos los favores que se le hacen lo son también para uno mismo, y el reconocimiento que provocan los que se reciben es testimonio de que su corazón responde al nuestro. Madame, esto es lo que conviene a la amistad.

Por lo que a mí respecta, confieso que tengo opiniones poco comunes. Devorado por la necesidad de amar y de ser amado, y poco sensible para todas las otras necesidades, no quiero que mis amigos se atormenten más que yo por mi pobreza, sino que me quieran tal como soy. No quiero que traduzcan su relación conmigo en un trato obsequioso, sino en sentimientos. Quiero que muestren su amistad con auténticos signos. Ésta es la razón por la cual de todos los testimonios de la amistad lo que menos aprecio son los favores, pues todo hombre honrado es capaz de hacerlos por quien siente indiferencia, y el mérito está en hacerlos por humanidad. Por este motivo, hago poco caso de todos los favores que se derivan del bolsillo y que se devuelven con dinero, sobre todo cuando son públicos. Pues de todos los sacrificios, el dinero es el que cuesta menos dar y más recibir. Así, entre dos amigos, el que da está obligado a aquel que recibe. Sin amistad, mil perspectivas sospechosas pueden envenenar la pureza del favor: la vanidad, la ostentación, el interés por adquirir un esclavo con poco gasto, y pro-

vocar con pequeños favores una gran deuda. Todo esto puede jugar su papel en esa aparente generosidad.

¿No se trata acaso de ofrecer el dinero a la mano de un hombre que no se preocupa por él, y tiene más interés por una hora de su tiempo y de su libertad que en todos los tesoros del mundo? ¿No se trata de ofrecer despreciables dádivas que le molestan, aceptando un precio que ignora y que sólo conoce cuando no puede negarse, como los desdichados que se encuentran embarcados después de haber recibido su compromiso como un regalo?

Amistad: ¡son éstos tus testimonios! ¡No hay otros más sensibles y gratos, menos equívocos y que no son imitados por vanidad! Amigo mío, seas quien seas, si hay en el mundo un corazón hecho para ser y sentir todo lo que me puede inspirar, aparta todos esos favores y quiéreme. No me construyas una casa en tus tierras para no venir a verme, diciéndote: estoy seguro de él y no tengo que cultivar su amistad. Constrúyeme una casa en el fondo de tu corazón. Ahí residiré, ahí viviré toda mi vida, sin estar más tentado en salir que tú en echarme. Búscame siempre y déjate buscar, que pueda leer en tus ojos la alegría que sientes al verme, que paseemos frecuentemente cuando el sol se pone, después de haber pasado un día con inocencia y sencillez. Consuélame en mis penas, vierte las tuyas en mi seno, con el fin de que hasta nuestros mismos dolores sean para nosotros una fuente de placer y que nuestra vida común sea un tejido de favores recíprocos y verdaderos signos de amistad. ¿Qué tiene que ver con todo esto la diferencia de rango y de fortuna, si no es convertir en más queridos a dos amigos que se olvidan recíprocamente de su riqueza y su pobreza? En su amistad no cuentan los favores sino los sentimientos, y aquel de los dos que más ha querido al otro es el verdadero benefactor. Pero, diréis: cuando se es tan poco sensible a los favores, ¿por qué sufrir si nos los hacen? Sin duda no hay que recibirlos si se quiere permanecer libre. Pero ¿dónde está el corazón sensible que no es nunca débil y puede siempre resistir las impertinencias de un amigo enfadado? Cuando se han declarado los sentimientos a todo el mundo, como siem-

pre he hecho, y especialmente a Madame d'Épinay, cuando se ha rechazado, abierta y francamente, esa moral mercenaria que multiplica los deberes de un reconocimiento interesado para granjearse nuevos benefactores, si todos aquellos que nos son queridos y que no quieren deshonrarnos nos presentan un regalo aceptado como un deber hacia un hombre honrado que se entristecería por un rechazo, creo, entonces, que la misma honestidad nos lleva a consentir. ¿A quién cederá alguna vez el amor propio sino es a la tierna amistad? Ésta es la situación en la que estuve, hace algún tiempo, con M. d'Holbach. Se me obligó a recibir de él el producto de un libro cuya fortuna no le permitía prevalerse, y que sólo hubiera aprovechado su librería. Este favor no fue el de un amigo hacia otro amigo, sino el de un acomodado hombre honesto a un indigente hombre honesto. Hizo favores semejantes a personas que apenas conocía, fue, por tanto, un favor hecho a la humanidad, y es, por ello, la humanidad quien debe devolverlo.

¿Pensáis que a mí me ata un favor similar? No se trata de halagar a M. d'Holbach, sino de imitar su conducta y devolver a otros, a expensas de lo que me es necesario, lo que ha hecho por mí a expensas de lo que le era superfluo. Vos, a quien alguna vez me atreví a llamar mi amiga, perdonad esta confesión que la justicia y la verdad arrancan a un hombre envilecido. No hago la corte al rico, pero no me olvido de los pobres, mi puerta no ha estado nunca cerrada a los desdichados, han venido a implorar mi crédito, mis cuidados, mi bolsa o mis consejos desdichados de todas clases. Ninguno se fue enfadado. De este modo me ocupo en realizar el bien que constituye el vínculo de la sociedad. En tanto que la calumnia no me prive de mis amigos, consentiré en ser tratado como ingrato, sin murmurar, pero trataré de ser hombre de bien en secreto. Sé que hay favores que buscan un reconocimiento directo, y nunca un corazón se abandonó más vivamente a él que el mío. Pero ¿por qué motivo unos favores que no me son queridos van a exigir de mí el mismo reconocimiento que siento por los que me son queridos?

¿Pagaré con los mismos sentimientos el ahorro oneroso de dos años de alquiler y los sanos consejos que me devuelven a los brazos de mi amigo? Me confundo: así se me quiso devolver a un amigo⁶⁵. ¡Un amigo! ¡El muy pérfido! Sólo esperaba que volviera mi confianza para extremar su ingratitud y enredos. No hablemos más. Me han perdido. Perderán también a otros que no desconfían, y será la marca más notoria de su furor contra mí.

Aunque aquí no sea cuestión de saber si aquel que me sirve a su manera y no a la mía tiene en perspectiva mi interés o el suyo, ni hasta qué punto debo considerarme comprometido en tal caso, he creído que os tenía que exponer mis principios sobre esta cuestión con el fin de que pudierais conocer sobre qué se funda la diferencia de mis máximas con la de esta multitud de ingratos que predicán, por un vil interés, la recompensa del avaro y no conocen la del hombre sensible.

En cuanto a mí, sólo soy sensible a los favores que tienen el verdadero carácter de la amistad, y a quien me presta los servicios que me son queridos. Soy el más agradecido de los hombres, pero mi corazón será siempre tan libre como antes, por mucho que se me quiera encadenar con millones. ¿Por qué tendría yo que devolver aquello que no me produce el mínimo placer? Yo no sé si estas máximas son las de la ingratitud, pero seguramente no son las de la avidez y me honro de tener un corazón que no está en venta.

Sé que la amistad que ya no existe aún tiene sus derechos. Pero ¿cómo termina una verdadera amistad? Cuando se ha tenido la desdicha de confundirse en la elección, es una nueva desdicha recaer en un error tan ingrato. Cuando se encuentran calumniadores y traidores en aquellos que se creía que eran amigos, ¿qué sentimientos se les puede rendir? Cuando sólo se encontraran malvados con respecto a los demás, ¿sabe el malvado amar algo y puede ser amable con la gente de bien? ¿Cómo mantendré yo unos vínculos que encuentro ya rotos? ¿Cómo amaré aún aquello que no puedo estimar? ¿Qué podría

65. Grimm.

hacer para yo para satisfacer las normas de comportamiento? ¿Fingiría aún unos sentimientos que ya no tengo? ¿Sería falso para ser un hombre honesto y sacrificaría la franqueza a las conveniencias? No, señora, no. Sé que en el mundo se han establecido reglas en lugar de sentimientos, pero los míos son tales como deben ser, y no tienen necesidad de disimular. Ya no sé dar signos de vinculación y de estima a gentes que no quiero y a las que desprecio; y si les debo el reconocimiento, estoy listo para hacer todo por ellos salvo seguir siendo deudor y darles testimonio de una amistad que desmiente mi corazón. No deja de haber grandes diferencias en la conducta que me impongo con respecto a ellos y la que debo tener con el resto del mundo; pues la confianza, las confidencias, y todo lo que el comercio de la intimidad me ha podido mostrar de los defectos y de los vicios de mi amigo, deben estar tan eternamente ocultos como los secretos que ha podido confiarme, incluso después de que nuestras relaciones se rompieran. Incluso en ese caso, no debo tomar armas para defenderme si vienen a calumniarme. Es un deber desenmascarar y perseguir a los malvados por todas partes, pero ya no tengo ese derecho con respecto al malvado que tuve la desdicha de amar sin conocer. La razón de esto es que se destruiría todo el encanto de la amistad si se pudiera temer que alguna vez se pudiera convertir en perjudicial. ¿Cómo podría servir el sentimiento más dulce del mundo como instrumento del odio? No mojes tu cuchillo en la leche, decía Pitágoras⁶⁶, y me parece que este precepto misterioso debe aplicarse a las amistades rotas. ¿Qué alma honesta y sensible podría adoptar la horrible máxima de vivir entre amigos como entre enemigos un día? Por el contrario, cuando se han convertido en enemigos deben recordar siempre su antigua amistad, y esto es suficiente para dispensar a los amigos de esa horrible prudencia que lleva a la desconfianza y a la reserva en el seno de la intimidad.

66. No se ha encontrado esta máxima entre los aforismos atribuidos a Pitágoras.

Madame, no sé si comprendéis algo de toda esta palabrería. Yo la acabo de releer y no comprendo nada. Se me va la cabeza, mi alma y mi razón están al límite, y me siento incapaz de volver a empezar. Excusad mi desorden, no he aprendido a hacer mi propia apología y no preví que un día tendría necesidad de ello.

Vuelvo a vuestra carta en la que fundáis la estima que parece que aún me dejáis sobre lo que soy con respecto a *vuestros amigos*. No, señora, no debo serlo de *vuestros amigos*, sino *vuestro amigo*. Desde que vos misma me ofrecisteis ese título, creo que lo he merecido suficientemente como para no perderlo jamás ya. Debo ceder el primer lugar a aquel que os es querido⁶⁷, me habéis prevenido y consentí. Pero exceptuado él, el segundo después de cualquiera es indigno de mi corazón y lo rechazo. Me es imposible olvidar la estima que me debéis y la vinculación que me habéis prometido. Tengo el alma demasiado sensible y soy demasiado desdichado como para no ser arrogante. No es una gracia lo que os pido, es justicia, y si me la rechazáis, ¿qué es lo que puedo esperar en el mundo?

Hablemos sin rodeos: mi amistad se os ha convertido en gravosa y me doy cuenta de ello. Me imagino también la causa, y mis funestos presentimientos se han verificado demasiado.

Sabía, y os lo dije, la suerte que me esperaba al obedecer vuestras órdenes, estaba seguro que devolviéndoos un amigo⁶⁸ tan poco digno de este nombre, ese amigo tan reconocido se portaría con vos como con todo el mundo, y se guiaría quitándome todos los que yo le he proporcionado, es decir, todos los suyos, que antes fueron todos los míos. En fin, está contento y ya no tengo más que decir. Si hubiera gastado cien francos por él, sería un ingrato; pero le di bienes de un precio inestimable, y compartía con él todo lo que era la alegría de mi vida.

67. Saint-Lambert.

68. Se refiere a Grimm.

Para recompensarme me ha quitado todo, me ha reducido a la desesperación y se considera que es un gran hombre honesto. ¡Gentes del mundo!, ¡dignos estimadores de las virtudes, de los vicios, del reconocimiento y de la amistad, si aquí está vuestra gente honesta, merecéis amigos semejantes!

Volvamos a vos, Madame: después de haberos hablado de él en una de mis cartas⁶⁹, concluía de vuestros silencios lo que debía de esperar. El tono de vuestra última carta⁷⁰ lo ha confirmado perfectamente. Por tanto, no empleéis más conmigo las apariencias y procedimientos que yo no empleo con nadie. No hiléis una ruptura insensible, sino hacedla sin rodeos, de un modo digno de vuestra franqueza y de la estima que me debéis. Debéis conocer mi corazón mejor que nadie, os acabo de exponer mis principios. Además, creo que no ignoráis que mi vinculación con vos es independiente de todo regreso por vuestra parte, y que me es igualmente imposible odiaros y olvidaros, sea como sea el modo en que os comportéis conmigo. Al menos, devolvedme la suficiente justicia como para creer que sabría soportar mis males y vuestra indiferencia con el mismo corazón que supo gustar su felicidad y vuestra amistad. Soffá, ya no os digo más. Puedo perder esa amistad que fue tan querida, pero no por ello dejaría de ser digno de ella.

Considerad cuántas circunstancias os invitan a libraros de los restos de una importuna relación. Solitario y relegado en mi retiro, sólo os tengo a vos en el mundo. Abandonándome como los demás, sólo imitaréis a gente honesta que quiero y que honro, aunque me hayan abandonado. Propagados mis enemigos, hábiles y menos delicados que yo, sabrán hacer buena su causa a mis expensas. Yo, solo, alejado, sin correspondencia, sin otro defensor que la verdad oculta, permaneceré expuesto al insulto universal sin saberlo ni preocuparme. No sois de aquellos que permiten que se ultraje a sus amigos en

69. Carta núm. 586.

70. Carta núm. 590.

su presencia. ¿Por qué ganáros enemigos tomando sola mi defensa? ¿Os expondrías, sin beneficio alguno, a compartir el insulto en lugar de librarme de él? Al esforzaros en justificarme, ¿no daríais una nueva presa a la calumnia y una sentencia favorable a mis enemigos?

Unid a todo esto que mis desgracias me han convertido en más difícil y orgulloso. No quiero un amigo que se oculte o que sea generoso a medias. Quiero que mi amistad honre aunque todo el mundo la desprecie, y encuentro más honesto romper totalmente conmigo que mantener una amistad tibia. Sobre todo pido la estima que me es debida. El tiempo de mi adversidad no es el momento para poner condiciones a la amistad que se me testimonia. Sean cuales sean las circunstancias en las que me puedo encontrar, un amigo no debe suponer que yo pueda dejar jamás de merecer su estima. En una palabra, creo que los deberes de la amistad aumentan con el peligro de colmarlos. En cuanto a mí, así es como quiero a los demás y quien no tenga el valor de quererme de la misma manera debe renunciar a mí. Tendrá menos problemas y me quejaré menos de él.

Para estar en el estado en el que me encuentro es bueno para mí que todos mis amigos me abandonen de esta forma. Por ellos sólo vivía, y sintiéndome tan próximo a abandonar la vida, ¿acaso no es ahora el tiempo de renunciar a todo aquello que me la hacía querida?

Me imagino que puede costar a vuestro buen corazón declarar al amigo que habíais buscado, que ha perdido ese título. He encontrado el modo de hacerlo. Guardad silencio como toda respuesta. Entenderé ese lenguaje y ya no os molestaré más. Si en contra de mis consejos, vuestra amistad se obstina contra mi infortunio, la primera carta que me vendrá de vos me anunciará mi felicidad, incluso antes de abrirla, y después de tantos tormentos y angustias, al ver vuestra escritura, al menos tendré un momento de pura alegría en mi vida.

Adiós, Sofía. Adiós mi querida y digna amiga. Despedidme de vuestro amigo. No olvidaré jamás que me enseñasteis los

dos a estimarme y a concederme todo mi valor. Espero que podáis disfrutar siempre de los encantos que hallé en vuestra amistad y que encontréis en vuestra vinculación corazones más verdaderos, más rectos, más sensibles, más amigos de la virtud o, al menos más felices que el mío.

[593]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

París (martes 20 de diciembre de 1757)

No soy yo quien quiere cambiar la amistad por aquellos que aprecio y de los no me tengo que quejar. Tampoco soy yo a quien se persuade para abandonar a un amigo desdichado; por tanto, no es a mí a quien se dirigen las inquietudes y los reproches ofensivos que están en vuestra carta⁷¹. Si no diferimos de nuestros principios, que son los mismos para cualquier persona honrada, sí diferimos en cambio en su interpretación. Por este motivo, mi querido ciudadano, suprimiré mis consejos, pues debéis conocer mejor que yo vuestros deberes. Así ya no tendré nada que deciros sobre vuestra conducta.

Vuestra carta me hace conocer que el fondo de vuestro corazón es tan bueno como siempre he creído, aunque vea algunos errores en la aplicación de vuestros principios. Me gusta la franqueza con la que os explicáis conmigo y debo responder a ella.

Conocéis hasta qué punto mi corazón está ocupado. Os he prometido una amistad que siempre tendré por vos, y que puede existir aún en un alma que está tan llena como la mía. No me veréis nunca desmentirme. Sabéis cómo es mi vida:

71. Se refiere a la carta anterior que le escribió Rousseau (núm. 592).

paso casi todo el día escribiendo, y esta ocupación, que es mi único consuelo, es lo único que me devuelve lo que la ausencia me hace perder. Además, lo que mis deberes me exigen y lo que mis inclinaciones me piden me ocupan y me fatigan demasiado como para tener tiempo para otros escritos. Os conozco y sé que atribuiríais a la indiferencia o al olvido lo que tiene otra causa diferente. Os explico con toda libertad lo que puede provocar que mis cartas sean menos frecuentes o más cortas. Mis sentimientos siempre serán los mismos, no pueden variar incesantemente, y pueden transcurrir mil siglos que siempre estarán igual. La sinceridad y la firmeza conforman mi carácter. No me veréis desmentirme. Necesitaría pruebas de vuestra amistad y yo os daré las mías, pero no seáis injusto ni os inquietéis cuando esas pruebas sean menos frecuentes de lo que desea un amigo solitario que sólo tiene una amistad. Estad seguro que lo único que sufriréis de mí son los inconvenientes que se derivan de un alma preocupada por una sola persona, que sin duda no es capaz de todas las atenciones que podríais pedir a la amistad.

Me he cansado de responderos. No debía dejaros con las sospechas que habíais concebido, aunque bien mereceríais ser castigado.

Os prevengo de los únicos inconvenientes que tendréis con mi amistad. Si os conviene a ese precio, podéis estar seguro de ella para siempre. Veo muy poco al hombre al que acusáis. No ha querido perjudicaros cerca de mí. Me insultáis al pensar que puedo dejarme indisponer contra la amistad.

Adiós, mi querido ciudadano. He visto a mi hermano y le he hablado de vuestras ilustraciones. Cree que resultarán caras, y tiene que hablar con un pintor todavía, pero considera, al igual que yo, que la dificultad mayor estará en el poco espacio que le dais. Cuando haya hablado con su pintor, os diré su respuesta. No me enviáis el modelo de papel que queréis para vuestras copias. Enviádmelo con el tiempo suficiente para que no os falte y dadme noticias vuestras que sabéis que me interesan.

Os he dicho, mi querido ciudadano, todo lo que podáis temer de mí. No me injuriéis más, no dudéis de mi amistad tal como os la puedo ofrecer, y estad seguro que un alma honesta y sensible como la vuestra, incluso con sus defectos, no verá cambiar los sentimientos que merece. Serán tan invariables como aquellos que conocéis por quien amo.

A M. Rousseau, en Montmorency, cerca de París.

[595]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

Montmorency (26 de diciembre de 1757)

Vuestra carta⁷² me ha devuelto la vida, y debería haberlo esperado de vuestro buen corazón. No podáis escoger mal en esta ocasión. Quizá hubiera habido más franqueza en tomar la postura que os pedía, pero hay más generosidad en la que habéis tomado. Sin engañarme sobre la disminución de vuestra amistad hacia mí, acepto lo que vos queréis o podéis dejarme, con el consuelo de no haber merecido perder el resto. Pues a pesar de lo que decís de mis faltas, espero que hayáis encontrado y que encontréis siempre en mí un corazón recto e irreprochable, que no es indigno de obtener los sentimientos que da, y cuyo mayor error es no poder ni querer disfrazarse con nadie. Con respecto a lo que encontráis que debe reconsiderarse en mis principios, como no habéis sido explícita, no tengo nada que responder. Pero todas las veces que queráis entrar en esa discusión me prestaré a ello con gusto. Por lo demás, os pido para vuestro amigo la explicación que os he pedido a vos. Los dos conocéis mis principios, son siempre de los que he he-

72. Se refiere a la carta núm. 593.

cho y haré profesión, porque sin ellos me sería imposible ser honesto. Que el público piense lo que quiera, poco me importa. Me preocupa poco que el público me estime o no, en cambio no conozco amistad sin estima, y desde el momento en que se sufre un desengaño, creer tener un amigo que no se tiene es el tormento más cruel. Por tanto, quiero saber si Saint-Lambert es mi amigo o no⁷³. Pido una respuesta clara y precisa. No os pido que respondáis en su nombre, sino que le preguntéis y me digáis lo que os haya dicho.

Ignoro cómo se puede recuperar la salud perdida, pero sé cómo se conserva: con sobriedad y regularidad. El alma y el cuerpo se mantienen sanos por los mismos principios, y dominando las fantasías se aprende a vencer las pasiones. Viendo que vuestro estómago estaba tan deteriorado, os creí enferma para el resto de vuestra vida. Gracias al cielo me confundí, y estáis restablecida. Aprended a conservaros, pensad que la constitución que se forma a vuestra edad es la que se conserva hasta la muerte, y pensad, sobre todo, que la moral es la verdadera medicina para la gente con salud.

Veo que no podré tener mis ilustraciones⁷⁴, pues son difíciles de lograr y costarán muy caras. Mi librero sólo estaría de acuerdo si la ejecución fuera fácil y a buen precio. Por lo que se refiere al resto de los detalles en los que he entrado, no son para contarlos en una carta. No es lo que el dibujante debe entregar, sino lo que debe saber con el fin de adaptar su obra tanto como sea posible. Todo lo que he escrito debe estar en su cabeza con el fin de recoger en una ilustración todo lo que puede tener lugar y no poner nada contrario. En el fondo, esas planchas no estarán más recargadas que todas las planchas de todos los libros del mundo. Puede que fuera necesario, para esa especie de dibujos, contar con dibujantes que tuvieran experiencia, más que con pintores.

73. Después de su ruptura con Diderot, Grimm, y Madame d'Épinay, Rousseau quiere saber los amigos con los que cuenta.

74. Se refiere a las ilustraciones de su libro *Julia*, que posteriormente titulará *La nueva Eloísa*.

Fue Pedro quien hizo el dibujo de la plancha que está al comienzo de mi primer Discurso, y está muy mal. Incluso observaréis que esta última ilustración está tan recargada y exige tanta explicación como ninguna de las de *Julia*. Sin embargo, no debería quejarme de la ejecución, aunque esté muy lejos de la idea que había dado en el prospecto. Por lo demás, como todavía no se va a editar la obra, realmente no corre prisa.

Si mis descripciones os han divertido, ya he obtenido todo lo que deseaba al enviáoslas. Os ruego que hagáis llegar mis agradecimientos a M. de Lalive. Con respecto a vos, debo deciros que podríais pasar toda vuestra vida en hacerme unos servicios semejantes o más importantes, sin que pensara en agradeceroslo. Estoy lleno de agradecimiento, pero por unos favores de otra clase.

He ahí una hoja de vuestro papel. Mañana comenzaré vuestras copias y ya no las abandonaré. Hasta ahora he ocupado mi tiempo en ordenar mis cosas en mi pequeño retiro. Es menos bonito que el otro, pero como lo pago, es mío, y realmente ya no soy suficientemente rico como para ser alojado gratuitamente.

Adiós, mi querida y única amiga. Por mucho que dejéis de llamarme vuestro amigo, no dejaré de serlo siempre.

[598]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

París (30 de diciembre de 1757)

Mi querido ciudadano:

He recibido vuestra carta del 26⁷⁵, y aún sois injusto conmigo, pero ya no me preocupo, porque el tiempo será quien

pruebe vuestra injusticia y la invariabilidad de mis sentimientos. No os preocupéis tampoco de lo que os dije sobre la diferencia de opiniones. Diferimos más en la aplicación de los principios que en esos mismos principios. En cuanto a mí, mi querido ciudadano, nunca me resignaré a considerar los favores de la amistad como cadenas y el reconocimiento siempre será grato para mi corazón. Nunca me consideraría esclava, aunque me reconociera deudora de amistad. En ese caso, no me dolería sacrificarle algo de mi libertad. Lo que a vos os parece una cosa baja y una dura esclavitud, sólo sería para mí un acto agradable de reconocimiento. Aunque piense como vos que aquel que da está obligado a aquel que recibe, pienso también que aquel que ha recibido algún favor, está comprometido a un reconocimiento que debe parecerle grato. Aquel que da no debe nunca exigirlo, pero aquel que recibe no debe nunca dispensarse de ello.

Mi querido ciudadano, os deseo más tranquilidad para este año, si es posible, y que podáis estar siempre contento por vuestro corazón y por el de vuestros amigos. Mi amigo y yo pensaremos siempre lo mismo sobre vos, no lo dudéis. No le pediré la explicación de la que me habláis. Es pueril e innecesaria. Consultad lo que sabéis de él y lo que habéis visto. Vos veréis que no tenéis necesidad de nada más para responderos.

Adiós, mi querido ciudadano. Os haré llegar papel en esta misma semana. Os animo a dedicar a vuestras copias cierta asiduidad, sabéis la prisa que tengo de disfrutarlas.

Continúo estando bastante bien, dentro de lo que cabe, y espero que esto prosiga.

A Monsieur Rousseau, en Montmorency, cerca de París.

[601]

*Rousseau a Sophie*⁷⁶

(A primeros de enero? de 1758)

Comienzo una correspondencia que no tiene ejemplo⁷⁷ y que nunca será imitada, pero al no tener ya nada que decir vuestro corazón al mío, prefiero realizar yo solo los gastos de un comercio que no será gravoso para vos, y donde sólo tendríais que poner las palabras. Es un engaño despreciable sustituir los sentimientos por los procedimientos y ser sólo honesto en apariencia. Cualquiera que tenga el valor de parecer siempre lo que es, se convertirá, tarde o temprano, en lo que debe ser; en cambio no hay nada que esperar de aquellas personas que sólo alardean de su carácter. Si os perdono por no sentir ya amistad por mí es porque ya no la manifestáis.

Os amo mil veces más así que con esas cartas frías que quieren ser obsequiosas y muestran, a pesar vuestro, que soñabais en otra cosa al escribirlas.

76. Sophie era uno de los nombres de Madame d'Houdetot. Este hecho, y el tono general de la carta, llevó a considerar que el escrito estaba dirigido a ella (Musset-Pathay). M. Petitain también defendió esta interpretación, llegando incluso a completar el nombre que figura en el encabezamiento de la carta, criterio que también sigue R. A. Leigh. (Cfr. *Oeuvres complètes de J.-J. Rousseau*, V. D. Musset-Pathay, vol. 19, *Correspondance*, t. II, 1758, Paris, librero-editor P. Dupont, 1824, p. 36.) La copia que se conserva está fechada por el propio Rousseau el 13 de julio de 1758. Sin embargo, R. A. Leigh, de acuerdo con E. Ritter y Guillemin cree que la carta nunca llegó a ser enviada y prefiere fecharla a comienzos del mes de enero.

77. Este comienzo recuerda al de las *Confesiones*: «Inicio un proyecto que no tuvo nunca ejemplo, y cuya realización no tendrá imitador». Parece referirse a sus *Cartas morales*.

¡Sinceridad, Sofía! Sólo ella eleva el alma y sostiene, por la estima de sí misma, el derecho a la de los demás.

Mi proyecto no es aburrirlos con largas y frecuentes cartas. Ni siquiera espero que leáis todas las que os escribo, pero al menos tendré el placer de escribirlas, y puede que sea bueno para vos y para mí que hagáis el favor de recibirlas.

Creo en vuestra bondad natural, y precisamente por ello estoy vinculado todavía a vos, pero os ha debido endurecer una gran fortuna sin adversidades. Habéis conocido muy poco los males y ahora no sois especialmente sensible a los de los demás.

Así, los sentimientos de piedad os son aún desconocidos. No habiendo sabido compartir las penas de los demás, vos misma estaréis menos preparada para soportarlas cuando, en alguna ocasión, os lleguen. Siempre es de temer que nos vengan, pues sabéis que incluso la fortuna no siempre se puede garantizar, y cuando en medio de sus favores nos atacan, ¿qué recursos le quedan para curarlas?

*Non fidarti della sorte,
Ancor a me già fù grata,
E tu ancor abandonata
Sospitar potresti un dì⁷⁸.*

¡Quiera el cielo confundir mi previsión! En ese caso, mis cuidados sólo hubieran sido inútiles, pero no habría mal alguno en haberlos tomado. Si alguna vez vuestro corazón afligido se siente necesitado de una ayuda que no encontrará en sí mismo, si quizá algún día otros modos de pensar os hacen disgustaros de los que os habían podido hacer feliz, entonces, si es que aún vivo, volved a mí. Sabréis qué amigo despreciásteis. Si no vivo ya, releed mis cartas. Quizá el recuerdo de mi relación atenúe vuestras penas, quizá encontréis en mis máximas consuelos que no imagináis hoy.

78. Estos versos probablemente procedían de un *aria* o de un libreto de *opera*, que no es citado correctamente por Rousseau, pues debería escribir *anco* en lugar de *ancor*, y *non grata* en vez de *grata*.

je ne me souviendrois plus aujourd'hui. Mais quand mon cœur gonfle, d'unis trouvois des consolations près de vous; quand vous me renvoyiez dans le sein de mon ami; quand vous me parliez avec ~~tant de~~ plaisir de votre dans d'aimables promenades; quand je m'en trouvois plus heurieux d'être homme de bien pour mériter votre estime; quand indignement outragé et abandonné pour ne vouloir pas être le Valet d'une femme méprisables, vous seule en dernier lieu souteniez mon courage abattu; c'étoient là des bienfaits précieux qui me rendoient la vie douce et délicieuse. Ah! vous n'étiez pas Comtesse, alors; et vous me sembliez, malgré vos faiblesses, un Ange du Ciel qui venoit ranimer en moi la constance et la vertu. Que vous avez changé! Mais ce cœur qui les ames baises se venales osent traiter d'ingrats ne change point. S'il doit oublier qui le méprise, il fait toujours estimer et honorer le mérite il ne perd point le tendre souvenir des bienfaits reçus. Enfin, quoique je sois résolu de ne jamais chercher à revoir, la seule reconnaissance est encore un sentiment si doux, que si je vous revoie jamais ce ne sera point sans plaisir.

Voilà ce qu'il falloit d'abord que vous fussiez; Venons maintenant à ce que j'avois à vous dire, en commençant.

Je vois manifestement, ^{par vos lettres} quelque chose à laquelle vous

[602]

*Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde,
condesa d'Houdetot*

(5 de enero de 1758)

Señora:

Proseguía con vuestras copias, cuando me ha detenido una reflexión que es menester que os comunique.

Comenzaré por deciros que no se me ha escapado el estilo equívoco y confuso de vuestras últimas cartas. He hecho todo lo posible para daros ocasión de explicaros. Os he pedido aclaraciones⁷⁹ y os he rogado que las pidierais a vuestro amigo⁸⁰. Habéis eludido todo. La franqueza de la gente de mundo consiste en decir lo que se piensa con precaución, reservas, educación, doble sentido y medias palabras.

Mi pueril franqueza, como vos misma la llamáis, es interpretar todo esto en mi burdo lenguaje, y responder sin rodeos a lo que se me quiere hacer entender. Ya que en lugar de honraros con mi amistad, os avergonzáis de ella, la retiro para no haceros enrojecer por más tiempo. Sin embargo, despreciadme si queréis, ya no me ofenderé más. Os declaro que desde este momento ya no veré en vos más que a una condesa, y en él, con todo su talento, sólo a un marqués. Con todo ello, soy más condescendiente de lo que pensáis.

No es que haya olvidado lo que os debo, ni los favores que he recibido de vos. Esos favores no consisten en oro ni en dinero. Dificilmente os lo habría devuelto y ya no lo recordaría hoy. En cambio, cuando mi corazón repleto de preocupaciones encontraba consuelo cerca de vos, cuando me devolvíais al seno de

79. Carta núm. 592.

80. Carta núm. 595.

vuestro amigo, cuando me hablabais con tanto placer de él a lo largo de agradables paseos, cuando me sentía feliz por ser un hombre de bien para merecer vuestra estima; cuando injuriado y abandonado por no consentir en convertirme en el criado de una dama despreciable⁸¹, sólo vos manteníais mi valor abatido, estos bienes preciosos me hacían la vida agradable. Entonces no os comportabais como una condesa, y me parecíais que erais, a pesar de vuestras debilidades, un ángel del cielo que venía a reanimar en mí la constancia y la virtud. ¡Cómo habéis cambiado! Por el contrario, el corazón que algunas almas bajas y venales tratan como a un ingrato no ha cambiado en absoluto. Si debe olvidar quién le desprecia, sabe siempre estimar y honrar el mérito y no pierde el grato recuerdo de los favores recibidos. En fin, aunque esté decidido a no veros jamás, el reconocimiento es un sentimiento tan grato, que si alguna vez os vuelvo a ver siempre será con placer. Esto es lo que debíais saber primero. Volvamos ahora a lo que os tenía que decir al comienzo.

Veo claramente por vuestras cartas que la única cosa a la que concedéis importancia es al dinero. Sólo admitís como favores dignos de reconocimiento aquellos que son hechos por este medio, o al menos, no concedéis que ninguno sea comparable a aquél. A vuestro juicio, el rico es el único dispensador de favores, y estamos privados, nosotros los pobres, del placer de ejercer el más grato acto de humanidad.

Por el contrario, yo, que separo las propiedades de la persona, sólo veo que aquel que da mucho dinero, nada da de lo suyo. En cambio, aquel que da su tiempo, su libertad, sus sentimientos, sus talentos, sus cuidados, se entrega verdaderamente a sí mismo, y todo lo que constituye su ser, su suerte y su vida. Por decirlo de algún modo, extrae de su propia sustancia todo el bien que hace al otro. Para razonar consecuentemente, vos no debéis considerar, por ejemplo, que un animal como el pelícano sea un buen padre, ya que sólo alimenta a sus hijos

81. Se refiere al suceso con Madame d'Épinay.

con su sangre, mientras que otros pájaros alimentan a sus pequeños con aquello que recogen.

A mi juicio, en un intercambio de favores, cuando uno de los dos da todo el oro del universo, y el otro sólo da una hora de su vida, el primero es el que no da nada suyo.

Madame, apliquemos nuestros principios a las copias que hago para vos. Veo que sólo hay un modo de ponernos de acuerdo sobre el precio que les daremos: que no reciba ningún pago por ello, pues entonces os debería algo muy grato, que es haber empleado mi tiempo en serviros. Pero tan pronto como me queráis pagar, comparando lo que se recibe con lo que se da, y dándome dinero por mi tiempo, pretenderíais que estuviéramos en paz, mientras que yo pretendería lo contrario. Puedo ganar el dinero que me podéis dar de otras mil maneras, pero hagáis lo que hagáis, es imposible que me devolváis alguna de las horas que he empleado en vos. Así, Madame, viendo que no nos podemos poner de acuerdo en nada sobre la estima de las cosas, y no queriendo tampoco pasar por un ingrato, suspendo mi trabajo hasta obtener vuestra respuesta. O bien aceptáis que encuentre placer en ofreceros mis copias, o buscad otro copista.

[603]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(7 de enero de 1758)

Aceptaré vuestras copias con placer como una prueba de vuestra confianza y del recuerdo de nuestra antigua amistad, pero considerad conveniente que os pague, pues creo que os robo el precio de un tiempo que podríais emplear en otra cosa, y es justo que cada uno viva del oficio que ha escogido. Mi agradecimiento será en todo caso el mismo. Os ruego que

aceptéis esto y lo creáis, a pesar de vuestra amistad perdida y la ruptura de nuestra relación. No podía dar tanto como vos podíais dar. La relación se había convertido en demasiado tormentosa y por ello me habéis forzado a romperla. Mientras duró no me reproché nada, y siempre será un placer veros cuando se presente la ocasión. Conservaré el interés por vos y por el bien que está en vos y me dedicaré a conservar los amigos que os quedan y a defenderos contra los que se han alejado de vos. Si habéis recibido algún favor de mí, yo no os pido agradecimiento. Si lleváis vuestra injuria hasta el extremo de estar preocupado por la carta a Voltaire⁸² que está en mis manos, os la devolveré, rogándoos que estéis seguro, para vuestra propia tranquilidad, que no ha estado bajo otros ojos que los míos ni un solo minuto. No me ofendáis más con esa injuria que no merezco. Adiós.

[604]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(9 de enero de 1758)

Vuestra carta⁸³ no me ha ofendido en absoluto. Merezco muy poco las injurias que me habéis dicho como para enfurecerme. Sólo me ha hecho ver, en vuestra penúltima carta⁸⁴, donde revisáis toda relación y toda amistad, que nuestro carácter y nuestras opiniones son tan opuestas que nuestra relación no podía subsistir sin tormenta, lo que me ha decidido a la ruptura que me habéis propuesto. No se trata de que no pueda haceros justicia. Tenéis virtudes que conozco, que aprecio y

82. Véanse las notas 37 y 42.

83. La carta núm. 602.

84. Probablemente se refiere a la carta núm. 592.

que defenderé contra todos aquellos que quisieran atacarlas. Podéis estar seguro que nunca se oirá de mí más que cosas que harán respetar a aquel que fue mi amigo. Pero vuestra conducta y la oposición que hay entre nosotros, me ha mostrado la necesidad de aceptar lo que vos me proponíais.

Rompo sin acritud y sin rencor una relación que nunca podría contentaros. Mi corazón, repleto por la pasión que le colma⁸⁵ y a la que se unen los encantos de la amistad, no podía dar, sin duda, a otra amistad tanto como le exigía.

Al ofreceros mi amistad y al buscar la vuestra, creía asegurar a quien amo y mí misma, un amigo al que estimar, lo que añadiría agrado a nuestra vida. Me habéis demostrado que esto no es posible. Al menos estoy tranquila de cómo han transcurrido las cosas, y sé que no podéis echar en cara a nadie lo que nos separa. Las injusticias con el que amo han pasado⁸⁶. Os he defendido contra ellas y además las merezco muy poco como para no hacerle volver. Conozco muy bien su corazón y estoy segura que volverá cuando me sepa inocente y me juzgue con su razón. Os he defendido también contra los amigos que se han alejado de vos, y siempre lo haré. No os he engañado nunca. Sólo vos me habéis proporcionado las razones para aceptar lo que me habéis propuesto. Creedme que a pesar del partido que tomamos, siempre nos interesaremos el uno por el otro. Nos debemos estima y siempre sentiremos la mutua amistad. Os lo digo de nuevo, hago justicia a vuestras virtudes, y a pesar de vuestras injurias y de que vuestro carácter no concuerda con el mío, no dejaré de estimaros e incluso de quererlos. Seguro que al no tener un trato continuo, seremos más amigos y estaremos más tranquilos.

Por otra parte, os tengo que advertir que espero a mi marido el sábado o el domingo próximos. Si tenéis algo que decir-

85. Se refiere a Saint-Lambert.

86. Saint-Lambert había sospechado que Rousseau quería separar a Madame d'Houtetot de él, despertando sus escrúpulos por su relación adúltera.

me tendréis que pasar esos días guardando las cartas en el sobre de d'Andy. No lo olvidéis.

Os he dicho lo que pienso sobre vuestras copias. Las quiero también por otro motivo: es uno de los libros que me procura más placer y donde encuentro más cosas para disfrutar.

Adiós, mi querido ciudadano, no creáis que aún estoy enfadada. Quizá evitamos reñir tomando el partido que tomamos. Creed que conservaré mi amistad por vos, aunque penséis que merezco que me privéis de la vuestra, y seguro que la conservaréis también. ¿Acaso vais a pasar toda vuestra vida discutiendo con Diderot? Mi corazón no cambia, evitaremos tan sólo las ocasiones y las discusiones. Además, la presencia de mi marido me dará poca ocasión para responderos y me causaría embarazo recibir cartas que debería ocultar.

A Monsieur Rousseau, en Montmorency, cerca de París.

[606]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(10 de enero de 1758)

Mi querido ciudadano:

Temo haberme enfadado demasiado en las últimas cartas que os he escrito⁸⁷. Os confieso que las vuestras me habían hecho temblar y llevado a considerar que sería difícil vivir en paz con vos sin temer cada día una nueva tormenta. Vuestra extrema vivacidad, una fácil tendencia a tener mala opinión de vuestros amigos y ciertos pensamientos solitarios sobre el inconveniente de cualquier amistad me habían hecho pensar que tarde o temprano os vería romper, a vos mismo, una relación a la que pare-

87. Las cartas núms. 603 y 604.

cfáis renunciar con demasiada facilidad. Por este motivo, tomé el partido de iniciar algo que pensaba que haríais algún día. Pero mi amistad hacia vos no se puede conformar con la postura que tomé, y no puedo abandonar a un amigo en el tiempo en que los demás le abandonan. Aunque sea por su culpa, basta que sea desdichado y que tenga aún relación conmigo, para que no pueda decidirme. Aunque me haya ofendido, debo sentir más su desdicha que sus culpas, sobre todo, en tanto en cuanto pienso que mi amistad puede resultar de algún consuelo para él. Por tanto, mi querido ciudadano, me arrepiento de lo que he hecho. No enrojezco por pedir os perdón. Demasiado castigo sufro si he causado un instante de dolor a un ser que ya es desdichado y que es además mi amigo. Respondedme, por tanto, querido amigo, para asegurarme que habéis olvidado mi enfado, como yo he olvidado el vuestro. No tengo un corazón que sepa alejarse de sus amigos y no pueda olvidar sus faltas. No me mostréis sólo ese carácter solitario que os hace mirar cualquier relación con desconfianza y como una fuente de mal o como una esclavitud gravosa, ni esta desconfianza hacia vuestros amigos que os hace tener con frecuencia malentendidos o una opinión demasiado desfavorable que se convierte fácilmente en injurias y en términos denigrantes o despreciables.

Veis que me dirijo a vos con esa sinceridad natural de la que me habéis hablado. Os confieso con la misma franqueza, que me arrepiento de haber respondido demasiado duramente, incluso a las injurias de un amigo que es desdichado. Ruego que olvide esta falta como olvidará él mismo las suyas. Considerad si lo aceptáis, mi querido ciudadano. Si no lo hacéis, al menos tendré la satisfacción de haber escuchado lo que me dictaba la sensibilidad y la honestidad de mi corazón. Incluso si rechazáis estas disculpas, siempre sentiré por vos amistad y estima por vuestras virtudes.

Podéis responderme a esta carta antes de que llegue mi marido, pero hacedlo cuando estéis en el campo. Cuando esté aquí no me escribáis más. Por mi parte, yo también tendré dificultades en escribiros y os ruego que no lo hagáis, pues po-

dríais exponerme. Para tener noticias más esperad la ocasión. No la desperdiciaré: aproximadamente cada quince días tendréis noticias más. Creed que aunque no os escriba con más frecuencia, no por ello dejaré de conservar mis sentimientos hacia vos y tampoco dudaré de los vuestros. Si conocéis bien mi corazón, sabéis ya que es invariable, no puede cambiar sobre lo que piensa como para que vos le forcéis. Aquel que amo es también el primer amigo de mi corazón y sólo puede amarme y estimarme cuando devuelvo lo que debo a la amistad.

Ps. Aprovecho un expreso que se dirige a vuestro cantón. Así reparo el efecto de mis últimas cartas y tendré antes vuestra respuesta a ésta, ya que mi marido puede llegar de un momento a otro.

A Monsieur Rousseau, en Montmorency.

[607]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

Montmorency (10 de enero de 1758)

No está permitido jamás ser deshonesto. Mi carta⁸⁸ lo era y ahora soy justamente castigado. La reprobaba, incluso al escribirla. Vos lo sabíais, pero contenta por encontrar el pretexto para una ruptura que buscabais desde hace tiempo, traicionando la fe de la amistad, habéis sabido poner las cosas de vuestra parte, mientras que los sentimientos lo estaban de la mía. Éste es el reparto habitual de la gente de mundo y de los solitarios. Las apariencias me condenan, lo admito. Pero apelo a vuestro corazón. Conoce el mío: que él me juzgue.

88. La carta núm. 602.

Debería haber esperado lo que me ocurre. Hace tiempo que se me había predicho. Hace tiempo que presiento su cumplimiento, y éste el único de mis males que ha convertido los demás en insoportables. Si teníais tan poco tiempo que dar a nuestra amistad, ¿por qué perdisteis al comienzo tanto tiempo en ganarla? Era feliz y estaba tranquilo cuando vinisteis a romper mi reposo. Supisteis tener tiempo para convertirme en miserable, mientras que ahora no lo tenéis para consolarme. Si he hecho algo que os desmerezca, si la más santa amistad tiene deberes que no he cumplido, si vuestra tranquilidad no me fuera más preciada que la mía, si incluso todas mis desdichas no atestiguan la fuerza y la pureza de mi relación con vos, decidlo y me callaré. ¿Cómo es posible que las dos notas⁸⁹ que os envié, y que he encontrado unidas a la vuestra, os hayan permitido escribir con tanta frialdad? ¿Cómo es posible que no pensarais al devolverlas: *si estuviera poco preocupado por mi felicidad y mi honor, aún sería amigo de Madame d'Épinay?* Pero habéis esperado para privarme de vuestra amistad a que no me quedaran más pruebas para daros de la mía.

Sin embargo, os confundís. Me queda aún una y más digna de mí que todas las demás. Es la de conservar durante toda mi vida esa amistad que vos desdeñáis y convertirla en independiente de todas las señales de indiferencia y rechazo que puedo recibir de vos. Siempre es agradable ser sensible, y mi corazón, cerrado a toda nueva relación, sólo alimentará con agrado la última que tuvo. De todos los amigos de los que me habláis, sólo me queda uno⁹⁰. La razón es muy simple y es que nunca tuve ningún otro, pues éste es el único que ha resistido a mi adversidad y todo lo demás se ha desvanecido como el falso oro. Yo a él le querré y él me querrá. Yo a vos os querré y vos no me querréis. Si el primer sentimiento compartido me hace

89. Seguramente las cartas núm. 571 y 580, dos notas que se intercambiaron Rousseau y Madame d'Épinay.

90. Diderot.

más feliz, el segundo me convertirá en más digno de serlo, alimentando en el fondo de mi corazón el desinterés más sublime del que es capaz.

Sí, Sofía, me sois más querida que nunca y mi corazón quiere alimentar hasta el último suspiro el puro y vivo vínculo que le unió a vos. No os alarméis, mi amistad no os importunará y, como ya no exige ni espera más de vos, no causará discusión alguna entre nosotros y no os obligará a atención alguna. No renuncio al placer de escribiros, es el único consuelo que me queda; pero como estaréis ocupada en guardar las apariencias y no estaréis obligada a responderme, nada os impedirá, si mis cartas os aburren, arrojarlas al fuego sin leerlas. Si también os resulta molesto recibirlas, decídmelo e incluso renunciaré a este último consuelo. Como ya no soy vuestro amigo, por vuestra voluntad, no quiero que esta amistad os cause la mínima molestia. Puede que estéis más tranquila olvidándome por completo y yo estaré feliz por no causaros ninguna molestia.

Es extraño que aún me habléis de la carta a Voltaire⁹¹, cuestión de la que tratábamos cuando aún éramos amigos. Mi conducta entonces no debió molestaros, pues era un deber hacia vos. Esta carta había sido enviada, además de a vos, a Madame d'Épinay y a un cierto hombre⁹². Dado el rumor que se extendía, decidí buscar la fuente para descubrir la infidelidad. Pero antes debía hablaros a vos en particular, por temor a comprometeros si es que la indiscreción provenía de vos. Ello hubiera sido una indiscreción y no un crimen. Desde que me respondisteis no dudé nunca de ello y estaba convencido de que vos no fuisteis culpable de indiscreción alguna, por lo que había de buscar a los culpables para justificarme ante M. Voltaire. Entonces me enteré que la carta en cuestión no era la mía, sino la de un ginebrino llamado Vernet. Por tanto, reparad

91. Se refiere a la carta que Rousseau escribió a Voltaire el 18 de agosto de 1756.

92. Grimm, amante de Madame d'Épinay.

vuestra injusticia hacia mí. No conozco la amistad sin confianza, y sabéis que la tengo por vos. Os creo capaz de debilidad y de ligereza, pero no de infidelidad y mentira. Deberíais conocerme lo suficiente como para saber que, si no lo pensara, no lo diría.

En nombre del cielo, permitidme que olvide las indignidades que os he escrito a propósito de las copias. Si creéis que nada semejante salió de mi corazón, declaro con toda franqueza que no deberíais mirarme jamás. Decidme que lo creéis y me condeno yo mismo. Sofía, Sofía: si pudiera perder vuestra amistad sin dolor os insultaría menos y os ultrajaría más.

[608]

*Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde,
condesa d'Houdetot*

(11 de enero de 1758)

Vuestra carta me ha proporcionado el placer más puro y más auténtico que he gozado en toda mi vida. Si siempre me hubieseis escrito así, ¡qué de tormentos me hubierais ahorrado! Ayer envié una carta al correo, por la que conoceréis mis verdaderos sentimientos. Me sentiría inconsolable si vuestro regreso hubiera precedido al mío. Querida Sofía, creedme, mi corazón está hecho para amaros, es digno y vos seréis siempre, después de la virtud, lo más querido del mundo para mí. Seamos amigos por mi propia felicidad y la vuestra. Si mi corazón no me engaña seremos los dos mejores. Me conformo por completo con lo que me exigís. Ya no os escribiré más sin vuestro permiso, y sólo por la vía que me indiquéis. Si guardáis un largo silencio, podré preocuparme por vuestra salud o por vuestro reposo, pero después del camino recorrido que habéis hecho, os juro que lo haré

por vuestra amistad y que me llevaré a la tumba lo que os he prometido.

Adiós mi querida amiga. La crisis ha pasado. Las ofensas que he recibido han causado el cambio que necesitaba. Heme aquí devuelto a mí mismo y a mis máximas. Tres años de esclavitud habían envilecido mi alma, y me había adueñado sin sentirlo de la mayor parte de los prejuicios del mundo. Gracias al cielo se han borrado, y puedo ofrecer a los pocos amigos que me quedan un corazón digno de su estima que ya se traicionará.

A Madame la condesa d'Houdetot, calle de la Universidad, París.

[609]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

(15 de enero de 1758)

En espera de vuestras noticias doy salida a mi impaciencia comenzando por escribiros. No puedo más que adelantar la confirmación de las promesas que os he hecho, no puedo más que testimoniaros mi dolor por haberos hecho penosa mi amistad durante tanto tiempo. Sin embargo, voy a contar con la vuestra aun cuando podría desmentirse. En lugar de quejarme, aprenderé a soportar hasta vuestra indiferencia, consolándome con vuestra tranquilidad. No, Sofía: ya no me quejaré más de vos, pero cada día os convertiré en más culpable por privarme de vuestra amistad para siempre.

No penséis que podéis conseguir que disimule lo que siento. Si estoy preocupado, os contaré mi inquietud. ¿Dónde está la amistad sin confianza? ¿Dónde está el corazón sensible y sincero que tema mostrarse como es? Sin embargo, os haré saber mi estado sin quejarme. Os mostraré la marcha de mis sentimientos no

para ofenderos por los que podríais condenar, sino para aprender a rectificarlos cuando sean condenables. Yo, que no sé disfrazarme ante nadie, ¿cómo podría ocultarme a mis amigos? No, aunque puedan estimarme menos, quiero que me vean tal como soy, con el fin de que me ayuden a convertirme en el que debería ser.

Releo sin cesar vuestra última carta⁹³ con un placer mezclado de asombro. El tono de las precedentes no podían anunciarme una respuesta similar. Así que no quiero escribiros sobre el efecto que hizo en mí al recibirla, me imagino que en mi respuesta se debió de apreciar algo. ¿Pero con que términos os referís a aquel que no puede pensar en sus errores sin una mortal confusión? ¡Vos me pedís perdón! Preferiría que me hubierais dicho: os perdono. Creería así que mis faltas estaban mejor olvidadas y tendría más esperanza en poder repararlas. Sofía: un regreso tan grato, ¿es natural? ¿Es sincero? ¿No se debe a las circunstancias? Al advertirme que no os escribiera más, ¿habéis temido que mi cólera me hubiera impedido escucharos y me hiciera seguir escribiéndoos a pesar de vuestras órdenes? Debíais testimoniarme menos amistad, estimarme menos en tanto lo merezca. En la inquietud involuntaria que turba aún el estado en el que estoy, daría la mitad de mi sangre por tener con vos una desavenencia de seis meses. Pero puesto que no tuvo lugar, ya no lo tendrá, y prefiero no obtener de vos toda la justicia que me debéis que adquirir vuestra confianza por un medio tan cruel. Pensad bien de vuestro amigo, os lo ruego, tanto por vuestra tranquilidad como por su honor, y estad segura que, ocurra lo que ocurra, no puede ni perder su amistad por vos, ni dejar de ser digno de la vuestra.

Por lo demás, si aún consideráis que soy injusto, compadeceos, os lo ruego, y no me acuséis. El cielo es testigo que lejos de buscar discutir con vos, estoy repleto de vuestra bondad, y que rechazo con todas mis fuerzas el temor que aún me persigue, y cuando lo creo fundado, me aflijo por mi desdicha sin quejarme de vuestro cambio.

93. La carta núm. 606.

Hay una palabra en vuestra última carta⁹⁴ que me inquieta cruelmente. Me habláis de vuestras cartas como algo que hay que ocultar a vuestro marido. ¿Por qué motivo? ¿Acaso la calumnia ha llegado a sus oídos? ¿Es posible que os hayan prohibido que me veáis? En ese caso, conozco cuál es mi deber y os honro demasiado como para encubrir el vuestro. Vos lo sabéis, sólo estoy en relación con el mundo y con la sociedad a través de vos. Diderot y yo sólo nos podemos ver de cuando en cuando. Me gustaría verle más, pero soy rechazado por todo lo que le rodea. Solamente con vos no estoy solo en el mundo.

No importa, para hacer lo que se debe no hay que considerar lo que cuesta. Si vuestras relaciones son desaprobadas por vuestro marido hay que renunciar a ellas. El misterio es indigno de todo lo que he visto en vos, y no quiero tener que ocultar nada en mi conducta ni en el fondo de mi corazón.

Mi querida amiga, preparado para no tener a nadie ya en la tierra, me aferro más a quien me consuela de todo.

(Día 28, al recibir vuestra carta)⁹⁵

Empecé esta carta hace tiempo y comienzo a estar muy apenado, no por vuestra amistad, sino por vos. Gracias al cielo, estoy tranquilo. Me habláis de Diderot. Dice que me quiere, pero me olvida. Preferiría que no dijera nada. Pero es un hombre débil, subyugado por todo lo que le rodea, sólo me quiere a escondidas. Cuando llegue la hora, mis sentimientos hacia él no cambiarán y esperaré tranquilamente a que vuelva. Hace tiempo que aprendo a no medir los sentimientos de mi corazón por los de los corazones que me son queridos. Con respecto a vos, apruebo totalmente su conducta. Hace bien en huir antes de conoceros. Después sería demasiado tarde.

94. La carta núm. 606.

95. La carta núm. 612, que llegó a Rousseau por un correo urgente.

Sé que estáis obligada a darme noticias de vuestra amigo⁹⁶. Siempre os pregunto lo mismo, pero nunca me decís si está en Aix-la-Chapelle o en su casa. ¿Está ya en situación de trabajar?

El segundo volumen de *Julia* será terminado mañana. Si lo deseáis, os lo podría enviar en el primer expreso y lo tendría preparado. Sin embargo, os confieso que me molesta tener que confiar esta obra a un saboyano. Como he cambiado totalmente de idea y no pienso ya imprimirlo, temo que escape de nuestras manos. No creáis que esto es un modo indirecto de recomendarlo, sólo estaré tranquilo cuando lo tengáis. Si no tengo manera de hacéroslo llegar por mi propia mano, al menos me gustaría entregárselo a alguien de total confianza. Por otro lado, he de deciros que la parte que os he copiado, por ser la más breve, y si además es leída por separado, no es de interés. A mí mismo no me ha proporcionado ningún placer. Si quisierais esperar un poco, os podría copiar la primera parte y os podría llevar todo. Éstas son mis ideas, por lo demás que se cumpla vuestra voluntad.

También tengo un comienzo de unas Cartas morales⁹⁷. Aquí soy yo el que me retraso en mi trabajo de copista. Pero éstas sí que no pueden ser entregadas más que por mi propia mano⁹⁸. Decidme si puedo comenzar a poner en limpio lo poco que está hecho.

Hacéis muy bien en enviar un correo urgente hasta aquí. Después de lo que ha pasado, no me atrevo a pagar al mensajero. No conozco una forma más honesta de condenar mis arrebatos. Hablemos con sinceridad, no creo que la impaciencia por recibir mis noticias os impida dormir. Para tranquilizarme sobre las vuestras, echad cada ocho días una hoja en blan-

96. Saint-Lambert.

97. Se refiere a las *Cartas morales* que se editan en este libro. Véase también las cartas núms. 510 y 554.

98. Puede comprobarse cómo Rousseau busca volver a ver a Madame d'Houdetot con cualquier pretexto.

co al correo. Con tal de que vea vuestra escritura en la dirección, o sólo vuestro sello, estaré contento y me diré todo lo que no está en la carta.

Sea lo que sea, contad con mi discreción, moriré de dolor y aburrimiento antes que escribiros sin vuestro permiso expreso.

[613]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

París (lunes, 12 de febrero de 1758)

Mi querido ciudadano:

Estoy persuadida de que me conocéis demasiado bien ahora, y de que estáis muy seguro de mis sentimientos como para haber dudado en serio sólo porque no os doy tantas pruebas como desearíais. Estad seguro de que mi amistad por vos no puede variar y que no tiene necesidad de nuevas protestas para mantenerse y demostrarse. En cuanto a mi salud, no debéis preocuparos, cada día va mejor. Una mayor tranquilidad y cuidados la han restablecido. No debéis estar triste, también la salud de mi amigo va cada vez mejor, lo que ha contribuido más que nada al restablecimiento de la mía.

Mi querido ciudadano, he comprobado aún con pena, en vuestra última carta, que todavía estáis inquieto y que os atormentáis. Calmaos, os lo ruego. No dudéis nunca de vuestros amigos y sobre todo de aquellos que conocéis tan bien. Así seréis mas feliz.

En cuanto al escrúpulo que os atormenta con respecto al secreto que guardo a mi marido sobre nuestra relación, os aclararé el asunto. No sólo como filósofo sino también como hombre cultivado, le desagradaría mi trato con vos. Todo lo que constituye vuestra reputación sería para él un motivo para alejarse de vos. No pongo en duda que quisiera distanciarme de

vos, si supiera que os veo. He considerado, sin reprochármelo, que podía conservar y formar una inocente amistad con un hombre al que estimo y que le desagradaría sólo por una injusta prevención. Como la vida retirada que lleváis hace imposible que os encontréis con mi marido, que os gustaría tan poco como vos le gustaríais, he creído que podía veros sin inconveniente alguno ya que nunca os lo vais a encontrar.

En cuanto a la calumnia de la que me habláis y que ignoro, estad seguro que si le hubiera llegado no le haría ningún efecto. Mi marido me conoce y me estima. Puede pensar que mi corazón es tierno y disculpar en mí una debilidad que sospecha, pero que no le hace desdichado⁹⁹. Conoce mi corazón y la calumnia no encontrará un lugar en él contra mí. Éstas son, mi querido ciudadano, las verdaderas razones que hacen ocultar mi relación con vos a mi marido. Puede que no la aprobara si la conociera, pero no está informado de ella. Es cierto que no he pensado en pedirle permiso para sentir amistad por vos y desear la vuestra.

Me haréis un gran favor si me enviáis la parte que habéis copiado de *Julia*. Recuerdo perfectamente la primera. No olvido fácilmente lo que me impresiona y estoy impaciente por tener algo más. El mensajero es de confianza; en cuanto a la otra obra que vos no queréis confiar, habrá que esperar para que pueda verla a que nos podamos ver.

Adiós mi querido ciudadano. Hacedme llegar vuestras noticias y novedades sobre *Julia*. Estad seguros que me proporcionaréis un gran placer al enviarlas, y será una señal de vuestra confianza y amistad. Por tanto, tened confianza en mí y en mi amistad, en verdad lo debéis.

A Monsieur Rousseau, Montmorency.

99. De este modo galante, Madame d'Houdetot confiesa que su marido estaba al tanto de su relación con Saint-Lambert, y que por su parte, él mantenía otra que el matrimonio no había interrumpido.

[617]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(19 de febrero de 1758)

Mi querido ciudadano:

He recibido vuestra carta y me parece muy bien que no hayáis enviado *Julia* en el correo urgente, si temíais que se pudiera descubrir. Os podía responder de la persona que os fue a ver, pues era de toda confianza, pero no sabía ese otro hecho, por lo que habéis hecho muy bien en no dárselo.

Estoy muy apenada por saber que estáis más enfermo, mi querido ciudadano. Nunca os veo sufrir con indiferencia. Tratad al menos de corregir los males que el valor puede aliviar. Vuestra imaginación trabaja demasiado en atormentaros y en enemistaros con vuestros amigos. No he apreciado ningún rastro de lo que me pedís; en todo caso, el pequeño número de vuestros amigos no será susceptible de dejarse convencer. Os perdono de todo corazón vuestras injusticias con respecto a mí. Nada me hará abandonaros más que vos mismo, y en tanto no lo hagáis, no tendréis nada que temer por lo que los demás puedan hacerme.

En cuanto a Diderot, lo condenáis con mucha ligereza por haber tardado mucho en responderos. Mi querido ciudadano, nunca aprenderéis a conteneros y a no acusar y atormentaros por preocupaciones que os hacen considerar injustos a los que más queréis. No temáis por Diderot, no se puede considerar un crimen lo que ha pasado hace ya mucho tiempo. Habrá que tener más cuidado en el futuro, para dar menos tiempo a los malvados. Por lo demás, hay que confiar en que trabaje. En diez años no se hablará mas de sus críticos y calumniadores, mientras que sus obras le harán inmortal.

Os ruego, mi querido ciudadano, de defenderos de los dolores y no dejaros abatir. Marchitan el alma, le roban sus energías, y la convierten en incapaz de todo esfuerzo. Coloca todos los objetos en un falso tiempo, nos hace injustos e impide tanto la felicidad como el trabajo. Estad satisfecho de vos mismo, seguro de vuestros amigos, e indiferente ante los ruidos vanos del mundo. Vivid en paz con vos mismo y con vuestros amigos. Tranquilizaos por completo y descartad todas vuestras tristes ideas. Vuestros amigos no os perderán, y si teméis algún mal, podéis confiar en los que penséis que son los mejores y que os serán los más queridos.

Cuento con volver a Eaubonne con mi marido un día de esta semana. Me gustaría veros si fuera posible, pero no lo será, dada la compañía. En todo caso, os enviaré a alguien a quien podréis entregar con seguridad *Julia*.

Adiós, mi querido ciudadano, no me respondáis por el correo. Me gustará tener mejores noticias vuestras cuando os vuelva a ver. Contad de nuevo con una amiga que os quiere y que nunca os faltará.

A Monsieur Rousseau, París, en Montmorency.

[619]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(22 de febrero de 1758)

Mi querido ciudadano:

Espero preocupada vuestras noticias. No estabais en buen estado cuando me escribisteis y vuestra incomodidad me preocupa. Sin duda estar triste y enfermo es demasiado, y aun-

que vuestra imaginación frecuentemente os lleva a ser desdichado, no por ello os compadezco menos. No añadáis al número de vuestras penas la de ser olvidado y abandonado por mí. Eso no podrá ser nunca.

Siento sinceramente que sufráis y lamento tanto vuestros males como vuestras injusticias. Creed que me cuesta mucho estar cerca de vos y no poder veros. Haced, al menos, que me lleguen vuestras noticias. Dado vuestro estado, os ruego, en nombre de nuestra amistad, que me digáis si necesitáis alguna clase de ayuda. Sería un crimen que rechazarais lo que os pido.

Adiós, mi querido ciudadano. Os ruego que me enviéis lo que hayáis copiado de *Julia* a aquel que os ha entregado esta nota. Es de absoluta confianza, y podéis entregárselo sin temor.

A Monsieur Rousseau, en Montmorency.

[630]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(jueves, 23 de marzo 1758)

Mi querido ciudadano:

Hago traer noticias vuestras. Compruebo con alegría que, según vuestra última carta, estáis más tranquilo y sufrís menos de lo que pensaba. Deseo que esto continúe y os ruego que me lo confirméis. Yo me encuentro muy bien, y vivo completamente entregada a los sentimientos agradables que me proporciona estar cerca de mi amigo¹⁰⁰. Le hablo con frecuencia de vos, con interés y amistad. Espero poder leerle el libro que tanto me gusta, *Julia*, tan pronto como reciba la primera parte.

100. Saint-Lambert.

Sin embargo, no aceleréis vuestro trabajo por mi impaciencia, sólo en la medida de vuestras fuerzas. No os envío dinero, ya que no lo queréis. Cuando lo necesitéis, ya me lo diréis.

Adiós, mi querido ciudadano. Si tenéis necesidad de algo, mandadme recado. Contad como siempre con mi amistad y no dudéis nunca de ella.

A Monsieur Rousseau, en Montmorency.

[631]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

(jueves, 23 de marzo de 1758)

Estoy muy contento de que aún os acordéis de mí. Este sentimiento ya no me es necesario, pero siempre me será querido y siempre os honrará.

Continúo encontrándome bastante bien para salir, aunque débil. Aprovecho cada día que hace buen tiempo para ir al bosque de Montmorency, donde el verde despunta ya y donde comienzan a dejarse oír los pájaros. Aquí vuelvo a tratar con un antiguo amigo que los otros me habían hecho olvidar y que seguramente vale más que todos. Durante el poco tiempo que me queda, disfruto del placer de vivir. Siento no tanto terminar pronto como haber comenzado tarde.

Os confieso que creyéndome que había sido olvidado por completo, he dejado de lado la copia de *Julia*. La retomaré con verdadero placer. He enviado vuestros libros y los de vuestro amigo a casa del cura de Deuil¹⁰¹. Como todavía no he leído

101. Cfr. la carta núm. 625 que no se edita aquí, donde Madame d'Houdetot indica a Rousseau que le envíe sus obras a través del cura de Devil.

*Las islas flotantes*¹⁰², me obligaréis a que os la vuelva a pedir prestada. Incluso si me la queréis regalar, la aceptaría con gran placer. Quiero haceros ver que no hay falso orgullo ni sospechas injuriosas en mis rechazos.

Me alegro de vuestro estado de salud y os felicito por vuestros placeres. Espero que algún día podáis conocer los que llevan a la verdadera felicidad.

Adiós.

A Madame la condesa d'Houdetot, París.

[632]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

(24 de marzo de 1758)

Mi querido ciudadano:

No solamente podéis volver a pedirme *Las islas flotantes*, que os ruego que aceptéis, sino que además siempre será un placer que os dirijáis a mí para todo aquello que os pueda ser útil o agradable. Contad siempre con los sentimientos de una amistad que ya no se extraña por las injurias, que perdona las injusticias y que lamenta las faltas y las debilidades de las que habéis sido el mayor obstáculo para su progreso. Mi amistad siempre subsistirá, seáis como seáis, con excepción del crimen y de la indignidad de la que no os creo capaz. Creed que siempre os he considerado bastante mejor de lo que vos mismo me mostrabais algunas veces. Os ruego que prosigáis vuestras co-

102. *Naufragio de las islas flotantes*, obra atribuida a Morelly (1753). En su *Profesión de fe del Vicario saboyano* Rousseau empleará una cita textual de esta obra: «si la suprema justicia se venga, se venga en esta vida. ¡Naciones, sed sus ministros!»

pías y me hagáis el favor de no abandonarlas. Si cada quince días se produce un error tal como el que os ha hecho suspenderlas, no avanzarán jamás. Estad seguro que mi gusto por vuestras obras será tan constante como mis sentimientos de amistad por vos.

Adiós, mi querido ciudadano. Dejo los libros en el depósito en el que los habíais enviado. No los necesito de momento. Si alguna vez os pueden resultar de utilidad, os ruego que los toméis cuando los necesitéis. Con respecto a *Las islas flotantes*, aceptadlas, ya que parece que las deseáis.

Conservad la paz y la tranquilidad de vuestra alma. Sabéis que siempre lo he deseado sinceramente. La mayor felicidad es estar bien consigo mismo. Cuidad también vuestra salud. Siempre estaré al tanto de vuestras noticias, con el interés y amistad de siempre.

A Monsieur Rousseau, en Montmorency.

[633]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

(Sábado 25 de marzo de 1758)

A la espera de vuestro correo, comienzo por responder a vuestra carta del viernes. Creo que tengo motivos para quejarme, y siento con pesar que vos hayáis escrito con la intención de que me alegrara. Expliquémonos, y si estoy equivocado, decidmelo sin rodeos.

Me decís que he sido el mayor obstáculo en los progresos de vuestra amistad. Primero tengo que deciros que no exigía que vuestra amistad hiciera progresos, sino sólo que no disminuyera. Ciertamente no he sido yo la causa de esta dismi-

nución. Al separarnos en nuestro último encuentro en Eau-bonne, hubiera jurado que éramos las dos personas del mundo que sentían más estima y amistad una por la otra. Lo sé con la certeza del sentimiento mutuo con el que nos separamos. Con este mismo tono me escribisteis cuatro días más tarde. Después, vuestras cartas cambiaron de estilo insensiblemente, vuestros testimonios de amistad se convirtieron en reservados y circunspectos. Al cabo de un mes, no se cómo ocurrió, pero vuestro amigo ya no era tan amigo como antes.

Varias veces os he preguntado por la razón de ese cambio y me obligáis a volver a pedirla. Ahora no os pregunto por qué vuestra amistad no es mayor, sino por qué se ha extinguido. No aleguéis mi ruptura con vuestra cuñada y su amigo¹⁰³. Sabéis lo que pasó, y deberíais saber que ya no habrá paz entre Jean-Jacques Rousseau y los malvados. Me habláis de faltas, de debilidades, en un tono de reproche. Soy débil, es cierto. Mi vida está llena de faltas, pues soy hombre; pero lo que me distingue de los hombres que conozco es que, en medio de mis faltas, sé reprochármelas. Ellas nunca me han hecho despreciar mi deber, ni huir de la virtud. En fin, que he combatido y vencido por ella en los momentos en que los demás lo olvidan. ¿Podríais encontrar alguna vez hombres tan criminales?

Me decís que vuestra amistad, tal como es, existirá siempre hacia mí, tal como soy, exceptuado el crimen y la indignidad de la que no me creéis nunca capaz. Sobre esto quiero deciros que ignoro qué precio debo dar a vuestra amistad tal como es ahora. En cuanto a mí, seré siempre lo que soy desde hace cuarenta años. No se empieza a cambiar tan tarde, y en cuanto al crimen y a la indignidad de la que no me creéis capaz, os hago saber que vuestro cumplimiento es duro para un hombre honesto, e insultante para un amigo. Me decís que siempre me

103. Se refiere a Madame d'Épinay y M. Grimm.

habéis visto mejor de lo que me he mostrado. Otros, equivocados por las apariencias, me estiman menos de que lo que valgo y son excusables, pero en cuanto a vos, deberíais ya conocerme. Sólo os pido que juzguéis sobre lo que habéis visto de mí.

Colocaos por un momento en mi lugar. ¿Qué queréis que piense de vos y de vuestras cartas? Se diría que tenéis miedo de que no esté tranquilo en mi retiro, y que estáis contenta con darme de vez en cuando testimonios de poca estima, y que digáis lo que digáis vuestro corazón podrá siempre desmentirlo.

Algunas veces me habéis pedido los sentimientos de un padre. Los tengo al hablaros incluso ahora que ya no me los pedís más. No puedo cambiar de opinión sobre vuestro buen corazón, pero veo que vos ya no sabéis pensar, hablar ni actuar por vos misma.

Ved, al menos, el papel que se os hace jugar. Imaginad mi situación, porque venís a apenar, con vuestras cartas, un alma que está suficientemente apenada por sus propios problemas. ¿Es necesario para vuestra tranquilidad venir a turbar la mía?

¿No podéis pensar que tengo mayor necesidad de consuelo que de reproches? Libradme de lo que sabéis que no merezco y tened respeto por mi dolor. Os pido de tres cosas una: o cambiad de estilo, o justificad el vuestro, o dejad de escribirme. Prefiero renunciar a vuestras cartas que recibirlas injuriosas. Puedo prescindir de recibirlas, pero tengo necesidad de estimaros, y es lo que no sabría hacer si faltáis a vuestro amigo.

En cuanto a *Julia*, no os molestéis por ella. Vuestras copias serán realizadas tanto si me escribís como si no. Si las he interrumpido después de un silencio de tres semanas, es porque he creído que, habiéndome olvidado del todo, no deseabais nada que viniera de mí.

Adiós, no soy voluble ni estoy sometido como vos. Mantendré la amistad que os prometí hasta la tumba. Pero si seguís es-

cribiéndome en ese tono tan equívoco y sospechoso que mostráis hacia mí, comprended que dejaré de escribiros. Nada es más lamentable que intercambiar insultos. Mi corazón y mi pluma rechazarán siempre tenerlos con vos.

[639]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

Eaubonne (6 de mayo de 1758)

Hace tiempo que no habéis oído hablar de mí, y es justo que os diga las razones y os explique la conducta que tendré con vos en el futuro.

Debo quejarme por vuestra indiscreción y la de vuestros amigos. Os habría guardado durante toda mi vida el secreto de vuestra desdichada pasión hacia mí y la ocultaba a aquel que amo para no alejarlo de vos. Habéis hablado de ella a personas¹⁰⁴ que la han hecho pública y que han hecho comentarios que podríais arruinar mi reputación. Estas murmuraciones han llegado hace algún tiempo a mi amante¹⁰⁵. Lamentó que le hubiera ocultado una pasión que nunca le conté, y que silenciaba con la esperanza de que seríais razonable y podríais ser

104. Rousseau sospechó enseguida de Diderot, que desde el comienzo le había aconsejado confesar toda la verdad a Saint-Lambert. Diderot protestó, pues Jean-Jacques le había dado a entender en su día que había seguido su consejo. Consideró que sólo era culpable de un descuido, no de una traición. En las *Confesiones*, Rousseau alude a estos malentendidos.

105. Es una de las pocas ocasiones en las que Saint-Lambert es citado como su amante, ya que en la correspondencia anterior Madame d'Houdetot siempre se refiere a él como su «amigo».

nuestro amigo. Aprecié en él un cambio que pensé que me costaría la vida. Finalmente, la justicia que él hace a la honestidad de mi alma y su regreso me han devuelto la paz. Ahora, no quiero arriesgarme a preocuparlo más y yo misma no quiero exponerme a ello: debo romper toda relación con vos por mi propia reputación. No puedo conservar nada que pueda ponerla en peligro.

Vos sabéis que casi todo lo que me rodea os disgusta, y que nunca habéis querido verme junto con mis amigos. Desde que se sabe que estáis enamorado de mí, no sería decente veros en privado. Lo hice durante un tiempo. Entonces creía que vuestra pasión se ocultaría y vos me pedíais que, como amiga, os ayudara a curaros.

Podéis estar tranquilo sobre lo que mi amante y yo pensamos de vos. En un primer momento cuando él conoció vuestra pasión y lo que os ha empujado a hacer, dejó de ver en vos la virtud que buscaba y en la que creía. Después, compadeció más que reprochó vuestra debilidad. Ahora, ambos estamos muy lejos de unirnos a la gente que os quiere difamar. Nos atrevemos y siempre nos atreveremos a hablar de vos con aprecio. Por lo demás, comprenderéis que sobre todo esto no me debéis explicación ni confianza alguna. Hay que olvidarlo todo: vuestra pasión y las penas que me ha dado. Lo único que tenéis que hacer es estar tranquilo, ahora que he recobrado mi paz, que la inocencia que podríais querer defender se ha reconocido, que no pensamos mal de vos, y que no consentiremos que se os difame.

Me enteraré de vuestras noticias con interés y estad convencido de que, a pesar de tal decisión o del cuidado de mi reputación, obligada por mi propia felicidad y tranquilidad, no dejaré nunca de interesarme por vos. Si queréis continuar para mí las copias de *Julia*, os estaré agradecida; en caso contrario, os devolveré lo que tengo y que es justo que os pague. Adiós.

A M. Rousseau, en Montmorency.

[1186]

Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot, a Rousseau

París (8 de diciembre de 1760)

Varios viajes y muchos asuntos han impedido a Madame d'Houdetot escribir antes a Monsieur Rousseau. Le ruega que le prepare una copia del tratado de educación, por partes, y se lo agradece. Está encargada de hacerle llegar también el agradecimiento de M. de Saint-Lambert.

Madame d'Houdetot le ruega que le diga cuándo podrá enviar a alguien a buscar una parte del tratado sobre educación que espera con impaciencia. Le pide permiso para que pueda verlo la única persona¹⁰⁶ a quien le permitió mostrar *Julia*. Le promete guardar el secreto.

Le ruega que le haga llegar noticias sobre su salud.

A Monsieur Rousseau, ciudadano de Ginebra, en Montmorency.

[1193]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

(15 de diciembre de 1760)

(Rousseau acepta realizar para Madame d'Houdetot una copia del *Emilio*. Le anuncia que le hará llegar un ejemplar de *La nueva Eloísa* en el momento en que los ejemplares lleguen a París.)

106. Saint-Lambert.

[1197]

Rousseau a Elisabeth-Sophie-Françoise Lalive de Bellegarde, condesa d'Houdetot

(18 de diciembre de 1760)

Madame d'Houdetot acepta con agradecimiento el ejemplar de *Julia* que Rousseau ha querido enviarle. Era digna de esta distinción por el interés que siempre tuvo en la obra y por el que siempre sentirá por su autor.

Le agradece también la obra que va a copiar para ella, y espera con impaciencia todo lo que venga de él.

(El mismo jueves, diciembre de 1760)

Si Monsieur Rousseau tiene necesidad de algunos libros o de algunas gestiones que Madame d'Houdetot pueda realizar en París, le ruega que cuente con ella. Será un verdadero placer poder ayudarle.

*Anotación de Madame d'Houdetot al ejemplar de «Julia o la nueva Eloísa» que Rousseau copió para ella*¹⁰⁷

Este manuscrito fue para mí el recuerdo de la relación con un hombre célebre. Su triste carácter envenenó su vida, pero la posteridad nunca olvidará su talento. Si tuvo el arte, puede que muy peligroso, de excusar a los ojos de la virtud las

107. Cfr. H. Buffenoir: *La comtesse d'Houdetot, une amie de J.-J. Rousseau*, Calman Lévy, París, 1905, p. 48.

faltas de un alma apasionada, no olvidemos que, sobre todo, quiso aprender a superarse, y que buscó constantemente hacernos amar esa virtud que la débil humanidad no siempre puede seguir.

Bibliografía

Selección

Fuentes

Ediciones en francés

ROUSSEAU, J.-J., *Oeuvres complètes*, publicadas bajo la dirección de B. Gagnebin et M. Raymond, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, París, 1959-1969. (Siglas: O.C.)

Volumen I: *Les confessions et autres textes autobiographiques*, 1959.

Volumen II: *La Nouvelle Heloise, Théâtre, Poésies, Essais littéraires*, 1964.

Volumen III: *Du Contrat Social. Ecrits politiques*, 1964.

Volumen IV: *Émile, Éducation. Morales. Botanique*, 1969.

Volumen V: *Ecrits sur la musique, la langue et le théâtre*, 1995.

ROUSSEAU, J.-J., *Oeuvres complètes*, Garnier, París, 1960-1975.

ROUSSEAU, J.-J., *Oeuvres complètes*, prefacio de J. Fabre, presentación y notas de M. Launay, 3 vols., Editions du Seuil (L'Intégrale), París 1967-1971.

Volumen I: *Oeuvres autobiographiques*.

Volumen II: *Oeuvres philosophiques et politiques: des premiers écrits au «Contrat Social», 1735-1762*.

Volumen III: *Oeuvres philosophiques et politiques: de l'Emile aux derniers écrits politiques, 1762-1772*.

Correspondance complète de Jean-Jacques Rousseau, edición crítica establecida y anotada por R. A. Leigh, Institut et Musée Voltaire, Ginebra-Oxford, 1965 (hasta 1986, 48 volúmenes). (Siglas: C.C.)

- La Correspondencia entre Rousseau y Madame d'Houtetot se incluye en los volúmenes V y VI, Les Délices, Librairie Droz, Ginebra, 1967.
- Correspondance générale de Jean-Jacques Rousseau*, edición de T. Dufour y P. P. Plan, Colin, París, 1924-1934 (20 volúmenes). (Siglas: C.G.)

Ediciones en español

- Carta a D'Alembert sobre los espectáculos*, estudio preliminar de J. Rubio Carracedo, traducción y notas de Q. Calle Carabias, Tecnos, Madrid, 1994.
- Cartas desde la montaña*, traducción de A. Hermosa, Ed. Universidad de Sevilla, 1989.
- Del Contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, traducción y notas de M. Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 1998.
- El Contrato social o Principios de derecho político*, edición a cargo de M.ª J. Villaverde, Tecnos, Madrid, 1988.
- Discurso sobre la economía política*, traducción y estudio preliminar de J. E. Candela, Madrid, Tecnos, 1985.
- Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres y otros escritos*, traducción y notas de A. Pintor Ramos, Tecnos, Madrid, 1987.
- Las ensoñaciones del paseante solitario*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.
- Escritos de combate*, traducción y notas de S. Masó, Alfaguara, Madrid, 1980.
- Escritos sobre la paz y la guerra*, prólogo de A. Truyol y Serra, traducción de M. Morán, Colección Civitas, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1982.
- Escritos polémicos*, estudio preliminar de J. Rubio Carracedo, traducción y notas de Q. Calle, Tecnos, Madrid, 1994.
- Ensayo sobre el origen de las lenguas*, prólogo y notas de M. Armiño, Akal, Madrid, 1980.
- Emilio o De la educación*, traducción de M. Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 1998.

Proyecto de Constitución para Córcega. Consideraciones sobre el proyecto de Polonia y su proyecto de Reforma, traducción de A. Hermosa, Tecnos, Madrid, 1988.

Voltaire-Rousseau. En torno al mal y la desdicha, estudio preliminar, selección de textos y traducción de A. Villar (incluye la carta de Rousseau a Voltaire del 18 de agosto de 1756 sobre el terremoto de Lisboa), Alianza Editorial, Madrid, 1995.

Estudios

Estudios en francés

Para el conocimiento de la obra de Rousseau son esenciales los *Annales de la Société Jean-Jacques Rousseau* que se publican en Ginebra desde 1905.

BURGUELIN, P., *La philosophie de l'existence de J.-J. Rousseau*, Vrin, París, 1973.

CASSIRER, E., *Rousseau, Kant, Goethe*, Princeton University Press, 1970.

– *Le problème Jean-Jacques Rousseau*, Slakne Reprints, Ginebra, 1979.

CHAMPION, J. J., *Rousseau et la Révolution Française*, A. Colin, París, 1909.

DERATHE, R., *Le rationalisme de Jean-Jacques Rousseau*, Slakne Reprints, Ginebra, 1979.

– *Rousseau et la science politique de son temps*, Vrin, París, 1974.

DURKHEIM, E., *Montesquieu et Rousseau. Précurseurs de la sociologie*, Librairie Marcel Rivière et Cie, París, 1966.

EIGELDINGER, M., *Jean-Jacques Rousseau. Univers mytique et cohérence*, Editions de La Baconnière, Neuchâtel, 1978.

GOLDSCHMIDT, V., *Antropologie et politique. Les principes du système de Rousseau*, Vrin, París, 1974.

GOUHIER, H., *Les meditations métaphysiques de Jean-Jacques Rousseau*, Vrin, París, 1970.

– *Rousseau et Voltaire*, Vrin, París, 1983.

GROETHUYSEN, B., *J.-J. Rousseau*, Gallimard, París, 1983.

LECERCLE, J.-L., *J.-J. Rousseau: modernité d'un classique*, Larousse, París, 1973.

- KHODOS, F., *Rousseau l'homme*, P. U. F., París, 1971.
- KRYGER, E., *La notion de la liberté chez Rousseau et ses répercussions sur Kant*, Nizet, París, 1979.
- LAUNAY, M., *Jean-Jacques Rousseau et son temps*, Librairie A. Nizet, París, 1969.
- LEDUC-FAYETTE, D., *J.-J. Rousseau et le mythe de l'antiquité*, Vrin, París, 1974.
- MAREJKO, J., *Jean-Jacques Rousseau et la dérive totalitaire. L'âge de l'homme*, Lausana, 1984.
- MASSON, P. M., *La religion de J.-J. Rousseau*, Slakine Reprints, Ginebra, 1970.
- MAY, G., *Rousseau. Ecrivains de toujours*, Seuil, París, 1980.
- MILLET, L., *La pensée de Jean-Jacques Rousseau*, Bordas, 1966.
- MOREAU, J., *Jean-Jacques Rousseau*, PUF, París, 1973.
- MUNTEANO, B., *Solitude et contradictions de J.-J. Rousseau*, Nizet, París, 1975.
- NAMER, G., *Rousseau, sociologie de la connaissance*, Klincksieck, París, 1971.
- PASQUALUCCI, P., *De Rousseau a Kant*, Giuffré, Milano, 1974.
- PHILONENKO, A., *Jean-Jacques Rousseau et la pensée du malheur*, 3 vols., Vrin, París, 1984.
- POLIN, R., *La politique de la solitude. Essai sur Jean-Jacques Rousseau*, Ed. Sirey, París, 1971.
- SCHINZ, A., *La pensée de Jean-Jacques Rousseau*, Alcan, París, 1929.
- TROUSON, R., *Rousseau et sa fortune littéraire*, Nizet, París, 1977.
- VIROLI, M., *La théorie de la société bien ordonnée chez J.-J. Rousseau*, W. de Gruyter, Berlín, 1988.

Estudios en español

- BERMUDO, J. M., *J.-J. Rousseau. La Profesión de fe del Vicario saboyano*, Montesinos, Barcelona, 1984.
- CABALLERO HARRIET, Fco. J., *Naturaleza y derecho en Jean-Jacques Rousseau*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1986.
- COBO, R., *Rousseau y los fundamentos del patriarcado moderno*, Cátedra, Madrid, 1995.
- CRESPO, M.ª V., *Retorno a la educación. El «Emilio» de Rousseau y la pedagogía contemporánea*, Paidós, 1997.

- GÁLVEZ, P. L., *Juan-Jacobo Rousseau*, Colón, Madrid, 1943.
- GUÉHENNO, J., *Jean-Jacques Rousseau*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1990.
- GRIMSLEY, R., *La filosofía de Rousseau*, Alianza Editorial, Madrid, 1988.
- HARTLE, A., *El sujeto moderno en las «Confesiones» de Rousseau*, F.C.E., México, 1989.
- LÓPEZ HERNÁNDEZ, J., *Un estudio sobre J.-J. Rousseau*, Universidad de Murcia, 1989.
- MONDOLFO, R., *Rousseau y la conciencia moderna*, Eudeba, Buenos Aires, 1967.
- MOREAU, J., *Rousseau y la fundamentación de la democracia*, Espasa-Calpe, Madrid, 1977.
- RUBIO CARRACEDO, J., *¿Democracia o representación? Poder y legitimidad en Rousseau*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990.
- STAROBINSKI, J., *Jean-Jacques Rousseau: la transparencia y el obstáculo*, Taurus, Madrid, 1983.
- TODOROV, T., *Frágil felicidad. (Un ensayo sobre Rousseau)*, Gedisa, Barcelona, 1978.
- TOUSSON, R., *Jean-Jacques Rousseau. Gracia y desgracia de una conciencia*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- VOLPE, G. della, *Rousseau y Marx*, Martínez Roca, Barcelona, 1981.
- VILLAR, A., *Rousseau*, Ediciones del Orto, Madrid, 1996.
- VILLAVERDE, M. J., *Rousseau y el pensamiento de las Luces*, Tecnos, Madrid, 1987.
- XIRAU, J., *Descartes, Leibniz, Rousseau*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973.
- VV.AA., *C. Lévi-Strauss, J. Derrida, M. Blanchot, L. Althusser, etc. Presencia de Rousseau*, Ediciones Nueva visión, Buenos Aires, 1972.

Bibliografías

- Annales de la Société J.-J. Rousseau*, Julien, Ginebra, 1905 y ss.
- SHINZ, A., *Etat présent des travaux sur J.-J. Rousseau*, París-Nueva York, 1941.
- TROUSSON, R., «Quinze années d'études rousseauistes», en *Dix-huitième siècle*, núm. 9, 1977.

Estudios sobre la Ilustración

- CASSIRER, E., *Filosofía de la Ilustración*, F.C.E., México, 1950.
- DUCHET, R., *Antropología e historia en el Siglo de las Luces*, Siglo XXI, México, 1975.
- GAY, P., *The Enlightenment*, 2 vols., Nueva York, 1967-1969.
- GOYARD-FABRE, S., *La philosophie des lumières en France*, Klincksieck, París 1972.
- FAURE-SOULET, J. F., *Economía política y progreso en el Siglo de las Luces*, Ediciones de la Revista de Trabajo, Madrid, 1974.
- MORNET, D., *El pensamiento francés en el siglo XVIII*, Encuentro, Madrid, 1988.
- ULRICH IM HOF, *La Europa de la Ilustración*, Crítica, Barcelona, 1993.
- HAZARD, P., *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- *La crisis de la conciencia europea*, Alianza Universidad, Madrid, 1988.

Estudios sobre Rousseau y Sofía d'Houdetot

- BUFFENOIR, H., *La comtesse d'Houdetot, une amie de Jean-Jacques Rousseau*, Calmann-Lévy, París, 1901.
- GUILLEMIN, H., *Un homme, deux ombres (Jean-Jacques, Julie, Sophie)*, Editions du Milieu du Monde, Ginebra, 1943.
- *Les affaires de l'hermitage, 1756-1757*, *Annales de la Société Jean-Jacques Rousseau*, t. XXIX, Jullien Editeur, Ginebra, 1941-1942.
- HENRIOT, E., *Rousseau, Julie et Madame d'Houdetot*, *Courier Littéraire du siècle XVIII*, Albin Michel, París, 1962.
- RITTER, E., *Jean-Jacques Rousseau et Madame d'Houdetot*, *Annales de la Société Jean-Jacques Rousseau*, Ginebra, 1906.

Índice

Estudio preliminar	9
Primera parte: La primacía de los problemas morales en Rousseau	9
Segunda parte: La pasión de Rousseau por la condesa So- fía d' Houdetot	33
Nota a esta edición	77
CARTAS MORALES DE JEAN-JACQUES ROUSSEAU A LA CON- DESA SOFÍA D'HOUDETOT	81
CORRESPONDENCIA ENTRE ROUSSEAU Y LA CONDESA SOFÍA D' HOUDETOT	141
Bibliografía	243

La felicidad, el frágil conocimiento de la verdad, la importancia de los sentidos, la exaltación de la conciencia moral como juez y guía de los actos, el valor de la virtud, la universalidad de la ley moral y la necesidad de una cierta soledad son algunos de los asuntos que laten en CARTAS A SOFÍA, volumen que reúne la correspondencia filosófica (las llamadas "Cartas morales") y sentimental cruzada entre Rousseau y la condesa d'Houdetot, por quien el filósofo sintió «el único y verdadero amor de su vida». Editadas por primera vez en español por Alicia Villar Ezcurra, son consideradas por los estudiosos como un primer bosquejo de los fundamentos de la filosofía y de las convicciones más profundas de JEAN-JACQUES ROUSSEAU, y constituyen una pieza imprescindible en la bibliografía del pensador ginebrino.

ISBN 84-206-3523-5



9 788420 635231

El libro de bolsillo

Humanidades
Filosofía